

# **Escritos de Don José María Arizmendiarieta**



## **Tomo II. Sermones**

**Archivo Don José María Arizmendiarieta  
Edición digital: 2008**

Tomo II. Sermones

Libro 2º. Sermones, 1ª parte

Tomo II. Sermones  
Libro 2º. Sermones, 1ª parte

## Prólogo

## Prólogo

Dn. José María era un cura. Los curas hacen sermones. Por ello en este Tomo presento unos cuantos sermones que escribió y predicó en Mondragón.

Son sermones situados entre los años 1941 y 1953. Después de esa fecha no parece que escribió sermones completos. He encontrado, sí, algunos apuntes, esquemas, frases sueltas. De todos modos, durante más de diez años escribió sermones, cosa que no suele ser muy normal. La experiencia propia y ajena me dice que le duró mucho el empuje para escribirlos. Por supuesto que los de sus años mozos son más abundantes que los más tardíos.

Son estos sermones de los tiempos "anteriores al Concilio". Con este entrecomillado parece que tendemos a descalificarlos. Sinceramente, creo que no son tan descalificables. Rezamos el mismo Credo que en el siglo primero. Es verdad que en esos años hay un imperialismo de la "verdad", resumible en la frase "el error no tiene derechos", pero, aunque Dn. José María prefiere la verdad a la "opinión", sin embargo lo encuentro suficientemente amplio.

La teología que subyace en su predicación es la que estudió en el Seminario que, al fin, fué más o menos la misma que estudiamos otros, pero con la particularidad de que lo encuentro sólido. Lo que no se podrá afirmar es que en su esfuerzo de concretar y comunicar la fé en la predicación no hubiera trabajo y esfuerzo, lectura y reflexión.

Una gran parte de los sermones se refieren a Jesús, mejor diría que todos. Su fé en Jesús se expresa en unas fórmulas que nos afirman que es Hijo de Dios, que nos mandó predicar y salvar a los hombres. Por eso, Dn. José María predicaba. Bien es verdad que no se quedaba en el cielo, y su predicación está continuamente salpicada de referencias a la tierra. Apuntalar a Dios, si es que necesita apuntalamiento, es para apuntalar la dignidad de la persona humana, sujeto de derechos y obligaciones. Por ello no le gustan las tiranías, ni la opresión del trabajador, ni la vivienda insalubre, ni la servidumbre de la mujer, ni la ignorancia, ni la pobreza, ni el hambre, ni el despilfarro.

Bebía en las fuentes del Evangelio y nos daba lo que dentro de él bullía.

Le oí predicar algunas veces. La verdad es que no era capaz de seguirle en su discurso. Era más que para mí. Eran aquellos tiempos en que, ataviado de manteo, se mandaba unos sermones de lo que durara la misa, hasta el punto de que el celebrante tenía que esperarle arrodillado al pie del altar para rezar las tres ave-marías finales con todo el pueblo. Eran los tiempos aquellos en que no había micrófonos y había que tener buena garganta. No creo que le acompañaba la voz, aunque sí el porte, alto y austero.

Estuvo seis meses sin predicar, según creo, por la predicación sobre un estudio social de la Universidad de Malinas que, entre otras cosas, hablaba del derecho a la huelga. A raíz de esos sermones se debió producir una huelga en Mondragón y todos los palos recayeron sobre él. Estuvo a punto de ser deportado o extrañado del pueblo. No se llevó a término ese extrañamiento, porque la reacción del pueblo fué fuerte y hubiera sido más fuerte. Prudentemente, se calló un tiempo; creo que sufrió mucho, y cuando pasó la marea continuó como un Fray Luis, con "decíamos en la última plática ...".

He dado a los sermones cierta unidad temática, respetando en lo posible las fechas, que a veces aparecen y otras no.

En algunos sermones aparecen notas escritas a mano que dicen: "Escribí, pero luego cambié", "este fué el primer sermón en San Francisco y fué muy concurrido", o "no prediqué esto". He querido respetar esas notas, porque pueden tener algún interés.

Este tomo puede ser un catecismo de los buenos viejos tiempos y sobre todo el testimonio de una Fe que le llevó a dar lo mejor de sí para bien de un pueblo.

Leerle es mucho más fácil que escucharle, y leerle después de que ha realizado su obra resulta clarísimo y aleccionador. Se le entiende todo.

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

# Personaje y magisterio de Jesucristo. Predicación: Jesucristo Dios

## Índice

1. Jesucristo, legado divino. Domingo III de Pascua
2. ¿Qué os parece a vosotros de Cristo?. Domingo IV de Pascua
3. Creo en Jesucristo, Hijo único de Dios. Domingo V
4. El Padre y Yo somos una misma cosa. Domingo Infraoctava de la Ascensión
5. Profecías de Jesús. Domingo II de Pentecostés
6. Destrucción de Jerusalén. Domingo III de Pentecostés
7. Si no me creéis a Mí creed a mis obras. Domingo IV de Pentecostés
8. Milagros de Jesús. Domingo de la Santísima Trinidad
9. Sus contemporáneos creían que El era Dios. Domingo V de Pentecostés
10. ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?. Domingo VIII después de Pentecostés
11. Jesús reina en los corazones. Domingo IX después de Pentecostés
12. Jesús quiere que le amemos. Domingo X después de Pentecostés
13. Jesús signo de contradicción. Domingo XI después de Pentecostés

## Jesucristo, legado divino. Domingo III de Pascua

Amadísimos fieles:

Cerrando el breve paréntesis que abrí el primer domingo de Cuaresma para hablaros del Sacramento de la Penitencia, hoy me es grato volver al tema que os venía desarrollando desde este mismo lugar mi antecesor, aunque no lo he de hacer con la maestría que él sabía. Si mal no recuerdo, os estuvo hablando de Jesucristo y, fijándose más bien en los rasgos humanos de la persona de Jesucristo, os lo proponía como modelo de bondad, de rectitud, de nobleza, de generosidad, de delicadeza. En unas breves pláticas voy a exponeros yo el otro aspecto de la persona de Jesucristo: su divinidad, su magisterio, su ministerio, su obra de Redención, que perdura a través de la Iglesia, que es una prolongación de la vida de Cristo sobre la tierra, mejor dicho una proyección de su persona; y después de que brevemente exponga este otro aspecto de la persona de Cristo, pienso extenderme más sobre la naturaleza de la Iglesia como encarnación del Cristianismo que en ella se organiza y vive y por ella se desarrolla en el tiempo.

Y al tratar de estos temas no tengo ninguna pretensión apologética y por eso más que argumentación será una exposición lo que voy a hacer. La mejor defensa de Jesucristo y de la Iglesia es presentarlos tal cual son.

A Jesucristo y a la Iglesia se les desdeña, bien porque no se les conoce y en este caso para que se les ame hasta hacerlos conocer, o porque no se les quiere amar. El mal no proviene de la inteligencia, de las exigencias insatisfechas de nuestra razón - ordinariamente-, sino de la voluntad que anda a remolque cuando se trata de creer, y más cuando se trata de manifestarse en la vida conforme a las exigencias de ese Credo y por ello la única postura disimulada y racional, o digna, parece ser el decir que no se cree. Como a nosotros no nos interesan esta clase de personas (a nadie le queremos obligar a creer contra su voluntad, esa voluntad que nunca está al alcance del ajeno) y, por otra parte, yo me supongo que en este auditorio no hay gente que haya llegado al colmo de esa perficia, me limitará a hacer una exposición dogmático-histórica de estos puntos.

Y me parece que -aunque siempre lo ha sido- hoy es más oportuno que nunca hablar de Cristo como legado divino, como Dios que tiene derecho a exigir la sumisión de nuestra razón, de Dios como Maestro que nos enseña la verdad en medio de esta confusión de ideas, de Dios Redentor y Salvador en esta época en la que se quiere buscar la salvación del mundo y la felicidad por otros derroteros que no son los de Cristo, de Dios Restaurador del orden sobrenatural, cuando hasta los mismos que hacemos profesión de Cristianos tan fácilmente olvidamos las exigencias de esa vida que se nos comunica en el bautismo, de esa vida que exige nuestra conciencia de cristianos y, por último, de Dios que instituye la Iglesia, que es el Reino de Dios sobre la tierra, sino universal al que pertenecemos y como cuyos miembros estamos comprometidos a ciertas deberes, a ciertas obligaciones, que las descuidamos.



Pero no solamente es oportuno, sino que es necesario hablar hoy a los hombres de Cristo Dios, a quien debemos creer, a quien debemos seguir. Si la gran aberración de la humanidad -que la está pagando muy cara- ha sido el que, haciendo caso de los gritos de la falsa ciencia y secundando los impulsos de las pasiones siempre despiertas, haya apostatado de Cristo, el ridículo, el absurdo de hoy es que esos mismos hombres crean, se entreguen tan fácilmente a otros hombres. Este es un fenómeno curioso de nuestro siglo. La fe en Dios ha sido suplantada por la fe en los hombres, la fe en el hombre. La sumisión a Dios por la sumisión ciega e irracional al hombre. Y únicamente por esta fe que los hombres han puesto en otros hombres es posible el caso que se da hoy de que un hombre, que se ha erigido en autoridad y más que en autoridad en Dios, disponga de las conciencias, de las vidas, del derecho y de la justicia a su antojo y capricho. ¿Qué ha pasado?.

Sencillamente que ha sido tal el empeño que los adversarios de Cristo han puesto para arrojarle de las almas, de los corazones de los hombres, que efectivamente han conseguido en parte su objetivo. Es verdad que Cristo dijo que los príncipes de las tinieblas no prevalecerían contra los hijos de la luz, contra el Reino de Dios -y así lo creemos firmemente-, pero no quiso decir que los príncipes de las tinieblas no hablan de tener sus victorias parciales. La actual apostasía de las masas y de los pueblos es sin duda una de esas victorias momentáneas del príncipe de las tinieblas, que ha logrado desplazar de muchos pechos la fe en Cristo. Tanto se ha repetido que la fe es una cosa irracional, tanto se ha procurado ridiculizar al hombre que en un gesto de sinceridad, en un alarde de nobleza y cediendo a las exigencias de una lógica irrefutable, creía en ese Hombre Dios, a quien nos muestran unos documentos históricos auténticos, genuinos y sinceros, variando y disponiendo a su antojo de las leyes naturales y de las fuerzas ciegas de la naturaleza, como Dueño y Señor de la vida y de la muerte, tanto se ha insistido que el hombre movido por esas falsas sirenas, el hombre creyendo que estaba haciendo el ridículo, ha abandonado esa su postura y se ha hecho la idea de que, libre ya de una pesadilla, que eran ese conjunto de preceptos, obligaciones que le imponía su fe en Cristo, es libre y puede gozar de esa libertad en un mundo a su vez libre y alegre. Pero la realidad pronto se ha encargado de desvanecer estas ilusiones. Se suele decir que Dios cura al mal con el mal y aquí parece ser éste el camino escogido por la Divina Providencia.

Esas masas, esos pueblos de cuyos pechos ha sido desplazada la fe, o al menos entibiada, han terminado creyendo en unos hombres mortales, muchas veces inflados de soberbia y ambición, en unos fetiches, y hemos llegado a una sociedad en la que la única norma de conducta -lo dice el Papa en su primera Encíclica- es la ambición de unos cuantos, o de uno solo, en la que el derecho no tiene más límites que la utilidad, la conveniencia. Y aquí tenéis, queridos fieles, a los hombres que buscaban su libertad e independencia confundidos en esas masas uniformes que únicamente saben moverse a un mismo son y a merced de los caprichos o de la ambición y soberbia sin medida de unos cuantos presuntuosos salvadores, que quieren ser idolatrados, adorados. Y en todas las épocas de la historia éste ha sido el proceso de la humanidad: cuando ha abandonado a Dios, cuando ha dejado a Dios, ha caído en una esclavitud odiosa, porque se ha entregado al hombre, que aunque haga alarde de piedad, justicia y desinterés, estas virtudes no pasan de palabras y la crueldad, la injusticia y el interés o el egoísmo sumen a la humanidad en esos ríos de sangre y venganza que hoy nos asustan. Casos típicos de esto nos ofrece la historia del pueblo hebreo. Cuando se olvidan de Dios adoran al becerro de oro, idénticamente a lo que ocurre hoy, que todo se sacrifica en aras de esa ambición sin medida por el oro.

Por eso es necesario hoy hablar de Cristo, de Cristo único Salvador de la Humanidad. Es necesario hoy que los hombres vuelvan los ojos a ese Cristo, cuyo triunfo, cuya victoria, comienza en el Sepulcro, en la tumba, de la que sale victorioso cuando otros hombres que ha habido en la Historia han acabado su carrera de triunfos y aclamaciones precisamente en

la tumba. Es necesario hablar de Cristo y hacer de la vida cristiana una mística, un acto de inmolación. Por eso es necesario hablar de la Iglesia, que es esa victoria de Cristo, de la Iglesia que en su Historia reproduce fielmente la historia de la vida de Cristo, de esa Iglesia que después de todas las catástrofes, después de que los reinos y los imperios han quedado destrozados, después de que ha dado sepultura a sus adversarios, ha aparecido cual arca de Noé, flotando sobre esas aguas que llevan envuelta, mezclada, tanta sangre, tanto despojo humano.

Pero no es ese el único curioso fenómeno de nuestros días. Hay también otra observación curiosa que hacer en torno a la persona de Cristo y a su Historia. El ataque furioso contra la persona de Cristo, contra su divinidad, lo iniciaron los Enciclopedistas del siglo XVIII. No es que antes no hubiera quien se atreviera a tanto, pero los que hubo no merecieron ser tomados en consideración. Estos Enciclopedistas arremetieron con toda su furia satánica contra la persona de Cristo y aun cuando no se atrevieron a negar sistemáticamente su historicidad, trataron de desacreditarle y se atrevieron a calificarle unas veces de fanático ignorante, otras de embaucador, impostor, e incluso de demente. Hasta ese colmo llegó el odio de esa gente a la persona de Cristo. Sus discípulos posteriores no tuvieron más remedio que ceder en estos ataques, porque no hay quien pueda regatear a ese Cristo que aparece en el Evangelio, que es un documento histórico de primer orden, la nobleza, la generosidad, la sinceridad, la rectitud que embelesa su persona. Y hoy, desde el siglo pasado, los mismos adversarios y racionalistas reconocen en Cristo una honestidad, una generosidad, una rectitud, una sinceridad, una limpieza de alma y una nobleza extraordinarias, ante las cuales se extasían y no se cansan de ponderarlas. Cristo es un hombre histórico que se ha captado las simpatías de todos, un hombre histórico ante cuyos ejemplos de virtud tenemos que admirarnos. "Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son de un Dios" exclama Rousseau, aunque no tenga la sinceridad de declarar que sea Dios. "El Cristo -dice Strauss- no podría tener sucesor que le aventajase, ni siquiera que le pudiese alcanzar, después de El y por El el mismo grado de vida religiosa. Jamás en tiempo alguno será posible subir más alto que El, ni imaginarse nadie que le sea siquiera igual. Hasta Renan, el gran difamador de Jesucristo en el siglo XIX, afirma de Jesús que "no solamente es grande y puro, un genio portentoso, un alma lírica, un artista incomparable, sino también el hombre a quien la conciencia universal ha decretado el título de Hijo de Dios; el fundador de los derechos de la conciencia libre, el modelo cumplido que meditarán para fortalecerse y consolarse todas las almas dolientes; la más alta cumbre de la grandeza humana, el fundador de este alto espiritualismo que durante siglos ha llenado las almas de alegría a través de este valle de lágrimas; nuestro gran Maestro a quien somos deudores de lo mejor que interiormente tenemos. Podríamos aducir muchísimos testimonios de racionalistas que no se cansan de ponderar las dotes, las virtudes excepcionales de Cristo. Pero no pasan de ahí. Se resisten a reconocerle como Dios. Es el último paso que les queda por dar, el decisivo, pues o Cristo es Dios, y en este caso hay que admitir una serie de consecuencias, o Cristo no pasa de ser un hombre, por digno, honrado, excepcional que se le suponga, y en este caso nos excusamos de someternos a su doctrina, a los deberes que emanan de la misma. Y lo que temen esos hombres es esto, atenerse a las doctrinas y a las obligaciones que emanan de esa doctrina.

Es tal la fuerza de los argumentos históricos, es tan grande la luz que irradia Cristo en su vida y en sus obras, que a pesar suyo se ven obligados a admitir en El algo que no es común, algo que sobrepasa de lo ordinario, que si fueran sinceros les haría exclamar como a Napoleón, que confesó en un momento de sinceridad: "Conozco a los hombres, y declaro que Jesucristo no es simplemente un hombre, sino un Dios".

Del conocimiento de los hombres cabe elevarse al conocimiento de la divinidad de Cristo. El hombre alcanza una estatura media, tanto en lo físico como en lo intelectual, en lo artístico como en la moral. Por encima de esa estatura media en lo físico tendremos los gigantes, en lo

intelectual los sabios, en lo artístico los genios y en lo moral los héroes y los santos. Aun entre los sabios, entre los gigantes, entre los genios, los héroes y los Santos cabe señalar un tope, jamás sobrepasado por los hombres. A Jesucristo le tenemos por encima de esos cambios, de esos genios, de esos héroes y de esos Santos. ¿Qué sabio ha habido que se haya atrevido a imponer al mundo una doctrina diciendo que son dichosos los que no vieron y creyeron y que malditos los que no le creyeron?. ¿Qué héroe ha habido que se haya lanzado a semejante aventura cual es la de conquistar el mundo, conquistar el amor y el cariño de los hombres, mediante los simples apóstoles, que en menos de tres siglos conquistan para Cristo el Imperio Romano, de un confín a otro?. El no abre una escuela ni predica a un pueblo; funda una religión completamente nueva, que derriba las cátedras de los sofistas y los altares de los ídolos de todo el universo. Aspira nada menos que a cambiar radicalmente el mundo, a cimentar sobre nuevas bases la humanidad entera, que, puesto que la religión no es mero accidente de la vida, ni una simple determinación histórica de la sociedad, sino algo que se roza con todo, que llega hasta las fibras más íntimas del corazón, algo que transforma los elementos esenciales de que depende la trama espiritual de las razas y psicología interna de los pueblos, el fundamento en que estriba la sociedad y la historia. Tales pretensiones no caben en los cálculos humanos. Jesucristo se distingue de los sabios en que concibe y obra como Dios.

## ¿Qué os parece a vosotros Cristo?. IV Domingo de Pascua

Amadísimos fieles:

El domingo pasado al renovar estas pláticas sobre la persona de Jesucristo, tuvimos la curiosidad de indagar de las generaciones que nos han precedido, de los hombres que hacen profesión de sabios, qué les parecía de la persona de Cristo. Y dirigiéndonos a ellos les hacíamos la misma pregunta que Cristo les hiciera a los fariseos y escribas, "¿qué os parece a vosotros de Cristo?". Y vimos que después de diez y ocho siglos que hacía que Jesucristo había sido crucificado, acusado de impostor y blasfemo por los fariseos, se levantaban en nombre de la ciencia los mismos gritos contra su persona, y así los enciclopedistas del siglo XVIII sistemáticamente tratan de desacreditarle, calificándole de ignorante, de impostor y de agitador. Pero sus discípulos -decíamos- han tenido que rectificar los juicios sobre la persona de Cristo e indicamos cómo los racionalistas del siglo pasado y los intelectuales de nuestro siglo convienen casi unánimemente en reconocer en Cristo una personalidad destacada, la más influyente sin duda de cuantas aparecen en la Historia universal; no pueden menos de admirar y exaltar las virtudes que la adornan y si bien no se deciden a circundarle con la aureola de la divinidad, tampoco pueden menos de reconocerle en los destinos de la Humanidad un lugar preeminente y una grandeza sobrehumana.

Y esta nueva actitud que frente a su persona acaban de tomar los intelectuales y sabios de fines del siglo pasado y principios del nuestro, ha trascendido a las masas, a los pueblos, se ha incorporado a estas nuevas corrientes de opinión, a nuestro siglo de luchas, de partidos, de orientaciones espirituales de la humanidad, y resulta que cada una de esas fracciones, cada uno de esos grupos quieren tenerle por suyo, y hoy no solamente los sabios, sino las masas, los partidos en lucha, tienen a gala contar a Cristo en su bando. Y, cuántas cosas llegan a decir de Cristo todos esos que no se atreven a pronunciar la palabra decisiva: *fué Dios*. Obligados todos los hombres a dar una respuesta a aquella pregunta cuyo eco parece vibrar en todos los rincones del mundo y en todas las épocas de la Historia -¿qué os parece a vosotros de Cristo?"- lo pasmoso cuando se trata de Cristo es que no se le puede suprimir, que no es posible desentenderse de El, que no hay manera de pasar de su lado de una manera indiferente: todos y cada uno de ellos se ven obligados a tomar posiciones respecto de Cristo, o de alistarse bajo su bandera o de rebelarse contra El, o bendecirle u odiarle, ser dichoso con El o perderse sin El -repito que obligados todos a dar una respuesta a esa pregunta- hoy nos dicen esas masas que Cristo *fué un revolucionario ... que Cristo fué un socialista ... que Cristo fué un comunista ... que fué profeta ... que fué el hombre más sabio que vivió jamás en la tierra ... el hombre más ideal ... el gran maestro ...*

Todo ésto hemos oído y todo ésto se sigue propalando. En esta época de luchas sociales, en esta época de renovación, tiene su parte de verdad, su razón de ser el decir que Cristo fué un revolucionario. Resulta indudable que Cristo empieza un orden de cosas completamente nuevo. Basta ver cómo pensaba ese mundo antes de Cristo, respecto del matrimonio, del problema del mal, de los hijos, del trabajo, del amor ... y qué enseñó Cristo tocante a esos puntos.

En el mundo pagano se cambiaba de mujeres como de vestidos. En el mundo pagano el padre podía entregar los hijos a la muerte, según su antojo. El mundo pagano no reconocía orfanatos, asilos de pobres, hospitales. El señor pagano podía mandar que se arrojasen esclavos en sus piscinas por el mero placer de verlos ahogar y ser comida de los peces. En el mundo pagano regía la ley del más fuerte ... y Cristo, por el mero hecho de haber puesto fin a ese estado de cosas fué un revolucionario, aunque no en la manera de poner fin a todo eso, pues lo hizo inculcando el amor, el respeto mutuo y la sumisión a la autoridad, quien quiera que la represente o la personifique. Cristo, prototipo del hombre nuevo, quiso transformar el mundo antiguo; pero no se propuso hacerlo saltar con violencia, sino cambiarlo en el interior, transformar el espíritu del hombre. "La doctrina de Cristo no es dinamita que destroza y devasta -nos dice un autor- sino levadura que hace fermentar y vivifica". Cristo no intenta para hacer crear una Humanidad dichosa hacer explotar el antiguo orden económico y social, sino perfeccionar al hombre, ennoblecerlo, y así el hombre mismo establecerá un orden social más digno y justo.

"Cristo fué un revolucionario -os diré con un escritor reconocidísimo- como pudiera serlo el rayo del sol primaveral, que hace brotar una vida pujante del seno cadavérico de la naturaleza invernal".

Llegan otros ecos que nos dicen que Cristo fué el primer comunista y se ha escrito mucho en estos años, sobre todo en el extranjero, para presentar a Cristo como propugnador de un colectivismo amargo a los primitivos cristianos, como propugnador de la primera comunidad comunista.

Se ha tratado de presentar el evangelio como la constitución fundamental e inicial de un nuevo orden social, presagio del actual de colectivización de todo, que es el polo opuesto del existente en aquel imperio romano, cuyo concepto fundamental acerca de la propiedad privada -derecho de uso y abuso- no puede darlo por bueno Cristo y la comunidad cristiana, que no autoriza el lujo irritante de los ricos ni el abuso estéril sin obligación ninguna de la propiedad privada, si bien tampoco la deroga, y mantenía en vigor el séptimo y décimo mandamiento que defiende la propiedad privada.

El predicaba: "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia". El aconsejó al joven acaudalado que distribuyera su fortuna entre los pobres. El hizo constar con expresión de dolor cuán difícil resulta para el rico entrar en el reino de los cielos y en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro nos presenta el primer condenado por no haber tenido entrañas de misericordia con el pobre. En resumidas cuentas, Cristo fué un comunista si por comunista se entiende "parte tu pan con el hambriento, y a los pobres y a los que no tienen hogar acógelos", o si manda que quien tenga dos abrigos dé uno al otro que no tiene ninguno ... pero no mandó que se le despojara a otro de su abrigo, ni que se podía penetrar en casa ajena y robar pan de otro ... antes bien sancionó el precepto natural de no violar los derechos del otro.

Cristo es -nos dirán otros- el hombre más sabio, más artista, más héroe, pues se deja matar siguiendo los dictados de su conciencia mesiánica, el más santo de cuantos santos ha habido. ¿Qué sabiduría humana hay comparable a la de Cristo que conoce los secretos más íntimos del corazón -el caso de Juda o de la Samaritana- que penetra esas zonas que nos están vedadas del porvenir y lo escudriña?. Pero qué sabiduría la suya que pretende la captación, el respeto y la veneración de los hombres pregonando dichoso y bienaventurado al que no vió y creyó. ¿O qué héroe ha habido que se haya lanzado a conquistar el mundo con doce simples

pescadores, ignorantes y cobardes, y haya realizado otra gesta comparable a la Evangelización del mundo entonces conocido en tres siglos, con unos elementos más inútiles, humanamente hablando, como lo eran los apóstoles?. Napoleón necesitó su presencia, su mirada y su palabra para fascinar y electrizar las masas de soldados que le escuchaban, y ¿cuál es la virtud, la fuerza secreta de Cristo y de su palabra, que siglos después de su muerte sigue despertando los mismos arrebatos, los mismos entusiasmos que arrancara de aquellas masas que le seguían y le querían proclamar Rey, y hoy reina en las almas y en los corazones?. ¿Y qué santo ha habido que se haya podido encarar con su conciencia y repetir como Cristo, en aquellos momentos de sinceridad, en aquella solemne ocasión delante de sus más acerbos enemigos, de aquéllos que en cada momento le espiaban "quién me puede argüir a Mí de pecado?. Y no es eso solamente. ¿Qué hombre ha tenido jamás la autoridad moral, el ascendiente, el influjo, para decidirse, no solamente a introducir unas modificaciones e introducir en la Historia una nueva corriente de ideas, opiniones o manera de pensar, sino para aspirar a cambiar radicalmente el mundo, a cimentar sobre nuevas bases la humanidad entera?. Puesto que la religión no es mero accidente de la vida, ni simple determinación histórica de la sociedad, sino algo que se roza con todo, que llega hasta las fibras más íntimas del corazón, algo que transforma los elementos esenciales de que depende la trama espiritual de las razas y psicología interna de los pueblos; el fundamento en que estriba la sociedad y la historia. Tales pretensiones no caben en los cálculos humanos. Jesucristo se distingue del resto de los hombres en que concibe y obra como Dios.

A la propuesta "¿qué os parece a vosotros de Cristo?" que hemos lanzado dirigiéndonos a los hombres, a los sabios, a los intelectuales, a los pueblos y a las mismas masas que aun hoy, en nuestros días se enardecen al nombre de Cristo o tienen a gala tenerle como defensor de su programa, sea cual fuere: socialista, comunista o extremista, todos ellos han contestado poniendo a Cristo por encima de las figuras más destacadas de todos los órdenes. Y lo mismo que en aquel primer grupo de los Apóstoles, no hubo una respuesta del todo satisfactoria hasta que habló aquel intrépido Pedro, confesándole, delante de todos, a la vista del mundo, con un arrojo admirable: "Tu es Christus, Filius Dei vivi", "Tú eres Cristo, el hijo de Dios vivo", lo mismo hoy no hemos encontrado una respuesta que explique satisfactoriamente esa grandeza sobrehumana de Cristo que aparece en el Evangelio y que perdura a través de los siglos en su obra que es la Iglesia. Y como entonces Pedro, en el transcurso de la Historia, la Iglesia Católica ha sido la que lo ha pregonado siempre. He dicho siempre que Cristo no es un mero hombre sino Dios. Y así confunde una vez más a los sabios y a los intelectuales, proclamándole Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, en su símbolo que se reza todos los días y muchas veces al día en el Oficio y Misa.

Cristo no es mero hombre -decimos-. Cristo es el hijo de Dios. Dios verdadero. Y admitiendo que Cristo no es mero hombre sino que es Dios, es únicamente como explicaremos el que después de dos mil años que pasó Cristo por el mundo, millones y millones de hombres le abran hoy todavía las puertas de su corazón; y los pecadores se conviertan, los malos se santifican de nuevo y los que luchan con la muerte cobran fuerzas. Es Dios. Porque El lo afirma. ¿Es posible creer sin más ni más, a pie juntillas, una cosa tan inaudita?. No; "sin más ni más" no se puede creer. Pero bien merece crédito el que hace lo que hizo El, y el que tiene un carácter, una vida y una personalidad como El tenía.

Cristo es Dios: lo afirma El mismo. Cristo es Dios; lo pregonan sus hechos. Cristo es Dios; lo prueba su carácter. Cristo es Dios. Lo sabemos por el testimonio de dos mil años. Aquel cuya divinidad confiesan en el transcurso de dos mil años millones y millones de hombres; Aquel por quien se sacrificaron y se sacrifican deseos terrenales, ambiciones, carreras, encumbramiento; Aquel de quien se sacan fuerzas en medio de todas las luchas ... no puede ser uno de tantos hombres ... Cristo es Dios.

"Al oír los domingos el repiqueo de las campanas -ha escrito Nietzsche- preguntamos: ¿Pero es posible?. ¡Todo esto por un judío crucificado hace dos mil años, que afirmó ser Hijo de Dios!. Pero falta la prueba de esta afirmación".

¿Es esto mismo lo que muchas veces inconscientemente nos preguntamos nosotros mismos sin advertir la contradicción en que incurrimos. "Todo esto por un Judío crucificado?... Pero si no hay pruebas en favor de la divinidad de Jesucristo, como Nietzsche decía, ¿no es ya un argumento el repique de las campanas aun después de dos mil años?. ¿Se puede concebir que un mero hombre haya vencido la voracidad del tiempo que todo lo consume y se destaque con majestad sobre el polvo de la Historia que todo lo sepulta?. Cristo es Dios; lo pregonó la Historia.

## Creo en Jesucristo, hijo único de Dios. V Domingo de Pascua

Amadísimos fieles:

¿"Qué os parece a vosotros de Cristo?", preguntábamos el domingo pasado a esas masas, a esos grupos extremistas que parecen amenazar el mundo y nos encontramos con la sorpresa de que aun ellos tienen a gala contar a Cristo en su propio bando. Pero entre todas esas respuestas que nos han ido dando los hombres ninguna encontrábamos que nos pudiera explicar satisfactoriamente el hecho de millones y millones de hombres que aún hoy en nuestros días, dos mil años después que murió Cristo, sigan abriendo de par en par las puertas de sus corazones a Cristo, el que los malos se conviertan, los pecadores se santifiquen y terminábamos diciendo que aquel cuya divinidad confiesan en el transcurso de dos mil años millones y millones de hombres. Aquel por quien se sacrificaron y se sacrifican deseos terrenales, ambiciones, carrera, encumbramiento. Aquel de quien se sacan fuerzas en medio de todas las luchas ... no puede ser uno de tantos hombres ... Cristo es Dios. Y ésta es la verdadera respuesta, que satisface plenamente nuestras dudas, nuestros problemas.

"Creo en Jesucristo, Hijo Unigénito de Dios, ... Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero" hemos de exclamar con la Santa Iglesia que todos los días canta en su Oficio, en su Misa.

Creemos en la divinidad de Cristo, en Jesucristo Dios porque El nos lo dice claramente, lo afirma categóricamente; y se merece nuestro crédito como se merecería cualquiera que hiciera lo que El hizo, cualquiera que tuviera su carácter. Hoy, queridos fieles, vamos a analizar brevemente el valor de este testimonio de Cristo. Antes de proceder adelante creo conveniente advertir que este Jesús que tal cosa afirma de sí no es una figura legendaria, vaga, que se oculta entre sombras de tiempos prehistóricos y vive en sitios desconocidos y fantásticos. Es la realidad histórica, concreta, en tiempos, en lugar, en obras. Nacido en tiempo de Augusto, muerto en el de Tiberio, vive en el mismo tiempo que Filón, que Séneca, que Virgilio. Su vida toda se desenvuelve entre personajes históricos, Poncio Pilato, Herodes, Anas, Caifas ...

Y sus palabras, y sus obras nos han sido transmitidas con tal fidelidad, con tal escrupulosidad, con tal exactitud, que hoy no se puede presentar otro documento de aquella época que tenga a su favor las garantías de veracidad, exactitud y sinceridad que tiene nuestro Evangelio, que aun prescindiendo de su inspiración, merece, el máximo respeto, la máxima credibilidad. Y es ese Evangelio la fuente histórica que tenemos para conocer a Cristo, para conocer su testimonio. La Iglesia siempre ha apelado a los Evangelios en los que se sostiene el testimonio de Cristo sobre sí mismo como la máxima autoridad y he ahí también el empeño, la



actividad, el ardor de los que tenían interés en desmentir la respuesta de la Iglesia, en desvirtuar el valor de los Evangelios como documento histórico. Se relegaban a épocas muy posteriores a las que se decían escritos. Se le concedía una fecha de composición posterior al siglo I y a lo sumo se remontaban a mediados del siglo II. Este fué el grato tiempo de nuestra ciencia racionalista, cuando se iniciaba nuestro estudio. De donde ni sus autores son los que encabezan el título de los Evangelios, pues vivieron mucho antes, ni su contenido es otro que el de la evolución de un ideal hondamente querido por el pueblo cristiano. Si al cabo de treinta, cuarenta años se desfiguran los hechos, máxime cuando hay interés en desfigurarlos, los Evangelios, escritos un siglo después de los hechos, que narran qué contenido histórico pueden tener, qué valor histórico les podemos conceder ... Esto era lo que hace unos años, todavía muy pocos, decían los racionalistas.

Durante estos cincuenta años últimos se han entregado apasionadamente a estudiar, a analizar, a examinar con todo el rigor científico y con los más variados métodos la autenticidad y el origen de esos Evangelios. Y cada año el balance de los resultados a que se ha llegado nos lo representa una gran figura del racionalismo alemán; que exclama: *"Hemos trabajado los racionalistas cincuenta años febriles para sacar sillares macizos que sirvan de pedestal a la Iglesia Católica"*.

Esas investigaciones nos han descubierto un fragmento del manuscrito llamado Muratoriano, por el que consta ciertamente que el año 142 existía un catálogo de libros sagrados y entre ellos están los Evangelios. Esas investigaciones han dado en nuestros días con el Códice Sinaítico que es una copia del texto griego de los Evangelios, que se usó en la Iglesia antes de finalizar el siglo primero. Hoy nos hemos encontrado con traducciones que como la llamada del Peschito es de fines del siglo primero. Y sin descender a otros detalles y testimonios, voy a relataros el testimonio de Hort y Westcott que dicen textualmente y tened presente que son dos críticos textuales los más autorizados.

*"Resulta que entre la cantidad innumerable del códice, versiones y copias de los Evangelios en todo el mundo, aún en la materialidad de las palabras, está fuera de duda la concordancia de siete octavas partes del texto. La última octava parte consiste principalmente en modificaciones en el orden de las palabras o en variantes insignificantes"*.

Espanta, queridos fieles, que a través de tantos copistas y en tantas lenguas, las variantes entre los códices y versiones del mundo todo, no llegan a más de la milésima parte del texto Evangélico. Este testimonio os dará idea de la precisión y exactitud histórica de los documentos que poseemos para estudiar a Cristo, para conocer sus palabras. Por tanto

1. Estos Evangelios fueron escritos en la generación en que se desarrollaron los hechos que narran. Generación que hubiera podido, al leerlos, recusar su contenido, como no exacto y jamás lo hizo.
2. Transparentes y sencillos, no ocultan debilidades y caídas de los Apóstoles ni humillaciones e ignominias de Jesucristo.
3. Están escritos por testigos presenciales, como Mateo y Juan, por Marcos amanuense, secretario como quien dice de Pedro, y Lucas el fidelísimo investigador y crítico relator de lo que narra. Sellados además por el testimonio de los tormentos y del martirio sufrido, por sus autores, son dos Evangelios, según lo da el estudio más crítico científico que de ellos a través de años de investigación han hecho hombres ajenos a su ideario religioso, las fuentes históricas irrecusables que nos ponen con absoluta seguridad científica en contacto con la persona y obra de Jesucristo. Nadie puede dudar de su contenido, con duda prudente y racional.

Veamos quién es Jesucristo en esos documentos, en esas fuentes históricas.

Y realmente Jesucristo se ha manifestado con claridad insuperable. Categóricamente ha dicho Jesucristo quién es ... Estaba anunciada la llegada del legado divino, del Hijo de Dios. En Jesucristo se cumplieron todos los vaticinios, con lo cual estaba designado quien era. Pero ahora, no por los profetas sino El mismo se manifiesta y revela a la humanidad. El hecho central histórico en la vida de Jesucristo, es su afirmación categórica, repetida en privado, en público y ante público tribunal en funciones, que El era el Hijo de Dios. Y recordad aquí antes de pasar adelante, que los mismos enemigos de Cristo tienen que reconocer hoy en El una sinceridad inconfundible, una rectitud y una veracidad jamás desmentidas.

Abrid el Evangelio. Fijémonos en el capítulo IX de San Juan. Cristo temiendo ser apedreado por los escribas y los fariseos a quienes en un patio del templo acaba de decirles que antes que existiera Abraham existía El, se esconde y luego sale del templo y al pasar por una de las puertas del templo donde solían reunirse los mendigos, lisiados y enfermos para pedir una limosna a los transeúntes, cura a un ciegucecito de nacimiento y le pregunta: ¿Crees tú en el Hijo de Dios?. El respondió y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en EL?. Le has visto (hacía solamente un momento que podía verlo) y el que habla contigo ese mismo es.

En particular, al ciego como a la Samaritana, se revela el Hijo de Dios. Jesucristo no hace distinción de almas. Así un día hablaba con una pobre mujer de Samaria, mujer descarriada, a quien encontró Jesucristo y le tocó el corazón. El año 722 antes de Jesucristo se habían separado los Samaritanos de los Judíos y los Samaritanos se llevaron las profecías y las conservaban. Por eso que la Samaritana le dice a Jesús *"Ya sé que viene el Mesías, el que llaman Cristo, Cuando El venga nos enseñará todo"*. Entonces le dijo Jesús solemnemente: *"Yo soy, el mismo, que habla contigo"*. La samaritana sobrecogida, echándose en tierra le adora. Que escena, queridos fieles, Cristo ante aquella mujer perdida a la que se revela como Dios y de la que es adorado. Esas dos declaraciones ha hecho; en privado.

El mismo San Juan en el capítulo X nos relata una confesión admirable de Cristo delante de la muchedumbre. Es el mes de Diciembre en el que se celebra la fiesta de la Dedicación del templo que dura ocho días y con una inusitada solemnidad. Paséase Jesús en el pórtico de Salomón, rodeánle los judíos y le preguntan expresamente: ¿"Hasta cuándo nos ha de traer perplejos? Si tú eres el Cristo, dínoslo." Hacían la pregunta para hallar ocasión de acusar a Jesús. Porque si los decía sin ambages "Yo soy el Cristo" podían entregar a los romanos a la sazón dueños de Judea, como enemigo de su Soberanía, pues el Mesías, el Cristo que ellos esperaban era un Rey temporal y ésto lo sabían los romanos. Y si no decía "Yo soy El Cristo" estaba justificada su incredulidad. Cristo desbarata sus intrigas y sin decirles lo que esperaban oír, les hace oír lo que les obliga a creer y les da a entender con suficiente claridad quién sea. Lo hace con tal energía que a falta de razones echan mano de las piedras.

"El Padre y yo somos una misma cosa" Y bien que lo entendieron que echaron mano de las piedras para apedrearle. "Muchas obras buenas ha hecho -añade Jesús ¿por cual de ellas - me queréis apedrear?" "No te apedreamos por tus buenas obras sino por la blasfemia; porque siendo tú un simple hombre, te haces Dios".

¿Queréis más testimonios?. No necesitamos revolver mucho el Evangelio para encontrar otros testimonios evidentes. Acaba de curar en la piscina, llamada probática, a un hombre que llevaba 38 años de enfermedad; era sábado, día profanado el sábado. Jesús se defiende equiparándose a su Padre que es quien ha instituido el sábado. Los escribas, y los fariseos le quisieron matar porque decía "Que su Padre era Dios, haciéndose igual a Dios".

¿Pero para qué ir buscando más testimonios?. Toda su vida pública es un atestiguar su filiación divina y un testimoniar con pruebas sus afirmaciones. Y ante el público tribunal, en el momento más solemne de su vida, le conjura el Sumo Sacerdote en nombre de Dios vivo, que de una vez diga claramente ¿"Tu eres el Cristo Hijo de Dios bendito"?.

Con la misma claridad que durante su predicción evangélica, lleno de majestad y dominio, aunque maniatado, responde ante el Supremo Tribunal Eclesiástico, categóricamente, terminantemente, lacónicamente, para no confundir en el fárrago de la palabra. Ego sum. Yo soy. Y porque reiteró categóricamente su filiación divina, por eso precisamente le condenaron a muerte. "Nosotros tenemos ley, y según la ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios". Bien terminante, bien categóricamente es ante la historia la reiterada afirmación de Jesucristo, de que El es Hijo de Dios.

Y si histórica es la afirmación de su divinidad, los documentos que tenemos en favor de su historicidad son irrefutables, son también históricas las pruebas que Jesucristo adujo para demostrarla. Motivos tenía Jesucristo, por su rectitud, por su santidad, por su verdad, por todo lo que habían dicho los profetas, que lo podían ver cumplido en él, para que se le creyese. ¿Cómo no?.

Ese Jesucristo, ese dijo que sí, que Dios Padre y El eran una misma cosa, que El era el Hijo de Dios, que antes de Abraham El tenía existencia, que Abraham deseó ver su día, que El era mayor que Salomón, que el que no dejase a los Padres y a cuanto tuviese por El, no entrará en el reino de los cielos, que a juzgar a la Humanidad entera... ese Jesús está loco o es Dios, exclamó un impío.

Esto lo dijo repetidas veces aseverante, exigiendo que se le creyese. Lo dijo en privado y en público. Lo dijo con tal claridad y tan categóricamente que por decirlo le llevaron al patíbulo.

Y si Jesucristo, no era el Hijo de Dios ...

## El Padre y Yo somos una misma cosa. Domingo Infraoctava de la Ascensión

Amadísimos fieles:

Dijimos que Cristo había declarado terminantemente, categóricamente quién era, tanto en privado como en público. Estábamos recordando algunas de las escenas más clásicas y como modelos de la manifestación de su divinidad, citamos el diálogo con el ciego de nacimiento después de su curación y la revelación hecha a la samaritana, junto al histórico pozo de Jacob. Y quedamos hablando de una de las manifestaciones más expresivas de Cristo, hecha en presencia de sus rivales, los fariseos y escribas; aquélla que hizo en el patio de Salomón a los fariseos y escribas que se le acercaron rogándole les sacara de la duda diciéndoles de una vez, terminantemente, si El era el Cristo. Y desbaratando sus planes, les dice Cristo: *"El Padre y yo somos una misma cosa"*. Y bien que le entendieron, que echaron mano de las piedras para apedrearlo *"por la blasfemia, porque siendo un simple hombre se hace Dios"*.

Otro lugar del Evangelio donde aparece también terminantemente declarando su divinidad es cuando los judíos le acusan de que cura a los enfermos en sábado (acababa de curar al paralítico que llevaba 38 años de enfermedad y en espera de ser curado en la piscina llamada probática) y Jesús les responde: *"Mi Padre está obrando hoy como siempre; justo es que yo haga otro tanto"*. También esta vez entienden los judíos el enorme alcance de las palabras de Jesús, puesto que, según añade el Evangelista (Jo.V.17) *"tramaron con mayor empeño quitarlo la vida, porque no solamente violaba el sábado, sino que decía que era Dios su Padre, haciéndose igual a Dios"*. No arredran a Jesús tan criminales intentos, antes ratificándose en sus solemnes afirmaciones, añade: *"Todo lo que hace el Padre lo hace igualmente el Hijo. Y es que como el Padre ama al Hijo, le comunica todas las cosas que hace. Pues así como el Padre resucita los muertos y les da vida, así del mismo modo el Hijo da vida a los que quiere. Ni el Padre juzga a nadie, sino que todo el poder de juzgar le dió al Hijo"*. (Jo.V.33). Imposible parece que Jesucristo pueda hablar con mayor claridad, atribuyéndose la omnipotencia del Padre.

Y es que todo cuanto posee el Padre le pertenece a El con idéntico derecho. *"Todo lo que tiene el Padre -dice a los Apóstoles- es mío"*. Es que como le hemos oído en otra ocasión "el Padre y El son una misma cosa".

Pero, ¿para qué ir buscando más testimonios?". Toda su vida pública es un atestiguar su filiación divina y un testimoniar con pruebas sus afirmaciones. Y ante público tribunal, ante el Supremo Tribunal religioso de los Judíos, ante aquel Sanedrin de 70 venerables ancianos, en el momento más solemne de su vida, declara una vez más su divinidad. El Príncipe de los

Sacerdotes le conjura que en el nombre de Dios vivo diga si El es el Hijo de Dios vivo. Y Jesucristo, con una gravedad inalterable, con una entereza indomable, con dominio y majestad imponentes, categóricamente, lacónicamente "Ego sum", Yo soy, le contesta. Y porque reiteró su filiación divina, por eso precisamente le condenaron a muerte. *"Nosotros tenemos ley, -dicen- y según esa ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios"*. Ahí tenéis, queridos fieles, unas cuantas afirmaciones expresas, terminantes, reiteradas de Jesucristo, afirmando su divinidad. Y sin pasar adelante, vamos a reflexionar un momento ante este hecho irrecusable de la afirmación de su divinidad.

Es apurada la situación de los críticos racionalistas ante estos testimonios tan solemnes, de Cristo. No encuentran el modo de rechazarlos. No se atreven a decir Que Jesús sea un impostor, porque la grandeza moral del Salvador les subyuga. Tienen que reconocer que Jesucristo era la inteligencia más sublime y profunda, lo más equilibrado y armónico que ha existido y puede existir. La persona de moral más pura y elevada, que fué la rectitud llena de luz y de verdad. Luego no fué un embaucador y un impostor. Todo esto conceden hoy nuestros adversarios, todos ellos reconocen en Cristo esas grandes cualidades que le elevan. Ahora bien, históricamente comprobamos que ese Cristo dijo de Sí que Dios Padre y El eran una misma cosa, que El era el Hijo de Dios, que antes de Abraham ya El tenía existencia, que el que no dejase a los padres y a cuanto tuviese por El, no entraría en el reino de los cielos, que El tenía todo poder en el cielo y en la tierra, que El vendría en el día final a juzgar a la humanidad entera ... Lo dijo, lo dijo todo eso repetidas veces, aseverante, exigiendo que se le creyese; lo dijo en privado y en público y ante público tribunal ... y tan claramente que por haberlo dicho le llevaron al patíbulo ...

Y si no era el Hijo de Dios, si no era anterior a Abraham, ni poseedor de todo poder en el cielo y en la tierra, si no era el Juez de la Humanidad, y se lo creyó ¿Jesucristo fué, queridos fieles, un infeliz iluso, delirante, que no podía merecer la atención de nadie, ni podía haber despertado aquellos entusiasmos que despertara en el pueblo, que no podía originar aquellas corrientes de simpatía y adhesión a su persona y a su doctrina?. Y si es que no se lo creyera, sino que, sabiendo El que no era el Hijo de Dios, ni nada de cuanto afirmó, y lo afirmó, amedrentando con la condenación eterna a quien no le creyese, ¿Jesucristo fué un refinado embaucador, un impostor. O era Dios, como afirmaba el mismo o era un enfermo mental ... un infeliz delirante ... y Quién hay que se atreva a semejante cosa ante la figura de Jesucristo en el Evangelio y ante su obra gigantesca. ... o en último término, un embaucador, un impostor, un falsario, que nos engañó ... Cabe que nos haya podido engañar, cabe que les pudiera engañar?.

En los Evangelios hay una cosa que a la afirmación de Jesucristo sobre su Procedencia, origen y naturaleza le da consistencia, le da credibilidad, y la hace inconfundible, infalible, aparte de su carácter, aparte de su rectitud, de su sinceridad reconocida hoy universalmente. Son sus obras. Y tan históricas como la afirmación son las pruebas que Jesucristo adujo para demostrarlas. Motivos tenía Jesucristo, por todo lo que se veía en su persona de santidad y de verdad, por todo lo que los profetas habían predicho del Mesías, que lo podían ver cumplido en El, para que se le creyese. Pero *"si mihi non vultis credere, si a mí no me queréis creer"*, decía a sus adversarios, *"operibus credite, creed a mis obras"*. (Jo.10. 30).

Al fin y al cabo, un falso profeta podría pretender hacerse pasar como Hijo de Dios; cualquier pretendiente al trono de los Judíos, cualquier hombre de fantasía exaltada hubiera podido decir lo mismo. Pero no solamente afirmarlo, sino obrar también como obra Dios; ésto no ha podido hacer nadie, sino quien de veras era el Hijo de Dios. Ahora recurrimos a esas obras de Cristo, llenas de realidad, inconfundibles, infalsificables. Justo es que el entendimiento humano quiera pruebas de la realidad afirmada por Jesucristo. Sin pruebas no es de hombre razonable creer. Y pedimos pruebas positivas, de las que no podamos razonablemente dudar, de las que no puedan falsificarse. Ahora que, cuando se nos presenten esas pruebas con todo

el rigor crítico posible, no procedes como racional si las recusamos sin razón, por motivos de conveniencia y gusto.

Y nuestro Evangelio nos ofrece pruebas sensibles, tangibles, manifiestas, evidentes, inconfundibles, por su manifiesta superación de las causas naturales, fuera, en absoluto del curso natural y ordinario, llenas de la dignidad y de la más trascendencia. En los cuatro Evangelios se cuentan 41 de estas pruebas, 24 en San Mateo, 22, en San Marcos, 24 en San Lucas, 9 en San Juan; en total distintas, 41, las demás son repetidas. Pruebas que constituyen la sustancia misma de los Evangelios. Pruebas de tal manera distribuidas en los Evangelios, que es en absoluto, en plena crítica científica, imposible interrelación alguna; porque los antecedentes y los consiguientes de esas pruebas -el por qué se hacen esos milagros y la doctrina que con ocasión de ellos explica Jesucristo- son todo el Evangelio. Y todo el Evangelio, en plena crítica, con el criterio científico más riguroso, es un documento histórico de tal valor que, como veíamos por confesión de los mismos no católicos, pero especialistas en la materia, no hay otro libro de la literatura antigua que tenga las garantías, las pruebas, no iguales sino ni muy lejanas, en favor de su historicidad.

No es este lugar apropiado para enumerar con pormenores todos los milagros de Cristo, ni siquiera para destacar los más notables. Leed los Evangelios y los encontrareis a cada paso. Antes de pasar adelante creo oportuno hacer algunas consideraciones sobre su valor probativo.

El mismo Cristo indicó varias veces que sus obras dan testimonio de su divinidad. En cierta ocasión San Juan Bautista envió sus discípulos a Cristo para que les dijera. El sí era en efecto el Mesías que había de venir. Cristo les despidió con la siguiente respuesta: *"Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan"*. En otra ocasión condena el Señor la incredulidad de Corozain y Betsaida, porque a pesar de los milagros que en ellos había obrado seguían obstinados en no creer, en no hacer penitencia.

De las mismas palabras del Señor se echa de ver que al obrar cosas extraordinarias El seguía un plan consciente, prefijado, queriendo probar con ellas su misión divina. Y porque por sus obras quería demostrar su divinidad las hace, no delante de unos cuantos invitados, ni en sesiones de cuartos oscuros, en los que las cortinas no dejan penetrar la luz, ni en medio de una excitación que sacude los nervios, sino en la mayor publicidad, delante de las muchedumbres, a la presencia de sus enemigos, con la mayor naturalidad y espontaneidad.

Y hago esta advertencia, esta observación, porque los enemigos de Jesucristo hace ya dos mil años hacen lo posible por librarse de la fuerza probativa, demasiado manifiesta, de los milagros de Cristo.

Efectivamente, si los milagros son verdaderos, entonces el Cristo era Dios ... No cabe la menor duda. Que los tales milagros se obraron realmente, no hay nadie que se atreva a negarlo. El mismo Rousseau se atrevió a escribir: *"Es tan grande, tan sorprendente, tan inimitable el sello de la verdad que ostentan los Evangelios, que no pueden ser éstos mera invención. Nadie niega los hechos de Sócrates y con todo no son tan ciertos como los de Jesús"*. No pudieron negar los milagros, intentaron entonces explicarlos a su manera, por la sugestión, por la hipnosis, por la transmisión del pensamiento, la clarividencia, el espiritismo, el ocultismo. Podríamos analizar tranquilamente tan chocantes afirmaciones, ya que si entre los milagros de Jesús no encontráramos sino curaciones de enfermos de nervios, si sólo viéramos que habló a los paráliticos y éstos se levantaron ..., entonces acaso las obras de Jesús podrían explicarse por la sugestión; entonces acaso tales afirmaciones tendrían algún fundamento. Pero más útil que detenernos en consideraciones generales es ver de cerca los mismos hechos, los mismos milagros. Recurramos una vez más a esas encantadoras páginas del Evangelio, que uno nunca se cansa de leer, gustar, rumiar ...

*En cierta ocasión Jesucristo levantó los ojos y vió una turba numerosísima que había venido a El, y compadecido de ellos, porque estaban como ovejas sin pastor, los recibió y comenzó a enseñarles. Comenzó a predicarles. Eran muchos, más de cinco mil, sin contar muchedumbre de mujeres y niños ... que le siguieron durante el día sin comer nada. Tal era la fuerza de atracción que ejercía aquel gran Maestro y Predicador, que no se debieron acordar de nada.*

## Profecías de Jesús. II Domingo de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Brevemente os presenté el domingo pasado algunos milagros que Cristo había hecho en confirmación de su testimonio, en confirmación de su divinidad. Admitidos los Evangelios como documentos históricos, hay que admitir los hechos constatados en los mismos. Hoy, decíamos, sostienen unánimemente aun los mismos adversarios que son verdades históricas los hechos narrados en los Evangelios, aunque luego, para eludir las conclusiones que de ellos se derivan, tratan de explicarlos naturalmente y recurren a este objeto a diversas explicaciones y os presentaba unos cuantos hechos de éstos para que vierais cuán absurda o cuán infundada tiene que ser la explicación natural de los mismos. A nosotros la experiencia de cada día nos enseña que cinco mil hombres no se sacian y se hartan sin pan, con la sola sugestión; a nosotros la experiencia de cada día nos enseña que un cuerpo en corrupción, en putrefacción, no es capaz de volver a la vida por sí misma ni por cuantos medios se le puedan aplicar para preservarla de la corrupción a nosotros la ciencia óptica nos enseña que la ceguera de nacimiento implica tal complicación y tantos problemas que no es posible curarla y menos como Cristo curó a aquel pobrecito con aplicar a los ojos un poco de barro y lavarlos. A nosotros la realidad nos enseña que hay todavía hoy, después de veinte siglos de adelantos y progresos científicos, enfermedades incurables, como la lepra, que Cristo la curaba con el poder de su palabra. Ved, pues, cuán poco fundadas tienen que ser cuantas explicaciones naturales se quieran dar a los milagros de Cristo.

Pero entre éstos hay una clase que merece también una atención especial; me refiero a sus profecías, a sus predicciones sobre la suerte futura de las gentes, sobre aquella ciudad deicida, Jerusalén, sobre los mártires, sobre la iglesia que acaba de fundar, sobre sus mismas palabras y hoy vamos a decir algo de estas predicciones proféticas que nos demuestran que Cristo era más que hombre, que Cristo tenía que ser Dios. No se trata de meras conjeturas, ni de enunciados equívocos y vagos e imprecisos, sino de predicciones correctas, concretas en tiempo, en lugar, en acontecimientos; no se trata de presentimientos indefinidos, sino de predicciones contra todo el pensar y la mente de los judíos, tales como la destrucción del Templo, de la ciudad, de la cesación de su religión, la vocación de los gentiles. Predicciones tan categóricas, tan aseverantes, tan múltiples, tan ricas en los más finos detalles, cumplidas con la más fidelísima exactitud y otras por cumplir o cumpliéndose cada día, que nadie que sea hombre serio y de crítica científica puede atreverse a suponer que sean producto del entendimiento humano. Si predecir fenómenos férreamente concatenados, como son los meteorológicos, es un imposible al entendimiento humano, aún a cortos plazos, eso que en Meteorología los fenómenos están contenidos en causas naturales, en causas que los determinan y que actualmente tienen existencia, predecir



donde interviene la voluntad humana que es libre, predecir futuros dependientes del humano querer terminantemente, aseverantemente, con precisión y detalle, hechos concretos en lugar, en tiempo y en personas, a plazos de años, no es posible al entendimiento humano. Esto sólo es propio de Dios, sólo Dios puede ser autor de ello, o aquel a quien Dios le ha comunicado este poder, esta ciencia sobrenatural. Por eso las predicciones de Cristo son un argumento de primer orden para probar su divinidad.

Ahora comprenderéis cuán sabiamente contestó aquel cortesano prusiano a su Rey, Federico el Grande, que en una tertulia preguntó si había un argumento muy corto para probar la verdad de las palabras de Cristo y le dijo, "*Majestad, los judíos*". Con esto quería decir: lo que Jesucristo predijo de ellos, de su humillación, de su dispersión y de su vida aun después de la dispersión, todo se ha realizado al pie de la letra. Las palabras de Cristo se han mostrado completamente verdaderas, las palabras de Cristo se están cumpliendo exactamente, aún en nuestros días, pese a los hombres. El que supo ver así el porvenir tenía que ser más que mero hombre. Esa raza sobre la que recayó la maldición de Cristo es hoy un testimonio viviente de la verdad de Cristo, de su divinidad. No es la fatalidad la que les hace vivir hoy a los judíos, después de veinte siglos de haber recaído sobre ellos la sentencia de Cristo de que "*sucumbirán a filo de espada y serán llevados en cautiverio a todas las naciones* (son palabras textuales de Cristo contenidas en un documento escrito antes del año 60 de nuestra era) y *Jerusalén será hollada de los gentiles*". Les hace vivir en la dispersión sin que hayan podido rehacer su hogar nacional, a pesar de todas las tentativas, a pesar de todas las maniobras políticas, a pesar de todos los empeños puestos por quienes tienen a su alcance aún hoy en día el poder desmentir las palabras de Cristo.

Los judíos no conocieron el día de su visitación y habiendo desechado al verdadero Mesías dejaron de ser el Pueblo de Dios. Ello les acarreó el castigo vaticinado por los profetas y, por último, por Jesucristo, hasta en las menores circunstancias. Proclamaron a César por su único Rey e imprecaron sobre sí mismos y sobre sus hijos la sangre de su verdadero Rey. Desde aquel momento la historia del pueblo judío es una cadena de opresiones de parte de los procuradores romanos, de parcialidad y estrechez en lo religioso y de continua insubordinación y rebeldía en lo político por parte del pueblo abandonado de Dios. Y aquellos que no quisieron conocer al verdadero Mesías a pesar de su santidad, milagros y prodigios, más tarde se echaron en manos de cualquier embustero, de cualquier falso Mesías y falso profeta, con lo cual fueron cayendo en nuevas calamidades y el mal duró entre ellos hasta los últimos días, en que el Templo, como predijo Jesucristo, fué pasto de las llamas.

A la muerte de Jesucristo comenzaron los motines que organizaban las partidas de bandoleros, motines que eran ahogados en sangre por los soldados romanos que eran los instrumentos ciegos escogidos para realizar el plan divino sobre el pueblo judío. El año 66 estalló por fin la guerra judía, la cual después de cuatro años de sangrientas luchas y horribles devastaciones, terminó en todo el país con la destrucción de Jerusalén y la dispersión del pueblo judío, cumpliéndose a la letra aquellas palabras que con lágrimas en los ojos había pronunciado Cristo el día de su entrada triunfal en Jerusalén al acercarse a El: "*Te derribarán a ti y a los hijos tuyos dentro de ti y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que fuiste visitada*", y las que unos días después, el martes santo, profirió cuando, después de haber salido del templo en el que no había de entrar más, camino de Betania, se quedó con sus discípulos contemplando aquel edificio de colosales dimensiones, tan ricamente adornado, tan sólidamente construido (el historiador Flavio Josefo dice que tenía en sus muros bloques de piedra de veinticinco codos de longitud por ocho de altura y doce de anchura y aún hoy subsiste un muro derruido compuesto de enormes piedras al pie de las cuales van los judíos residentes allí a llorar su templo destruido, varias de las cuales tienen cinco y seis metros de longitud) y

les dice *"veis todas estas grandes construcciones? En verdad os dije que vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra"*. Menos de cuarenta años después de esta predicación, después que estas mismas palabras que os he referido estaban escritas y eran conocidas por los cristianos, habíase cumplido ya puntualmente y desde entonces nada que da de aquel suntuoso edificio que parecía hecho para resistir todas las pruebas. Fué una tribulación que no la ha habido desde el principio del mundo, ni la habrá jamás. El sacerdote judío Flavio Josefo, general en jefe de las tropas judías en Galilea y más tarde testigo ocular de todo el curso de la guerra en el séquito de Vespasiano y Tito, nos la ha descrito en todos los pormenores en sus siete libros De Bello Judaico. Con lo cual, sin saberlo ni pretenderlo, nos dejó la prueba escrita del cumplimiento exacto de las palabras del Señor. Ya en el prólogo se queja de la suerte de Jerusalén y dice: *"Entre tantas ciudades sometidas al Imperio Romano no se hallará una que, habiéndose elevado a tan alto grado de honor y de gloria como la nuestra, haya caído en tan espantosa miseria. Todas las desgracias de los siglos me parecen haber sido superadas con mucho por las que alcanzaron a los judíos"*.

Comenzó aquella horrible guerra el año 66. Vespasiano la dirigió hasta el 1 de julio del 69, en que fué nombrado Rey y tuvo que ir a Roma, dejando al frente de las tropas a su hijo Tito. Después de un año de combates encarnizados, el 15 de agosto del año 70 Tito con sus soldados llegó a apoderarse del templo y conquista en breve tiempo el resto de las fortalezas del monte Sión que estaban en poder de los judíos. El templo quedó arrasado por el fuego a pesar de que Tito no lo quería destruir. Según Josefo, más de un millón de hombres pereció en el asedio -nos extrañará la cifra si tenemos en cuenta que comenzó la guerra poco después de que los judíos se habían congregado en Jerusalén para celebrar su Pascua-. El número de prisioneros, según el mismo, elevóse a 97.000; parte fueron enviados a las minas egipcias, parte distribuidos por las provincias para luchar en los anfiteatros, unos contra otros. En un sólo día perecieron 2.500 judíos en los juegos circenses que en honor de Tito organizó la ciudad de Cesárea de Filipo, y en los de Beyruth sucumbió una inmensa muchedumbre. Pero los más fueron vendidos por todo el mundo como esclavos. Tito dispuso finalmente que fuese arrasado cuanto del templo y de la ciudad quedaba y que el arado pasara sobre los escombros. Únicamente exceptué los torreones y una parte de la muralla del occidente con los edificios contiguos, para que sirviera de alojamiento a las tropas que allí habían de quedar y diese testimonio de la firmeza de la ciudad y del valor de los romanos.

## Destrucción de Jerusalén. III Domingo de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Predicciones tan categóricas, tan aseverantes, tan precisas -decíamos- no pueden ser producto del entendimiento humano; ningún hombre serio y de crítica científica puede atreverse a suponer que sean productos del entendimiento humano. Y como Modelo de estas predicciones, de las cuales unas se han realizado, otras se están realizando a través de los siglos, os exponía la referente a la destrucción de Jerusalén que se cumplió exactamente, hasta el último detalle, a los cuarenta años escasos de haberse hecho. Y digo que se cumplió hasta el último detalle, pues se verificaron también, las señales que Cristo las expuso; señales en el cielo, señales en la tierra. Según testimonio de Josefo, que no quiere saber nada de Cristo y sin quererlo ni intentarlo da testimonio de la verdad cristiana, a la ruina de Jerusalén precedieron signos extraordinarios. Durante un año se vió sobre la ciudad un cometa que tenía la forma de una espada. Durante las fiestas de Pascua que se celebraron un poco antes de iniciarse la guerra, una luz resplandeciente durante media hora convirtió en día clarísimo la noche oscura. La puerta oriental del templo que era de bronce y apenas bastaban veinte hombres para abrirla, se abrió de por sí bruscamente. En la fiesta de Pentecostés se oyeron en el templo voces misteriosas, "vámonos de aquí, vámonos de aquí ... " etc... Según el historiador Romano Tacito desde el año 30 hasta el 70 temblores de tierra ha sido señalados en Asia Menor, Acaya, Macedonia, Creta, Italia, etc., y hubo espantosas hambres, como aquella que asoló el mundo entonces conocido durante el reinado de Claudio. Así se cumplió esta profecía relativa a la destrucción de Jerusalén y en aquél momento comienza a cumplirse la relativa a la dispersión de los judíos y su vida de dispersión, su humillación y desprecio. "Serán pasados a filo de espada -miles y miles cayeron atravesados por las espadas de los soldados romanos y por las suyas propias en aquellos juegos circenses que se organizaban a base de los mismos,- serán pasados a filo de espada y serán llevados en cautiverio a todas las naciones" -en este momento partes para todas las provincias a las que son repartidas- en este momento parten y desde entonces, queridos fieles, no han podido volver.

Por eso el pueblo judío, su historia de veinte siglos, su vida en nuestros mismos días es una prueba de la divinidad de Cristo, cuyas palabras no han podido ser desmentidas por las potestades terrenas. Y quiero insistir un poco sobre este hecho, comprobado por veinte siglos de historia. Trece años después de la derrota judía, al pie del Palatinado se erigió un monumento a la victoria de Tito, un monumento en el que en magníficos bajorrelieves se representan algunas escenas de aquella encarnizada lucha, el monumento de la derrota, de la ruina del judaísmo. En él, podríamos también ir esculpiendo otros acontecimientos, otras fechas, que han sido otras victorias sucesivas de Cristo, que si entonces se valió del general romano, después, en el transcurso de los siglos se ha valido también de otros elementos, de otros pueblos, que han

sido instrumentos ciegos que han dado esa perennidad a las palabras de Cristo, que como os he dicho antes, no han podido ser desmentidas. Y cuidado que sería interesante desmentirlas y parece estar en manos de los hombres el comprobar su veracidad, su sobrenaturalidad. Que lo es interesante, no cabe duda; si se lograra desmentir, esta profecía dejaría de ser profecía y habría que decir que Cristo se engañó y nos ha engañado a nosotros que nos hemos basado en sus dichos. Luego no es Dios. Y por otra parte, si algo está en nuestras manos, es ésto el edificar un templo y el volver al hogar o al país propio. Y quién que tenga cierta inquietud por estos problemas, quien que tenga cierta curiosidad por los acontecimientos históricos, no se ha preguntado alguna vez, por qué será que una raza numerosa, un pueblo poderosísimo, muy influyente a través de los siglos en el curso de los acontecimientos históricos, no ha sido capaz de su propio destino, ¿porqué a pesar de su empeño, de su interés, no ha logrado rehacer su hogar patrio y volver al país de sus ensueños, de sus ilusiones, de sus aspiraciones, de su poderío, de su origen?.

No es que no lo hayan intentado. El año 130 el emperador Elio Adriano tuvo la curiosidad de visitar las ruinas de Jerusalén y entonces concibió el propósito de reedificarla, haciendo que la poblasen los colonos romanos, los más de ellos soldados retirados. Al poco tiempo se produjo una insurrección judía dirigida por el falso Mesías llamado Barcoquebas, la más terrible de todas que los romanos la ahogaron en sangre; en ella fueron destruidas 50 plazas fuertes y unas 1.000 poblaciones notables y pasados a cuchillo cerca de 600.000 judíos, siendo aún mucho más los que perecieron por el hambre, de enfermedad y por el fuego; vendidos a precios irrisorios fueron sin número y prohibióseles ir a la ciudad arrasada de Jerusalén bajo pena de muerte, hasta que mediante una suma considerable de dinero consiguieron poder ir a la ciudad una vez al año a llorar las ruinas de la misma.

El año 363 Juliano, el Apóstata, trató vanamente de restaurar el templo judío sin otra pretensión que la de desmentir la profecía de Cristo, que la conocía habiendo sido educado en Constantinopla cristianamente. Fracasó en medio de manifiestos prodigios. Bajo los Emperadores cristianos y debido a que los cristianos sentían una veneración especial por aquellos lugares donde había vivido, predicado, trabajado y sufrido Cristo, veneración que les movía a hacer aquellas peregrinaciones y visitas a los lugares sagrados, Jerusalén de nuevo había adquirido cierto renombre. Juliano llama a su patria a todos los judíos dispersos por el Imperio. Mandó reedificar el templo, por desmentir, como he dicho antes la profecía de Cristo relativa a su destrucción perpetua. Pusiéronse a la obra los judíos con el mayor celo imaginable. Mas como atestiguan los historiadores eclesiásticos antiguos, y en lo esencial también el pagano Amiano Marcelino y el rabino Cuedelias, violentos huracanes desparramaron los materiales dispuestos para la reconstrucción, los rayos destruyeron los instrumentos y máquinas y un terremoto sacudió las piedras que habían quedado en los antiguos fundamentos y derrumbó los edificios contiguos; hubo de abandonarse la Empresa. Al poco tiempo apareció Juliano en la campaña contra los persas, herido por una lanza enemiga y al expirar hizo aquella confesión tan extraña, "venciste Galileo".

Tanto antes como después de Juliano, a pesar de la veneración que sentían por aquellos lugares, los cristianos se abstuvieron de erigir templo alguno de la Nueva Alianza en el lugar del templo judío maldecido por Cristo.

Solo en la explanada, en la parte meridional de la misma, allí donde según la tradición se verificó la Presentación de la Santísima Virgen, levantó el emperador Justiniano, un templo magnífico de tres naves que luego cayó en poder de los árabes y fué transformado en mezquita, que hoy se llama mezquita de Omar.

Después que Palestina ha quedado confiada al mandato de Inglaterra en la Conferencia de San Remo que se celebra después que termina la Guerra Europea, se ha iniciado un

movimiento universal de retorno de los judíos a su país; se ha hablado de constituir un estado judío en Palestina en infinidad de Conferencias, Congresos y a pesar de estar patrocinado este movimiento por los estados más poderosos, por quienes parecían ser dueños de los destinos del mundo, ha tropezado con tan grandes dificultades que no se ha podido llevar a cabo, apareciendo una vez más la mano de Dios que rige los pueblos Y las naciones de una manera prodigiosa. Y no se crea que han dificultado los cristianos este movimiento de retorno de los judíos, sino que hoy son los árabes los instrumentos ciegos elegidos por Dios para confirmar una vez más la verdad de sus palabras. Las pretensiones del judaísmo sionista al hogar nacional de Palestina, puede decirse que han fracasado por completo.

Nosotros a la respuesta del cortesano prusiano, podríamos añadir algo más; si los judíos y las ruinas de Jerusalén son un testimonio perenne de la verdad de las palabras de Cristo y de su divinidad, porque no se pueden explicar sus predicciones sobre ellos como un producto natural de la inteligencia humana, por sagaz que fuere, los mártires nos confirman en la misma idea. Qué exactamente se cumplió en ellos cuanto Cristo predijo de sus seguidores: *"Vosotros llorareis y os lamentareis mientras el mundo se regocijará: contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo"*.

Qué poco conocemos la historia de aquellos siglos heroicos del cristianismo, de aquellos tres siglos de terribles pruebas. Cientos de miles sucumbieron en medio del alborozo general de aquellas masas embrutecidas que de nada se compadecían, cientos de miles murieron sirviendo de entretenimiento, incluso untados, en pez y resina sirviendo de luminarias, de antorchas en aquellos festejos sanguinarios que celebraban los romanos. "Vosotros llorareis y os lamentareis... el mundo se regocijará ... pero vuestro dolor se convertirá en gozo".

Y también podríamos contestar a Federico el Grande *"Majestad, la Iglesia Católica"*. Sí, la iglesia católica, no menos que las ruinas de Jerusalén, de su templo, es una prueba palpable de la realización de otra profecía de Cristo. *"Id, pues, e instruid las naciones"* dijo Cristo a sus discípulos en la despedida. Pero ¿quién que fuera simple hombre podría atreverse a pensar tal cosa ni en sueños?. Que su doctrina rebasará las fronteras del pequeño reino judío, que traspasara ríos, montes, mares, continentes... Instruid a todas las naciones. No tendréis cañones, no tendréis armas, no tendréis ejércitos ... y con todo venceréis. Y de hecho vencieron. Todo cuanto es capaz de concebir la maldad humana fué esgrimido contra la Iglesia Católica. Y sin embargo se cumplieron siempre las palabras del Señor: *"Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella"*.

Es que ya lo dijo Cristo: *"El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no fallarán"*. Palabras increíbles ... y no obstante ya hace dos mil años que se van cumpliendo. Desde que Cristo las pronunció, cuántas vueltas ha dado el mundo, cuántas vueltas la historia de las naciones, qué reveses, cuántos estados han nacido y cuántos imperios han dejado de existir, cuántas dinastías han venido y cuántas han desaparecido también, cuántos sabios propusieron su doctrina que después fué relegada al olvido. Únicamente las palabras de Cristo tienen hoy más fuerza que el mismo día que salieron de sus labios divinos, pues el tiempo que ha transcurrido no ha hecho más que confirmarlas. Por eso hoy palpitan de vida y hacen brotar una vida victoriosa, heroica.

De sus palabras podemos decir muy exactamente lo que un sabio dice de la Sagrada Escritura en General: *"Todo palidece, todo se deteriora: el palacio de mármol se derriba, el manto de púrpura cae en harapos, todas las glorias terrenas pasan como el humo. Tan sólo estas palabras no se deshacen, no se desmienten como si tuvieran alma celestial. Son la zarza de Moisés que arde y no se consume: el corazón de Dios late en ellas y son rocío celestial para los afligidos, luz para el ciego ..."*

Sí, queridos fieles, las obras milagrosas de Jesús/sus palabras omniscientes, nos demuestran de un modo contundente, que Cristo no pudo ser mero hombre ... que Cristo es Dios. Ante los hechos hay que inclinar la cabeza y reconocer el dedo de Dios, la mano divina.

Aquí podemos dar por terminada esta segunda parte, en la que decíamos después de haber oído a Cristo asegurar ciertamente su divinidad, que la prueba con sus hechos, con sus obras, con sus profecías. Si a mí no me queréis creer, creed al menos a mis obras.

## Si no me creéis a Mí creed a mis obras. IV Domingo de Pentecostés

Amadísimos fieles:

No os extrañe que nos vayamos extendiendo tanto al hablar de Cristo, de su personalidad, de su divinidad. Al fin y al cabo nunca dejará de ser Cristo, tanto para el creyente como para el no creyente, el personaje histórico en torno al cual se han suscitado las mayores discusiones, en torno al cual se ha escrito más, en una palabra, el centro de gravitación de la Historia de la Humanidad. Todo el mundo está obligado a definirse ante El, nadie puede pasar de largo y prescindir de El. Y para nosotros los cristianos es la piedra angular de todo nuestro edificio religioso; por eso nos detenemos. Los días pasados nos hemos acercado a El para indagar de su boca lo que piensa de Sí mismo y le hemos oído afirmar que es Dios, el Hijo de Dios vivo. Los días pasados nos hemos remontado a aquellos lugares que frecuentó Cristo, nos hemos asociado a las personas que tuvieron la dicha de tratarle de cerca y de ser testigos de sus obras estupendas, que nos ponen de manifiesto su independencia en el obrar, que es prueba de su independencia en el ser. Dadas las garantías de veracidad y sinceridad que la persona de Cristo nos ofrece en su vida, con derecho nos hubiera podido exigir una adhesión sin vacilación a cuanto nos afirmaba El de Sí mismo. Si a un hombre serio y formal nos vemos obligados a creerle y lo injuriamos si no damos crédito a su palabra, no cabe duda de que con Cristo podíamos proceder de la misma forma sin desmerecer por ello nada nuestra dignidad.

Pero Cristo ha querido condescender hasta el extremo con nuestras exigencias racionales. No pretende, no quiere que creamos ciegamente en El. Si a Mí no me queréis creer, creed a mis obras, nos dice. Como si dijera: a pesar de ser Yo Dios, la Verdad misma, Yo no os obligo a que os fiéis de mi palabra y aunque no os baste mi afirmación, ahí tenéis mis obras, que son inconfundibles, infalsificables.

Por eso nos hemos detenido en considerar los milagros y las profecías, que no se explican más que suponiendo a Cristo algo más que hombre, suponiéndole Dios que tiene en sus manos todas las cosas y hace de ellas lo que quiere.

Y si sus obras delatan su divinidad, porque ellas se salen de lo corriente, de lo natural, del curso ordinario de las cosas, su vida, su misma vida, que es una nota discordante en ese otro mundo moral en el que destacan tantos santos, tantos héroes, tantos hombres eminentes y de virtud, es otra prueba aplastante de su divinidad. Aquel gran genio, aquel inmortal Wagner que tenía una sensibilidad tan exquisita, no pudo menos de captar, percibir esta discordancia que la vida de Cristo constituye en ese mundo de los héroes y de los santos. *"Podría pensar alguno, dice él, por qué después de vivir tantos mártires y santos tiene que ser divino entre todos ellos,*

*precisamente Jesucristo. Pero aquellos hombres y mujeres santos llegaron a la santidad tan sólo con la ayuda de la gracia divina, de una iluminación, de una experiencia mediante una transformación interior que de hombres pecadores los levantó al plano sobrehumano, hasta el punto que a nosotros nos parecen extraños. La santidad en Jesús es completa desde el principio; la inocencia exenta de toda pasión; la pureza divina que le es natural con todo esto, no es un rasgo interesante en El, o una cosa extraña que le separe de los hombres, sino que esto tan puramente divino es también humano y ha de mover a compasión y dolor a cada hombre. Es una figura incomparable, única. Todos necesitamos al Redentor y El es el Redentor”.*

Son dos los rasgos sobre los que yo quiero llamar vuestra atención en esta plática de hoy. Dos rasgos que son dos notas inconfundibles de Cristo, que no se descubren en ningún otro hombre histórico, los cuales pregonan por lo tanto a voz en cuello la divinidad de Cristo. Estos rasgos marcados en el carácter de Cristo son: la carencia de todo pecado y la plenitud de todas las virtudes. No tenía ningún pecado y tenía todas las virtudes. ¿Quién se atreverá a afirmar otro tanto de otro hombre cualquiera?.

Cristo no tenía ningún pecado y lo prueban de un modo decisivo sus mismos enemigos.

Los obcecados jefes judíos le acechaban de continuo, le seguían todos los pasos, le importunaban con preguntas delicadas para poder agarrarse a cualquier palabra que se le escapara. Y sin embargo, Cristo pudo exclamar ante sus mayores enemigos con la seguridad más completa que nadie le podría contradecir, *¿"Quién de vosotros me argüirá de pecado?"*. Un silencio sepulcral fué la elocuente contestación que recibió aquella pregunta, que nadie en el mundo ha podido repetir. Vedle en otra ocasión, no menos solemne, frente a la suprema autoridad de Palestina, frente a Pilatos; y observad que a pesar de ser ese el momento oportuno para sacarle a relucir sus pecados, o sus faltas, nadie osó decir nada concreto, aunque todos griten desaforados "crucifícale, crucifícale". Pilatos vuelve a preguntar. *"¿Qué mal ha hecho?"*, pero nadie tiene nada que contestarle. Y Pilatos mismo, convencido de la inculpabilidad de Cristo, se excusa públicamente lavándose las manos. *"Inocente soy de la sangre de este justo, allá os lo veáis vosotros"*.

Testigos son también de su inocencia la esposa de Pilatos, que le manda aquel recado: *"No te mezcles en las cosas de ese justo"* y el malvado Judas, que después de haber consumado el crimen, se hace eco de la voz de su conciencia y al restituir las treinta monedas dice: *"Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente"*. Ved ahí, queridos fieles, cómo sus mismos enemigos no encontraron culpa en Jesucristo.

Menos la encontraron sus amigos y tened presente que por mucho que se admire a una persona, por muy amable y buena que parezca de lejos, ciertamente delante de aquellos que la tratan a diario, de aquellos con quienes convive, se delatan muchas imperfecciones y debilidades humanas.

No sucedió así con Jesús: Las personas más cercanas, los mismos apóstoles, no encontraron en El una sola falta, un solo lunar; todo lo contrario, le tienen por Dios y como a Dios le adoran. Ellos no solamente pudieron ver la actividad pública, sino que pudieron observar la vida diaria de Cristo y, no obstante, le tienen a Cristo por el más santo. No llama la atención que sea tenido por grande, por héroe, desde lejos, desde una distancia histórica. Los prohombres de la historia universal propiamente han de mirarse desde lejos, como las hermosas cimas de los montes, porque si nos acercamos a ellos descubrimos un sinnúmero de deslices, debilidades, faltas, pecados. No sucede así con Cristo. Sus apóstoles comían con El, dormían cerca de El, caminaban en su compañía y sobrellevaban juntos las fatigas. Ellos le oyeron hablar de su pasión y muerte. Le vieron cómo le ataban los soldados; San Juan le oyó cuando en la cruz escapó de su boca aquel suspiro de supremo abandono; vieron su sepulcro sellado; pues bien, a pesar de



una ruina humana tan completa, no obstante le tuvieron por Dios. La personalidad de Cristo todo lo subyuga, todo lo encanta.

Veamos ahora el otro aspecto del cuadro. Cristo tenía todas las virtudes. ¿Quién no conoce el cuadro de la última cena, de Leonardo da Vinci?. Cuéntase de él que caviló tanto, ensayó tanto al tener que pintar el rostro de Cristo que solamente su rostro le costó más que el resto del cuadro. Nosotros no podemos pretender hacer el retrato de la persona de Cristo; nos conformaremos con unos cuantos trazos aislados que pongan de manifiesto la grandeza espiritual de Cristo. Para ello nos valdremos de sus mismas palabras.

Qué presentación más conmovedora nos la hace El mismo: *"Venid a Mí todos los que andáis agobiados, con trabajos y cargas, que yo os aliviare. Aprended de Mí que soy Manso y humilde de corazón"*. Y cuán manso era Cristo ... como amaba a los niños, a sus mismos enemigos. No niega el beso ni a su mismo vendedor. Y con qué mansedumbre miró a Pedro cuando había caído y con qué dominio de sí mismo habló al soldado que le dió un bofetón. Y cuán humilde era que se contentó con el establo y el pesebre, El, que creó el mundo. *"Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza"*. Y manda a sus discípulos que quien aspire a ser mayor entre ellos debe ser criado de los demás, *"al modo que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en redención por muchos"* Y ¿quién no recuerda anual sublime ejemplo de humildad que nos dió la última cena cuando se ciñe con una toalla y se arrodilla delante de sencillos pescadores para lavarles sus pies?.

Y qué amor alentaba en su corazón cuando dirigiéndose a millones y millones de hombres que iban a venir les dice: *"Venid a Mí todos"*. El predicaba el amor: *"amarás a tu prójimo como a tí mismo"*. El exigía amor de los suyos: *"Un nuevo mandamiento os doy, y es que os améis los Unos a los otros, del modo que yo os he amado a vosotros; así también os améis recíprocamente"*. Pero además practicaba el amor: *"Nadie tiene amor más grande que quien da su vida por las ovejas"*. Su muerte de cruz es la prueba irrefutable de ese amor. La Cruz ensangrentada del Gólgota enseña su amor.

Realmente, quien ha estudiado el carácter de Jesucristo y a pesar de todo no quiere creer en su divinidad desemboca en un misterio indescifrable. No encontrara clave para explicar su amor a los hombres, que no conoce límites. No sabrá explicar su optimismo, que nunca se quebranta ni conoce desaliento. No sabrá explicar y compaginar su odio al pecado y su amor a los pecadores. Y menos su exención de todo egoísmo, de todo orgullo y afán de poder. Por lo tanto, declaramos que Jesucristo es un problema sin solución, o terminamos con la confesión de San Pedro: *"Nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios."* Los argumentos nunca pueden ser tales que nos obliguen a todos a rendirnos, porque se necesita además la fe; es necesaria para que mi razón no solamente se incline ante el peso de los argumentos, sino que dé un último paso. De la fé depende el que yo diga con San Pedro: "Tú eres el Hijo de Dios Vivo" y de la falta de fé el que juntamente con Caifás se escandalice de que Cristo se haya tenido por el Hijo de Dios.

Para nosotros no hay término medio. O bien Cristo era lo que decía -Dios-, o bien era un genio que pasaba los límites de la locura y víctima de la más terrible manía de grandeza que ha habido en toda la historia universal. Pero ni siquiera es necesario ser cristiano para dar como imposible esta segunda hipótesis; basta con ser psicólogo que conozca al hombre para mirar con admiración la personalidad de Cristo, este carácter completamente armónico, equilibrado, imponente y sublime.

Parece como que aquí debiéramos terminar este nuestro capítulo relativo a la divinidad de Cristo. Le hemos contemplado afirmada su divinidad ... sellándola ... Pero nos vemos Precisados

a plantear la misma pregunta que le hemos dirigido a Cristo ... a su obra ... a su vida ..... a la historia.

## Milagros de Jesús. Domingo de Trinidad

Amadísimos fieles:

Al fin y al cabo -decíamos- un falso profeta podría pretender hacerse pasar por el Hijo de Dios, cualquier hombre de fantasía exaltada podría decir lo mismo. Pero no solamente afirmarlo, sino obrar también como Hijo de Dios, obrar como obra Dios, no ha podido hacer nadie que no fuera de veras el Hijo de Dios o Dios. Hemos visto en las pláticas precedentes los testimonios evidentes, terminantes de Jesucristo afirmando su divinidad y ahora vamos a ver sus obras, sus milagros que son tan históricos como sus testimonios, esos milagros que constituyen la sustancia misma de los Evangelios, distribuidos de tal forma que en absoluto, en plena crítica científica, es imposible interpolación alguna, esos milagros a los que Jesucristo mismo apelaba como la mayor prueba de su divinidad, esos milagros que constituyen una prueba infalsificable, inconfundible, real, sí, real, cuya realidad nadie se puede atrever a negarla, pues como lo confiesa el mismo Rousseau *"es tan grande, tan sorprendente, tan imitable el sello de la verdad que ostentan los Evangelios, que no pueden ser estos mera invención. Nadie niega los hechos de Sócrates y con, todo no son tan ciertos como los de Jesús"*. Hoy ni la crítica más racionalista, más exagerada ha podido negar la realidad de los milagros ... y para sustraerse a su fuerza, para desvirtuar, mejor dicho anular el valor de los mismos, han tratado de explicar naturalmente y se ha recurrido a las explicaciones más extravagantes, a las teorías más inverosímiles y extrañas y por último a los tópicos que les proporciona la psicología moderna, a la sugestión; a la transmisión del pensamiento, a la clarividencia, al espiritismo, al ocultismo ... Nosotros podríamos analizar tan chocantes afirmaciones, pero más eficaz y positivo es ver de cerca los hechos narrados en el Evangelio sin perdernos en un laberinto de términos científicos y de conceptos abstractos ...

En cierta ocasión, Jesucristo levantó los ojos y vió una turba numerosísima que había venido a El y compadecido de ellos, porque estaban como ovejas sin pastar, les recibió y comenzó a enseñarles, comenzó a predicarles y tan atrayentes debían ser los acentos de su voz, que esos hombres, entusiasmados por su predicación le siguieron todo el día sin probar bocado.

Venida la tarde y avanzando las horas, se le acercaron los discípulos y le dijeron: "Estamos en un desierto y pasan las horas. Despide las turbas para que vayan a las aldeas y villas que están cerca y compren allí algo de comer". Entonces dirigiéndose a Felipe le dijo: *"¿De dónde podremos comprar pan bastante para estos?. ¿Cuántos paneis tenéis?"* Jo, 6,5-14. Andrés, el hermano de Simón Pedro, respondióle: *"Hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces, pero ¿esto qué es para tanta gente?"*. Díjoles Jesús: *"Traedme ese acá"*. Y añadió mandando: *"Haced que se vayan sentando por grupos sobre la hierba"*. Y según les mando hicieron a todos sentarse en grupos de a cien o de cincuenta. Entonces, tomó Jesús los cinco

panes, les bendijo al modo riental y mando a sus discípulos distribuirlos ... Se reparte el pan y 5000 hombres que comen, 5.000 hombres que se hartan ... ahí tenemos un milagro estupendo, una prueba infalsificable; ¿quién se atreverá a decir que es una sugestión este hecho?. Sugestión en 5.000 hombres -y añádanse las mujeres y los niños- que no creen ver, sino que palpan, comen y se sacian ... Y manda recoger los fragmentos del pan sobrante, y se llenan doce grandes cestos de pan ... Si a mí no me creéis, creed a mis obras ... dice Cristo y ahora comprendo con que razón lo dice.

La técnica actual del siglo XX a pesar de las investigaciones y de los inventos, no ha llegado a obtener el medio de curar la lepra. Por medio de un tratamiento dolorosísimo, prolongado ... ha llegado tal vez a ver que por unas composiciones complicadísimas, administradas debidamente, se obtenga alguna remisión y curación condicionada de la lepra. Se le acercan a Jesús los leprosos, aquellos que no podían presentarse en público, pero, que tuvieron confianza para hacerlo ante el Maestro, con aquella confianza que inspiraba Jesucristo. Viene el leproso, tapándose el pobre las llagas que tenía en las carnes por la lepra y una vez en su presencia, le dice: "*Señor, si tú quisieras me pudieras limpiar*". "*Quiero, queda limpio*" fué la contestación de Jesús. Y al momento aquellas carnes quedan completamente limpias de lepra, sarnas y como la carne del niño recién nacido ... Y éste era uno de los muchos casos de leprosos que de modo similar curó Jesucristo. ¿Hay quien quiera hacer el ridículo afirmando que la lepra se cura por sugestión?.

Veamos otro ejemplo más de entre los muchos que nos presenta nuestro Evangelio. Un prodigio palpable en el que no caben escapatorias. Lázaro de Betania se halla gravemente enfermo. Sus hermanas se lo notifican a Jesucristo. Este retrasa el acudir al llamamiento y llega a casa de su amigo cuatro días después de enterrado Lázaro. "*Si tú hubieras estado aquí -le dicen a Jesús cuando le ven llegar- Lázaro nuestro hermano no hubiese muerto*". Lo que equivale a decir: Porqué le has dejado morir ... Evidentemente Jesús que después del aviso se quedó en Galilea, le dejó morir para sellar su divinidad. Lloro Marta, llora María, los judíos que con ella habían venido al sepulcro lloran también, y Jesús, ante aquella escena de pena y de ternura, nos deja entrever la inmensa delicadeza de su corazón ... y llora... "*Quitad la piedra*" dice entre sollozos. Marta se apresura a advertirle que es difunto de cuatro días y hiede ya ... y al quitar la piedra, todos sin duda hubieron de sentir el hedor pestilencial que del sepulcro salía.

Levantó Jesús los ojos al cielo y dijo: "*Padre ... Para que crean que tú me has enviado*". Y con aquél poder con que creó los astros, que siguen rodando los espacios a vertiginosas velocidades, y con millones de kilómetros cúbicos de masa; con aquel poder de Dios Creador, sereno Jesucristo, digno, con pleno dominio de Sí clama con voz fuerte: "*Lázaro sal fuera, exi foras*" Y Lázaro se presenta vivo, no en un sitio que no se sabe dónde fué, ni ante un grupo de incondicionales e iniciados por Jesucristo sino en Betania, ante aquel concurso de judíos que se hallaban en casa de Marta y María, en gran parte enemigos mortales de Jesucristo. Algunos de ellos entonces creyeron en Jesucristo, otros no lo creyeron, no porque el milagro no fuera evidente, sino que saturados hasta la médula de un odio mortal a Jesucristo que tan duramente había fustigado sus vicios y sus hipocresías, la pasión los ciega, la pasión, la afectividad ofusca su inteligencia y lo que Jesucristo les da como mejor, ellos le convierten en lo peor. Los judíos no niegan el hecho -es palpable en demasía- sino que hirvientes de odio ante el prodigio, acuden presurosos a los Príncipes de los Sacerdotes, a urgir que a Jesucristo se le quite cuanto antes de en medio. "*¿Qué hacemos?, porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos de esta manera todos van a creer en él*". Hay que llevarlo a la muerte y así lo hicieron dentro de poco; de esta forma de un hecho de amor nació el odio.

Y este mismo influjo de la afectividad, del odio, de la pasión sobre la inteligencia esta admirablemente escrito en otra página evangélica. Y ésta es la única explicación de aquel

fenómeno tan raro que nos ofrece la historia de Jesús que no hizo más que el bien en todas partes y a pesar de todo es odiado, perseguido y por fin entregado a la muerte. Salían un día del templo; salían también tras El bramando los fariseos y los escribas, cargadas las manos para arrojarlas sobre El. Salió y al salir vió a un ciegucecito de nacimiento que pedía limosna a la puerta del templo de Jerusalén. Jesucristo que acababa de decir que era la luz del mundo, quiso demostrar con un hecho que El daba la luz al mundo -ciego de nacimiento por las pasiones y concupiscencia- como daba la luz a los ojos del ciegucecito que esperaba una limosna. Hizo Jesucristo con el polvo del suelo y su saliva un poco de barro, con el que untó los ojos del ciego recobra la vida de los ojos que es la luz. La gente que conocía a aquél ciegucecito, que probablemente llevaba pidiendo tanto tiempo, al verle sano se acercan a él y observan que ve y se dicen extrañados ¿"pero no es este el ciegucecito que estaba pidiendo en el templo?"

El contesta que sí, van y le cogen y el ciegucecito entusiasmado, creyendo que les daba la gran noticia a los escribas y a los fariseos, les dice: "Jesús me acaba de dar la vista". Los escribas y los fariseos que se enteran que le ha curado el sábado que es día de fiesta, se escandalizan e indagan cómo ha sido la curación. El pobre les contesta y les refiere sencillamente cómo estaba a la puerta y Jesús le untó con un poco de barro los ojos, que los lavó y quedó curado. Este no ha sido ciego se dicen los fariseos y para probar que no ha sido se los ocurre llamar a sus padres, que efectivamente vienen y les preguntan si aquél es hijo suyo, y si ha sido ciego desde el nacimiento y ambas preguntas reciben contestación afirmativa. ¿Y cómo ve?. Les replican y ellos que temían contestar como veía, porque existía la amenaza de que habían de arrojar del templo a quien confesara a Jesucristo, les contestaron: "Edad tiene El, preguntádselo a él". Se encaran otra vez con el recién curado y hartos ya de tanta pregunta, les dice: "Acaso también vosotros queréis haceros discípulos de El?". Airados le arrojan del templo y se encuentra con Cristo a quien adora postrado.

Entre los milagros de Jesucristo ocupan un lugar preferente y merecen especial mención sus profecías, sus palabras proféticas y de ellas en primer lugar debemos entender aquél testimonio clásico de Gardony: *"Todo palidece, todo se deteriora, el palacio de mármol se derriba, el manto púrpura cae en harapos, todas las glorias humanas pasan como el humo. Tan sólo este libro – el Evangelio que contiene las palabras jamás desmentidas de Jesucristo- no se deshace en polvo, como si tuviese alma celestial. Este libro es la zarza de Moisés: el corazón de Dios late en él. Este libro es el libro de los libros, perla preciosa del pobre, rocío celestial para los afligidos, luz para el ciego. En el camino de oro, de la sabiduría. Bienaventurado el que lo encuentra. Es fuente para las almas sedientas; a su vera está Cristo con la copa en la mano para dar de beber"*.

## Sus contemporáneos creían que él era Dios. V Domingo de Pentecostés

Queridos fieles:

Acabamos de ver a Cristo ante la Historia proclamándose el Legado Divino, el Hijo de Dios. Ante la Historia aparece Jesucristo sellando sus afirmaciones con la autenticidad de sus sellos privativos e infalsificables de Dios: los milagros. Si se procediese con Cristo nada más que como ordinariamente se procede con los personajes que nos presenta la Historia tendríamos, en plena ciencia y crítica escrupulosa, el concepto exacto de la persona de Cristo, como se afirma la personalidad de un Cicerón, de un Séneca, de un Filón, de un César Augusto, etc. Digo mal, tendríamos la personalidad de Cristo mucho más caracterizada, mucho más detallada que la de todos esos personajes históricos. Pero en la posesión cierta y segura de la verdad, que nada teme, podemos repetir una vez más la pregunta que Cristo hiciera a aquellos que componían el círculo de sus amistades, de los que tenían motivos para conocerle, dirigiéndonos, no ya a Cristo, de quien hemos indagado lo que pensaba de sí mismo, no ya a sus obras, de las que hemos deducido que era algo más que hombre, era Dios, que tiene en sus manos todas las cosas, o escudriñando su vida, su vida pública, que era conocida de sus enemigos, que estaban al acecho y en la hora suprema de la verdad no pudieron echarle nada en cara, y a la misma conclusión nos lleva la fé que en su divinidad tenían los que habían sido testigos de sus debilidades, de sus quebrantos, los apóstoles y discípulos que conocían íntimamente su vida.

Pero los hombres descreídos, los pseudo-científicos, agudizando su ingenio y poniendo al servicio de sus pasiones, de su corazón, que no quería creer en Cristo, salieron en liza contra Jesucristo con el arma de la supuesta leyenda y del mito. Estos nos afirmaron que Cristo era un hombre ideal, de vida maravillosa, pero nada más que hombre. Y que solamente un entusiasmo tardío de los siglos cristianos le levantó a la categoría de Dios; que a medida que los siglos iban alejándose de El, acumulaba la leyenda en su figura más y más rasgos ideales y así llegó a ser Dios. En resumidas cuentas, quieren decir que Jesucristo no fué tenido por Dios por sus contemporáneos. Y nosotros vamos a ver brevemente lo que sus contemporáneos pensaron de Jesucristo, de su personalidad.

El primer testimonio clásico que demuestra que sus seguidores inmediatos, los apóstoles y las primeras comunidades cristianas, creían ya con fé decidida que El era el Mesías, que El era Dios, es el de San Pedro, que el día de Pentecostés, en su primer sermón, dice: "*Persuádase, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado*". Es lo que confiesa San Pedro, no unos siglos después de Jesucristo, sino diez días después de su Ascensión.

Y cuando el Príncipe de los Apóstoles, después de curar al tullido, predica en el templo, aludiendo a la pasión del Señor, dice: *"Dios ha cumplido de esta suerte lo pronunciado por boca de todos los profetas, en orden a la Pasión de Cristo"*. Y ante el Sanedrín, en aquel valiente discurso, dice también: *"Este Jesús es aquella piedra que vosotros desechasteis al edificar, la cual ha venido a ser la principal piedra del ángulo. Fuera de él no hay que buscar la salvación."*

Y no menos tajantemente que San Pedro afirman la divinidad de Cristo los otros apóstoles. Ahí tenemos por ejemplo el testimonio de San Juan, que comienza el prólogo de su sublime Evangelio con una declaración estupenda de la divinidad de Cristo. *"En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios"*. *"Y el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros"*. Y según San Juan renegar de Cristo es renegar de Dios. *"Cualquiera que niega al Hijo tampoco reconoce al Padre"*. ¿Pueden darse testimonios más claros de fé en la divinidad de Cristo?

Y sobre todo qué decir de aquel ardoroso Pablo que, convertido de perseguidor en Apóstol *"empezó desde luego a predicar en las sinagogas afirmando que este era el Hijo de Dios"*. No después de siglos, sino en los mismos años en que vivían los que habían conocido a Cristo, entre los mismos que le conocieron como acérrimos perseguidores de Cristo. No tenemos más que abrir cualquiera de sus cartas, sus catorce cartas en las que llama a Cristo más de doscientas veces *Ryrios*, expresión que para los judíos significaba el Señor Dios. El que quisiera poner en tela de juicio la divinidad de Cristo tendría que suprimir todas las cartas paulinas. Nunca terminaríamos si quisiéramos aducir las citas de pasajes en que el Apóstol San Pablo atribuye propiedades divinas a Jesucristo.

## ¿Quién dicen los hombres que es el hijo del hombre? Domingo VIII después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

El domingo pasado repetíamos una vez más aquella pregunta que la venimos haciendo desde hace tiempo. ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?, y la hacíamos dirigiéndonos a los contemporáneos de Cristo, a sus inmediatos sucesores que, sin vacilaciones ni ambigüedades, todos a una, con Pedro a la cabeza, nos dicen que Jesús es un hombre justo y santo, ungido por Dios del Espíritu Santo y de poder, que iba por aquí y por allí haciendo el bien por doquier, curando a todos los poseídos por el demonio, de quien Dios ha rendido testimonio haciendo por él prodigios y milagros y a quien le ha resucitado de entre los muertos y le ha hecho Señor y Cristo. Ésta es la suma y la síntesis de la predicación apostólica, como puede verse recorriendo las páginas de los Hechos de los Apóstoles.

Y en esta predicación, cuyos comienzos tienen lugar en el mismo corazón del pueblo hebreo y cuyos frutos se cosechan precisamente entre los elementos más espirituales y religiosos de aquel pueblo hebreo tan celoso o intransigente defensor del monoteísmo, del culto absoluto y exclusivo de Jahvé, se sustituye Cristo a ese Dios, pues el don de la salvación que en todo el Antiguo Testamento se atribuye a Jahvé ahora lo departe Cristo a quien quiere. En su nombre realiza el hombre los milagros, obtiene la remisión de los pecados y ante su tribunal resurgen vivos y muertos. Es el Señor de todos y sentado a la derecha de Dios Padre El envía al Espíritu Santo. Como veis, queridos fieles, Cristo es presentado como Dios y es adorado como Javhé por los primeros cristianos, por los mismos judíos y hebreos convertidos. Si así obraron como nos consta documentalmente lógico es pensar que sus razones tendrían. Se convencieron por una experiencia inmediata de que Cristo no podría ser mero hombre.

¿Y qué nasa fuera de Palestina?. Allá por Efeso, Corinto, Atenas, Roma, etc. , en todas partes estaba extendida la práctica de adorar a Cristo como a Dios. Entre otros documentos poseemos, como os decía el último domingo, la autorizadísima -autorizada por ser de principios del siglo segundo del año 110 al 113 y por ser de un pagano, ajeno a nuestro ideario religioso- carta de Plinio, Procurador Romano del Asia Menor que dirigiéndose a Trajano, le dice que los cristianos son hombres que adoran a un tal Cristo como a Dios.

No hay, pues, lugar a ese proceso de idealización y divinización del Cristo histórico que al cabo de tiempo fué tenido por Dios. Cristo desde su Ascensión a los cielos es presentado y adorado por los fieles, tanto judíos como paganos, como Dios. Podríamos al llegar a este momento ir analizando los diversos razonamientos, los más de ellos puramente apriorísticos y



desprovistos de fundamento de nuestros adversarios, pero más oportuno y útil que enredarnos en disquisiciones y sutilezas históricas y terminológicas me parece a mí exponer la realidad histórica de Cristo a través de los dos mil años de Cristianismo. Realidad y supervivencia de Cristo a través de los veinte siglos de Cristianismo que es un argumento valiosísimo de su divinidad. Nosotros mismos somos testigos con la Historia en las manos de la palpitante actualidad de Cristo en todas las épocas y en todas las latitudes, actualidad de Cristo que se traduce no en una simple celebridad capaz de despertar la curiosidad, o a lo sumo la admiración de las gentes, sino en un reinado efectivo de Cristo en las inteligencias, en los corazones, en las almas de veinte generaciones que le han sucedido.

Jamás, queridos fieles, jamás desde aquel glorioso amanecer de su gloriosísima resurrección han faltado almas inquietas, corazones hambrientos, que buscaban a Cristo con ansia de poseerle. En otra mañana no menos gloriosa subió a los cielos, se ausentó del mundo, pero a pesar de esa ausencia Cristo sigue viviendo entre nosotros, parece como que de su persona siguen manando corrientes ocultas que reaniman a las almas, a los hombres que, a pesar de su ausencia, no han sucumbido si han desfallecido. Y así, esta actualidad de Cristo después de su muerte y de su ausencia, tan grande contraste ofrece con lo que sucede ordinariamente, generalmente, infaliblemente entre los hombres, que el gran Napoleón recluido en Santa Elena, profundamente impresionado por este pensamiento, decía al general Bertrand: *"Esto es lo que más admiro y lo que me prueba de un modo irrefutable la divinidad de Cristo. Yo supe también enardecer a las muchedumbres que por mí corrían a la muerte. Pero para encender en su corazón el fuego sagrado era necesaria mi presencia, la chispa de mis ojos, mi voz, mi palabra. En mí esta fuerza mágica capaz de arrastrar a los hombres, pero no la pudo transmitir a otro, no puedo comunicarla a mis generales y no conozco el secreto de perpetuar mi nombre ni el amor a mi persona en el corazón de los hombres, no sé obrar milagros sin la ayuda de la materia"*. Los héroes, los artistas, los caudillos, tienen su resonancia, pero siempre limitada en espacio y en tiempo. La suerte final de todos ellos es la misma: tarde o temprano caen en el olvido. Hay una sola excepción de la ley general y humana del olvido, la ley que no admite excepciones: Nuestro Señor Jesucristo, que después de muerto reina y reina en las inteligencias, en los corazones y en las almas.

Sí, queridos fieles, Jesucristo después de su muerte reina en las inteligencias.

Reinar como Dios en las inteligencias es someterlas a la palabra del que habla, no porque esta palabra sea evidente, luminosa, persuasiva, arrastrante, sino porque es en su palabra, la palabra que de El proviene. Nada de extraño tiene que los oradores, los poetas, con la fuerza de la palabra que de su boca sale penetren, conmuevan, exalten y lleven tras sí los oyentes. Reinar como Dios en las inteligencias es, de parte del que habla, infundir un convencimiento tan profundo de su infalibilidad que le basta para ser creído.

Y ésta es la autoridad que Cristo ha adquirido sobre la inteligencia humana. La frase: "Jesucristo lo ha dicho", basta para que sea aceptado, en toda su extensión, el Evangelio con sus dogmas que la razón ni alcanza, y con preceptos morales en extremo duros para la naturaleza corrompida. Hace veinte siglos que Jesucristo dirige los espíritus con autoridad absoluta, por medio de las luces de la fé. Esta luz los ha traído a El mediante un poder que le es personal, pues su lenguaje carece de exhortación y artificio y las verdades que impone se ofrecen en toda su incomprendibilidad. La historia y la filosofía, la elocuencia y el arte, le reconocen como a Rey y aceptan sus enseñanzas. Todos los sabios están en íntima relación con El y con El han de convenir a su manera: el filósofo que quiera interrogar la causa primera y fijar las leyes que rigen el mundo de los espíritus; el historiador al que los documentos ponen en presencia de un hombre situado en el espacio y en el tiempo, el cual se declara el enviado de Dios y el Hijo de Dios; el moralista que se apercibe tarde o temprano de que las reglas de honestidad y de

justicia han sido recapituladas y absorbidas por el discurso de la montaña, que han sido escritas dentro de un marco sobrenatural del que no pueden ser desplazadas, que han recibido un sello divino, inalterable, que les da certidumbre y valor ... todos, absolutamente todos los hombres que buscan la verdad, la encuentran al fin y al cabo en Cristo. La fé en Cristo es la fé de Dante y de Tasso, de Milton, de San Agustín, Santo Tomás de Aquino, de Bossdet, de Fenelón, de Galileo, Euler, Copérnico, de Newton, es la de todos los hombres superiores de todas las épocas, de los que son la honra y prez de la ciencia, de la filosofía y de la literatura.

Es verdad que hay espíritus rebeldes a la autoridad de Cristo, es verdad que ha habido sabios que se han negado a reconocerle, Mas también es verdad que en castigo de su rebeldía están condenados a la turbación, a la inquietud; muévense perpetuamente agitados, en un círculo fatal de dudas y contradicciones, sin encontrar descanso ni claridad. Porque no aceptan la soberanía de Cristo, sufren su dominio; ni siquiera pueden mostrarse indiferentes, hablan contra El; pero pasan y con ellos se extingue su palabra. Mas la de Jesucristo permanece eternamente.

¿Queréis ejemplos?. Ahí tenéis Loti, el novelista tan leído, que no cree en nada ni en nadie y que a nadie ama. Y emprende ex-profeso el viaje a Jerusalén, llevado por el ansia que sentía de hallar a Jesús y dirigiéndose a sus hermanos descreídos, les dice: "*Buscadle, vosotros también, intentadlo ..., puesto que fuera de El no hay, nada*".

## Jesús reina en los corazones. IX Domingo después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

*"No conozco el secreto de perpetuar mi nombre ni el amor a mi persona en el corazón de los hombres ..."* veíamos que exclamaba amargamente aquel gran Napoleón en su destierro de Santa Elena, pues a pesar de haber recorrido victorioso los campos de Europa y a pesar de haber ejercido su poder sobre millones de hombres, ahora gustaba el pan amargo del destierro y de la soledad y experimentaba lo efímero y superficial que había sido su reinado. Ganó batallas, pero no conquistó los corazones. Si debajo del cielo hay algo independiente, algo que se escapa siempre a la acción y voluntad humana por poderosa que sea es el corazón. Es el corazón el reducto inaccesible por violencia, cuya independencia siempre guarda el hombre; la fortaleza inexpugnable en la que se asienta como en su último reducto el orgullo y la dignidad humana, aun cuando todo lo demás se haya desmoronado y perdido. No hay Caudillo humano, no hay potestad humana capaz de franquear esa puerta y conquistar, dominar mi corazón, ni con la astucia ni con la violencia. Me podrán privar de la libertad, podrán destrozar mi cuerpo, podrán cortar el hilo de mi vida, pero yo, tanto en la prisión como en el martirio, y en la muerte, podré seguir cerrando las puertas de mi corazón, podré seguir luchando triunfalmente y caer victorioso en esa mi lucha, porque soy capaz de morir odiando o cuando menos negando mi amor a ese tal que quisiera cautivármelo. La rebeldía humana siempre es invencible. Todos los hombres encumbrados, todos los hombres poderosos se tienen que achicar y humillar ante este hecho, todos ellos tienen que hacer suya la queja de Napoleón ... ninguno es capaz de conquistar, cautivar, dominar el corazón, de manera que puedan decir que reinan en los corazones, se hacen amar.

La vez pasada os decía que Jesucristo reina en las inteligencias sometiéndolas a su palabra y que realmente tal era la autoridad de la misma que basta al hombre saber que El lo ha dicho para que acepte todo ello a pesar de su incomprensibilidad y dureza. Y terminábamos diciendo que los impíos, los que se resistían a reconocerle, están condenados a la turbación y a moverse en un círculo de dudas y contradicciones, sin encontrar descanso ni claridad. No aceptan la soberanía de Jesucristo, pero sufren su dominio y ni siquiera pueden mostrarse indiferentes y tienen que hablar contra El; pero ellos pasan y con ellos su palabra, mientras permanece la de Cristo.

Reina también como Dios en los corazones. Reinan en los corazones es hacerse amar. Y porque es Obra de Dios conquistar, dominar, cautivar, no un corazón en particular, que esto lo puede también el hombre, sino todos los corazones, no momentáneamente sino para siempre, no

superficialmente sino profundamente, no halagándoseles sus debilidades sino negándoles lo que les embelesaría, Cristo, que es amado en todas las épocas y latitudes, Cristo que es amado con un amor inmenso, profundo, inmortal, Cristo, que se ha hecho acreedor a este amor enseñando una doctrina controvertida, tiene que ser Dios. Esta es nuestra proposición de hoy. Y su fuerza radica en que es un amor que Cristo se merece, no halagando nuestras debilidades ni valiéndose de recursos extraordinarios.

Jesucristo conquista no un corazón en particular, sino todos los corazones. Son veinte siglos de generaciones cristianas el mejor testimonio de este reinado universal en espacio y en tiempo, son los miles y miles de mártires que los unos abandonando a sus padres, los otros a sus esposos y a sus esposas, a su casa y su bienestar y todos ellos sacrificando lo más caro y lo más apreciado que es la vida, dan una prueba infalsificable de su amor a Cristo. Son también un testimonio vivo de este reinado esas legiones de cenobitas que, desprendidos de todo, pueblan los desiertos de Palestina y Egipto durante la Alta Edad Media. También lo son esas comunidades de Religiosos y Religiosas que se van formando desde la Edad Media con ritmo creciente que, por parecerse más a su Maestro, abandonan todo y se refugian en los claustros para salvaguardar mejor su virtud y entregar íntegro su corazón. En una palabra, todo el pueblo cristiano es la prueba más patente de este reinado de Cristo, que no es más que el amor a su persona pues, como dice el Cardenal Newman, la intimidad con el Cristo ha sido en todo tiempo la nota característica y como definición del Cristiano.

Pero Jesucristo conquista los corazones no momentáneamente, sino para siempre. El hombre puede cautivarlo por algún tiempo, más al desaparecer también desvanece el amor que había sabido inspirar. Podrá durar el amor en los corazones de los que le conocieron, jamás nacerá en los que no le trataron. Tal vez su nombre no será olvidado, ni aun después de muchas generaciones, pero no será amado. ¿Hay quien ame hoy a los héroes de los pasados siglos?. ¿Late, por ventura, algún corazón al nombre de Alejandro Magno, o de César?. El amor que se ha despertado durante la vida es ligero, superficial., pasajero, limitado.

Esto no obstante, hay en el mundo y en todo el mundo un amor inmenso, todopoderoso, inmortal, el amor de los hombres para con Jesucristo. Veinte siglos han pasado y en lugar de debilitarlo el tiempo ha conseguido aumentarlo y consolidarlo, pues nada ha perdido de su energía y de su fuerza el amor que excitara, y la prueba es que los que le conocieron murieron por su amor y mueren también por su amor los que no le han conocido. Y hoy hay mártires como los hubo en aquellos tiempos remotos. Cuando se pide por amor a Jesucristo, el Hijo deja al padre, abandona a su madre, a su tierra, se va para vivir pobre, abandonado, marcha voluntariamente a la muerte. Por un prodigio que sobrepuja a otro cualquier prodigio -os diré con un sabio- quiere Jesucristo el amor de los hombres, es decir, lo más difícil de conseguir en el mundo, lo que en vano pide el sabio a algunos amigos, un padre a sus hijos, una esposa a su esposo, en una palabra, el corazón. Lo exige en absoluto, y lo consigue desde luego...

Al llegar a este punto yo leo en vuestras mentes una pregunta que es una contrarreplica a esto que venimos diciendo. Y antes de pasar adelante permitidme que os haga una breve reflexión sobre esa interrogación que surge en vuestras mentes. Jesucristo es amado, pero también es odiado, y odiado aún en nuestros días. También como vosotros, se preguntaba en este momento Mons. Bougaud, "*¿Qué es esto, quién ha engendrado ese odio contra Jesucristo?. Mahoma no fué odiado, ni tampoco Numa, ni fundador alguno de religión fué odiado. Monstruos como Nerón, Tiberio, Domiciano, no conocieron tal odio sino un sólo instante, odio que queda extinguido sobre su tumba. Solamente Jesucristo ha tenido el honor de un odio inextinguible. Y ello ¿a qué obedece?. Vedlo: ello proviene de que no odiamos sino lo que nos traba, lo que nos suscita obstáculos, lo que nos aplasta*". Los malhechores que acabamos de nombrar no tienen que ver nada con los hombres. El odio para con ellos sería

demasiada dignación verdaderamente: Se les paga, ello basta, con el desprecio. *"Sólo para con Jesucristo el odio cara a cara no ha cesado nunca así como nunca tampoco el desprecio contra El ha existido. ¿Qué es lo que ello significa sino que Jesucristo no desarma jamás, ni disminuye jamás, que subyuga las pasiones y que es siempre rey siempre vencedor?"*.

*"Cuanto hay de grande sobre la tierra, dice Pascal, se une contra El, los sabios, los reyes. Escriben los unos, los otros condenan, los de más allá le matan. Y no obstante todas estas opresiones, este hombre llano y sin fuerza resiste a todos los poderes y somete a su imperio hasta a esos mismos reyes, a esos sabios y a esa gente entendida"*. Porque aquellos mismos que le quieren arrancar la aureola de su divinidad no resisten a la virtud de su atracción. Después de tantas vueltas y revueltas siempre se ven atraídos en presencia de Jesús, objeto de contradicciones, y los que no se deciden a la adoración se resignan al insulto, le ultrajan, pero muchas veces la veneración les subyuga:.....

Antes de dar a fin a esta breve plática hemos de considerar otro aspecto de esta maravilla, que maravilla es que un hombre haya podido, por solo su amor, atraerse todos los hombres, ganarlos para su persona y su causa, no obstante la discreción de sus medios y de sus cualidades,

No realiza esta atracción por el prestigio de su ciencia. Habla con autoridad pero sencillamente, llanamente; su lengua es la del pueblo, no echa mano de períodos oratorios o deslumbrantes. Llega al corazón, pero no por la elocuencia afectada y rebuscada.

Hasta su virtud la oculta, su virtud trascendental no habla a los sentidos, carece de ostentación. Ninguna excentricidad ascética que pudiera llamar la atención, ninguna costumbre original, ningún gesto acompasado: Su proceder en la vida común es el de todo el mundo, de tal manera que para las malas lenguas Jesús es un bebedor de vino, un amigo de los publicanos y de los pecadores. (Luc. 7, 34).

Por otra parte, deja a un lado el reclamo de la propaganda. Los fariseos exigen a grandes gritos alguna señal del cielo, lluvia súbita, truenos, voces celestes que proclamen la aprobación de Dios. Mas Cristo mantiene su potestad por encima del clamoreo de las gentes. Llega hasta a rehusar habitualmente el título de Mesías y no le fué grato sino en los últimos tiempos de su ministerio. Leed al Evangelio y veréis que no hay fáciles procedimientos de la demagogia, la doctrina que el Maestro predica, la del reino interior y espiritual, disipa la antigua y dulce quimera de los judíos nacionalistas. Las promesas que consigo lleva nada tienen que ver con la dominación y las vanidades y las riquezas. Cuando de la salvación se trata es preciso que el discípulo sea capaz de sacrificarlo todo: su padre, su madre, su esposa, su casa, hasta la propia vida.

Con estos escasos recursos, con esta táctica humanamente inhábil, Jesús ha podido imponerse a lo mejor de entre los hombres, a las veinte generaciones que desde su aparición nos han precedido, a la civilización toda.

## Jesús quiere que le amemos. Domingo X después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

No hay hombre que deje de extrañarse y admirarse ante el hecho de Jesucristo exigiendo el amor a todos los hombres indistintamente, y haciendo de él el primer mandamiento de su ley. "Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas; este es el primer mandamiento". ¿Ignorará por ventura Jesús que todo se puede imponer menos el amor?. De tal forma, es libre este sentimiento que no se puede tomar por fuerza. Todo se puede imponer menos el amor, pues se puede imponer la estima, se puede imponer hasta la admiración a fuerza de virtud, de talento o de genio.. Pero el afecto no se puede mandar y el solo hecho de mandar tendría como resultado el paralizar.

Únicamente Cristo es el temerario (el loco o el Dios), que se atreve a decir: te mando que me ames. Únicamente Cristo es el hombre que sueña con ser amado de todos y siempre y sobre todas las cosas y tan intransigente es en esto que anatematiza a quien ama a su padre, madre, hermano o hermana más que a El. Queridos fieles ¿os habéis puesto alguna vez a pensar seriamente ante este gesto de Cristo?. Queridos fieles, pensad un poco sobre este gesto de Cristo y acabareis concluyendo que quien se atreve a hablar así, con aquel acento de convicción que late en sus palabras, quien pretende el amor, no sólo de sus amigos, de sus contemporáneos, sino de todos los hombres, y de todos los hombres de todas las épocas, es un loco o un Dios. Tan enajenado que no se da cuenta de que la tierra que pisa, tierra que en su seno oculta, o con su polvo cubre muchísimos sabios, muchísimos héroes, muchísimos Reyes y Emperadores cuyo poder no tuvo límite y que, sin embargo, ni en el paroxismo de su poder y de su apogeo llegaron a soñar con perpetuar la memoria de sus personas o el amor que se les tenía. O si no es loco, tiene que ser Dios, a cuya acción no se le pueden poner diques, Dios que no conoce los límites del tiempo, Dios siempre presente, ayer, hoy, mañana, siempre digno de nuestro amor, siempre es grande, siempre vive ... y reina.

Aun cuando por una suposición todo lo demás de Cristo nos fuera ignorado, su origen milagroso, su vida, sus milagros, sus profecías ... etc. ... este rasgo de Cristo exigiendo el amor a todos los hombres de todas las épocas y latitudes y el acento de serenidad, gravedad, dignidad y convicción que vibra en sus palabras, nos infunde un sobrecogimiento, una admiración que nosotros no sabemos cómo explicarlos, a no ser atribuyendo a Cristo una sobrenaturalidad que no radica en los demás personajes de la Historia. Y no es el acento de su voz, sino todo su ser y toda su persona las que nos reflejan esta sobrenaturalidad, cuando pronuncia estas palabras.

Yo me imagino en este momento a Jesucristo abandonado de sus mismos discípulos, que no le siguen más que por miras rastreras, ambiciones inconfesables a Jesucristo, siendo el blanco del odio más encarnizado de los escribas y fariseos, que delante de ellos pronuncia aquellas memorables palabras "cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí", yo me imagino en este momento a Jesucristo y me fijo en sus ojos serenos, imperturbables, a pesar de las tempestades de odios que se levantaban en su derredor, en sus ojos que miran con optimismo al porvenir ... "yo atraeré a todos a mí" ... ¡Qué seguridad de triunfo, qué encanto y atracción expresan aquellos sus ojos abiertos que ven la conspiración que se fragua para matarle y sin embargo sabe Cristo que en la cruz no se han de cerrar para no abrirse, sino que ha de engendrar en el transcurso de los siglos la luz que de ellos brota esas hogueras de amor que han de consumir lo más puro, lo más casto, lo más grande de la humanidad, hogueras de amor que con sus llamas han de purificar y transformar las almas, haciéndolas de terrestres en celestiales ... hogueras de amor que forjan y templan esas almas cristianas que en el transcurso de los siglos han de dar al mundo esos ejemplos magníficos de grandeza, generosidad, de heroísmo cristiano, heroísmo cristiano que consiste en guardar la virginidad perpetua en medio de la corrupción, heroísmo cristiano de la entrega que se sacrifica en aras de amor a sus hermanos y da lugar a esos prodigios de caridad, como son un San Vicente Paul, un Ozanan, un P. Damián, que se sacrifica en una leprosería .o. heroísmo cristiano de las almas que, por pura obediencia abandonan a sus padres, a su tierra, a su patria ... y corren por las estepas de Asia o por los arenales de África en busca de almas, heroísmo cristiano que hace que la pobreza evangélica sea abrazada con pasión por los que ambicionan la eternidad como el verdadero tesoro del tiempo ... heroísmo cristiano que perdona a los enemigos y hace que las virtudes más oscuras, la humildad, la obediencia, el respeto, sean practicadas en el silencio y en la oscuridad, sin ostentación y sin esfuerzo ... Yo me imagino así a Cristo y declaro y confieso que su voz tiene vibraciones sobrenaturales, su gravedad y serenidad, su optimismo y seguridad al pronunciar estas palabras, son optimismo y seguridad, serenidad y gravedad que le pueden provenir más que de su conciencia mesiánica, de su poder divino que le merecerá el reinado de las almas.

Y hoy, a veinte siglos de distancia, ante veinte generaciones cristianas que templadas por el fuego de amor a su persona han producido esos magníficos frutos de sacrificio y abnegación cristiana y esa serie innumerable de héroes de la caridad; hoy, después de veinte siglos del reinado de Cristo sobre los corazones, hemos de resumir nuestro pensamiento sobre su persona con aquella lacónica, pero expresiva, frase de Pascal: "Jesucristo quiso ser amado: lo ha sido: es Dios".

Pero no solamente sobrevive Cristo en el corazón de los creyentes, no solamente reina Cristo en los corazones por el amor. Verdad es que el corazón es un órgano impulsor de la vida, verdad es que el amor es el motor principal de las actividades humanas y que por lo tanto, reinando en el corazón, por medio del amor, extiende su reinado a casi todas las actividades humanas. Aun cuando no sobreviva en el amor de los hombres, no deja de sobrevivir por encima de nuestras voluntades por sus mandatos, por sus mandatos que se nos imponen a pesar nuestro. Hemos considerado el fenómeno único en la Historia de la Humanidad de un muerto amado y un muerto conquistador y vamos a ver la tercera maravilla de un muerto dictando órdenes, de un muerto reinando en las almas, porque El las encauza, El las mueve, El las transforma.

Para los demás personajes de la Historia el poder termina con la vida. Ahí tenéis cientos de nombres en las páginas de la Historia, cientos de nombres de hombres poderosos, celebrados, amados y reconocidos en su vida. Incluso ahí tenéis las momias de muchos de ellos, pero ya no mandan, no reinan. Jesucristo, en cambio, sigue mandando y dando órdenes efectivas, impone los diez mandamientos y los mandamientos de la Iglesia. Ordena que cumplamos con Pascua, ordena que nos confesemos una vez al año por lo menos ... ordena que oigamos misa los

domingos y días de precepto, etc.. Y sus órdenes, queridos fieles, son cumplidas y son cumplidas sin más sanción que la fijada por El para los transgresores ... son cumplidas sin más vigilantes y testigos que la voz de la conciencia propia. ¿Quién me negará que esto es reinar en el sentido más exacto y riguroso de la palabra?.

Sí, me diréis, sí reina en unos, pero en otros muchos ... que traspasan sus leyes, violan sus preceptos, no solamente no reina sino que esto es un indicio de que su reinado no es reinado en el verdadero sentido de la palabra ... Es verdad, Tenemos el libre albedrío que es fuente de méritos si lo empleamos bien..., pero también de pecados, si lo empleamos mal.

Sin embargo, para apreciar el desorden de la voluntad humana que ofende a Dios, hay que tener en cuenta muchos elementos ... Desde luego muchos de los que pecan irán a pedir perdón al confesor, muchos se arrepentirán siquiera en los últimos momentos, de modo que no habiendo vivido en su gracia, al menos morirán en su amor. Y cuántos no conocen a su Salvador Jesucristo ,.. Cristo misericordioso busca siempre y considera en todos la buena voluntad. Y si el hombre no se resiste a su gracia, reina en él desde el primer momento que recibe la gracia. Y si se resiste hasta el fin, Dios vengará su honor, y su justicia quedará triunfante por toda la eternidad "Dios no puede ser burlado", dice San Pablo y El dirá la última palabra en este mundo, o en el otro.

Cuando aquellos fariseos y escribas urdían la trama para darle muerte y quitarle de en medio, oyeron de la boca del Salvador aquella profecía que hemos comentado hace poco: "Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí". Y efectivamente, entonces comienza su reinado propiamente. Los fariseos y escribas se burlaron con un gesto despectivo de las palabras de Cristo, que vemos que son una realidad durante los siglos que nos han precedido. Pero, según otras palabras también tuyas, y no menos solemnes que las que estamos oyendo, el acto culminante de su reinado será el Juicio final, en el que convocar a sus enemigos. "Entonces, dice Cristo, aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre, a cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llanto, y verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad, el cual enviará a sus ángeles que a voz de trompeta sonora consagrarán a sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del cielo hasta el otro".

No menos que las otras palabras de su reinado de amor y atracción, tendrán su cumplimiento estas otras, en las que se predice ese acto que será el remate glorioso de su imperio en la tierra, imperio que está ahora en plena realización, porque sus órdenes son obedecidas, secundadas, imperio que, sin embargo, queda sin plena realización, sin exacto y justo cumplimiento hasta aquel día en que se sancionarán justa y rigurosamente los delitos y se premiarán los buenos servicios, sanción y premio o recompensa que son otros atributos del reinado de Cristo, como lo son también de todo imperio o reinado en el mundo.

Aquí termino, queridos fieles, la serie de pláticas en las que hemos estudiado este aspecto de la divinidad de la persona de Cristo.



## Jesús signo de contradicción. Domingo XI después de Pentecostés

Amadísimos fieles

Cuando reflexionamos seriamente sobre los episodios históricos, nunca faltan en ellos rasgos desconcertantes. Pocas o acaso ninguna cosa encontraremos más desconcertante que las diversas actitudes que los hombres toman respecto de la persona de Cristo. Signo de contradicción y piedra de escándalo llamó San Pablo a la Cruz de Cristo y lo es desde el primer momento. Abandonado de los suyos y mofado de sus enemigos está suspendido su cuerpo en la Cruz sobre la cumbre de Golgota. Se acerca un Centurión romano, ajeno a toda la trama de su pasión y muerte y probablemente desconocedor de su vida y de sus obras y al contemplar aquellos sus ojos vidriosos que después de haberse elevado al cielo se cerraban en el momento de expirar, exclama ante la admiración y con sorpresa de todos "vere hic erat Filius Dei", realmente que este era el Hijo de Dios. ¿Qué ha encontrado este hombre, queridos fieles, qué ha visto este hombre en aquellos ojos vidriosos que se elevaban hacia el cielo y luego se cerraban para ver a aquéllos sus mismos discípulos que desengañados se alejaban del Calvario y se confundían en aquella muchedumbre de curiosos que volvían a la ciudad para olvidarse ya de aquél Crucificado que había, sí, había llamado la atención en un momento pero quedaba ya solo en su patíbulo?. ¿No oye el Centurión las burlas y las blasfemias de los escribas y fariseos que eran los sabios, los entendidos los hombres serios y ponderados, los conductores del pueblo que con su actitud despectiva dan a conocer la opinión y el respeto que les merecía aquél ajusticiado?.

En esta escena, queridos fieles, la que se está repitiendo a cada momento, a cada segundo durante veinte siglos que han transcurrido desde entonces. Es ésta la escena la que con más exactitud que nunca se está repitiendo en nuestro siglo veinte, en nuestro siglo de las luces, es esta escena, queridos fieles, en la que cada uno de nosotros, todos y cada uno de nosotros es también actor en estos momentos. Representamos uno de esos papeles ... Porque como os decía, estamos obligados todos a tomar una actitud que se reducirá a la de los fariseos que blasfeman. Hemos mirado atrás y hemos encontrado un personaje en la Historia que no ha podido menos de merecer nuestra atención, pues como algún otro día os lo he dicho todo el mundo tiene que definirse ante Cristo, todo el mundo tiene que emitir su juicio respecto de su persona y tiene que tomar una de esas actitudes de los que intervienen en la escena evangélica que hemos mencionado. Estos días pasados nos hemos detenido a analizar, a estudiar un poco la figura de ese Crucificado y con la historia en la mano y sin salir un ápice de los datos históricos, perfectamente comprobados con documentos históricos de completa garantía hemos

visto que se trata de un personaje que estaba perfilado con todo lujo de detalles y datos tanto respecto de su linaje, origen, padres, fecha de su nacimiento, lugar, etc, como respecto de su vida con pormenores que nos veríamos obligados a desecharlos si no tuviéramos documentos auténticos, documentos constantes que nos obligan a aceptarlos. Hemos estudiado también su vida, sus obras, sus milagros y sus profecías que consideradas a la luz de la más exigente razón, a la luz de los datos científicos que poseemos en nuestro siglo veinte del progreso, y de la ciencia, hemos tenido que reconocer su sobrenaturalidad que no se explica más que recurriendo a través de documentos fidedignos, auténticos que resisten a toda prueba su muerte heroica y su resurrección gloriosa que presuponen en Cristo, autor de la vida y de la muerte, la participación de los atributos propios y exclusivos de la divinidad. Y después hemos recorrido las páginas de la Historia de veinte siglos de supervivencia y reinado de Cristo en los corazones y en las almas. ¿No son todos estos rasgos más que suficientes para arrancar de nuestros pechos otra confesión como la del Centurión?. "Vere hic erat Filius Dei" ... ¿Verdaderamente que este tiene que ser Dios ...?. Ésta es la conclusión natural, lógica que debe tomar el hombre en presencia de todos esos rasgos divinos que hemos sorprendido en la persona de Cristo y en su Historia.

Realmente que no faltan almas que hacen suya la confesión del Centurión ... almas de toda condición, sencillas unas que intuyen más que ven en Cristo su divinidad como la anciana profetista Ana, más distinguidas otras pero nobles y sinceras que se doblegan ante la realidad histórica que se impone. Pero tampoco faltan quienes haciendo aprecio y alarde de ciencia y sabiduría, prudencia y nobleza, pasan de largo ante Cristo, sin pasar a estudiarlo ... como tampoco otras muchas, menos de las que parecen.

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

**Personaje y magisterio de Jesucristo.  
Predicación: Jesucristo redentor**

## Índice

1. ¿Por qué ha venido Dios al mundo?. Domingo XII después de Pentecostés
2. Desconocimiento de la Redención. Domingo XIII después de Pentecostés

## ¿Por qué ha venido Dios al mundo?. Domingo XII después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Hemos hablado los días pasados del gran misterio de la Encarnación, de la presencia en el mundo de Dios humanado, que ha pasado por él dejando tras sí esa estela indeleble que constituyen sus obras, sus milagros, sus profecías, en una palabra su vida, por la que fácilmente se le reconoce como Dios aún hoy, a veinte siglos de distancia. El último día hicimos unas observaciones sobre la incomprensibilidad de ciertas notas, de ciertas apariencias en la naturaleza y vida de Cristo, discordancias e incomprensibilidad que las ha de salvar una luz superior, una luz que participa de una inteligencia superior a la nuestra, luz que para nosotros es la fe que hace decir al Centurión de cara a una de esas aparentes contradicciones o notas incompatibles. Vere hic est ...

Siguiendo la regla de todo buen pensador que consiste en admitir los hechos establecidos, comprobados con la secuela de consecuencias que se derivan de ellos sin abandonar lo que se sabe por lo que se ignora, nosotros leal y sinceramente admitíamos la presencia en el mundo de Dios hecho hombre, aunque no sepamos comprender la naturaleza íntima de este inmenso misterio de amor que se escapa al alcance de nuestra razón.

Y es aquí donde nuestra razón, nuestra curiosidad, nos plantea otra pregunta que está en este momento pendiente de todos nuestros labios. ¿Y por qué ha venido Dios al mundo?. A esta pregunta no puede contestarle nuestra razón, porque no cae en la esfera de su alcance los designios de Dios. Porque no entran en la esfera de su razón los designios de Dios, lo mismo que no podemos averiguar por nuestras luces por qué Dios ha hecho redondo al mundo, o por qué no ha creado las mismas condiciones de vida que en la tierra en la luna, tampoco puede dar una respuesta satisfactoria a la pregunta que nos hemos planteado, por qué se ha hecho Dios hombre y ha venido al mundo. No le puede dar la razón natural una contestación satisfactoria y por eso no nos ha de extrañar que la respuesta a esta pregunta le parezca sorprendente, e incluso absurda a nuestra razón. La contestación a esta pregunta la hemos de encontrar en la palabra revelada de Dios; la contestación a esta pregunta nos la ha de dar Dios. Dios la ha dado y pertenece al depósito de la verdad revelada que, como sabéis vosotros, está sintetizada en el símbolo o el Credo que es la síntesis o resumen de las principales verdades que nos ha enseñado Jesucristo y los apóstoles, que las aprendieron de Cristo.

La contestación a esta pregunta ahí la tenéis, en el cuarto artículo del Credo, que nos enseña el misterio de Jesucristo sufriendo y muriendo en la Cruz. Por qué. Para redimirnos del

pecado y librarnos de la muerte eterna. Son palabras textuales del catecismo. Y realmente que es sorprendente y más que sorprendente casi absurda la respuesta. Ya lo hemos dicho, no nos ha de extrañar el que sea sorprendente, e incluso parezca absurda a la razón humana, que es limitada, que no llega a penetrar la esfera superior, que como los ojos del murciélago, se ciegan con la luz de sol. Así también nuestra razón se ofusca, e incluso pierde la poca claridad que tenía a la vista, a la presencia de estas verdades sobrenaturales. Estas verdades que, como quien dice, violan los fueros de nuestra razón, no pueden menos de irritarla y es la razón irritada la que clama escandalizada: pero para rehabilitar al hombre a Dios le era necesario venir en persona a morir y dar su sangre ... Dios felicísimo. Dios poderosísimo, Dios sapientísimo, Dios infinito .... se turba porque una criatura suya, el hombre, haya frustrado abusando de la facultad que le dió Dios mismo y se achica y rebaja hasta hacerse hombre y, lo que es más, hasta morir en la Cruz.

He aquí queridos fieles el escándalo de la razón, que se sorprende de que Dios infinito ... imperturbable en su divinidad, se preocupó y se acuerde del hombre ... le parece absurdo el que para rehabilitarle haya tenido que morir ... Los designios de Dios ofuscan a la razón y la remueven. He aquí el hombre que inconscientemente se atribuye el derecho de juzgar a Dios y de pedirle cuenta; he aquí el gesto del topo .que no ve el sol y niega su existencia. Y aquí veis que la fe es escándalo, turbación, inquietud para el que no la abraza y en cambio para el que sí lo hace es certeza, seguridad, paz, luz, que le hace ver en el mundo y en la doctrina revelada, entre las justas exigencias de la naturaleza humana y la providencia divina una armonía y un acoplamiento perfecto y en el universo todo un plan estupendo, siendo el hombre el centro de todo él, no siendo, por tanto, una molécula o un átomo perdido o descentrado sin órbita ni centro de gravedad. A la luz de estos misterios aparece el hombre con todo el esplendor de su dignidad, que le proviene del hecho de haber merecido ser redimido por la sangre del mismo Dios.

## Desconocimiento de la redención. XIII Domingo después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

El domingo pasado comenzamos a hablar del misterio de la Redención, del misterio -decíamos- que es la médula y la entraña de la Religión cristiana, del misterio que debe ser la fuente inagotable del espiritualismo cristiano, del misterio que para el cristiano debe ser el resorte poderoso que le reanime cuando cae abatido y le haga levantarse con el corazón henchido de esperanzas, con el alma reconfortada de confianza, que no puede menos de inspirarlas un Dios suspendido en la Cruz por nuestro amor. A la luz de este misterio todo es armonía en el mundo, a la luz de este misterio, el dolor y el sufrimiento dignifican al hombre a la luz de este misterio -y con esto terminábamos- el hombre no es una molécula perdida, un ser descentrado sino adquiere el esplendor que le corresponde como rey de la creación, que ha merecido ser atendido por el mismo Dios, que se ha anonadado como dice San Pablo hasta tomar forma de siervo.

Pero antes de pasar adelante quiero apelar a vuestra conciencia, a vuestra sinceridad que se ve obligada a reconocer que por desgracia es este misterio uno de los pocos conocidos y poco meditados, cuando en realidad debiera de ser la visión y la consideración de este misterio la que excitara la generosidad del hombre por corresponder a tan desconcertante e inefable gesto de Dios Redentor y ha sido la causa de aquella vida pujante que admiramos en los primitivos siglos cristianos que bebían a raudales el heroísmo en el campo descarrilado de esos grandes misterios. Cristo paciente, Cristo crucificado, Cristo Redentor, la apelación a su obediencia, a sus sufrimientos, a su muerte, es para San Pablo y con San Pablo para todos los Santos Padres y escritores eclesiásticos la suprema apelación y el mayor acicate para una vida mejor, para una vida más digna de nuestra vocación. Y no solamente la vida pujante de aquellos cristianos a quienes admiramos, sino la propia vida, la vida que cada uno de nosotros hemos vivido en nuestra infancia, vida que luego ha ido languideciendo hasta llegar tal vez hasta la indiferencia de que ahora somos víctimas, este fenómeno que observamos en nosotros mismos es un hecho que nos invita a reflexionar sobre él. Para poder vivir esa vida digna de nuestra vocación muchas veces hay que tomar decisiones radicales, decisiones varoniles y nos encontramos sin energía, sin resortes interiores para ello. ¿No es ésto verdad, queridos fieles, no es verdad que no sabemos donde apoyarnos para dar esos pasos?. En cambio recordarnos y cada cual sabemos que en nuestros años juveniles cuando se nos hablaba de Cristo Redentor, de Cristo paciente, por nosotros saltaban de nuestros ojos lágrimas sinceras de dolor, conmisaración y sentíamos que nuestros pechos bullían en sentimientos de agradecimiento a Cristo.

Se ha entibiado la fé, se suele decir cuando se refiere a estas cosas. Pero ¿por qué se ha entibiado la fé?, podemos preguntar nosotros. Por las pasiones, que al llegar a la pubertad irrumpen como un torrente impetuoso y pueden perturbar ... las pasiones ... Ah las pasiones ... verdad es que el vapor que sube del corazón que corrompe la muerte a la mente que ahora empieza a vacilar ... y poco a poco se va nublando. Pero ... ¿acaso la niebla no se desvanece como el sol? ... ¿Acaso no se nubla tan fácilmente porque no alimentamos el fuego sagrado de la fé? . Se ha entibiado la fé porque no se la cultiva. ¿Acaso la neblina material no desaparece a los rayos del sol que cada vez son más calientes?.

La fé se cultiva, queridos fieles, la fé se cultiva conociendo cada vez mejor los principios que la informan, que son las verdades sobrenaturales, los misterios de los que hemos hablado. Qué caudal de conocimientos propiamente dogmáticos, de los principios de la fé, posee el hombre maduro de hoy. No pregunto, queridos fieles, qué caudal de conocimientos dogmáticos posee el hombre culto o el hombre del pueblo, del montón porque en este asunto por desgracia -rarísimas excepciones- todos son del montón, están al mismo nivel.

¿A qué se reducen nuestros conocimientos en el caso concreto del dogma de la Redención que es el centro y la médula de la vida cristiana?. Ordinariamente no pasan de dos o tres símiles, a comparaciones que se nos expusieron en la escuela o en la catequesis elemental, símiles o comparaciones que se nos grabaron, pero cuyo contenido no lo hemos profundizado. Esos símiles, esas comparaciones, satisfacen a las exigencias racionales del niño que son exigencias fácilmente compensables y estando por otra parte su imaginación bastante desarrollada con provecho se recurre a esos símiles, a esas comparaciones. Cristo campeón en la lucha que está entablada desde Adam entre Satanás y el hombre, vence a Satanás en nombre y en sustitución del hombre, sube al cielo y a su llegada no pueden menos de abrirse aquellas enormes puertas que estaban cerradas desde el pecado de Adam. Este es el concepto de Redención que tenemos. La obra redentora de Cristo no afecta según este concepto incompleto al hombre más que externamente. Llega el hombre a la madurez de su razón y se comprende que este concepto no le satisfaga, pues su mentalidad es otra ahora, tiene otro concepto del mundo, del hombre, de la lucha con el demonio, de Dios, del cielo ... un concepto más exacto por poco que haya progresado, y por eso aquella idea elemental de la redención que no le satisface a sus exigencias racionales, ¿cómo va a ser capaz de arrancar esas decisiones nobles y generosas...? Examinando ese concepto elemental a la luz de los nuevos elementos de juicio que ha adquirido no solamente no le place sino que encuentra en él poca solidez, poca estabilidad, poca razonabilidad. Y ¿cuál va a ser su posición después de este primer análisis de sus ideas religiosas, que todos la hacemos más o menos deliberadamente, más o menos conscientemente?.

Su posición natural, racional es la de la indiferencia o acaso dando un paso más se decida a rehusarlas. Cuando no las rehúsa o no llega a la raya de la indiferencia es porque le mantiene el ambiente o la tradición que se nos impone pero no es una razón o un motivo racional, que ni sospecha que lo pueda existir. Sin más bagaje teológico a mi no me extraña que el hombre esté a merced de cualquier viento de doctrina y del ambiente que le rodea. Lo mismo que es ahora cristiano sería mahometano, confuciano o lo que queráis en otro ambiente.

Por eso debemos emprender con cariño e interés el estudio de este misterio de la Redención, de la obra redentora de Cristo aunque nos parezca un poco árido. Si vacilamos en la fé para no ser temerarios en emitir nuestros juicios y no proceder imprudentemente, si estamos firmes para reafirmarnos más y más en nuestras creencias.

Redención a primera consideración encierra la idea de rescate o liberación o rehabilitación, rescate, liberación o rehabilitación que presuponen un estado de cautiverio, prisión o servidumbre que como nosotros subjetivamente, personalmente no lo hemos conocido, tampoco podemos experimentar en nosotros lo que ello significa. A nosotros beneficiarios de



los bienes de la Redención desde el primer instante de nuestra vida, nos cuesta darnos cuenta de lo que esto significa, no nos podemos dar cuenta de la carga que Cristo nos ha quitado de quienes nos pueden decir lo que significa la Redención, qué ha traído Cristo son aquellos hombres sumidos en la ignorancia más supina respecto de las verdades religiosas fundamentales que vivieron antes de Cristo, entre los cuales no pudo menos de cundir el ansia de redención, aquellas víctimas de las pasiones humanas que les arrastraban a las cimas más absurdas ... ansia de redención que les provenía de la necesidad que sentían de ser rescatados de aquel estado de postración moral, de aquel estado de oscuridad mental en que yacían. Por eso los oráculos de las sibilas que predecían un salvador, un restaurador que iba a prevalecer, más que otra cosa eran gritos de angustia que salían de los corazones oprimidos por la ignorancia de la verdad que se ansiaba conocer y no se hallaba, eran lamentos desgarradores que lanzaba el corazón Humano, presa de las pasiones de las que no podía salir por más que forcejeaba. La humanidad naufraga, levanta su voz y pide auxilio. Nosotros, los hijos de la luz, los hijos del Evangelio por el que conocemos a Dios ante todo y sobre todo es padre, a Dios que busca al hijo pródigo, a Dios misericordioso que perdona el pecado siempre que el hombre se acerca arrepentido, nosotros que conocemos por propia experiencia el alivio de la gracia, no sabemos lo que es la ignorancia de la que Cristo nos ha librado por su palabra redentora, no sabemos lo que es la deuda sin cancelar y la justicia divina irritada que descarga su peso sobre la humanidad. Por eso no comprendemos qué significa Redención, cuál es la obra redentora de Cristo.

Nosotros para mejor entenderlo vamos a estudiar dos aspectos de la obra Redentora de Cristo, pues aunque propiamente, en el sentido riguroso y estricto por Redención se suele entender la muerte de Cristo, muerte de Cristo que da la satisfacción justa a Dios Padre y es la fuente de las gracias que se nos dan, otro aspecto de su misterio que participa del carácter de redención que significa rescate y liberación es su magisterio, su palabra divina por la que nos libra de las tinieblas en que estaba envuelta la humanidad. Su magisterio que como hemos dicho es una obra redentora de primer orden es una consecuencia inmediata de su divinidad. Si Cristo es Hijo de Dios enviado del cielo a la tierra para provecho de los hombres, tiene que comenzar por ilustrarlos en todo cuanto tiene relación con la vida eterna. Un Mesías que pasase por el mundo ciego y revertido sin alumbrar sus caminos y corregir sus errores, sin predicar las verdades necesarias a la salvación, sería un contrasentido que no cabe imaginar en los sapientísimos consejos de la Santísima Trinidad.

Para Jesús era una tarea redentora la predicación de su palabra, su magisterio. En el primer discurso de Nazaret alude a una palabra de Isaías que subraya este magisterio del Redentor. "Ha reposado sobre mí el Espíritu del Señor porque el Señor me ha ungido y me ha enviado para evangelizar a los mansos". Y Jesús reclama explícitamente el nombre honroso de Maestro. "Vosotros me llamáis Maestro y Señor y decís bién, porque lo soy". Y esta exigencia la tiene exclusivamente para Sí. "No debéis preciaros de ser llamados Maestros, porque el Cristo es vuestro único Maestro".

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

# Personaje y magisterio de Jesucristo. Predicación: Magisterio de Jesucristo

## Índice

1. Magisterio de Jesucristo. Domingo XIV después de Pentecostés
2. Verdades desconocidas por el hombre pre-cristiano. Domingo XVI después de Pentecostés
3. Dios objetivo último de la vida del hombre. Dios Padre. Domingo XVII después de Pentecostés
4. Dios Padre providente. Domingo XVIII después de Pentecostés
5. Dignidad del hombre. Domingo XIX después de Pentecostés
6. El misterio del hombre. Domingo XXII después de Pentecostés
7. Libertad y sumisión. Domingo XXIII después de Pentecostés
8. El desorden social pide un Salvador. Domingo XXV después de Pentecostés
9. Sermón del Mandato. 29.3.1945

## Magisterio de Jesucristo. Domingo XIV después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Ya os anuncié el domingo pasado que hoy os iba a hablar del magisterio de Cristo. Quizá le ha sorprendido a alguno el hablar del magisterio de Cristo cuando hemos dicho que vamos a tratar del misterio de la Redención. Es que para muchos la obra de la Redención se reduce a la muerte y pasión de Cristo, pero como veréis esto no es exacto.

Como ya os lo decía el domingo pasado, Redención significa rescate, liberación, rehabilitación. Cristo es Redentor en cuanto por su obra reintegra al hombre a aquel estado en el que fué criado, con una diferencia. Para que esa reintegración, rehabilitación, fuera perfecta tendría que concedérsela la ciencia infusa por la que el hombre ve todo, conoce todo y el don de la integridad, por el que sus pasiones quedan completamente subyugadas, sojuzgadas a la razón. La reintegración o rehabilitación de Cristo se verifica concediéndonos en lugar de la ciencia infusa el conocimiento de las verdades religiosas necesarias para conseguir nuestro fin sobrenatural y mereciéndonos la gracia que es esa entidad sobrenatural que hace al alma partícipe de la vida divina, que llegará a su pleno desarrollo en la otra vida; entidad invisible pero real, que da al alma la fuerza necesaria para poder sojuzgar y dominar las pasiones. Aquí tenéis, queridos fieles, la síntesis de lo que el dogma, la teología, nos enseña acerca del dogma de la Redención. Por desgracia estos conceptos nos son desconocidos, los mismos términos que en un tiempo conocía perfectamente el pueblo hoy son una novedad para nosotros. Vamos, con la gracia de Dios, a desentrañar estos conceptos, estas ideas, que deben ser, queridos cristianos, conceptos e ideas de las que hemos de sacar fuerza y luz para nuestra vida.

Sería un absurdo pensar que Jesucristo, el Hijo de Dios, que viene al mundo para provecho y utilidad de los hombres, pudiera pasar por este mundo pervertido y sumido en las tinieblas de la más sorprendente ignorancia respecto de Dios, del alma, del hombre, del fin del hombre, sin corregir los errores y sin enseñar la verdad acerca de esos problemas. Si ha venido al mundo para provecho, utilidad y bien del hombre, debe en primer lugar ilustrar al hombre, enseñar al hombre, aquello que quiere saber y necesita saber.

¿Y sabéis, queridos fieles, cuál es el problema inquietante, angustioso, difícil, del hombre?. ¿Queréis saber cuál es el problema que más ha hecho cavilar al hombre, y no ha habido ni hay hombre que se despreocupe de él?. ¿Queréis saber cuál ha sido el problema principal del hombre en todas las épocas, en todas las latitudes?. El problema que a todos nos preocupa y a todos ha preocupado y pide que reflexionemos ha sido el problema de Dios.

Vamos por un momento a saciar nuestra curiosidad con cifras y números. Cuando los astrónomos nos hablan de los millones de estrellas y astros, infinitamente superiores a este nuestro planeta y nos hablan de esas distancias enormes que separan los unos de los otros, distancias que para expresarlas no se valen de kilómetros, como nosotros para medir las distancias de la tierra, sino de lo que técnicamente se llama años de luz. Luz ... la luz que en un segundo recorre 300.000 kms. ... en un minuto ... en un año ... qué distancias ... Nosotros no podemos menos de hacernos idea de nuestra pequeñez, de nuestra insignificancia y, ¿quién es?, nos preguntamos, ¿quién es el que ha hecho eso, el que rige eso?. Pues exactamente desde que el hombre es hombre, desde que el hombre tiene ojos para ver e inteligencia para discurrir, desde que el hombre fija su atención en el sol que sin que él lo haya ordenado le visita regularmente cada mañana, en la flor que se transforma en fruto se ha preguntado quién es Dios .. , qué es Dios ..

Y ha sido ésta la pregunta más angustiosa, la pregunta más insignificante que se ha formulado. Y efectivamente vemos que le ha preocupado hondamente.

Según cálculos de geógrafos, geólogos, prehistoriadores, etc., había hace 14.000 años en Europa, en ésta nuestra misma tierra, hombres que vivían en ella, hombres que hablaban el mismo lenguaje. Y hace 14.000 años esos hombres, sabemos, lo vemos por sus albergues que se conocen, creían en Dios ... trataban de agradar a Dios ... buscaban a Dios ... de quien sin embargo no tenían una idea muy clara ni muy verdadera.

Y 14.000 años en la Historia de la Humanidad no es nada, pues según testimonios de sabios que se dedican a estos estudios y a cuyas conclusiones en nada se opone la verdad revelada, muchos millares de años antes el hombre lucha con la vida, con los elementos que se oponen a su desarrollo y expansión. Hoy conocemos restos del hombre de la época técnicamente llamada cuaternaria, o de los glaciares, de cuando el continente europeo se recubría con una inmensa capa de hielo y el hombre buscaba refugio en las grandes cavernas, cuya temperatura era más invariable y más benigna. Y si realmente en aquellas épocas el hombre, cuya vida amenazaban aquellas olas de frío, corría hacia las costas y se refugiaba en las cavernas, le preocupaba no menos que los alimentos y la defensa de su vida el culto y la adoración de Dios, a quien trataba de complacer, erigiendo en lo más inaccesible de sus refugios esos santuarios oscuros que aún hoy podemos ver. Siempre ha sentido el hombre y ha profesado que dependía de un ser superior, a cuya ira atribuía las calamidades materiales que le abrumaban y a quien trataba de complacer y aplacar con sus ritos y sus sacrificios.

Sin embargo, no ha tenido el hombre idea verdadera de lo que es y de lo agrada a ese Dios. Una sola cosa aparece clara en toda la Historia de la Humanidad: Que el hombre siempre ha tenido conciencia de la existencia de un ser superior y siempre ha tratado de acercarse a El; Y la prueba palpable de que a pesar de sus esfuerzos intelectuales nunca ha llegado a tener una idea clara de ese Dios es la multitud de religiones, la multitud de seres en los que ha creído el hombre, en los que ha personificado a ese ser superior. Es más, cada generación que pasaba era un paso dado atrás ... porque la Historia comparada de las religiones nos enseña que la idea de Dios ha ido desdibujándose a medida que la Humanidad progresaba en años, hasta llegar del monoteísmo de los pueblos primitivos al politeísmo de los posteriores ... Ahí tenéis los genios portentosos de la Humanidad, los grandes filósofos de mirada penetrante y clara. A lo sumo que llegaron fué a descubrir que ese ser superior tiene que ser único, al monoteísmo. Pero no pudieron descubrir las relaciones íntimas que existían entre ese ser y el hombre, más que la dependencia omnímoda que debía haber. Era, pues, queridos fieles, el conocimiento de Dios el problema fundamental, angustioso, palpitante.

El primer paso redentor de Cristo -y ahora os dais cuenta de su trascendencia- es la solución de ese problema, la aclaración y exposición de esa verdad. Hoy, gracias a Dios tenemos

-no sé si tenemos, podemos tener- idea clara de Dios, de sus relaciones con el hombre, que al fin y al cabo más que su naturaleza, que como infinita o inmensa quedara fuera del alcance de nuestra capacidad limitada, esas relaciones con el hombre y el mundo nos interesan más.

A fin de que vosotros comprendáis mejor la idea que de Dios nos enseña Cristo, voy a permitirme describir en dos trazos la idea fundamental de la divinidad que se tenía cuando Cristo vino al mundo, tanto en los pueblos gentiles como en el judío.

En unos pueblos la abundancia de espíritus y duendes en los que se creía había destruido en la mente de los devotos la majestad, la grandeza, la perfección y santidad de Dios. Otros pueblos, en los que más o menos implícitamente había conciencia y creencia en un ser superior, todos -persas, chinos, judíos- tampoco conservaban la fé pura en Dios, pues Dios viene a ser un personaje puesto al servicio del egoísmo humano. Se adulteraba el concepto verdadero de Dios al no hacer de Dios el objetivo único, absoluto y último del hombre. El hombre, es verdad, se rinde ante ese ser y ofrece a la divinidad esfuerzos morales y culturales y la divinidad se los indemniza con las correspondientes mercedes. La divinidad en sustancia está para los hombres y sus pequeños pesares, no al revés, no es el hombre el que está para la divinidad, para Dios.

Aun entre los mismos judíos, que creían en el Dios verdadero, no tenían concepto exacto de lo que es Dios y de lo que debe ser el hombre respecto a Dios. No os extrañéis; queridos fieles, la piedad, la religión ... consistían más que en otra cosa en hacer un pequeño negocio con Dios. Jahvé estaba al servicio del egoísmo humano. Los conceptos de galardón y castigo, mérito y demérito, considerados en su finalidad meramente terrena, ocupaban una posición central en la piedad judía. No era la intención, sino el esfuerzo, la obra lo que valía a los ojos de Dios. Tan sólo esas obras tenían recompensa en bienes materiales en la tierra: salud, riqueza, bendición de los hijos ...

## Verdades desconocidas por el hombre pre-cristiano. Domingo XVI después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Comenzamos a hablar el domingo anterior del magisterio de Cristo, de la palabra redentora de Cristo, de quien decíamos que siendo como era enviado para provecho y utilidad de los hombres, a su paso por el mundo, pervertido y sumido en las tinieblas más espantosas de la ignorancia religiosa, no pudo menos de dedicar su máxima atención a la enseñanza de esas verdades religiosas ignoradas del todo, o malinterpretadas. ¿Cuáles son esas verdades que tanto interesaba conocer y que, por otra parte, le son desconocidas al hombre pagano, al hombre pre-cristiano?.

A través de la prehistoria, que nos muestra las huellas que el hombre ha dejando en el mundo, y a través de la historia comparada de las religiones, observamos que la cuestión que más ha preocupado al hombre ha sido la cuestión religiosa que, como sabéis, se concreta en la idea de Dios y del hombre. A nosotros se nos hace difícil comprender la angustia del hombre que observa que por encima de su voluntad hay otra voluntad, la que hace que el sol regularmente cada lo mañana alumbre el mundo, la que hace que de una materia inerte provenga ese complejo vivo que en el reino vegetal será la planta que nace, se desarrolla, se multiplica, la que hace que de una materia amorfa, vil, en el reino animal, siguiendo una evolución que nosotros sabemos cómo se produce pero ignoramos en virtud de qué fuerza oculta se hace, provenga ese nuevo ser que fatalmente seguirá el curso de los que le han precedido. ¿Quién es ese que así rige y gobierna el mundo?. Ante El se achica el hombre, ante El ... sin conocer quién es y cómo es se postra el hombre. A veces la personifica en un animal que para él posee unas cualidades y una fuerza superior a las suyas . . . otras le personifica en un astro que ejerce su influjo místico y omnímodo sobre nuestro planeta ... otras creo residir ese numen, o ese ser superior, en un hombre ... a quien le concede prerrogativas especiales, extraordinarias.

En resumidas cuentas; una sola cosa aparece clara en la historia de la Humanidad respecto a este punto: que el hombre siempre ha tenido conciencia de un ser superior a él y siempre ha tratado de acercarse a él y granjearse su benevolencia y para ello no ha reparado en sacrificios, en esfuerzos, en nada. Y la prueba palpable de que a pesar de sus esfuerzos intelectuales nunca ha tenido una idea clara de Dios es la multitud de religiones, la multitud y diversidad de seres en los que el hombre ha personificado a ese ser superior. Es más, cada generación que pasaba era un paso más que se daba atrás en la solución de este problema. La Historia comparada de las religiones nos enseña que la idea de Dios ha ido desdibujándose a medida que la humanidad progresaba en los años hasta llegar del monoteísmo -la adoración y reconocimiento de un Dios-

hasta el politeísmo de los pueblos más avanzados en cultura, ese politeísmo que es la lacra cultural más grande de los pueblos romano y griego, lacra cultural y religiosa que es la causa de su inmoralidad y más tarde de su decadencia. Verdad es que hubo entendimientos privilegiados que vieron y sostuvieron y enseñaron la existencia de un sólo Dios verdadero, el monoteísmo, y así tenemos por ejemplo en el pueblo griego esas lumbreras del saber, Aristóteles y Platón, que profesaron el monoteísmo y el pueblo romano contaba con Cicerón y un Séneca, que si no practicaron el monoteísmo por lo menos lo enseñaron en sus escritos, mereciendo ser celebrados por ellos como superhombres por la posteridad, aunque en su tiempo fueran tachados de ateos y arreligiosos. El paso dado por estos sabios se conceptúa como un gran triunfo de la razón.

Llegaron a descubrir la verdad esos portentos de sabiduría, pero no llegaron a imponer esa verdad, que no podía satisfacer las ansias y la inquietud del hombre. ¿Por qué?. Sencillamente porque ese concepto abstracto de Dios uno e infinito no le habla al hombre más que de su dependencia omnimoda, absoluta, pero de nada más. Si con la enseñanza y profesión del monoteísmo que enseñan los filósofos se ha logrado rodear a Dios de la majestad, grandeza, que le competen, se ha logrado hacer elevar la mirada del hombre que se fijaba, descansaba, en criaturas a las que tributaba un culto inmerecido, ahora sin embargo aparece esa divinidad envuelta de una majestad inaccesible, aparece la divinidad como cosa trascendente, lejana ... que como no necesita del hombre y a éste le parece que reside en una altura tan grande, termina por olvidarse de él y caer prácticamente en el deísmo primero y después en el ateísmo. Ese Dios de los filósofos, lo mismo que el Dios de nuestros racionalistas del siglo pasado, es un Dios que no está vinculado al hombre más que, a lo sumo, por el primer acto creador; es un Dios que no se sabe si después se preocupa del hombre; es un Dios que, por tanto, no tiene la virtud de satisfacer las ansias divinas e infinitas del hombre. En una palabra, es un Dios demasiado abstracto para ser amado, para ser imitado, para ser deseado.

¿Cuál es la novedad de Cristo frente a estos conceptos de Dios que existían en el mundo de su época?. ¿Cuál es la nota destacada del concepto que de Dios nos da Jesucristo?. Son dos las notas destacadas del concepto de Dios que nos enseña Jesucristo.

Ya hemos dicho que en unos pueblos la abundancia de espíritus y duendes en los que se creía había destruido en la mente de los devotos la majestad, la grandeza, la perfección y la santidad de Dios. ¿Qué idea de la santidad de Dios van a tener aquellos que personifican a Dios en un animal que representa nada más la virtud fecundante, qué idea de la grandeza y majestad de Dios van a tener aquellos para quienes Dios es un juguete que no tiene más norma en el gobierno del mundo que el capricho y el azar?. Otros pueblos en los que había más o menos implícitamente conciencia y creencia en un ser superior, como eran el pueblo persa, chinos y judíos, tampoco conservaban la fé pura en Dios, pues para ellos Dios viene a ser un personaje puesto al servicio del egoísmo humano. Se adulteraba el concepto verdadero de Dios al no hacer de El el objetivo único, absoluto y último del hombre. El hombre, es verdad, se rinde ante ese ser y ofrece esfuerzos culturales y morales a la divinidad, que se los indemniza, se los retribuye con las correspondientes mercedes. La divinidad en substancia está para los hombres y sus pequeños pesares, no al revés; no es el hombre el que está para la divinidad, para Dios. Aun los mismos judíos que creían en el Dios verdadero, no tenían concepto exacto de lo que es Dios y de lo que debe ser el hombre respecto de Dios. La piedad, la religión, consistía más que en otra cosa en hacer un pequeño negocio con Dios. El hombre en tanto se postraba ante Dios y ofrecía esos esfuerzos culturales y morales en cuanto con ello podía reportar algún beneficio temporal de la divinidad, en cuanto creía que ello le acarrearía bendiciones divinas que eran riquezas, salud, hijos ... por eso los conceptos de galardón y premio, considerados meramente en su finalidad terrena, eran el eje, la posición central en la piedad judía. No era la intención sino el esfuerzo, la obra, lo que valía ante Dios.



Ahí tenéis en el Evangelio la descripción de lo que era la piedad entre los judíos. Dos hombres se acercan al templo y se encuentran en la escalinata; el uno se postra ante la balaustrada del atrio y ora a Dios pidiendo perdón por sus pecados; el otro se adelanta y de pie, como quien dice presenta la factura, porque lo primero que se le ocurre, y no solamente lo primero sino lo único, es hacer el recuento de sus buenas obras. Como si Dios estuviera necesitado de esas buenas obras y no fuera el hombre quien necesita hacerlas para conseguir su destino. Prácticamente la vida de piedad de estos hombres es un regateo, ridículo además, pues no solamente es el hombre quien escoge el artículo como quien dice que presupone que le interesa a Dios, sino además señala a Dios el precio ... tal obra para obtener tal gracia ... y si no se obtiene, si Dios no tiene la atención de escucharle... ya hemos acabado ... no hay más oración. Su oración no es la copa vacía que se levanta a Dios; sino la concha rebosante y llena ... en su oración no aparece el hombre indigente, el hombre que necesita de Dios, sino más bien el hombre que exige de Dios que se ponga al servicio del egoísmo propio. La ley ordenaba ayunar una vez al año, el día de la expiación; él ayuna dos veces a la semana; la ley obligaba dar los diezmos de todas sus tierras a los cultivadores de la tierra, él, temiendo que los géneros vendidos en la plaza no se hubiesen pagado lo debido a los sacerdotes y levitas, pagaba el diezmo de todo lo que compraba. Qué factura más hermosa ... tenía motivo de estar satisfecho, pues Dios no tendría más remedio que saldar la cuenta, y él, que ya era rico, lo sería más; él que gozaba del bienestar, gozaría aún de mayor comodidad y desahogo. Aquí está la idea del negocio que satura la piedad judía. Jesús, que reprueba esto en su oración, nos enseña que nuestra vida no tiene más sentido que hacer la voluntad de Dios, puesto que Dios es el objetivo de nuestra vida, puesto que Dios es la meta de nuestras aspiraciones. Por tanto, no es Dios el que está para mí, sino que soy yo quien estoy para Dios, al servicio de Dios, como criatura que no tengo ningún título para exigir nada de Dios, puesto que todo lo que tengo lo he recibido de El.

Así en el modelo de oración que nos enseñó, en ese modelo en el que encierra Cristo todo lo que le era caro a su corazón, todo lo que debe ser caro al hombre, en esa oración que es como la mejor expresión de lo que debe ser la actitud del hombre frente a Dios, empieza Cristo con la súplica: "Hágase tu voluntad ... santificado sea tu nombre ...", el que Dios sea glorificado, su reino edificado y su voluntad cumplida, es la dulce alegría y la noble aspiración del hombre. Así, con este empuje victorioso, libró Cristo al hombre de mirar al ras de la tierra, pues levanta sus deseos al cielo ... Lo específico del magisterio redentor de Cristo, la novedad grande de la doctrina de Cristo en este punto es librar a la religión de su finalidad meramente natural, de las trabas de objetivos meramente naturales. En resumidas cuentas, no es Dios el que está al servicio del egoísmo humano, sino es el hombre el que tiene que librarse de los lazos de su egoísmo, elevando su vista a Dios y buscando en Dios y por Dios un amor universal, desinteresado ...

Aquí se podrá objetar que la posición de Cristo no está exenta de ese peligro que hemos encontrado en la enseñanza del monoteísmo de los filósofos, que si bien rodearon a Dios de verdadera majestad, grandeza, ... le hicieron inaccesible, le separaron demasiado, y los hombres se olvidaron, pues como no les necesitaba Dios y ellos al fin y al cabo podían vivir sin Dios en esta breve estancia, cayeron ya en el ateísmo práctico ...

## Dios objetivo último de la vida del hombre. Dios Padre. XVII Domingo después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Dirigíamos el domingo pasado una mirada rápida al panorama religioso que nos ofrece la Humanidad y veíamos que siempre ha preocupado este tema y que en medio de aquella ignorancia y confusión general en materia religiosa algunos de los filósofos del paganismo llegaron a vislumbrar la verdad y a enseñarla, pero era tan tenue y tan débil la luz que descubrieron, era tan alejado y tan desentendido del mundo el Dios que descubrieron, que los hombres no se sintieron atraídos por él, no se sintieron ligados a El, y así, a pesar de los esfuerzos de esos filósofos, de esos sabios, el mundo seguía su curso y los hombres aferrados a sus credos y a sus ídolos. Respecto de este problema, la novedad de Jesucristo está en que El hace de Dios el objetivo absoluto y último de la vida del hombre, de tal forma que el hombre que ha salido de sus manos no tiene más destino ni más misión que tornar a El. Por tanto, no es Dios quien está al servicio del hombre, sino que éste es el que está al servicio de Dios. No como los paganos, entre quienes había un Dios en cada hogar y en cada Dios un criado al servicio de una necesidad determinada. Soy yo quien necesito de Dios y no Dios de mí y de mis obras. Nuestra piedad no debe consistir en presentar facturas a Dios (acordaos del fariseo y del publicano), sino en cumplir su voluntad, sabiendo que ésta es nuestra obligación y nuestro destino.

Pero no se reduce únicamente a eso la novedad del pensamiento de Cristo respecto de Dios. Hoy nos ofrece Cristo una novedad mucho más fecunda. A través de las páginas evangélicas hay una idea repetida en muchísimas ocasiones, en las parábolas y en los discursos, en público y en confidencias privadas, una idea recalcada con mucha fuerza, una idea que es la nota específica de la Nueva religión fundada por Cristo; es la idea de Dios Padre. Muchas veces la recordamos en nuestro Credo, muchas veces la decimos inconscientemente: "Creo en Dios Padre Todopoderoso...", sin darnos cuenta del contenido de la frase. Y estoy por decir que nosotros, los sacerdotes y los predicadores de la palabra divina, tampoco la subrayamos en nuestra predicación; esta idea que debe ser para los cristianos una verdadera idea motriz, una idea-fuerza y más en estos tiempos angustiosos en los que tan negros se ven los horizontes y tan angustiadas las almas que difícilmente se resisten a la desesperación. Sí, creemos en Dios ... pero a veces nos figuramos lejos de nosotros, inmóvil, en una esfera trascendente, o a lo sumo como una fuerza capaz de atraer sobre sí las energías del Universo. Sí, creemos en el Todopoderoso o en el Señor que gobierna el mundo, o el Juez irritado que descarga su ira en esos castigos colectivos que nos espantan. Lo que nos cuesta es ver a Dios como el Padre solícito, el padre

preocupado por el bien del hijo, el padre providente y bondadoso ... y Dios Padre nuestro, nuestro socorro y refugio, Dios bondadoso, parece que no entra en nuestra mentalidad creada a fuerza de raciocinio, pues nuestra razón nos habla de la existencia de un ser supremo del que depende todo, de un ser supremo que rige el universo, de un ser supremo infinito y felicísimo en sí ... que no necesita de nada ni de nadie. Aparece, sin embargo, Cristo en la tierra y empieza a hablar en nombre de su Padre, nos habla frecuentemente de un Padre bueno que tenemos en el cielo, de un Padre que viste los campos de lirios y alimenta los pájaros que no siembran ... de un Dios que es Padre nuestro que nos ama hasta enviarnos al mundo a su Unigénito ... de un Dios Padre nuestro sin cuyo beneplácito no cae de nuestra cabeza ni un sólo cabello. Esto es lo sublime, ésta es la gran novedad de la predicación y enseñanza de Cristo, esto es lo específico y lo fundamental en la Nueva religión, en las relaciones que desde este momento guardarán los hombres y Dios. Lo sublime es que nosotros los cristianos llamemos con todo derecho a Dios Padre.

Hoy como quien dice nos hemos familiarizado con este término y acaso también con la idea por él representada (no digo que hayamos derivado todas las consecuencias que encierra) y nos cuesta creer que en otro tiempo no haya podido ser así. Nos cuesta darnos cuenta de la tragedia del hombre, que siempre ha sido de carne y hueso, siempre ha sido débil y pecador y no veía en Dios más que al guardián celoso de su autoridad y de su dignidad, al fiscal inflexible que tiene puesta su mirada en el exacto cumplimiento de la ley que él tan fácilmente violaba arrastrado por sus pasiones. Verdad que en los pueblos primitivos siempre ha existido esta invocación de Padre para dirigirse a Dios y ordinariamente junto a las divinidades que tienen creen en un Dios Padre que está sobre ellos y al que no se le han de ofrecer sacrificios, sino que se le ha de venerar silenciosamente. Pero la misma Historia de las religiones nos enseña también que en la vida religiosa de los primitivos esta creencia en Dios se presentaba tímida y quedaba ahogada por un sinnúmero de conceptos supersticiosos. Grecia y Roma no conocían en Dios a su Padre; ni Buda le vió como tal, ni Mahoma le anunció de esta manera. Aún más, ni siquiera el pueblo escogido del Antiguo Testamento llegó a tal concepto. Con ello no quiero decir que estuvieran en un error, sino que su concepto de Dios era deficiente, su concepto de Dios había de completarse en el Nuevo Testamento. Para el pueblo hebreo Dios no era más que el Señor que daba sus órdenes en medio de relámpagos y castigaba las transgresiones con severidad, hasta en las generaciones posteriores. De ahí el temor casi inconciliable de que estaba lleno el pueblo hebreo delante de Dios y cuyo resultado era el no atreverse a pronunciar siquiera su nombre.

Ya lo hemos dicho. Nuestro Señor aparece con el dulce nombre de Padre a flor de labios. Abba ... Padre nuestro. Éste es el momento emocionante en que se descubre el velo que ocultaba antes a la divinidad rodeada de misterios que inspiraban temor; ahora le vemos a Dios, que no es el Señor cruel que nos mira como a esclavos, ni tampoco un comerciante con quien se pueden hacer negocios a la manera de los fariseos, sino que es nuestro padre misericordioso, que rebosa de caridad, que a todos nos ama. No es tampoco el severo guardián que se preocupa exclusivamente de asegurar y mantener por todos los medios la observancia de los mandamientos.

No es fiscal que tiene su mirada puesta en el cumplimiento de la ley. Dios es Padre. Le interesa no solamente la observancia de la ley muerta, sino también el hombre vivo. Ley y doctrina para El no son fines, sino medios que ayudan al hombre descarriado, enfermo, a llegar al corazón de Dios, de donde salió como el canal es el cauce abierto que hace que el agua, sin desparramarse, llegue donde tiene que llegar. En tanto se reduce la corriente o el torrente a los límites del canal en cuanto esa limitación es necesaria para que el agua llegue a su destino. No es canal el que merece la atención y la preocupación preferente, sino el agua. De la misma forma si es que Dios trata de urgir el cumplimiento de sus leyes por medio de los castigos y premios ello es debido a que Dios quiere que el hombre, esa criatura que ha salido de sus manos,

vuelva también a su regazo paternal. Levantar interiormente al hombre enfermo, salvar al que estaba perdido, es el acto más grande y noble de Dios. No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos. No piensa el padre terrenal en rechazar al hijo si siente una chispa de amor para éste. Menos el padre celestial, infinitamente más bondadoso ... si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cómo queréis que os abandone vuestro padre celestial?; si vosotros no le dais un escorpión al hijo que os pide un pan, ¿cómo queréis que el Padre celestial se haga sordo a vuestras justas súplicas?.

De esta suerte el tono fundamental de la piedad en el Nuevo Testamento es el amor y así los preceptos y las leyes todas del Nuevo Testamento se sintetizan en el amor. Lo dice expresamente el señor. "Amarás a Dios de todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas y al prójimo como a tí mismo". Ésta es la plenitud de la ley, nos dice San Pablo. Cristo enciende una nueva pasión, la pasión del amor filial al Padre celestial. Qué sensación de anchura y libertad debió sentir en este momento el hombre que, para ser justo, para llegar a agradar a Dios, se veía abrumado por las 613 reglas o mandamientos que eran necesarios cumplir al pie de la letra. Cristo todo lo simplifica, reduciendo no a unos cuantos mandamientos, sino a uno sólo, que es el "amarás a Dios y a tu prójimo" y todo lo demás se reduce a esto; santificar las fiestas será honrar a Dios, respetar a los padres amar al prójimo; no matar, se reduce a la custodia de lo que es lo más caro, su vida; no fornicar es, la defensa de un bien espiritual y de un derecho que si estuviera sancionado por Dios reduciría la sociedad a una horda o manada de bestias. Y así los demás. De esta forma da Cristo una nueva orientación a la vida del hombre, orientación teocéntrica, que arrebatándole al hombre de los intereses mezquinos y terrenos da empuje a su vida, movida no ya por el temor, sino por el amor, amor a Dios que es Padre, amor a Dios que se ha hecho acreedor a nuestro amor haciéndose uno de nosotros; habitando en nuestra carne, en medio de nosotros, siendo compañero de nuestra existencia. Por eso no somos los cristianos como esos filósofos paganos que tras un esfuerzo se inclinan ante un Señor que gobierna el mundo. Es el mismo Dios en persona quien ha bajado hasta nosotros. Se ha hecho de nuestra raza -exclama el Cardenal. Mercier en una hermosa página de su obra "Vida Cristiana"-, ha tomado sangre de nuestras arterias, el aliento de nuestros pechos, se ha puesto al nivel de nosotros, participando de nuestra comida, adoptando nuestro lenguaje, pisando nuestro suelo, asociándose al trabajo de nuestras manos, para después penetrar en nuestros sentimientos, purificándolos y ennobleciéndolos. Y entonces, cuando puede creer que le comprendíamos, cuando por los lazos de la sangre había llegado a ser hermano nuestro, he aquí aun se nos revela como Dueño de los elementos, de las almas, de las sociedades; se declara Hijo de Dios, Dios El mismo y nos invita a invocarle bajo el nombre de Padre. Tal es nuestro Dios y tal es Jesucristo, su Hijo, consubstancial a El.

Dios es nuestro Padre ... Aquí el tema merece la pena de detenernos un poco en sacar las conclusiones que se derivan de esta fecunda verdad, de esta consoladora verdad, que hay que recordarla hoy más que nunca, pues una de las consecuencias que de ella derivamos es la providencia de Dios.

Sí, queridos fieles, cuando cada mañana los periódicos aparecen con esos títulos espantosos de miles de víctimas de la guerra, del hambre, del odio y de la ferocidad de los hombres; cuando parece que el mundo es el caos en el que nadie se entiende y nadie se preocupa de arreglarlo; cuando estas conmociones que estamos sufriendo parecen decirnos a voz en cuello que en el mundo no existe más fuerza rectora que los cañones y los aviones y la ambición y la soberbia de los hombres ... hoy es preciso que nos detengamos contemplando esta verdad consoladora de la Providencia de Dios, que es nuestro Padre hoy y siempre ... y que como padre Gobierna el mundo.

## Dios Padre providente. XVIII Domingo después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

La novedad de la enseñanza de Cristo respecto de Dios más que en ninguna otra cosa está en que nos revela a Dios como nuestro Padre, quien tenemos que reverenciar, reconocer y sobre todo amar. Dios es Padre a quien no solamente le interesa la observancia de la Ley muerta sino también el hombre vivo. Ley y doctrina para él no son fines, sino medios que ayudan al hombre descarriado, enfermo, a llegar al corazón de Dios, del que procede. Así como el canal o el cauce tiene el mérito de conducir las aguas a su término sin derramarse inútilmente con peligro de no llegar al término, lo mismo la ley y la doctrina que Dios da al hombre es con el objeto de que éste vuelva al regazo paterno y si es que Dios urge el cumplimiento de esas leyes por los diversos medios, hasta por el castigo y la amenaza, lo hace siempre guiado por sentimiento de amor al hombre. Nunca piensa el padre terreno en rechazar al hijo si siente una chispa de amor para éste. Menos el Padre celestial infinitamente bondadoso, pues como dice Cristo, nosotros siendo malos sabemos dar cosas buenas a nuestros hijos, ¿cómo queréis que el Padre celestial no atienda vuestras justas súplicas? ¿cómo queréis que el Padre celestial de un escorpión al hijo que le pide un pan?.

Dios es nuestro Padre, por consiguiente a la actitud del hombre frente a El, debe estar inspirada por sentimientos de amor, que se han de sobreponer a cualesquiera otros sentimientos. Hemos de recordar que el precepto de amar a Dios no es ya uno de aquellos 613 mandamientos o reglas que habían de cumplirse escrupulosamente para ser perfecto como acontecía entre los judíos. El precepto de amar a Dios y en Dios al prójimo es el único precepto de la Nueva Ley. Quien viola este precepto en cualquiera de sus modalidades no puede pretender ser cumplidor de la Ley.

Pero Dios es nuestro Padre, no únicamente porque esta nuestra vida -esta llama que tan fácilmente se apaga- se haya derivado de esa energía inicial que Dios puso en el seno de la materia y que luego se propaga por otras causas instrumentales como son los padres, sino que es Padre que actualmente nos sustenta porque ni el mundo ni el hombre puede subsistir un momento sin la actividad sustentadora de Dios. Esto nos lo enseña la filosofía y de acuerdo con la filosofía también el dogma, la teología. Vemos este pensamiento expresado con frecuencia en los lienzos de los pintores, en el remate de nuestros retablos: Dios está representado en la imagen de un anciano venerable y sostiene en sus manos el globo terráqueo. Como es obvio, esta imagen brota de un modo de pensar demasiado humano. Dios no sostiene el mundo en

su mano, pues mano no tiene, sino que con su voluntad creadora le da vida y se le conserva. Y su providencia no es más que aquella actividad de Dios con que El conduce a las criaturas hacia los fines que El les prescribió. Entendámoslo bien. Se trata del fin prescrito por Dios; este es el fin que hemos de alcanzar: la Providencia nos ayuda a lograrlo y no nos conduce hacia fines que nos hayamos forjado nosotros mismos con nuestro pensar a ras de tierra y dentro de estrechos horizontes. En último término es Dios quien rige y gobierna los destinos de la humanidad. Nada ocurre en el mundo sin su beneplácito. Ésta es la enseñanza fecunda de Cristo, enseñanza contenida en muchísimos pasajes en los que nos hace ver que tenemos en el cielo un Padre solícito que alimenta a los pájaros que no siembran, un Padre solícito que viste les campos de lirios, un Padre que si a una hierba que hoy es y mañana se seca y echa al fuego así la viste, ¿cuánto más a vosotros hombres de poca fe? ... Qué bien sabe vuestro Padre celestial la necesidad que de ellas tenéis. Así buscad primero el reino de los cielos y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura".

Y es ésta la verdad más combatida por la duda que en nosotros enseguida hace su aparición cada vez que dirigimos la vista a nuestro derredor. Injusticias, venganzas, odios, hambre ... ¿cómo puede tolerar todo eso Dios?.

"Sentimos oprimirse nuestro corazón al pensar en el torbellino de males, sufrimientos y angustias que invade hoy el mundo" "Pueblos revueltos y precipitados en un abismo de desventuras. Cuerpos humanos desgarrados por las bombas o por la metralla. Heridos y enfermos que llenan los hospitales y de los cuales salen mutilados y con los cuerpos inválidos para toda su vida. Prisioneros, familias deportadas ... Males que hieren no sólo a los combatientes, sino que pesan sobre pueblos enteros, sobre ancianos, mujeres, niños los más inocentes, los más pacíficos, los destituidos de toda defensa ... Éste es el panorama que nos ofrece hoy el mundo y su consideración levanta ante nuestros ojos un problema religioso que trastorna nuestra conciencia. ¿Cómo puede permitir Dios todo esto?. ¿Cómo es posible que un Dios omnipotente, infinitamente sabio e infinitamente bueno. Dios que rige y gobierna el universo, permita tan grandes males que El fácilmente puede impedirlos, parece como que la sabiduría, bondad y honor divinos no pueden tolerar que hasta tal punto dominen en el mundo la violencia y el mal?. ¿Habrémos de poner en duda el gobierno divino y el amor de Dios a los hombres?.

Amadísimos fieles, no olvidemos que existe una Providencia que gobierna al mundo y dirige todos los acontecimientos según sus designios infinitamente sabios y justos. Concede a los mortales el uso de la libertad y permite la agitación de las pasiones humanas y la lucha, a menudo violenta de los intereses individuales y colectivos; quiere dejar a los hombres la responsabilidad de sus actos y el mérito o el demérito de sus obras buenas o malas; no suprime pues el pecado ni los males que de él proceden. Pero Dios permanece como Dueño y soberano de las criaturas, y éstas, aún oponiéndose a sus leyes, están sometidas a su imperio y a pesar de todo concurren a la realización de sus adorables designios.

¿Cuáles son esos designios divinos al permitir todo este desastre?. Nadie puede decirlo en este momento. No conocemos las intenciones divinas y nos sentimos desorientados por todo lo que vemos suceder. ¿Pero no enseña la Sagrada Escritura que los caminos de Dios son impenetrables y que nuestros caminos no son sus caminos? .Y qué de extraño tiene que nosotros no penetremos los caminos de Dios si al fin y al cabo lo finito no comprende lo infinito, el niño que balbucea las primeras letras del alfabeto no logra profundizar en el sentido del gran libro de la Historia, que el testigo de una simple salida y puesta del sol no llegue a abarcar la eternidad?. Nuestro horizonte es demasiado limitado y nuestro juicio hartamente inseguro para pronunciarse autorizadamente sobre el alcance y el valor de los acontecimientos históricos providenciales. Todos ante Dios somos niños dice el Papa en un discurso que abarca esta cuestión, todos ...aun

los más profundos pensadores y los más experimentados gobernantes. Ellos juzgan de los sucesos con la vista corta del tiempo que pasa y vuela irreparablemente, Dios los mira desde la altura y desde el centro perenne de la eternidad. Ellos tienen ante sus ojos el angosto panorama de pocos años, Dios en cambio tiene ante sí el panorama universal de los siglos. Ellos ponderan los acontecimientos humanos por sus causas próximas y sus inmediatos efectos. Dios les ve en sus remotas causas y los mide en sus lejanos afectos. Así como dice Mercier, males físicos y culpas morales tienen su razón de ser providencial. Hubiera ella de quedarnos siempre oculta y fuera insensato todavía negarla, desde el rincón del espacio y en el efímero período de tiempo a que nos hallamos confinados, cuando para ello fuera necesario abarcar la universalidad de los seres y el horizonte ilimitado de la Historia, y apreciar la relación de todos los sucesos pasajeros que la constituyen con los intereses eternos de la gloria divina y de la vida inmortal de las almas. Todos podemos comprender sin dificultad que un águila caudal que se mece en el aire a dos mil o tres mil metros de altura, lo ve todo -hombres y acontecimientos- de otra manera que una gallina que está picoteando en el angosto corral. No cabe duda que aquél Dios que allá arriba marca el rumbo a millones de estrellas, según planes que rebasan el entendimiento humano, seguramente tendrá su plan respecto de mí, respecto de nosotros, aunque yo no lo vea, aunque no lo veamos nosotros.

Y refiriéndonos a la presente calamidad sin temor a equivocarnos podemos asegurar que uno de los motivos que han movido al Todopoderoso a permitir el desencadenamiento de esta guerra mundial es para castigar los crímenes de los individuos y de los pueblos. Apenas comenzada su primera encíclica, el Papa, demuestra elocuentemente que proviene no solamente del desequilibrio económico y de la lucha de intereses, sino que era consecuencia de causas morales profundas, la negación pública oficial de la realeza de Cristo, del abandono de su ley de verdad y de amor, del olvido de la solidaridad humana y de la caridad cristiana, del desconocimiento de la autoridad y del Ser Supremo y del orden moral por el establecido. Faltas tan graves y tan universales tenían que concluir con el desastre universal y sin nombre que estamos presenciando. ¿Se dirá que Dios debiera de impedir este fatal desenlace de la crisis moral y religiosa, cuando son los hombres y las naciones los responsables y los que se han obstinado en provocar su justa intervención?

Y qué individuo o qué colectividad hay que no haya tenido su participación en este desastre universal, en esa lucha contra Dios, contra la Iglesia, en esa conculcación del precepto de la caridad que es la esencia de la Nueva Alianza, en el olvido de la solidaridad humana, en la inmoralidad pública, en la violación de las leyes sagradas del matrimonio y los atentados contra la vida del niño. Hay pecados individuales, pecados cometidos por el individuo y sin apenas resonancia social, pero hay otros pecados cometidos por las colectividades y por los individuos pero que tienen hondas repercusiones sociales y que necesitan su justa y correspondiente sanción, sanción que tiene lugar en esta vida, sanción en la que desde luego sufren también quienes son inocentes porque la verdad es que no solamente envía Dios su sol y su lluvia fecunda sobre malos y buenos, sino que también alcanza a los inocentes, lo mismo que a los justos sus rayos y sus huracanes. No podemos escudriñar los designios de Dios al permitir estos males.

Para terminar quiero recordaros un profundo concepto de San Agustín: *"los juicios de Dios nadie los comprende plenamente, nadie los critica justamente"*. El Obispo de Hipona que escribió esta frase con motivo del saqueo de Roma por los godos de Alarico y de las primeras invasiones de los bárbaros en el imperio romano, expuso también entonces, que: La divina justicia tiene costumbre de enmendar y extirpar por las guerras las costumbres perversas de los hombres, como también ejercitar con semejantes aflicciones la vida justa y laudable de los mortales. Extirpar el pecado y estimular el bien, he ahí un doble alcance de los desastres en la mente de Dios. Corrección de los pecadores y probación de los justos. Así lo que es de por sí

una sanción y un castigo, se transforma en una gracia, en un don de amor, de manera que la guerra como todo lo de aquí abajo por cruel que sea es un testimonio, tanto de la misericordia como de la justicia divina.

Y fuera de esta doctrina no encontrareis explicación satisfactoria de estos males y desastres. Fuera de la verdad cristiana no encontrareis manera de conciliar estos desastres y estos sufrimientos del hombre, que es el ser más distinguido de la creación y por otra parte el más desgraciado. La divina providencia es perfecta y completa respecto del resto de la creación. La divina providencia parece que falta ante el hombre y la razón es sencilla: el hombre posee algo que no poseen los otros seres, su libertad que merece ser respetada hasta por Dios mismo. El hombre por su libertad pone un coto a la acción de Dios. Y cuando esa libertad no colabora en el cumplimiento del plan de Dios, no colabora en el cumplimiento del plan providencial que nos atañe, se hace víctima de su propia culpa.

No olvidemos. Cada uno de nosotros colabora en la realización de un plan que de conjunto no se ha concebido y cuyo cumplimiento escapa a su dirección. Ofrecerse a este plan y entregarse a él con toda la energía de su alma, es cumplir su deber; sustraerse a él y dejarlo porque tal o cual obra o empresa no siga la trayectoria de mis preferencias personales, es sustituir el amor propio al cumplimiento de la voluntad soberana de Dios. Mercier. Cono. Cat. t.l. pág. 384.



## Dignidad del hombre. Domingo XIX después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Días atrás hemos visto lo que Cristo nos enseña acerca de lo que es Dios. Alivia efectivamente a la humanidad con su enseñanza, llevando al ánimo de los hombres la convicción de que Dios, el supremo bien a que deben aspirar, Dios bajo cuyo poder se encuentran quieran o no, no es un ser que se complace en espiar su conducta para castigar sus yerros a la manera que concebían los paganos, o un Señor que tiene sus ojos puestos en las reglas de una ley embarazosa y difícil, sino es el padre a quien le interesa el hombre, Padre que impone sus leyes a fin de que el hombre, amoldándose y ajustándose a sus prescripciones, pueda más fácilmente correr a su destino como el agua que reducida a los límites de un canal se desliza más fácilmente hacia su término. Y efectivamente, el hombre que ve en Dios a su Padre se siente libre de aquella angustia mortal que podía menos de experimentar cada vez que elevaba los ojos al cielo y no veía más que a un Señor irritado y difícilmente conciliable. El hombre poseído de esta idea de la paternidad de Dios y de su filiación no desfallece nunca, ni ante sus fracasos, y siempre puede volver los ojos al cielo para ver en el rostro paterno las señales inequívocas de amor y de perdón siempre que el pecador se acerca arrepentido y repite con el pródigo, "Padre, he pecado contra ti..." Así es como rehabilita Cristo al hombre y da un tono de optimismo a la vida. Cristo inaugura una era que florece con esa serie de héroes y mártires cristianos que mueren con la sonrisa en los labios. Ésta es la novedad fundamental de la doctrina de Cristo, de la que se derivan muchos corolarios, a los que aludiremos luego.

Pero no es este el punto que más resalta en la enseñanza de Cristo, con ser el fundamental. Hay otro que aparece con coloridos más vivos, que llama más la atención, que transforma el orden social y político existentes; otro punto que es la base de la nueva ordenación social que se va verificando poco a poco. Es su doctrina respecto del hombre, respecto de la dignidad del hombre; doctrina que ha sido la base espiritual de la mayor de las revoluciones que han conocido la Historia. No estará de más que recordemos los puntos fundamentales de esta doctrina hoy, que por desgracia está también más olvidada de lo que pudiéramos creer. Desde Jesús sabemos lo que es el hombre para sí mismo y para sus prójimos.

Lo que es el hombre para sí mismo. El mundo anterior a Cristo había llegado a perder toda idea de dignidad humana. Así nos lo atestigua la Historia. Literatos, filósofos y juristas desconocen el verdadero valor del hombre. Digo que desconocen y en cuanto a este punto no podamos hacer la salvedad que hacíamos respecto de la unidad de Dios que, como recordareis,

dijimos que hubo quienes con su esfuerzo intelectual llegaron a vislumbrar la verdad de un Dios único e infinito. La esclavitud es un hecho en el mundo antiguo. Ved cómo se cotiza al hombre en aquella época. Para Homero apenas llegan al rango de seres racionales los esclavos a quienes Júpiter les ha quitado la mitad de la mente. Para Platón no pasan de ser una casta de hombres inferiores en todo, de quienes no hay que fiarse. Aristóteles, el filósofo cumbre de la antigüedad, dice es obra de la misma naturaleza la esclavitud; dice que la misma naturaleza impone en el mundo la esclavitud, de suerte que unos son libres por naturaleza y otros esclavos por naturaleza.

En cuanto a los derechos, fijaos hasta dónde llega la degradación humana que Cicerón, el filósofo que en sus teorías y doctrinas más se acercó al cristianismo, el gran orador romano, plantea la siguiente cuestión: Si un hombre libre viaja en un barco con su esclavo y su caballo y por causa del temporal ha de arrojar al mar a uno de ellos, ¿podrá arrojar al esclavo antes que al caballo?. Y ¿sabéis cuál es la respuesta de aquel humanitario sabio?. Dice que puede hacer lo que más le convence. Son seres tan abyectos que no tienen derecho a la compasión. Cicerón los trataba benignamente. Se le murió uno y lo sintió mucho, pero estaba avergonzado de haberlo sentido, estaba avergonzado su mismo dolor, porque escribía a su amigo Atico. "He perdido un esclavo llamado Sositheo, que me servía de lector, y estoy afligido más de lo que debiera estarlo tratándose de un esclavo".

No tienen voluntad propia y no pueden rehusar nada al Señor. Como un gran paso dado por la filosofía estoica se consigna el hecho de conceder Séneca a los esclavos el derecho de negarse a cometer crímenes, cuando el Señor les ordenaba. Pero la voz de este filósofo, a quien algunos le creen imbuido por el cristianismo, era voz no escuchada.

Más aún, el esclavo obligado por la fuerza no tenía derecho a defenderse. Lo único que cabe en este caso es el suicidio. Así lo propone el mismo Séneca.

No tenían, pues, derecho a la vida y a los medios de vida. Eran alimentados en tanto en cuanto servían para algo. Eran instruidos porque tenían que trabajar; por interés meramente egoísta del Señor. No porque se les reconociese derecho alguno para ello.

Prácticamente el único del que arrancan el derecho y las posibilidades de vida en todos aquellos inmensos imperios orientales, cuya civilización por otra parte no deja de admirar a nadie, era el tirano, el rey o el emperador. Ante él palidecía todo derecho y todo valor personal. En Occidente, pensamos en Grecia y Roma, mientras había repúblicas cada individuo encontraba su vocación de vida en trabajar por el Estado. El servicio del Estado y del bien común era lo que daba a la vida humana un contenido y sentido. Este mismo concepto colectivista de la existencia humana resalta también en el Antiguo Testamento. En tiempos más antiguos, los sujetos de todo derecho eran los grandes patriarcas de las grandes familias. Más tarde, el lugar de los patriarcas fué ocupado por los reyes. Los individuos, las personas, no eran más que objeto de derechos. Los profetas eran el único contrapeso contra este concepto colectivista, que era el que estaba en el ambiente general de la época y saturaba también el pensamiento moral y político de los hombres. Asimismo, según este concepto, el depositario de las promesas de la Antigua Alianza no era más que el pueblo, en su nombre el rey.

No quiero comentar los absurdos y las aberraciones morales y políticas a que da lugar este concepto que se tenía del hombre. Acaso otro día tendremos ocasión de comentarlos hablando de algunas ideas que sobre esto existen en la actualidad, en este nuestro ambiente europeo y del siglo veinte.

Es pues Jesús quien pone a la altura de su dignidad al hombre. Es Jesús quien descubre su verdadero valor y su verdadera personalidad al descubrir y al ponderar el verdadero y único valor del alma inmortal que poseemos todos y cada uno de los hombres; alma inmortal que nos distingue de los brutos; alma inmortal que nos da derecho a exigir un respeto y un trato dignos

a la categoría nueva que constituimos por esa alma en la escala de los seres del universo. Si el hombre es un animal eso que se ve en él, y nada más, ¿por qué va a tener otra norma de conducta que los animales, por qué, como éstos, no se va a dejar guiar nada más que por sus instintos e impulsos pasionales?. Y si no tiene que conducirse más que por el instinto y si no se distingue de los brutos más que accidentalmente, en cuanto a la configuración externa, el trato que se merece es el que se da a los animales, su suerte será la misma, a merced del más fuerte y del más audaz, a no ser que se cree de común acuerdo una sociedad protectora de los animales para defender a los hombres. En el orden supraindividual las relaciones tendrán que estar regidas no por el derecho a que apelamos instintivamente, sino por la fuerza; o sea, propiamente el hombre no es más que objeto de derechos y no sujeto y si es que es sujeto de derecho no lo será más que porque tiene fuerza capaz de imponer a otros. Y a esto estamos llegando prácticamente a medida que de nuevo vamos alejándonos del cristianismo. Hoy existen sistemas políticos y sociales que se fundan en estas ideas, más o menos encubiertas. Por eso hoy está en crisis y en peligro la personalidad del hombre. Y así tiene que ser, si se parte de que éste no es más que un ser en la variadísima escala zoológica.

## El misterio del hombre. Domingo XXII después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Hablando de la palabra redentora de Cristo, o sea de lo que nos había enseñado sobre los puntos fundamentales, hace tres semanas os decía que no solamente había descubierto el misterio de Dios, a quien le conocemos gracias a Jesucristo, no solamente como un Señor absoluto e independiente, sino como Padre, solícito y diligente, como Padre que en último término a través de todos los acontecimientos y sucesos busca el bien de sus hijos, sino que también nos descubrió otro misterio no menos profundo e inexorable, ya que todos los esfuerzos intelectuales de los hombres más eminentes fueron inútiles y no consiguieron descubrir su verdadero valor: el misterio del hombre. Brevemente os apunté lo que pensaban acerca del hombre los genios más agudos de la humanidad. No exagero nada cuando digo que no se sabía antes de Cristo lo que era el hombre para sí mismo y para con el prójimo. Y al no saberse lo que era el hombre, dónde radicaba su valor, al desconocer su verdadera dignidad, el orden social, la estructura... social del mundo existente, dejan mucho que desear, no son lo que debieran ser. No sabía el hombre estimar su dignidad y consentía que se le rebajara al nivel de los brutos: ni cuando se empeñaba en ponderarla acertaba a contenerse en los lindes señalados por la razón y la naturaleza, siendo notable, como observaba Balmes, que mientras una gran parte del linaje humano gemía en la más abyecta esclavitud, se exaltasen con tanta facilidad los héroes y hasta los más detestables monstruos sobre las aras de los dioses. Y hoy es más que nunca necesario y de actualidad que volvamos a recordar al hombre la doctrina de Cristo sobre su propia dignidad; hoy es preciso que con luz cristiana aclaremos este misterio del hombre, de lo que es el hombre para consigo mismo y para el prójimo. Nunca se ha hablado tanto de la libertad que en lo que llevamos de un siglo y hemos desembocado en sistemas y teorías que son la negación de toda libertad, nunca se ha hablado del valor humano, de la dignidad, tanto como en estos últimos tiempos y, sin embargo, nunca se ha respetado menos y se ha tenido en menos que hoy el hombre, a quien se lo sacrifica con la mayor facilidad, cuya vida se desprecia como la cosa más vil; nunca se ha hablado tanto como en estos últimos años de la humanidad, del bien común, del interés de clase, del bien de la humanidad -cuántos absurdos se justificaban con estos pomposos nombres- y hemos llegado a una situación social en la que nunca han estado en el mundo más al orden del día el capricho y la ambición, el orgullo y la soberbia, el egoísmo y la crueldad de los fuertes, con detrimento de los verdaderos intereses de las masas, de los hombres, de la humanidad. A eso hemos llegado. Se siente en todas partes el ansia de renovación, miles de voces se elevan augurando un orden nuevo ... orden nuevo, mejor que el pasado ... orden nuevo que se ha de imponer porque esta manera de ser que hemos vivido a nadie le satisface ... orden nuevo que,

sin embargo, no resolverá nada mientras no esté inspirado en el Evangelio. Podemos decirlo sin miedo a equivocarnos: la historia es la maestra de la vida. La historia algo nos puede enseñar.

Echad una rápida ojeada a la historia de las ideas y de los sistemas que se han ido sucediendo en nuestra Europa en lo que llevamos algo más de un siglo. Del individualismo disolvente, hemos pasado al colectivismo degradante. He ahí los profetas de la humanidad que se levantan pregonando que el hombre es una fuerza más en el seno del universo, fuerza que encuentra, como todas las cosas, como la piedra abandonada a su propia suerte, su reposo y su equilibrio y su descanso cuando se le deja que desarrolle su libertad y se desenvuelva a sus anchas, y he aquí el liberalismo y el individualismo y en nombre de la libertad ... del hombre que debe ser libre, lo que se hace es que condena a la muerte al débil, porque no se permite a éstos defender sus derechos encontrando el apoyo en la sociedad, en la agrupación, mientras que los fuertes, los poderosos, siguen explotando su libertad a costa de los primeros. Así se va acentuando la división de clases y el régimen económico liberal que hemos vivido ha permitido que los ricos vayan aumentando sus riquezas en la misma medida que en la masa trabajadora iba acentuándose la miseria. Así se levantan dos mundos frente a frente, el mundo de los poderosos, de los ricos, de los capitalitas, y el mundo de los pobres cada vez más pobres, de los oprimidos, de las víctimas de las injusticias sociales que, movidos por el instinto de conservación, encuentran luego el apoyo en la asociación, en la unión levantan la voz contra los primeros, contra las injusticias de que eran víctimas. Día por día se va acentuando la división y la lucha, lucha que sigue su curso de una u otra forma en nuestros días, adquiriendo unas veces caracteres violentos en las revoluciones revueltas, muchas de las cuales las hemos presenciado nosotros y deslizándose y desarrollándose otras veces bajo otras formas más suaves. Como consecuencia del despertar de la conciencia humana que encuentra el punto de apoyo de su palanca en la agrupación y en la asociación, se ha desarrollado muchísimo el espíritu de solidaridad en el seno de la humanidad, y pasamos al colectivismo, que peca también por exceso al considerar al hombre, no como un todo independiente, sino como parte que encuentra su complemento esencial necesario en la agrupación, en la asociación, en la sociedad, como si fuera de la cual no tiene valor, no representa nada. Y así entramos en una nueva fase de la historia en nuestros días, en los que en los sistemas y en las teorías en boga se valora al hombre no como un valor absoluto y universal, sino en función de parte, en función de la utilidad que puede reportar al Estado o a la producción y no es sujeto de derechos sino objeto de los derechos que tiene sobre él ese señor anónimo que se llama Estado, que puede entrometerse sin escrúpulo alguno, aun en el fuero de la conciencia de sus ciudadanos, para imponerles sus deseos, llegando hasta el extremo de impedir al hombre el ejercicio de funciones y derechos indeclinables e inalienables que le competen como hombre, que como tal existe antes que existiera el Estado y la sociedad, como lo hace cuando se entromete en el nombre de la familia o del matrimonio. Realmente el panorama social que nos ofrece el mundo de nuestros días no es nada halagüeño en cuanto a la valorización del hombre. Realmente, examinando teorías y sistemas en boga, hemos de confesar que el hombre sigue siendo un valor desconocido, siendo también conculcados muchos de sus sagrados derechos, y no siendo cotizado como debe serlo. Por eso nunca más oportuno que hoy recordar la doctrina de Jesús sobre el hombre, nunca más oportuno que hoy descubrir con esa luz sobrenatural que encontramos en el Evangelio este misterio del hombre. Y a eso vamos. Lo haremos brevemente, sin descender a detalles y dejando que cada uno saque las conclusiones últimas que se derivan de la doctrina de Jesús sobre el hombre.

Hemos dicho que de todas partes se eleva al cielo un sordo murmullo de queja, en todas partes se respiran hoy ansias de renovación. Nosotros los cristianos, al contrario de lo que nos suponen, no podemos ser conservadores en el sentido de que nos debamos aferrar a esas viejas ideas en nombre de las cuales ha sido posible esa explotación inhumana que ha desembocado en

esa división tan honda de ricos y pobres, nosotros los cristianos no podemos ser conservadores en el sentido de que debamos conformarnos con la estructura social y económica de ese mundo que no sabe repartir el bienestar a todo el mundo social, que ha sido creado por el constante progreso de la sociedad y el esfuerzo de todos; pero tampoco podemos ser renovadores o revolucionarios, de manera que consintamos que sobre el hombre ejerza el dominio despótico que hasta ahora ejercía el adinerado, el capitalista, un señor más o menos anónimo, pero no menos tirano y cruel, que puede llamarse Estado o sociedad; nosotros tampoco podemos ser renovadores o revolucionarios de manera que demos nuestro concurso para crear un orden social en el que se nos cargue con deberes y no se nos reconozcan derechos; nosotros los cristianos somos renovadores y no lloramos el que desaparezca o vaya desapareciendo el viejo orden y toda esta civilización liberal en la que el hombre se valoraba como una mercancía, en tanto en cuanto servía para la producción, en la medida que era instrumento útil de trabajo; nosotros somos revolucionarios, pero no podemos saludar tampoco con alborozo la aparición de ciertos sistemas en los que tampoco se valoró al hombre como lo valoraba Cristo. No creemos en las promesas de quienes no le respetan al hombre como le respetaba Cristo; no creemos en el cristianismo donde el Dios que se alude no es el Dios que nos vino a enseñar Cristo, el Dios que es, como decíamos hace pocos domingos, el objetivo absoluto y último de la vida humana, que no es el Estado; Dios Padre a quien hay que amar, Dios Padre que tiene muchos hijos y a quienes como tales hay que respetarlos ... Nosotros somos revolucionarios, o sea, vamos también a por un orden nuevo, pero orden nuevo que reconozca la verdadera jerarquía de los valores, la jerarquía de valores que se establece en el Evangelio.

¿Cuál es la jerarquía de valores, cuál es el respeto y la consideración que merece el hombre a Cristo?

## Libertad y sumisión. Domingo XXIII después de Pentecostés

*(No pude predicar este domingo y lo hice en el siguiente)*

Amadísimos fieles:

Decíamos la vez pasada que hoy nos encontramos con el extraño fenómeno histórico de un colectivismo degradante, de un estatismo absorbente que invade el campo social de Europa. Al paso que se pregonaba una libertad sin límites y se ponderaban los derechos del individuo, se ha ido levantando en medio de la sociedad un poder terrible, que, concentrando en su mano toda la fuerza pública, la descarga ahora sobre el individuo a quien le priva de toda libertad y de quien exige sacrificios inauditos. Resucita con toda su fuerza. la formidable máxima de *salus populi* de los antiguos, la salvación del pueblo. pretexto de tantos y tan horribles atentados, pretexto que se envuelve a veces con la máscara de interés social o común y da lugar a un patriotismo frenético y feroz que los hombres superficiales -son palabras de Balmes- admiran en las antiguas repúblicas. No nos lamentamos y no lloramos porque haya pasado a la historia un estado de cosas y una civilización o un orden social en el que tampoco se respetaba y se daba al hombre la consideración y el trato que por el mero hecho de ser hombre le corresponde, y se le consideraba como un motor de sangre, prolongación de unas máquinas, mercancía endeble y cotizante por la misma ley de la oferta y de la demanda. Pero ¿podemos dar por satisfechas nuestras justas ansias de renovación con un estado de cosas que nos presenta actualmente la realidad social de Europa?. El nuevo orden social que ansiamos ¿es acaso el que nos presagian sistemas y formas políticas y sociales en boga?. Éste era el problema que planteábamos el domingo pasado.

Indudablemente todo ese proceso que hemos observado en ese tránsito de individualismo o liberalismo al colectivismo, se ha verificado explotando una ansia legítima de renovación que tiene el hombre que en un régimen liberal e individualista se ve abandonado frente a la codicia y ambición sin medida del capitalista; del poderoso, del fuerte, de cuyas garras y de cuya explotación se ha librado en parte gracias a la asociación, a la sociedad y a este respecto haciendo justicia a las cosas, hemos de reconocer que todos los sistemas, marxistas o no marxistas, todos los sistemas sociales han aliviado al hombre y han contribuido a derrocar aquel estado de cosas existente hace un siglo. Le han aliviado. Es verdad ... le han aliviado en cuanto que han logrado destrozarse algunas ataduras ...pero otra cosa es el que le hayan conducido a un término seguro, el que le hayan creado un estado de cosas, un orden social, en el que esté garantizada al mismo tiempo que su subsistencia y su existencia como ser viviente, su independencia y su libertad; en un palabra, su personalidad, su dignidad de hombre. Esto ya es otra cosa. Veamos lo que ha pasado, o lo que está pasando.

Nuestro hombre, el hombre de hoy educado o cuando menos influenciado por las doctrinas de esos sistemas sociales que le han librado de la tiranía del poderoso sin conciencia, del

capitalista codicioso, por no tener idea de su verdadero valor, del papel que representa en la vida y en la sociedad, por no tener conciencia de su destino; en una palabra, de su verdadera dignidad, el hombre que en el sistema liberal e individualista tuvo experiencia de su soledad y se dió cuenta de que sólo no era nada, ha terminado perdiendo todo sentimiento de su independencia personal, se ha creído o le han hecho creer que no es más que parte de un organismo superior ... y es este el primer paso de la nueva esclavitud, o nueva modalidad de esclavitud que oprime al hombre en los sistemas colectivistas, en este estatismo absorbente. En el régimen liberal el adinerado, el capitalista era el fuerte y el individuo o el obrero que carece de esa; riquezas el débil y el oprimido. Hoy la sociedad es fuerte, el individuo el débil, aquélla se arroga sobre éste cuantos derechos puedan imaginarse, y si alguna vez le sirve de embarazo, será aplastado con mano de hierro. El Poder Público se arroga el derecho de disponer de todo y de todos, hasta la vida de sus súbditos en la medida que le dicte su ambición y sus empresas, más o menos caprichosas. Estamos en un régimen social en el que los intereses del poder público, intereses reales o ficticios, de orden material o moral, pero al fin y al cabo, intereses que se sobreponen a los intereses particulares o personales, por ser intereses del más fuerte. En una palabra, estamos en un orden social en el que no se respetan los intereses del hombre por el mero hecho de ser hombre.

No se respeta y no se considera al hombre por el mero hecho de ser hombre. Vamos volviendo en esto a un estado de cosas existente en el paganismo, a un estado de cosas contra el que el cristianismo tuvo que luchar durante siglos.

Y permitidme que aquí haga una alusión a los imperios griego y romano, que son los que en un tiempo marcaron la pauta. Si es que entre los griegos se merece alguna consideración el individuo es debido no a su cualidad de hombre, naturaleza racional, sino por ser griego y nada más que por ser griego. Los extranjeros, los bárbaros, no son nada. En Roma el título de ciudadano romano hace al hombre, quien carece de ese título no es nada. En Lacedemonia una criatura deforme o privada de algún miembro no se podía alimentar, estaba prohibido, y por orden de los magistrados encargados de la policía de los nacimientos era arrojada a una sima. Era un hombre, pero esto qué importaba. Era un hombre que para nada podía servir y una sociedad sin entrañas no se quería imponer la carga de mantenerlo. Los juegos públicos, esas horrendas escenas en las que morían a centenares los hombres para divertir a un concurso desnaturalizado, no son un elocuente testimonio de cuán en poco era tenido el hombre, pues le sacrificaban por los más livianos motivos.

Amadísimos fieles, ¿se diferencia en algo el espíritu que, va animando a esta nuestra civilización europea de la que acabamos de describir cuando se inculca en los hombres un patriotismo tan exagerado que lleva en sus entrañas el odio a todo lo que no es uno, cuando todo derecho se reduce a la fuerza y no se reconocen en el hombre más valores que los provenientes de pertenecer a una nacionalidad, los provenientes de los servicios prestados al Estado, cuando el mismo derecho a la vida no se le concede al hombre más que en cuanto se lo reconoce el Estado?. ¿Se diferencia esta situación de aquella cuando vemos que el Estado, o el poder público, todo lo sacrifica a su seguridad y a su venganza, a sus ambiciones imperialistas, sacrificando por estos motivos millares de vidas como si el hombre no tuviera un fin más elevado que el de secundar con todos los medios las ambiciones de los gobiernos?. Una vez de considerar al hombre supeditado al Estado es lógico el proceder de los Lacedemonios al arrojar a la sima a los que no puedan reportar utilidad positiva al Estado ... y la legislación de los lacedemonios tiene hoy en Europa fieles intérpretes ... incluso llegando a unos extremos más avanzados ... porque hoy el progreso de la técnica impone otros medios más refinados ... aunque no menos inhumanos.



Los mismos gestos de heroísmo y el mismo patriotismo que se admiran y ensalzan hoy llevan muchas veces un no sé qué de nota triste, porque más que exaltación de los valores humanos, más que un testimonio del hombre que se supera, son una extorsión violenta del hombre que se anonada, del hombre que en un gesto supremo reconoce su nada ... sacrificando su vida en aras de ideales que no merecen tal sacrificio y revelan la poca estima que nos tenemos a nosotros mismos. No queremos ensalzar con ello un individualismo egoísta que se niega, a dar su vida por la patria, ni reprimir el heroísmo en lo que tiene de justo y laudable. Tratamos de llamar vuestra atención sobre la inversión de valores que existe en muchos de estos gestos cuando están inspirados y motivados por ideales que no merecen la pena del sacrificio de vidas humanas, como son muchas empresas que acomete hoy el poder público con fines financieros, comerciales, de conquista, o de venganza, que, son los que lo mismo hoy que en otras épocas indujeron a los imperios a declarar esas horrendas guerras que cuestan tanta sangre para tan poco como se consigue.

El gesto del esclavo romano que no queriendo sobrevivir a su dueño se mata es también si queréis heroico, pero nos revela el anonadamiento a que había llegado la personalidad humana; admiramos también a las mujeres indias que se arrojan tranquilas a la hoguera después que ha muerto su marido; pero el heroísmo de los esclavos romanos y la abnegación personal de las mujeres indias no son señal evidente de las almas, sino son el resultado de no conocer la dignidad propia, de imaginarse consagrado a otro ser, absorbido por él, de mirar la propia existencia como cosa secundaria, sin más objeto que servir a otra existencia..No es esto mismo lo que inspira el sacrificio de multitudes de vidas, de multitudes de existencias de los héroes ponderados hoy en los campos de batalla?. ¿Sería posible esta cruenta lucha si es que el hombre tuviera verdadera conciencia de su dignidad, del papel que tiene que desempeñar en el mundo; sería posible este orden de cosas si es que hubiera verdadera jerarquía de valores en la organización existente?. La historia se encargará de hacer justicia de los sucesos y de los acontecimientos y dejando eso a su cuenta hoy podemos afirmar sin temor a equivocarnos que mientras no esté garantizada y reconocida la independencia y la libertad humanas indispensables para el ejercicio de sus derechos humanos y para la prosecución de su fin, que no es precisamente el de servir al Estado sino que éste es el que le tiene que supeditar. ;Cuánta verdad hay en aquello que dice Balmes en su magnífica obra de Protestantismo comparado con el Catolicismo: *"Sin levantar al hombre de ese abyecto estado, sin alzarle sobre el nivel de los brutos, no era posible crear ni organizar una civilización llena de grandor y dignidad; porque dondequiera que se ve a un hombre acurrucado a los pies de otro hombre, esperando con ojo inquieto las órdenes de su amo, o templando medroso al solo movimiento de su látigo; dondequiera que el hombre es vendido como un bruto; estimadas todas sus facultades y hasta su vida, por algunas monedas, allí la civilización no se desenvolverá jamás cual conviene: siempre será flaca, enfermiza, falseada porque donde esto se verifica la humanidad llevará en su frente la marca de la ignominia"*.

Por eso nosotros no creemos en las promesas de quienes no le respetan al hombre como hombre, de quienes no miran en el hombre algo más que un animal, un súbdito sin más misión que la de ser provechoso o útil a la sociedad, ni creemos tampoco en el cristianismo de quienes tienen a flor de labios el nombre de Dios, pero cuyo Dios no es el Dios cristiano que es el único y absoluto objetivo de la vida humana, el Dios Padre que tiene otros hijos que se merecen la misma consideración y el mismo trato ... a quienes hay que respetar y amar, por ser ellos también hijos de Dios y tener el mismo destino que nosotros, el Dios Creador...y Redentor que ha redimido al hombre y no al Estado, el Dios Redentor que ha derramado su sangre por el hombre y no por el Estado, el Dios Remunerador, que ha de remunerar al hombre, que es el único inmortal y eterno, que es quien tiene un destino sobrenatural...

## El desorden social pide un Salvador. Domingo XXI después de Pentecostés

Amadísimos fieles:

Dirigíamos el domingo pasado una doble mirada. Una mirada a aquel mundo y a aquella civilización anteriores a la venida de Cristo. Y en aquel mundo anterior a Cristo fijamos nuestra atención sobre la parte más adelantada y sana, como si dijéramos sobre lo más selecto y lo más adelantado, ya que los imperios griego y romano fueron la encarnación del progreso y de la ciencia. Y en aquellas civilizaciones que son el índice o la meta de las aspiraciones supremas del hombre abandonado a su propia suerte descubrimos lacras enormes. Vemos en primer lugar la carencia de todo sentido de dignidad humana, ya que se le trata al hombre como una piltrafa, se le sacrifica en aras de ídolos ficticios que se han creado, se le inmola pretextando no se qué utilidades y conveniencias, se le subordina y se le supedita a esos monstruos imaginarios e inexistentes que se llamarán imperio, república o estado, de tal forma que en Lacedemonia no horrorizará el que para no gravar a la sociedad se arroje a las simas los seres deformes o faltos de algún miembro y en Roma será cosa natural pasar una tarde divertida en el circo a costa de la sangre de centenares de hombres y en Grecia y Roma se llevarán a cabo empresas y aventuras bélicas, sin más objeto que el de la expansión propia y sin más medida que la que imponga la ambición de aquellos emperadores ebrios de grandeza y de crueldad, pues viven a costa de la sangre de millares de hombres, a quienes sacrifican sin escrúpulo. Es que tan poco vale el hombre ... Parece inconcebible el que tuviesen en tan poco la vida del individuo.

Y con todo, eso es cierto. Y no es lo más lamentable el que esas atrocidades se cometieran, que al fin y al cabo se explica el que el corazón humano pierda momentáneamente todo sentimiento de compasión, todo sentimiento de dignidad; lo lamentable y triste, lo que revela el estado de postración humana es el hecho de que esos crímenes, esa conducta, estuviera inspirada en el pensamiento de sus hombres más ilustres. Ahí tenéis a Platón, el filósofo más ilustre de Grecia, que dice textualmente: *"Menester es que las relaciones de sexos sean frecuentes entre los hombres y las mujeres de mejor raza y, al contrario, muy raras entre los de menos valer. Además es necesario criar los hijos de los primeros, más no los de los segundos, si se quiere tener un rebaño escogido. En fin, es necesario que los magistrados solos tengan noticia de estas medidas, para evitar en cuanto sea posible la discordia en el rebaño"*. He aquí reducida la especie humana a la simple condición de los brutos. ¿Y por qué o para qué esa selección, ese cuidado en admitir los individuos de mejores razas y ocultar o matar los deformes y los débiles?. El mismo nos dirá un poco más abajo. Es necesario *"para conservar en su pureza la raza de los guerreros"*. Y añadía que los males del Estado -que es la razón suprema- no se remediarán jamás

ni se gobernarán bien los pueblos, las sociedades, hasta que estas teorías se pongan en práctica. La horrible enseñanza de Platón se transmite a las escuelas venideras. Aristóteles mismo, que en tantos puntos se apartó de Platón, enseña los mismos crímenes, siendo lícito el infanticidio y todo cuanto se ordene al bien del Estado. Y el Estado tiene derecho a entrometerse en todos los negocios del individuo. Estas doctrinas de los antiguos, ese modo de considerar las relaciones de los individuos con el Estado o la sociedad, explica muy bien por qué se miraba entre ellos como la cosa más natural las castas y la esclavitud. ¿Qué extrañeza va a causar el ver razas enteras privadas de la libertad, o tenidas por incapaces con otras pretendidas superiores, cuando vemos condenadas a la muerte generaciones de inocentes, cuando los concienzudos filósofos dejen traslucir siquiera el menor escrúpulo sobre la legitimidad de un acto tan inhumano?

Amadísimos fieles, éste es el panorama social de aquel mundo anterior a Cristo. El hombre, el pretendido hoy de la creación, es el ser más desdichado. El hombre se ignora a sí mismo, desconoce su dignidad y es un juguete, mejor dicho es una piltrafa o una cosa cualquiera que no merece respeto ni se hace respetar. Al fin y al cabo, no sé qué dirán los racionalistas que dicen que el hombre se basta a sí mismo, que el hombre, sin recurrir a nada sobrenatural, tiene en sí mismo la luz suficiente para guiar sus pasos a través del mundo. Ahí le tienen con su linterna, con su sola razón ... Ya lo ven en qué ha parado.

A nosotros no nos sorprende ese estado, porque la fe nos enseña que a pesar de que el hombre fuera criado perfecto, por su pecado perdió su perfección; pérdida de perfección que afecta también a su razón, o a su luz natural. Son las secuelas del pecado original ... por eso necesitó la humanidad un Redentor. Un Redentor que comenzara iluminando su mente mediante verdades que le habían de revalorizar, mediante la gracia que le había de rehabilitar.

Y no contentos con esa primera mirada, dirigíamos otra segunda al mundo nuestro, al mundo de nuestros días. Y con más o menos sorpresa veíamos que no faltaban esas atrocidades, esos crímenes humanos, esa desconsideración a la dignidad humana, esa falta de respeto a su vida que se sacrifica, no ya en los circos, pero sí arrojándole a las fieras, pero sí en empresas no menos caprichosas que aquellos juegos, pero sí por otros medios más refinados, aunque no menos inhumanos. Así, en la esfera ética se emprenden y están a la orden del día empresas bélicas, sin otro objeto que la expansión comercial y desahogo financiero, que se puede llamar espacio vital o defensa propia; empresas bélicas sin más medida que la codicia o la ambición, empresas bélicas que sepultan a la humanidad en la barbarie y en la crueldad. Están así introduciéndose en la vida política los métodos de los Lacedemonios, las ideas de Platón y Aristóteles sobre este aspecto. Dondequiera que no se le mire como sagrada a la vida, por inútil, miserable, por débil que sea y no se cuente entre los homicidios el matar a un niño que acaba de ver la luz, o que no la ha visto aún, del mismo modo que el asesinato de un hombre en la flor de sus años y no se considere a los individuos con derechos que la sociedad debe respetar, con secretos en que está no puede entrometerse, o se les exija sacrificios costosos que no sean previamente justificados por una verdadera necesidad, revive el espíritu de Lacedemonia, de Grecia y Roma que, como hemos dicho, no pudieron participar de las auras cristianas, que como hemos dicho necesitaron de un Salvador. Y no menos que en la esfera social y política reina el espíritu de aquellos tiempos en la esfera económica o social, en la que reina una esclavitud si queréis más refinada, pero al fin y al cabo esclavitud, pues a aquellas masas de esclavos al servicio de los señores que no veían en ellos más que gente a su servicio, cosas que poseían y no personas que trataban y como tales objetos de derechos pero no sujetos, en el régimen capitalista o archicapitalista de nuestros días tenemos esas masas ingentes de obreros a los que se les excluye del banquete de la vida al reducir todo el disfrute del bienestar y de la comodidad a unos fines privilegiados, señores a los dueños de esas fábricas que se creen que dan al obrero todo lo que se le debe y se quedan sin escrúpulo con esos beneficios inmensos que al fin y al cabo

han salido del esfuerzo y de la contribución espiritual, técnica y material de sus obreros. Esas masas constituyen hoy una ola no menos numerosa que aquella de los esclavos, una clase no más feliz que aquella en proporción al adelanto y al progreso que acaba de sufrir el mundo. ¿Qué capitalista o señor los considera como hermanos -como realmente son-, pues si los considerara como tales, hijos de un mismo padre, partícipes de la misma herencia y de la misma suerte común, con qué conciencia se llevaría él todo lo que puede?. He aquí el panorama que acabamos de descubrir con esta segunda mirada. ¿Esto es el orden cristiano?.

Del fondo de este desorden social, político y ético o moral, sale también un grito común pidiendo un salvador. De ese horizonte, oscuro, nebuloso sale también un rumor que es ansia de renovación. Ansia y clamor de renovación que en el mundo pagano anterior a Cristo era testimonio fehaciente de la impotencia de la razón humana para conducir bien al hombre, pero que después de veinte siglos de cristianismo, después de que hace veinte siglos Cristo iluminara y redimiera al género humano, es más que otra cosa una acusación contra nosotros. Cristianos que no hemos sabido proyectar esa las que hemos recibido de Cristo sobre el mundo, acusación contra esas generaciones cristianas que no han sabido crear un orden cristiano en el mundo. Si el desorden, las desviaciones, los extravíos de aquel mundo anterior a Cristo nos arguyen la existencia de un vicio de origen que para nosotros es el pecado original (pues de lo contrario había que inculpar al Creador), este desorden, estos extravíos, estas atrocidades que se cometen en nuestro mundo cristiano arguye también otro pecado, no ya precisamente original, que Cristo de una vez para siempre subsanó aquellas heridas, sino un pecado que también grava la conciencia de todos, de todos los que nos llamamos cristianos, de los que llamándonos cristianos, con nuestra conducta hemos comprometido y mancillado tan hermoso título.

Hay silencios que son traiciones, hay silencios que implican complicidades. Nosotros, los Cristianos del siglo veinte, hemos de reconocer que somos responsables ante Dios, ante nuestra conciencia y también ante la historia y el mundo, de estas atrocidades, de estos extravíos, de este paganismo reinante en todas las esferas, paganismo que no lo podemos encubrir, sino desenmascarar y combatir, pero combatir como lo combatiera Cristo, aceptando íntegramente su credo y su doctrina, aceptándola y viviéndola y llevándola a la práctica en todos los órdenes, en el moral en primer lugar; orden moral y cristiano que gira sobre egos dos goznes que son la justicia y la caridad, justicia y caridad que son igualmente obligatorios en la doctrina cristiana, justicia y caridad que son el complemento el uno de lo otro y no como se quisiera repuesto el uno del otro. Y no se crea, como creerse muchas veces, que el orden político es independiente del cristianismo, es una esfera en la que Cristo y su doctrina no tienen entrada ni tampoco se crea que mientras se cuelgue el crucifijo en las paredes estamos excusados de otros deberes, que los corazones pueden dar rienda suelta a las pasiones del odio y venganza. Y si por una parte Cristo garantiza el respeto y la obediencia a la autoridad, identificándola consigo mismo, "*quien resiste a la autoridad a Dios resiste*" dice San Pablo; la autoridad tiene que saber en el concepto cristiano gobernar es servir, servir en primer lugar los intereses de las propias familias y de los individuos, pues a manera que Dios, la suprema autoridad, es amor y como tal no entra en contacto con las criaturas sino para colmarlas de sus beneficios, de la misma forma la autoridad debe ponerse en contacto con los súbditos para dictarles normas tutelares, de beneficencia y abnegación. Y no menos que en la esfera moral y política tiene también intereses Cristo en la social y económica. ¡Cuántas veces se le tiene a Cristo -aprisionado- en el oratorio, pero se le desconoce en las piezas de la caja de caudales!. Y por desgracia cuánta verdad es aquello que se suele decir: "Se apoya fraudulentamente, no ya acaso el trono sobre el altar, pero sí los cofres de valores sobre el ara de la Iglesia".

Los cristianos que no hemos hecho más que discutir todo, aceptar lo que nos daba la gana del Evangelio; los cristianos que poseyendo una doctrina totalitaria de la vida nos

hemos quedado con lo que nos complacía y abandonado de ella lo que nos disgustara; somos responsables de todos estos desastres, de todos estos extravíos. Y hoy, ante la vista de ese paganismo que hemos visto triunfar en la antigüedad y renacer en nuestros días, hemos de proclamar que no creemos en las promesas de quienes no respetan al hombre como hombre. reconociéndole ciertos derechos inajenables, de quienes no ven en el hombre más que un animal, un súbdito, sin más misión que la de ser útil y provechoso a la sociedad; ni creemos tampoco en el cristianismo de quienes tienen a flor de labios el nombre de Dios, pero cuyo Dios no es el Dios cristiano que es el único absoluto objetivo de la vida humana, el Dios Padre que tiene otros hijos que se merecen la misma consideración y el mismo respeto, a quienes hay que respetar y amar por ser ellos también hijos de Dios y tener el mismo destino que nosotros, el Dios Redentor que ha redimido al hombre y no al Estado, el Dios Remunerador que ha de remunerar al hombre, que es el inmortal, y quien tiene su destino sobrenatural. Únicamente creemos en Cristo, que tiene palabras de paz y felicidad eterna y no solamente eterna, también de la humana, la única humana que es capaz la humanidad en este valle de lágrimas. Vamos a ver, pues, qué nos enseña Cristo acerca del hombre cómo lo revaloriza y lo rehabilita.

## Sermón del mandato. 29 de marzo 1945

Venerables ministros del Señor,  
Dignas autoridades,  
Hermanos míos en Jesucristo Nuestro Señor:

En estos momentos la Liturgia nos hace asistir a la conmemoración de un momento culminante de la vida de Jesucristo Nuestro Señor. En estos momentos en las catedrales de las ciudades episcopales se estará celebrando una ceremonia conmemorativa del lavatorio de los pies de los Apóstoles. Después de haberes dado lectura al Evangelio que acaba de leer en nuestro altar el Diácono, el Señor Obispo, revestido de sus ornamentos episcopales, ostentando la representación de Jesucristo Nuestro Señor, lava los pies a doce pobres colocados en dos hileras en el mismo presbiterio del altar. Ésta es la ceremonia completa que celebran en este momento desde el Papa hasta el último obispo, evocando aquella escena, mejor dicho evocando aquel gesto, expresión fiel de la finura y delicadeza de Cristo, que apenas ha escuchado algunos ecos del cuchicheo de los apóstoles que estaban discutiendo entre sí sobre los puestos que les correspondía ocupar en el reino de los cielos, ávidos de ambición y gloria terrenal, como si el reino de los cielos que Cristo vino a establecer no fuera más que uno de tantos medios o recursos para dar satisfacción a esos anhelos de dominio, gloria, honor o renombre con que siempre sueña el hombre. Jesucristo ahoga esta discusión confundiéndonos con todo tacto y delicadeza con su ejemplo. Si Yo, que soy Maestro y Señor, hago esto, sabed que os doy ejemplo para que de igual forma os conduzcaís unos con otros.

Jesucristo con este gesto no ha podido menos de evocar en la mente de los apóstoles muchas de las verdades que les había prodigado a lo largo de los tres años de vida común. Tantas veces que les había insistido en la necesidad de amarse mutuamente, en la necesidad de ayudarse mutuamente, en la necesidad de olvidarse de sí mismos ... ahora sometiéndose a sí mismo a este oficio de siervo les ha hecho caer en la cuenta de lo que constantemente les ha inculcado ... y una vez así dispuestos los ánimos quiere sintetizar todas sus enseñanzas y quiere concretar todo el fruto que espera obtener. Por medio de su predicación en una fórmula brevísima, en una cláusula ... hace su testamento, cuyas cláusulas fundamentales son éstas: *"Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos, bajo los velos eucarísticos, y haced esto en conmemoración mía ... y amaos los unos a los otros como yo os he amado ... que en esto conocerán que sois mis discípulos"*. He ahí el testamento del Señor. Vamos a comentar en este momento la segunda cláusula, que está expresada con estas sencillas palabras: *"Un nuevo mandamiento os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado y en esto conocerán que sois mis discípulos"*.

*"Aquí tenemos la carta magna de la nueva de la nueva raza, exclama un comentarista moderno, de la tercera casta de hombres que va a nacer. La primera raza fué la de los bárbaros y su nombre es guerra. La segunda la de los bárbaros desbastados por la ley y su alta perfección, la meta de perfección a que aspiraban, es la Justicia, y es la raza que dura todavía, pues la*

*Justicia no venció todavía a la Guerra y la Ley no ha acabado de suplantar a la Bestialidad. La tercera debe ser la raza o la casta de los hombres verdaderos, no sólo justos, sino santos, no solamente semejantes a las Bestias, sino Dios".* Jesús ha venido a redimir a los hombres, a salvar a los hombres, pero no los quiere redimir ofreciéndoles más allá de la muerte unas perspectivas de dicha y bienaventuranza abandonándolos en este mundo, a su ferocidad natural o conformándose con una mera perfección natural, como sería la perfección a que llega la justicia, que es dar a cada uno lo que es suyo, justicia que no une, que no vincula, justicia que perfila las diferencias provocadas por la circunstancias o por la misma naturaleza. La perfección que él reclama, el remedio de los males ofrece, los sentimientos a que El encomienda la mejora, la transformación del hombre, es el Amor. Al fin y al cabo el hombre ha de ser catalogado como bueno o malo por su corazón, por los sentimientos que anidan en su corazón; al fin y al cabo, como dirá en otra ocasión, es del corazón de donde viene la maldad y el pecado que hace malo al hombre. No vamos a decir que las ideas no delinquen, pero las ideas, las simples ideas, las ideas cuando su luz no vivifica o ilumina el corazón renovando en él una vida mejor, una vida de generosidad, una vida de nobleza, fidelidad, amor ... las ideas no lo hacen mejor al hombre. Cristo no cotiza en su balanza esas ideas. Por eso la simple fe, esa fé que se contenta con declararnos que Dios existe, que Dios es bueno, que Dios es Padre, que nosotros somos sus hijos ... esa fe no salva al hombre, como no salva al mundo ese cristianismo que se adapta, que se acomoda a las propias concupiscencias, a las propias pasiones ... Por eso no es la fe, la simple fe en Dios, la simple creencia en esas verdades la que ha de distinguir a los discípulos de Cristo. Lo dice expresamente el Cardenal Mercier: *"Cristianos, contra lo que muchos se imaginan cristiano no es aquel que está bautizado y cumple con mayor o menor fidelidad cierto número de prácticas religiosas, sino el que, conformando su vida con las prescripciones evangélicas, ama a Dios como a Padre, por encima de todas las cosas, y a su prójimo como a hermano por amor de Dios. Estos dos amores se hallan tan estrechamente unidos que el mismo Dios, nos obliga a amarle con todas las energías de nuestra alma, nos advierte que el juicio final habría de versar acerca del ejercicio de la caridad para con nuestros hermanos".* Cómo resistirnos en este momento a decir aquello que dice San Pablo en su Carta a los fieles de Corinto: *"Yo voy a mostraros un camino todavía más excelente. Cuando yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles mismos, sino tuviere caridad vengo a ser un metal que suena o una campana que tañe. Y cuando tuviere el don de profecía y penetrare todos los misterios y poseyese todas las ciencias, cuando tuviere toda la fé posible, de manera que trasladase de una o otra parte los montes, no teniendo caridad, soy nada. Cuando yo distribuyese todos los bienes para sustento de los pobres y cuando entregar mi cuerpo a las llamas, si la caridad me falta todo lo dicho no me sirve para nada. La caridad es dulce, es sufrida, es bienhechora, no se irrita..., no piensa mal, no se huelga en la injusticia, complácese en la verdad, cree todo el bien que le dicen del prójimo ... La caridad nunca fenece, ahora permanecen fe, esperanza y caridad, pero de las tres la caridad es la más excelente..."*

Y cuando Jesús nos habla de Dios, nos habla de Dios Padre y nos invita a la profesión de los misterios que nos revela acerca de Dios, no lo hace para que nosotros, nuestra mente descansa y se agote en la contemplación de las perfecciones divinas, sino para que la contemplación de las perfecciones divinas que nos descubre nos mueva a la práctica y ejercicio del bien, de la virtud. Así, en su gran discurso de la Montaña, que es cuando por primera vez expone en un conjunto sistemático sus doctrinas, nos dijo: *"Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos y que hace salir su sol sobre los malos y los buenos y llueve sobre justos y los ímpios. Porque si amáis a aquellos que os aman, ¿qué recompensa mereceréis? ¿No hacen otro tanto los publicanos?. Y si saludáis a*

*vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis más que los otros?. ¿Acaso los gentiles no hacen lo propio?. Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*". Por eso tiene más de indignante que de edificante la actitud de los que postran de rodillas ante el inmenso misterio de la Trinidad o el misterio del Tabernáculo, pero que sustentan corazones que no se han doblado todavía ante el misterio del amor, o sea ante la plena sustancia de nuestra religión. Los corazones que han sido más orgullosos que las mentes y por eso hay en el mundo muchas rodillas dobladas ante el misterio de la Trinidad o del Tabernáculo, que todavía se resisten a abrir sus corazones y doblegarlos ante el misterio del amor.

Pero indudablemente no ignoraba Cristo que precisamente es el amor un sentimiento que no se puede imponer a nadie, sino que ha de venir espontáneamente del corazón. Lo prodigioso; decía Napoleón, lo que desconcierta al hombre, lo que no se consigue ni con la ciencia ni con el arte ni con el poder, lo que escapa a todo poder, a toda autoridad, a toda imposición, el rincón siempre independiente, la ciudadela inexpugnable en la que no ha podido ejercer su poder el hombre es el corazón. El mayor absurdo que se concibe es mandar amar. Fuera de la familia, en la que el amor nace naturalmente del instinto, es regla general que el hombre tan sólo otorga el amor a dos cosas: a la belleza y a la bondad. Por si nosotros nos resistiéramos a otorgar nuestro amor a nuestros semejantes viendo sus defectos o faltas, por si nosotros no nos atreviéramos a ser lógicos hasta la última consecuencia de esas verdades que Cristo nos ha enseñado acerca de la naturaleza de Dios y naturaleza del hombre frente común ... destino común ... dignidad común de Hijos de Dios, amor mutuo de hermanos ... Jesucristo nuestro Señor :ideó un buen medio, un buen recurso para obligarnos a amar a nuestros semejantes. Escuchemos lo que terminante y categóricamente afirmaba en uno de sus grandes discursos. La escena es solemne. El Hijo del Hombre, como se llama a sí mismo, es representado en la majestad del último juicio, en un trono majestuoso. Todos los pueblos de la tierra están allí... y hace la selección de los que le pertenecen ... *"Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del reino que os está preparado desde el principio del mundo. Porque yo tuve hambre y me disteis de comer y tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis, estando desnudo me cubristeis, enfermo me visitasteis, encarcelado vinisteis a verme..."*. A lo que los justos responderán diciendo: *"Señor, ¿cuándo te vimos nosotros hambriento, sediento, desnudo, enfermo o encarcelado y te hemos asistido? Y el Rey les responderá: "En verdad os digo: siempre que lo hicisteis con alguno de estos mis pequeños hermanos conmigo lo hicisteis"*. La misma escena dialogada tiene lugar con los réprobos, cuanto dejasteis de hacer los unos por los otros ... no me lo hicisteis... Lo que se merece Jesús por ser Dios, por ser nuestro Redentor ... sus derechos a los homenajes sin limitación, sin excepción, ha transmitido, ha traspasado a los pobres ...

Aquí hemos de invocar a nuestra fé. Nosotros creemos en la transubstanciación del pan y del vino en cuerpo y sangre de Cristo, en virtud de aquellas sus palabras ... *"Este es mi cuerpo y ésta es mi sangre"* ...y no vamos a creer en este otro sacramento en el que no ya bajo los velos de las especies de pan y de vino, sirvo bajo los velos y las apariencias de los pobres, de los malvados, de cualesquiera que se encuentren en necesidad o son semejantes nuestros, se encuentra Cristo, no personalmente, pero sí en cuanto a su representación jurídica ... que para el caso es lo mismo. Jesús con pleno derecho a nuestro homenaje, Jesús con pleno derecho a nuestras atenciones, su trono de recepciones el trono en el que quiere recibir el homenaje de los suyos, no ha establecido ni siquiera en el Tabernáculo, pues no quiere que nadie se le acerque en el altar que previamente no haya cumplido con El en la persona del prójimo. Esto nos hubiera parecido una herejía, pero lo ha dicho expresamente. *"Al ponernos a orar si tenéis algo contra el prójimo, perdonadle a fin de que vuestro Padre que está en los cielos también os perdone vuestros pecados"*. No acepta ninguna ofrenda mientras no se le haya ofrecido la ofrenda del amor al prójimo. Lo dice expresamente: *"Si al llegar con la ofrenda al altar te acuerdas de que*



*tu hermano tiene algo contra tí, deja sobre el altar tu ofrenda y ve antes a reconciliarte con tu hermano y luego ven a presentar tu ofrenda*". No se puede servir a Dios, Dios no acepta los servicios nuestros si no servimos al prójimo. Y Dios es tan inflexible en esto que hasta el mismo perdón, la medida y proporción del perdón dependen de la medida y proporción en que nosotros perdonemos a nuestro prójimo... *"perdóname nuestras deudas, así como nosotros perdonamos nuestras deudas..."* ¿y quién no recuerda aquella bellísima parábola de los criados en la que nos enseña que podemos tener ante Dios un crédito ilimitado abriéndonos también nosotros para los demás?.

Por esa presencia jurídica o representativa siempre es digno de nuestro amor al prójimo. Gracias a esta maravilla de nuestra incorporación a la sagrada persona de Cristo no puedo hacer un movimiento sin hallarme en presencia vuestra, exclama un autor. *"¿Dirijo los ojos hacia mí?. Aquí estáis vos. ¿Los dirijo al prójimo?, estáis en él. En todas partes si acierto a verle, estoy rodeado de sagrarios vivientes ..."* Sagrarios vivientes, sagrarios dignos de veneración, son para el cristiano todos los hombres. Cada hombre, cada cristiano, es un velo que encubre al Altísimo. Por eso el prójimo es Jesucristo presente en él. Es un estuche más o menos bello pero que encierra un diamante que guarda nada menos que a Jesucristo Nuestro Señor. ¿Qué importa que el estuche muestre una persona antipática, un adversario, un delincuente?.

Así como en el sarmiento no amo yo un pedazo de madera o de leña, sino la vida que en él alienta y que le es suministrada por la vid, así también en el prójimo no me fijo en el hombre, sino miro a Cristo. El acto cristiano del amor al prójimo consiste en amar al prójimo reconociendo en él a Cristo presente de hecho si está en gracia, o si está en pecado.

Cuéntase de Pascal que no pudiendo recibir en su postrera enfermedad la sagrada comunión suplica que sea introducido en su aposento un pobre para que sea atendido con igual solicitud que él para que, no siéndole posible comulgar en la cabeza pueda recibir a Jesucristo en uno de sus miembros. Cuéntase también de Santa Francisca Fremiot de Chantal que al servir la comida a los Pobres que hacía sentar a su mesa repetía por lo bajo, con los ojos arrasados de lágrimas, estas palabras: "Tuve hambre y me disteis de comer".

Esa es la doctrina de Jesucristo, esa es la auténtica doctrina de la fé. Dios es caridad, dice San Juan, y la plenitud de la ley es la caridad. El que ame al prójimo cumple la ley. Lo mismo que si alguno dice servir a Dios y no ama al prójimo es un mentiroso, dice crudamente el mismo apóstol. Hoy no podemos decir que lo que falte en el mundo es Ciencia, es Riqueza, es Poder; hoy lo que falta en el mundo es la Caridad, y al faltar ésta ha desaparecido la paz y la felicidad. Es el Papa actualmente reinante quien dice en una reunión de las damas de San Vicente de Paul *"Por haber desconocido la caridad el mundo ha perdido la paz verdadera y no la volverá a recuperar mientras no levante de nuevo sobre las bases indispensables de la justicia el trono de la caridad"*. En otra ocasión dice también. *"La humanidad yace palpitante en el camino de los tiempos. Mientras descendía locamente de Jerusalén a Jericó, de la ciudad de oración a la de los placeres, de la región del ideal a la del lucro, ha caído en manos de los ladrones que se llaman orgullo, la incredulidad, la ambición, la violencia, la deslealtad, el odio. Éstos han despojado de las riquezas de sus más altos valores morales que hacen al hombre digno y santamente arrogante: la fé en Dios, la fraternidad, la confianza mutua, le han arrancado violentamente un precioso tesoro: la paz."*

El gran fundamento de la paz, de la convivencia, ha de ser este precepto que Cristo ha dado al despedirse de este mundo: Amaos los unos a los otros y en este conocerán que sois míos; yo estaré con vosotros ...

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

# Personaje y magisterio de Jesucristo. Predicación: Resurrección de Jesucristo

## Índice

1. Resurrección de Jesucristo. año 1947
2. Resurrección de Jesucristo. año 1949
3. Resurrección de Jesucristo. año 1951
4. Resurrección de Jesucristo. año 1952

## Resurrección de Jesucristo. Año 1947

Amadísimos fieles:

Ya qué el domingo pasado no tuvimos oportunidad para ello, hoy vamos a hacer un breve comentario del misterio que hemos conmemorado y celebrado en esta octava, del misterio de la Resurrección de Jesucristo, que es el misterio más importante, el misterio clave del cristianismo. *"La tragedia del Calvario tuvo un epílogo, sin este epílogo el Cristianismo nunca hubiera existido"* ha afirmado un célebre autor, y esa es la verdad. Si Jesús no hubiera resucitado después de sus predicciones, si Jesús hubiera concluido su obra en el Calvario, la fe en Jesús no hubiera revivido, el nombre de Jesús se hubiera relegado al olvido, o solamente se hubiera registrado en la lista de los ilusos. Pero no hemos de considerar este misterio solamente como testimonio de la verdad y divinidad de Cristo, llamado y querido por Dios en sus inexcusables misterios para confirmar la fé en Cristo, sino también como garantía de la satisfacción de nuestros anhelos de vida, de esas ansias de vida que descubrimos en lo más íntimo de nuestro ser, de esas ansias de vida a las que no renuncia el héroe que se entrega a la muerte y de las que no puede prescindir tampoco el epicúreo que quisiera atiborrarse de todo en este mundo.

Primero vamos a considerar este misterio con relación a Jesucristo y la fé en Jesucristo y luego, siguiendo el pensamiento del gran apóstol Pablo, diremos que la visión y contemplación de Cristo glorioso, primicia de los durmientes, es la esperanza de los que aguardamos nuestra muerte como paso para una eternidad y una vida más dichosa.

En el mes de enero de este mismo año en curso se celebró en la pequeña pero evocativa ciudad de Asís un Congreso al que asistieron los universitarios de Italia y en el que dirigieron los estudios de unos célebres profesores de la Universidad, entre los que descollaban el Dr. Federico Sciaca, conocido filósofo italiano y D. Ricciotti, célebre autor de una novísima y documentadísima vida de Jesucristo, al mismo tiempo que catedrático de Historia de la Universidad romana. El tema del estudio fué el siguiente: ¿Puede un hombre moderno creer razonablemente en la divinidad de Jesucristo?. Como se ve un tema sugestivo y trascendental, Pues sí Jesucristo no es Dios vana es nuestra religión. La introducción filosófica al estudio la dirigió el profesor Sciaca y planteó el asunto de la siguiente forma. Se trata de saber si un hombre puede razonablemente creer en la divinidad de Cristo, o sea, primero hay que averiguar si hay posibilidad de una verdad revelada ... si hay esta posibilidad se deja el camino abierto a Cristo. El primer paso en este sentido es, pues, el de averiguar si nuestra razón puede saber todo, pues si ella se basta a sí misma la autosuficiencia absoluta de la razón cierra el camino a la verdad revelada.

Muchos saben que Pascal descubrió el movimiento físico e ignoran que Pascal fué el que descubrió ese algo de bueno que existe en el fondo de todo corazón humano. Ya donde entonces no puede definirse el hombre como animal racional, sino como un animal racional y religioso, que está llamado a lo infinito, pero cuya exigencia de infinito no puede ser plenamente satisfecha porque el hombre es una mezcla misteriosa, inexplicable, de grandeza y de miseria, de bestia y de ángel. El hombre avanza erguida la cabeza, como rey único de la creación, pero no puede menos de reconocer que el último acto de su razón es saber que no puede saber todo. Si yo reconozco que mi razón no puede saber todo, dejo abierto el camino a la posibilidad de una verdad que pueden decirme, enseñarme, una verdad revelada ...

Jesucristo tiene el camino abierto. A partir de este momento en que nuestra razón reconoce que no puede conocer todo, puede venir a enseñarnos cosas que ignoramos, o no entendemos. Y a partir de este momento al tropezar con un ser que viene a enseñarnos cosas sublimes y apela a su autoridad y a su divinidad y confirma su autoridad con obras portentosas, hay que atenerse a los resultados de la experiencia, no hay que rechazarle en nombre de ningún principio preconcebido, sino que hay que estudiarle a la luz de los datos de la historia, hay que estudiarle a la luz de los documentos que nos hablan de El. Y con Jesucristo lo que no quieren hacer muchos hombres es esto, estudiarle a la luz de los datos históricos, sino rechazarle por prejuicios o ideas propias. Y con Jesucristo en esta misma tentación caemos todos los que estamos tibios en la fé, flojos ojos en la fé ... escuchamos en nuestro interior: eso no puede ser ... eso no se concibe, eso está de más ... y con eso acabamos. No es ese el camino que debe seguirse en la investigación de la verdad de Cristo. Nuestra razón tiene que terminar reconociendo que no puede saber todo y si nuestra razón tropieza con cosas que no comprende, con cosas que no le entran, debe entonces tomar otro camino, saliéndose fuera de sí misma. "Veamos si ese que afirma, o eso que se afirma, tiene a su favor alguna garantía; veamos si hay algo que aclara su verdad o descubra su fundamento".

Y cuando se estudia el problema de Cristo no ideológicamente, quiero decir siguiendo solamente el hilo de nuestro propio pensamiento, sino históricamente, son tan evidentes las razones a favor de su divinidad que no queda otro recurso que negar su existencia histórica -absurdo desde luego, porque sin él veinte siglos quedan vacíos-, o reconocer su divinidad, pues también reconocerle solamente como hombre no nos explica nada. Suprimamos este episodio histórico sin par de su resurrección y expliquémonos la existencia del cristianismo, expliquémonos la Iglesia, expliquémonos la heroicidad de tantos miles y miles de mártires, confesores, santos...

## Resurrección de Jesucristo. Año 1949

Amadísimos hermanos:

Hoy celebra la Iglesia el acontecimiento cumbre de la vida de Cristo, su Resurrección gloriosa y a ello se debe todo este aparato litúrgico lleno de color, luz y alegría que difícilmente podemos ser insensibles los que penetramos en el recinto de nuestros templos. Resuena el aleluya, se revisten de flores los altares, el órgano vuelve a lanzar sus armoniosos sonidos y son constantes las exhortaciones a la alegría y satisfacción en las oraciones y preces de estos días.

Cuando leo esas preces o me hago eco de todas estas exhortaciones una pena me embarga el pecho y tengo que preguntarme a mí mismo: Todas estas actas, todas estas melodías, todas estas flores, todos estos ornamentos blancos, todas esas invitaciones ¿encontrarán eco en los corazones de los cristianos que llenamos en este momento el templo, en los corazones de los que precisamente nos hemos congregado en este lugar al toque de la campana que vibraba hoy en aires de Pascua?. ¿Puede en nuestro ánimo despertar alguna emoción todo este aparato externo si es que nuestro alma no se ha saturado del espíritu de la cuaresma, es decir, del espíritu de la auténtica vida cristiana, sino que hemos soportado o tolerado impasiblemente o fatalmente todas esas manifestaciones simbólicas de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo como si fuera algo que a nosotros no nos afecta o alcanza?. ¿Qué vale hoy que resuene alegre el órgano o vibre de alegría la Iglesia si las almas están apáticas, indiferentes?. Naturalmente si las exhortaciones de la Iglesia a una vida mejor, a la purificación de nuestras almas mediante una buena confesión no han surtido efecto pasados en alas de un buen propósito de los mejores afanes de superación, los que seguimos arrastrados por los suelos, los que seguimos embarazados por los malos hábitos, los que no hemos roto las ligaduras del pecado, de los compromisos no podemos encontrar nada, no podemos sentir nada, no podemos sentir el unísono con la Iglesia, no podemos revivir esta magnífica fiesta ... Para nosotros Pascua no será más que término de unas restricciones externas mal soportadas, comienzo de una nueva etapa de bullicio, un día de buen yantar, un día sin trabajo ... Pascua no es Pascua ... es cualquier cosa menos Pascua . . . Somos ciegos que no ven . . . sordos que no oyen . . . No nos dice nada el color ... no nos dice nada el aleluya ... ¿Verdad, amadísimos hermanos, verdad que es como para sentir pena ..., sentir nostalgia ... una Pascua en la que no participamos de ninguna emoción suave, de ninguna vibración de vida que se desborda en esta magnífica liturgia de Pascua?.

## ¿Qué ha representado la Pascua?

Si remontamos nuestra mirada a los orígenes de esta fiesta, que se confunden con los orígenes de la Iglesia y del cristianismo, veremos que Pascua es la confirmación de la divina misión de Cristo, la magnífica coronación de su vida, la rehabilitación y confirmación de la fe de los apóstoles y por ende de la difusión y triunfo de la fe de Cristo Dios.

El Evangelio de hoy nos presenta a las santas mujeres que en la madrugada del primer día de la semana judía corrían presurosas al sepulcro con la noble ambición de ungir el cuerpo de Cristo ... Iban del todo preocupadas por la piedra que cubría la boca del sepulcro, piedra de enormes dimensiones y se decían entre sí mismas ... *"Quién nos quitara la piedra"* ... Llegan al sepulcro y de repente sienten un terremoto ... se acercan más y del cielo baja un ángel, de semblante irradante -*"brillaba un semblante como el relámpago ... y su vestidura era blanca como la nieve ... - De lo cual los guardas quedaron como aterrados, como muertos y el ángel dirigiéndose a las mujeres les dijo: "Vosotros no tenéis que temer .... ha resucitado según dijo"*.

Ha resucitado según dijo: y según dijo delante de amigos y enemigos, en público y reiteradamente de forma que todos conocían su predicación y fué el motivo que indujo a los escribas y fariseos a poner guardas en el sepulcro y a sellar la piedra. Recordemos la alusión pública que hizo al caso de Jonás *"A esta generación no se dará otro signo que el de Jonás, pues así como Jonás estuvo en el seno del pez tres días y tres noches, así el Hijo del Hombre resucitará al tercer día después de muerto"*... Así mismo recordemos la alusión al templo que tanto escandalizó ... *"Destruir este templo y al tercer día lo reedificaré"* ... Varias veces más había predicho a los discípulos en términos claros y evidentes al contrario de los enemigos a quienes hablaba en términos simbólicos y bíblicos ... Después de la Transfiguración les advierte que no cuenten a nadie nada hasta después que haya resucitado ... Cuando se dirigen a Judea les advierte que allí será muerto y que todos sufrirán escándalo y que después de la resurrección les recogerá...

Después que hubo resucitado entendieron los apóstoles todas estas advertencias.

Y tal como había predicho el tercer día resucitó glorioso ... de forma que la fe en la resurrección es el cimiento y el fundamento del cristianismo ... Citas ... de textos de San Pablo ... San Pedro ... San Juan ... Autores profanos.

Y apareció ... a los apóstoles, a los discípulos...hasta 500 a la vez.... apareció ... en Jerusalén ... en Judea ... en Galilea ... en las riberas del mar ...

Y en efecto ... todos aquellos que se habían dispersado, todos aquellos que habían olvidado ... volvieron a recordar ... a sentir ...

Cita de San Agustín ... Tres cosas increíbles ... increíbles ... que asumiera y llevara al cielo su carne mortal ... increíble que creyeran cosa tan estupenda aquellos hombres ... increíble que aquellos apóstoles ignorante, temerosos persuadieran ...

## ¿Qué debe representar para nosotros?

Lo que representó para los apóstoles: recordaron las otras cosas enseñadas por Jesucristo.

Y se rehabilitaron en su fé ... fé intrépida ... valiente ... generosa ... Jesús resucitó ... que resucite para nosotros ... que no sea una momia ... que le tengamos afecto y devoción personal ... Religión no es geometría ... ni es aceptación de verdades abstractas... sino sumisión y veneración de una persona ... de un ser. ...

Y segundo ... que aparezca en nosotros ... en todas partes ... con las dotes de su cuerpo glorioso ...

- Claridad
- Agilidad
- Sutileza
- Impasibilidad



## Resurrección de Jesucristo. Año 1951

Amadísimos hermanos:

Vamos a hacer un breve, brevísimo comentario del misterio que la Iglesia conmemora en el día de hoy con tanto aparato externo, con tanto alborozo, con tanto regocijo, secundando la consigna de la Iglesia misma, que ya en el Martirologio Romano nos presenta esta festividad con las siguientes palabras: *"Es este día que hizo el Señor la solemnidad de las solemnidades y nuestra Pascua, la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo según la carne"* y en el Introito de la misma: *"En este día que hizo el Señor regocijémonos y alegrémonos en él. Confesad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia"*.

Estos días pasados y en un ambiente de recogimiento y de luto hemos seguido el proceso de los últimos días de su vida, que culminan en la tragedia del Calvario. Hemos considerado la derrota, la ruina del Señor, ya que con su muerte en la cumbre del Calvario parecieron quedar desbaratados todos sus planes, pareció triunfar definitiva y categóricamente la impiedad, la injusticia y la muerte. Pero llega la mañana radiante y gloriosa de la resurrección y este triunfo del Señor es la garantía y la promesa solemne de que nunca triunfarán con carácter definitivo, con carácter permanente, ninguna de las fuerzas que pueda desatar el demonio; ni la injusticia, ni los males de este mundo podrán prevalecer contra el bien, la verdad y la providencia,

Ésta es, amadísimos fieles, la primera lección consoladora que se encierra en este misterio del triunfo de Jesucristo Nuestro Señor. En verdad una lección que necesitamos recordar constantemente los que luchamos en este mundo contra tantos elementos, una lección que necesitamos tener presente los que nos sorprendemos de que nuestras ansias de justicia, de vida, quedan a veces frustradas temporalmente. El viernes santo puede prolongarse a veces un poco más de lo esperado, o de lo deseado, pero nunca hasta el punto de que la vida termine en un calvario sin el epílogo de la resurrección. Almas que sufren, almas angustiadas, almas contrariadas, sabed que efectivamente la vida no merecía la pena de vivirse sin la perspectiva de la mañana gloriosa de la Resurrección.

Qué realista era aquel gran Apóstol San Pablo, a quien bien le podemos considerar como testigo excepcional del hecho de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. El había evangelizado a los corintios, les había hecho cristianos, pero tuvo que ausentarse de ellos para evangelizar a otros pueblos. Se enteró de que en su ausencia habían surgido algunas dudas sobre el dogma de la resurrección de la carne. En efecto, para los helenistas la inmortalidad del alma no ofrecía dificultad especial, ya que esta inmortalidad había sido contenida en la enseñanza filosófica de sus más eminentes filósofos, como Aristóteles y Platón, a quienes se consideraba

como los grandes maestros. Pero no ocurría otro tanto con respecto a la resurrección de la carne, ya que la carne, el cuerpo, se consideraba esencialmente corruptible y como lo malo, lo accidental del hombre. San Pablo que se enteró escribió a ellos una carta donde les vuelve a recordar el misterio de la Resurrección de Jesucristo Nuestro Señor- como la garantía y la prueba de la resurrección de nuestra carne. "*¿De qué me sirve a mí haber combatido en Efeso a la manera de los hombres contra las bestias feroces si no resucitan los muertos?. Comamos y bebamos, que mañana moriremos. Hermanos, si Cristo no ha resucitado, nuestra fé es vana y nuestra religión es inútil. Somos los hombres más miserables*".

Ésta es la gran perspectiva que necesita el hombre. Ya lo comprendía San Pablo, como también comprendía el pensador pagano de nuestros tiempos que predica al superhombre. El hombre se asfixia sin más horizontes que los temporales, los limitados.

## Resurrección de Jesucristo. Año 1952

Amadísimos hermanos:

Hemos conmemorado esta Semana Santa el misterio de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo y celebramos hoy la Memoria de su gloriosa Resurrección. Difícil que no hayamos sentido alguna emoción durante estos días, en que todo nos incitaba a cierta conmoción religiosa.. Pero tal vez al gravitar nuestra atención sobre la figura de Jesucristo Nuestro Señor hemos podido correr el peligro de cierta desviación de nuestra emotividad religiosa, si es que no hemos ponderado suficientemente que el personaje central de este drama intenso, o sea Jesucristo, no es simplemente una persona privada, todo lo admirable que se quiera, ni es un Dios que se ha decidido a representar ese papel en este sublime drama para arrebatarnos el entusiasmo o la admiración, o la gratitud y la pena de los hombres como si sintiera hambre de estos sentimientos humanos, como si los necesitara para involucrarse a sí mismo en una aureola de gloria que tienen que tejerle unas simples criaturas, como si a falta de esa gloria y satisfacción provenientes de unos hombres sorprendidos o arrebatados por sus gestos careciera de la inmensa e infinita gloria que encuentra en su misma inmensidad, en su misma bondad, en su misma perfección.

Es preciso que también digamos que no es Jesucristo, como Dios, quien propiamente necesita de nuestra admiración, de nuestro afecto, de nuestra gratitud, de nuestras lágrimas, de nuestra compasión. Somos nosotros los que necesitamos de todas esas reacciones, de todas esas corrientes de piedad, de amor, de gratitud, de indignación, etc., para poder mantenernos a una altura digna de nuestra condición de hombres, para poder desagrar los males que causamos cuando pecamos, para poder vivir con la elevación de miras y nobleza de afanes que requiere nuestra vida de príncipes de la creación.

Jesucristo padeció por nosotros, padeció como cabeza del género humano, como primogénito de todas las criaturas, en representación del género humano y El es el símbolo y expresión de todos y cada uno de los hombres que caen víctimas de todos los atropellos, de todas las injusticias, de toda la barbarie del pecado o de los pecados. Se ha constituido sobre el patíbulo de la cruz como santo y seña, como expresión terriblemente gráfica de todas las ruinas, de todas las injusticias, de todos los atropellos que pueden cometer los hombres los unos contra los otros, cuando desprecian la ley de Dios, cuando no ajustan sus conductas a las exigencias del código divino, cuando sus vidas se inspiran en los instintos que sobrepujan a la razón. Por si nosotros pudiéramos pasar por alto las consecuencias de nuestros pecados en las personas de nuestros simples semejantes, como de hecho los pasaban por alto los hombres que vivieron antes de su advenimiento, ha querido llamar poderosamente la atención de todos haciendo que sea precisamente El, Dios y hombre, quien en lo sucesivo se levante en medio de la humanidad

como testimonio irrecusable de la impiedad, de la soberbia, del egoísmo, de la ambición, en una palabra de todas las fuerzas ciegas desatadas y gravitadas sobre El, como hemos podido ver en la narración que nos han hecho de su pasión en estos días pasados.

El desde lo alto de la cruz clama contra cualquiera de nuestras injusticias, contra nuestro orgullo, contra nuestro egoísmo, contra todas y cada una de las desviaciones de nuestra inteligencia o de nuestro corazón y francamente quiere que lo combatamos, que nos resistamos e incluso reaccionemos violentamente, generosamente contra todas esas manifestaciones pecaminosas a la vista del espectáculo que nos ofrece El mismo .Así, esas reacciones generosas de los días pasados en vista del Crucificado deben renovarse en presencia de todo pecado por pequeño que sea, de todo movimiento de injusticia, de falta de piedad, de egoísmo. Si esto es lo que significa Cristo Crucificado, veamos ahora lo que representa y significa Cristo glorioso. Y efectivamente, San Pablo tiene presente a Cristo como cabeza del género humano, como hermano mayor nuestro, como primogénito de los hombres en su gloriosa resurrección.

¿Y qué representa esta resurrección?.

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

# Personaje y magisterio de Jesucristo. Predicación: Cristo Rey

## Índice

1. Cristo Rey. año 1942
2. Cristo Rey. año 1949
3. Cristo Rey. año 1950

## Cristo Rey. Año 1942

(Este sermón redacté el año 191, que no prediqué, y lo hice el 1942)

Amadísimos fieles:

Muchos de vosotros habréis oído ayer y anteayer las elocuentes disertaciones de Dn. Manuel Onieya en la Iglesia Parroquial sobre la naturaleza de esta fiesta de Cristo Rey a la que quería el Papa Pío XI, de feliz memoria, que precediera un curso de predicación en todas las parroquias a fin de que los fieles se amaestren "son sus palabras textuales", acerca de la naturaleza; el significado y la importancia de la fiesta, emprendan un tenor de vida tal, que sea verdaderamente digno de los que desean ser súbditos afectuosos y fieles del Rey Divino. Yo en este momento, secundando los deseos de nuestro prelado que como oísteis en la circular que os leí hace quince días, desea que el día de hoy se hable en todas las Iglesias sobre esta fiesta, voy a hablaros también de esta simpática fiesta. de Cristo Rey, que ofrece diversos aspectos. No estará de más que antes de pasar adelante os recuerde las circunstancias de su institución por el Papa Pío XI, en paz descansa, el año 1925. Es la última fiesta de Cristo que ha sido instituida con carácter universal.

Había pasado la humanidad aquellos días tristes de la guerra europea, a cuyo término se auguraba una era de paz y bienestar. No faltó tiempo para que los hombres se dieran cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, impotentes para asegurar la paz. Ni los catorce puntos tan cacareados de Wilson, ni el pacto de Versalles con un largo séquito de convenciones y tratados, con los cuales creyeron los infaustos gobernantes arreglar el mundo, lograron nada. A la guerra política hecha por las armas sucedió la social fomentada por odios y enemistades de clases. Los cañones callaron pero ahora tronaban las gargantas. La lucha social iba llegando a su apogeo. Alejados de Dios creyeron los gobernantes poder arreglar a espaldas de la ley divina el mundo desquiciado, y sus esfuerzos resultaron juegos de niños. El mundo necesita un gobernante y un código; y ese gobernante pese a quien pese es Cristo y su Ley el código universal. Es esto lo que el Papa quiere recordar con la institución de la fiesta de Cristo Rey. El mundo necesita paz y amor, y ese amor es la caridad cristiana que vino a derramar. Jesús en la tierra, y esa paz es la que vino a traer en Belén al mundo. No es, pues, la institución de esta fiesta, un pregón que el Papa lanza al mundo cristiano para invitarles a una lucha sangrienta es este Cristo, este nuestro Rey, el Rey que ha de entrar en la contienda existente para arreglar las cosas con su espada, sino es el Rey que hace un Llamamiento a los cristianos a que como fieles seguidores suyos pongan en obra su programa que es el programa que trazó cuando estuvo en la tierra ... Bienaventurados los pobres porque ellos poseerán mi reino, bienaventurados los que sufren porque ellos serán consolados, bienaventurados los que sufren persecución por la Justicia , porque ellos serán saciados....

Y tal vez nunca sea más oportuna que hoy esta fiesta de Cristo Rey. Los males han ido en aumento. Al laicismo "a esa peste de nuestra sociedad" que, entonces llama el Papa Pío XI, se ha añadido en nuestros días esas otras herejías modernas que llamará más tarde, esas doctrinas

que no viendo en el hombre más que uno de tantos seres, o una máquina productiva, o un animal de tantos en la escala zoológica llevan las mentes la confusión, al orden social una inversión lamentable de valores y un despotismo y una tiranía inaguantables, brutales, antihumanas y antinaturales. Y hoy es necesario que el hombre amenazado tan seriamente en lo que tiene de más hermoso, en su libertad y en su dignidad, le recordamos que es algo más que una máquina, que es algo más que un animal, que es algo más que un autómatas al servicio de la ambición sin medida de los que se han erigido en dueños de la vida y de la muerte, en árbitros de su destino... y de su libertad. Hoy es necesario que recordemos que el hombre es algo más, criatura de Dios, Hijo de Dios, vasallo de un Rey que no especula con su libertad y su dignidad de Cristo, a quien solo se debe todo honor y toda alabanza. Será si queréis poético, hasta heroico el gesto de los gladiadores romanos que antes de morir saludan a su Cesar con los brazos y las espadas en alto, pero es triste para el que considera que el hombre tiene un destino un poco más elevado que el satisfacer los caprichos y las ambiciones de un Hombre, por poderoso que éste sea. Hoy que el hombre ha vuelto a perder su conciencia, la conciencia de su dignidad y de su grandeza vuelve a la orden del día este gesto de los gladiadores romanos y vuelve el hombre a merced de la ambición sin medida y al orgullo insaciable de los que se han erigido en dioses de la humanidad. Hoy, que se ha perdido la fe en Dios, se cree en el hombre, hoy que se ha dejado de adorar pública y privadamente a Dios, se vuelve a adorar al hombre como se adoraba los Emperadores romanos. Y la iglesia quiere poner remedio a este desastre moral y social recordando que no hay ningún rey absoluto fuera de Cristo, que no hay ninguno que pueda erigirse en Dios, porque uno es el Dios verdadero como es uno el Rey absoluto de la humanidad, Cristo Dios Nuestro Señor. Tal es el sentido que tiene esta simpática fiesta de Cristo Rey.

Y porque creer no es solamente asentir a unas creencias o verdades, sino es someterse a un ser vivo, hoy la Iglesia presenta al pueblo fiel ese ser vivo a quien gustoso se somete el cristiano y que no es otro que Cristo Rey. Verdad es que el mundo tarda en proclamar sus derechos, pero no podrá menos de reconocerlos, pues como dice aquel genio de penetrante mirada que se llamó el Conde de Maistre, el mundo que ha comenzado por proclamar los derechos del hombre hace próximamente siglo y medio en la revolución francesa -derechos que hoy están en crisis, terminará por proclamar los derechos de Dios. Y nosotros podemos añadir que al hombre que ha puesto su fé en el hombre no tardará en poner su fé en Dios o en abominar de todo arrojándose en la sima oscura de la desesperación a lo que se opone su mismo instinto de conservación. La revalorización del hombre vendrá naturalmente el día que esto empiece a revalorizarse a sí mismo, o sea cuando este se coloque en su verdadero puesto en relación con Dios de quien depende absolutamente, que es lo mismo que decir cuando se reconozca el reinado de Cristo sobre su inteligencia aceptando su verdad revelada, el Evangelio, el reinado de Cristo sobre su voluntad, aceptando su código de amor y paz, y su reinado sobre su corazón que guarde la jerarquía de los objetos de su amor. Y en esto consiste el reinado de Cristo. Éste es el sentido social y teológico de su reinado. Por lo tanto ya está dicho también en qué consiste el vasallaje de nuestra parte. No obstante vamos a puntualizar un poco más y vamos a concretar en qué va a consistir nuestro vasallaje. Cristo es Rey, pero nosotros somos sus vasallos, vasallos que tienen sus deberes, vasallos que tienen que ejercer su servicio.

Hay reyes que se contentan con ser vitoreados y aplaudidos y objeto de grandes recepciones y hay vasallajes que se reducen a necesitar de nuestros vivas y nada más que de nuestros vivas. Acaso harto frecuentemente hemos creído que este vasallaje nuestro consistía en gritar desaforadamente "Viva Cristo Rey" y cometer los mayores desmanes. Acaso hemos visto en este grito u grito de rebelión que lo ha hecho incluso sospechoso. Si en eso consistiera el reinado de Cristo, si a eso se redujera nuestro vasallaje no merecería la pena de que el Papa le dedicara una encíclica en su constitución...



Nuestro vasallaje no consiste en nada más que hacer que en nosotros reine, se imponga de tal forma Cristo que nuestros pensamientos no discrepen de los de Cristo, que nuestros sentimientos de Cristo, nuestros deseos no sean más que deseos de Cristo. Reina en Pedro Cristo cuando le pide venganza para el criado que le apresa, reina Cristo en los apóstoles que le piden que haga descender la lluvia de fuego del cielo sobre aquellos habitantes que les habían recibido tan mal ¿reina Cristo en Pedro cuando éste le niega tres veces?. Reina Cristo en la Magdalena que ya no se separa de Cristo, reina Cristo en Pedro que arrastra mil peligros y abraza la muerte por él, reina Cristo en Pablo tentado y atribulado que dice el Señor ... todo eso y más. Reina Cristo en el hombre, cuando la verdad cristiana se impone en la mente, cuando la caridad cristiana se impone en el corazón desplazando otros sentimientos de odio y venganza, reina Cristo ... cuando se van sometiendo a su imperio y a su criterio esos múltiples personajillos que viven en el hombre. Cada hombre lleva dentro de sí cierto número de hombres y todos esos hombres son de opinión diferente. En un hombre puede encontrarse un sabio, un artista, un filósofo, un padre de familia, un trabajador ... y cada uno de esos personajes tiene una manera de considerar las cosas, contraria a la de su vecino. Así el filósofo que rinde su homenaje a la razón pura está a veces en frente del cristiano, que tiene que abrazar algo que escapa a su razón, así el artista que considera el arte, está a veces no en buenas relaciones con el padre de familia que le dice que aquello... así el obrero está reñido a veces con el artista que tiene su capricho. Ahí convive a veces el cristiano que lo que hace es transigir con las exigencias particulares de cada uno de manera que se reparten el tiempo y la vida siendo a ratos el cristiano quien impere, a ratos el artista, a ratos el obrero que tiene sus desmanes. ¿Y qué ocurre?. Cristianos a ratos, cristianos cuando nos conviene, como bien se permite el cristiano que tenga sus ratos de imperio ... ridículo de Cristianos que cree que como patriotas pueden pisotear los preceptos que Cristo les impone, Cristianos que creen que como patrones u obreros ... en el negocio o en la lucha son independientes de los preceptos de Cristo ... En eso consiste nuestro cristianismo que no excluye el paganismo en las costumbres, en los negocios ... en la lucha ... Cristianos que no temen identificar su persona con la de Cristo por la mañana para entregarse en un momento a fastidiar al prójimo, o a negocios sucios... Ahí falta que Cristo reine ... En eso consiste su vasallaje ... En someterse íntegramente a la verdad Cristiana, en abrazar la verdad cristiana y vivirla ... Éstos son los vasallos de Cristo y no los que lo pregonan con la boca ... en eso hemos de cifrar nuestro orgullo...

Aun cuando brevemente hemos dicho en que consiste el reinado de Cristo en el individuo ... vamos a decir aunque se reduce su reinado en la sociedad, en el orden supraindividual...

Vasallaje que la sociedad ... viendo que cada individuo es otro Cristo ... que hay que tratarlo con dignidad ... y no un objeto ... o pieza de una máquina que produce para un señor ... Yo respetaré en él a un Hijo de Dios ...por lo tanto mi egoísmo tiene límite ...

Vasallaje ... ver en la autoridad legítima ... a Dios ... que busca la paz y la concordia ...

## Cristo Rey. Año 1949

Amadísimos hermanos:

No podemos, ni debemos, eludir un breve comentario acerca de la naturaleza de la festividad que celebra la Iglesia. Vamos a tomar como base de nuestras consideraciones el Evangelio que se lee en la Misa de hoy. Está tomado de San Juan, testigo ocular de la escena que relata. Después que el Sanedrín le hubo condenado a muerte por haberse reconocido ante aquel tribunal supremo como Dios ... *"Te conjuro en nombre de Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías"*. *"Tú lo dices, yo soy"*. Esta presunción era digna del supremo castigo y así le condenaron a muerte, pero estas penas de muerte no podían ejecutarse a menos que el Pretor o Gobernador romano las ratificare, y a esto obedeció el que le condujeran a Jesús al Pretorio de Pilatos, donde en lugar de presentar las conclusiones de su proceso para que las estudiara y emitiera su sentencia lo que hicieron fue presentar nuevas acusaciones, que es lo mismo que iniciar un nuevo proceso.

Ellos, para no contaminarse, se quedaron en el exterior y le presentaron a Jesús diciendo: *"A este hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación y vedando dar tributo al César y diciendo que El es Cristo Rey"*. Como si dijeran, es un agitador, es un revolucionario que no sabemos qué humos lleva en la cabeza que quiere pasar por Cristo Rey, por el Mesías ...

Después que Pilatos hubo escuchado estas acusaciones, al parecer sin inmutarse mucho, se dirigió a Jesús y le dijo: *"¿Eres tú el Rey de los Judíos?"*. A lo que Jesús repuso: *"Dices tú esto por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí? Mi reino no es de este mundo ..."*. *"¿Luego tú eres Rey?"*, insistió Pilatos. *"Tú dices que yo soy rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad"*.

He ahí brevemente expuesta la escena evangélica, que se recoge en el Evangelio de hoy. Una escena de muchísima actualidad.

Yo quisiera que el recuerdo de aquel tribunal de Pilatos y la consideración de estas afirmaciones majestuosas de Cristo nos sirvieran para hacernos cargo de lo que representa ello en nuestros tiempos.

¿Qué vemos allí?. Le vemos a Jesús desautorizado al calificársele de un vulgar agitador político. *"Le hemos hallado pervirtiendo a nuestro pueblo ..."*

La religión oficial, la religión judía, la única verdadera hasta este momento, habíase amoldado a todas las concupiscencias, a todos los intereses de forma que su práctica y ejercicio eran muy compatibles con los gustos de cada uno: nada impedía que uno mantuviera el odio o la soberbia o la ambición en su pecho. Si cumplía con ciertos ritos, si era fiel a ciertas ceremonias,

podía pasar por muy religioso delante de todo el pueblo. Una religión anquilosada, una religión desnaturalizada; eso era la religión aquella.

Y Jesús, su predicación, sus enseñanzas, aquellas enseñanzas tan audaces, aquel sermón de la montaña, aquellas reflexiones sobre las riquezas, aquellas consideraciones sobre la rectitud de intención, la pureza interior, aquellos anatemas sobre la hipocresía y el orgullo religioso ... la verdad que eran como para perturbar la digestión de los satisfechos, de los escribas y fariseos que siempre andaban tras los primeros puestos, tras las consideraciones de los demás. Aquellas enseñanzas trastocaban sus ideas, suponían una verdadera revolución. No les faltaba razón para acusarle de pervertir el pueblo y en este sentido era verdadera la acusación, justificada la postura.

Y a lo largo de la historia, en nuestros mismos días podría someterse a Jesús al tribunal de la opinión pública, pues su Evangelio es una condenación del "status quo", del conservadurismo, de los hechos consumados; es la turbación de los satisfechos, es la proclamación de los derechos de los desheredados, de los llamados por el mundo desafortunados y así aunque no se le acuse precisamente a Pilatos. Sin embargo, fácilmente nos desentendemos de El considerando esta parte de su mensaje y de su evangelio como una cosa inoportuna, exagerada, violenta y así se llega a vivir un cristianismo que ya no es religión de Cristo, un cristianismo que ya no es religión auténtica, un cristianismo anquilosado, un cristianismo acomodaticio y los que en Cristo quieren reconocer a Dios tienen que sacudir hoy esa religión fácil que nada cuesta, que sólo se conforma con exterioridades.

Los que no practican íntegramente, los que no aceptan en toda su amplitud, constituyen, aunque se llamen católicos, la turba de los acusadores de Cristo, la turba de los que le eliminan de la vida por indeseable.

¿Y quién le discutirá a Cristo las prerrogativas que como Dios y Creador le pertenecen?.

El ejerce un dominio indiscutible: sobre los vivos y los muertos, sobre los que lo acatan y los que le rechazan. La historia está dividida para siempre en dos bandos: en el bando de los que voluntariamente se someten a sus exigencias...

sobre la inteligencia ...	hay quienes ...
sobre la conciencia ...	hay quienes ...
sobre el corazón ...	hay quienes ...
sobre la vida ...	hay quienes ...

Y los que se oponen, los que no pueden dejar de ver que su cadáver, su recuerdo, su memoria, es una memoria, un recuerdo o un cadáver que sigue estorbando, como decía un impío.

Quienquiera que estudie la persona de Cristo y su influencia a lo largo de tantos siglos, quienquiera que considere a Cristo serenamente, tiene que reconocer que es el Rey, a cuya influencia nadie ha podido sustraerse.

*"Pero mi reino no es de este mundo ..."*

No es un reino externo, un reino que se sostiene con la fuerza, un reino que ambiciona la gloria puramente terrena y material, un reino que busca bienes materiales, un reino que se complace con pleitesías externas.

Por eso, nos diría a nosotros, no me bastan grandes monumentos y menos si con ellos se trata de encubrir la podredumbre pública y privada; no me bastan tronos en las salas, no me bastan las consagraciones solemnes si no contienen más que palabras que se lleva el viento.

*"Yo a esto he venido, a dar testimonio de la verdad ..."*

El Evangelista dice que Pilatos extrañado dijo: "¿Y qué cosa es la verdad"?. Por lo visto había oído hablar de la fuerza, del placer, de la riqueza; por lo visto consideraba la verdad una cosa demasiado rara o platónica. ¿La verdad?.

¿Quién tiene hoy afán por la verdad, ansias de poseerla, inquietud por tenerla, quién sufre por falta de verdad?.

Comprendemos que pueda sufrirse por falta de pan, por falta de riquezas, por falta de salud, por falta de amor, por falta de ciertas satisfacciones ... ¿Pero la verdad?.

Hoy nos apasionamos por el deporte, por la política, por el arte. Hoy se conversa de todo esto, pero lo que es de la verdad o del error apenas nadie se preocupa, son cosas demasiado platónicas.

El síntoma más triste no es profesar propiamente el error, pues si el error se profesara con interés, con afán, todavía cabría esperar algo. Lo más triste es no importarnos por la verdad, considerarlo como un artículo de lujo o poco menos.

Y así hoy nos conformamos en todo con opiniones. Es a lo que más puede aspirar y llegar el hombre. Con sólo opiniones nada puede construir, nada puede edificar. Ya tiene bastante con guardar su equilibrio, es como quien se sostiene sobre una esfera y, por tanto, no tiene estabilidad. Falta la columna de la verdad, la estabilidad que da la verdad, la convicción.

Así, fatalmente una civilización, un orden que carece de la posesión firme de la verdad, está condenada a su ruina, necesariamente debe desaparecer ...

Éste es el signo de nuestros tiempos.

Hombres cañas, hombres sin consistencia, hombres víctimas de la angustia del vivir, hombres incapaces de edificar nada sólido y firme.

Es que Jesucristo es la piedra angular.

## Cristo Rey. Año 1950

Amadísimos fieles:

Corría el año 1925, Año Santo también, y multitudes de cristianos afluyeron a Roma a ganar el jubileo e indudablemente el corazón del Papa Pío XI, a la vista del fervor de tantos fieles, tuvo que sentir muchísimo alivio y muchísima satisfacción, pero con todo, no tato como para disipar las gravísimas preocupaciones de pastor universal de la Iglesia que veía también muchísimos fuera del redil de Cristo e incluso presentía el temor de graves amenazas. Apenas habían transcurrido unos pocos años, pero suficientes para que de nuevo la humanidad se sintiera olvidada del escarmiento que supuso aquella primera guerra europea, que echó por tierra las predicciones optimistas de tantos que creyeron que las nuevas fórmulas políticas y sociales iban a poder garantizar la paz y la felicidad del género humano. El espectro del hombre había desaparecido, puesto que ya a estas fechas ya tenemos stocks de alimentos, que un poco más tarde impulsarán a los australianos a arrojar millones de carneros al mar o a los argentinos a quemar el trigo, o a los brasileños el café. El progreso vertiginoso de la técnica hacía presagiar a muchos el triunfo definitivo de la inteligencia, y razón humanas, y así de nuevo el racionalismo está en auge. De esta forma un soplo de optimismo invade todo el mundo todos se sienten eufóricos y satisfechos. Diríamos que los hombres creen volver a transformar el mundo en un paraíso en que no hay necesidad de Dios y de su santo temor, y de ahí que entra la moda del laicismo, que el Papa Pío XI, en la Encíclica Quas primas, en que instituye esta festividad de Cristo Rey denominará la plaga de nuestra sociedad.

Efectivamente, para recordar a los hombres que Cristo es la piedra angular que si se desecha no hay ni prosperidad verdadera, para despertar la conciencia de los pueblos sobre los derechos indiscutibles de Cristo a nuestro vasallaje, para llamar la atención de los que alegremente cantaban pregonando y divulgando doctrinas halagadoras por perniciosas para los intereses verdaderos de la humanidad instituyó esta festividad de Cristo Rey, que en nuestros días, de signo contrario, tiene la misma actualidad que entonces. En efecto, de la euforia optimista de entonces hemos pasado, sobre todo después de la segunda guerra europea, a un pesimismo y más que pesimismo, a un escepticismo, en cuyo ambiente o clima lo único que se salva y sobrevive y medra es el egoísmo personal, de tal forma que ya no queremos saber nada más que la propia vida y existencia, que se establece como base y cimiento hasta de un nuevo sistema filosófico que hace furor en nuestros días, reemplazando al racionalismo de entonces y es el existencialismo, que deja al hombre abandonado a los impulsos de todas las pasiones e instintos y en la pendiente de alejamiento u olvido de Dios. Por eso que tiene tanto interés en nuestros días el despertar y renovar la fe de los hombres en Dios, cuya soberanía viene a predicarnos esta festividad.

El Papa quería salir al paso del laicismo, que consideraba como una gran plaga de nuestros días y de nuestra sociedad. Yo distinguiría dos laicismos: uno el oficial y público, que tiene su

asiento en las declaraciones de los principios constitutivos de los pueblos y que da a la vida pública ese aire de despreocupación o indiferencia religiosa. Pero hay otro laicismo no menos efectivo que el primero, y que incluso puede sobrevivir con las declaraciones más entusiastas y efusivas de religiosidad: es el que existe en las vidas de quienes en su mundo de negocios o de diversiones o simplemente en su vida privada, se desenvuelven como si Dios no existiera o se diera por enterado de nada de lo que nos pasa, y en este sentido estamos contagiados de esa plaga muchos de los que efectivamente vivimos olvidados de Dios, aun cuando no le neguemos.

La revolución que comienza proclamando los derechos del hombre, debe acabar proclamando y reconociendo los de Dios, so pena de que los hombres no se resignen a renunciar a la convivencia humana o volverse salvajes, y en estos tiempos en que está en entredicho la posibilidad de esa convivencia entre clases y naciones, es momento oportuno para proclamar el reinado de Cristo. Pero, ahora tendríamos que preguntar, ¿qué clase de reinado es éste?. ¿Cuales son las características de este reinado?. *"Mi reino no es de este mundo"*, nos dice Cristo, pero no quiere dar a entender que su doctrina y su código no ha de tener ningún reflejo, ninguna proyección en este mundo. No entendamos mal las cosas, pues El mismo nos dice también en otro lugar *"el reino de Dios está entre vosotros"* Luc. 17,21, saliendo al paso de los fariseos que esperaban tal vez desde el Oriente una aparición fantasmagórica y rutilante, con la diferencia de que no se expresa con ostentación, sino que injertándose en el espíritu, se concreta con actos suscitados por la palabra nueva. Tampoco debemos entender en el sentido de que su reino no tiene que ver nada con lo temporal, o no puede conciliarse con el interés temporal, puesto que también el mismo nos dice en otra ocasión: *"En verdad en verdad os digo, ninguno hay que haya dejado padre o madre o hermano o esposa o hijos por amor del reino de Dios, el cual no recibe mucho más en este siglo en bienes sólidos y celestiales, y el venidero la vida eterna"*. Luc. 12,29,30. No entendía, pues, que cualquiera que aspirase a la beatitud del cielo no hubiera de pasar una vida feliz en este mundo. Como siempre, Jesús hizo de la felicidad temporal una condición, un experimento, por el cual Dios habría determinado el puesto dentro o fuera de su reino eterno.

En efecto, es inútil perseguir la verdadera prosperidad y felicidad terrenas más que por los cauces de su ley y de su moral, pues cuando por otros derroteros se trata de logrnarnos, no se trata en experimentar tanto en el terreno individual como en el social, el chasco más decepcionante. A la vista está lo que nos enseña la historia de los pueblos, a la vista tenemos todavía recientes las aberraciones a que llega el hombre cuando pretende prescindir de las normas de la ley natural y de la revolución cristiana.

Y, ¿cuáles son las características fundamentales de este reino de Cristo, que la Iglesia pone ante nuestros ojos en el día de hoy al proclamar el reinado o la soberanía de Cristo?. La misma Iglesia nos las señala en el prefacio de la misa de hoy, donde nos dice que su reino es un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, amor y paz. Vamos a desmenuzar un poco el contenido de estas expresiones tan acertadas y tan oportunas.

En primer lugar, su reino es un reino de la verdad. La verdad es algo de que no se puede prescindir y a la que los hombres, por mucho que se empeñen, no le han de encontrar sustitutivos o sucedáneos. Es verdad que en nuestro mundo se prescinde de la misma por resultarnos demasiado engorrosa. Se la sustituye con la hipocresía, con la adulación y la mentira, que efectivamente son verdaderas plagas sociales. La sinceridad ha desaparecido y en general preferimos la corrección y cortesía. La adulación hace estragos y se la considera como la mejor fórmula de hacer carrera en la vida. Y la adulación hace perder la cabeza a los hombres: es un narcótico estupendo para unos y un expediente, el más fácil, para otros. Y la convivencia humana carece de base cuando no hay más sinceridad y más verdad.

Alguien dijo que la verdad, el bien y la felicidad están en la misma línea; en efecto, podríamos considerar como diversas etapas del mismo camino; el bien no se encuentra más que a la luz de la verdad. Y la felicidad no se puede hallar más que por el camino del bien. Qué fácilmente olvidamos esto.

De santidad y gracia ... santidad es perfección de la persona y quien piensa en perfeccionarse en estos tiempos en los que se cree que todo se resuelve con fórmulas políticas, ahorrándonos cada uno de los componentes de la sociedad el esfuerzo y el sacrificio necesarios para proceder al control de los instintos y pasiones y cultivo de nuestras facultades y potencias, creando hábitos de virtud, de bien. Y la culpa de todo tienen los gobiernos, los sistemas, echando en olvido que los pueblos siempre tienen los gobiernos que se merecen y que las instituciones sociales de ordinario tienen un nivel de vida inferior al de los individuos aislados.

De gracia ... y quién piensa siquiera y quién se cansa la cabeza pensando en la gracia, que no se cotiza en las bolsas, no se comenta en las columnas de nuestra prensa, que no se exhibe como un elemento de belleza o de dicha en ninguna parte. Por eso que el pecado reina por doquier hasta el punto que se ha estragado el sentido del pecado.

De justicia ... más vale no hablar porque brilla por su ausencia, y así tiene que ser, pues le falta en nuestro mundo su vaso. La base imprescindible e inmovible de justicia es el sentimiento de dignidad humana. Hacer justicia es dar a cada uno lo suyo y ¿cómo daremos a cada uno lo suyo, lo que le corresponde, si no sabemos lo que es cada uno? si no tenemos una idea exacta y cabal de la dignidad humana. En efecto, aun cuando al hombre se le dé lo que le corresponde, como productor o como ciudadano, no por eso se le da todo lo que se le debe, pues se echa en olvido o no se quiere saber lo que le corresponde por encima de todo por ser hombre, y por ser tal hombre, con tales y tales responsabilidades, con tales y tales obligaciones, con tal o cual misión en la vida y por eso digo y repito, que no se puede practicar la justicia donde se ignora lo que es la dignidad humana y se ignora la dignidad humana donde todos no convenimos que el hombre es algo más que un puñado de carne y huesos o un engranaje en una máquina, o un número en una ficha, o en una gran multitud.

Podríamos considerar los diversos aspectos o las diversas modalidades de la justicia, la conmutativa, la distributiva, la legal y la social, y llegar a hacer unas consideraciones concretas que, en gracia a la brevedad, vamos a tener que pasar por alto.

Reino de amor ... no olvidemos que el amor es el complemento indispensable de la justicia, es el remate de la perfección. El precepto del amor es por designio divino la carta magna de la tercera casta de hombres. La primera casta fué la de los hombres bárbaros, cuyo lema era la guerra; la segunda la de los hombres bárbaros devastados por la ley y cuya meta de perfección era la justicia. Todavía sigue esta casta, pues aun hoy, la justicia no ha logrado eliminar del todo la barbarie y por eso la ley no ha conseguido eliminar la guerra. Pero la tercera casta, la que Cristo vino a establecer en la tierra, es la de los hombres, no solo justos, sino santos, cuya perfección no es solo dar al prójimo o vecino lo que es suyo, sino hasta de lo propio, es la de los hombres semejantes a Dios.

Podríamos citar aquí aquellas hermosísimas palabras de Agustín: *"Dilata tu caridad por todo el orbe si quieres amar a Cristo pues los miembros de Cristo extendidos están por todo el orbe. El ama su cuerpo. En vano me honras, te grita desde arriba la cabeza, en vano me honras. Es como si uno quisiera besarte la cabeza y te pisara los pies. Es que no gritaría la cabeza: no quiero tus honores, mientras me estás pisando. Y entonces a ver si te atreves tú a decirle a esta cabeza: como que te he pisado. Lo que quise fue besarte, lo que quise fué abrazarte ... Como grita la lengua "me duele", dice; no dice: a mi pie le duele, sino a mí me duele"*.

Amadísimos hermanos, saquemos como fruto de esta festividad de Cristo Rey a tener más amor a la verdad, a practicarla, huyendo de la mentira, de la adulación e hipocresía. Aprendamos

a estimar y trabajar más nuestra perfección personal, a ser más santos y sobre todo para esto, hagamos mucho más aprecio de la gracia divina, ese ser sobrenatural que nos hace partícipes de la naturaleza divina y de los derechos inherentes a aquella. Asimismo, consideremos y reflexionemos sobre la naturaleza humana, sobre nuestra dignidad, pero seamos los primeros en estimarla y respetarla nosotros mismos, procediendo como hombres y no como animales. Por último, aprendamos la gran lección de caridad que, una vez más, la Iglesia nos recuerda en esta ocasión.

Que no pueda hacernos Cristo el reproche aquel que está inscrito en las lápidas de la Catedral de Lubeck:

*"Me llamáis Maestro, y con todo, no me preguntáis.*

*"Me llamáis luz, y no me veis.*

*"Me llamáis verdad y no me creéis.*

*"Me llamáis camino, y no vais por este camino.*

*"Me llamáis vida, y no me deseáis.*

*"Decís que soy sabio y no me seguís.*

*"Decís que soy hermoso, y no me amáis.*

*"Decís que soy rico y no me pedís.*

*"Decís que soy eterno y no me buscáis.*

*"Decís soy misericordioso y no confiáis en mí.*

*"Decís que soy noble y no me servís.*

*"Decís que soy omnipotente, y no me honráis.*

*"Decís que soy justiciero y no me teméis.*

No, nosotros, amadísimos fieles, en este día de Cristo Rey, tenemos que postrarnos a los pies de este sagrario para decirle de todo corazón:

Eres nuestro Maestro y te escuchamos.

Eres nuestra luz y te seguimos.

Eres hermoso y te amamos.

Eres omnipotente y te honramos.

Eres nuestro Rey, nuestro Dios, y te adoramos.

Eres nuestro Rey y te obedecemos.

Ave Rex, Salve Rey divino, nuestro Señor Jesucristo. Así sea.



Tomo II. Sermones  
Libro 2º. Sermones, 1ª parte

**Penitencia, Eucaristía. Predicación:  
Sacramentos: Penitencia**

## Índice

1. Penitencia. Domingo I de Cuaresma
2. Sacramento de la Confesión
3. Sacramento de la Confesión. Domingo II de Cuaresma
4. El perdón de los pecados

## Penitencia. Domingo I de Cuaresma

*(Primer sermón que hice el día 2 de marzo en Iglesia de San Francisco, en la misa de once y media, que fué muy concurrida).*

Amadísimos fieles:

Permitidme que os haga una advertencia previa a fin de que no os extrañe el tema que he escogido. Vamos a interrumpir estos domingos de Cuaresma la explanación al Credo que la venía haciendo Dn. Roberto desde este mismo lugar. Luego la continuaremos.

Y ajustándome al espíritu de la Iglesia y siguiendo la tradición de otros años, voy a hablare sencillamente, familiarmente, del Sacramento de la Penitencia y si el tiempo nos permite, de la Sagrada Comunión. Hoy empezaremos hablando de la virtud de la penitencia - como parte y preparación que es del Sacramento de la Penitencia- y al mismo tiempo nos servirá esta plática de introducción a este santo tiempo. Recordaremos brevemente los motivos que tenemos para ejercitarnos en esta virtud tan cristiana y tan humana, haciendo honor durante esta Cuaresma a nuestra condición y dignidad de cristianos. Diremos que es un deber, una obligación, como otra cualquiera, ésta de hacer penitencia; ya diremos también dónde y cómo.

Os he dicho que al escoger este tema he tenido presente el espíritu de la Iglesia. Así es. Ya lo veréis. Todos sabemos que la liturgia católica, tan variada y tan rica, esa liturgia es expresión de los deseos que en cada época del año litúrgico abriga nuestra madre la Iglesia. La liturgia, o sea, las ceremonias, las oraciones, los ornamentos sagrados, el canto, etc., son la auténtica expresión externa de esos deseos de la santa madre la Iglesia. Y, ¿quién de vosotros no ha observado que hace tres semanas los ornamentos blancos del sacerdote se trocaron por estos morados que ahora veis, y acaso otros más atentas, no han echado de menos el canto del Aleluia -canto de júbilo y alegría-, que se suspendió?. Esto se hizo hace tres semanas, que han sido las semanas preparatorias para entrar en este Santo tiempo de Cuaresma. Deducid de ahí la importancia que la Iglesia da a la Santa Cuaresma. Hoy estamos dentro de ese Santo tiempo. Hoy es el primer domingo de Cuaresma. El miércoles pasado, el miércoles de ceniza, hace la Iglesia la entrada oficial en este tiempo de Cuaresma, para la que se ha puesto la naturaleza del reino de los cielos con esas hermosas parábolas de los operarios de la viña, del sembrador que salió a sembrar y esparció su grano a diestra y siniestra y con el Evangelio de la curación del ciego. Ha tratado la Iglesia de inculcarnos la idea de que todos, absolutamente todos los hombres, somos llamados a participar en ese reino, no exigiendo Dios para ello más condiciones que la de seguir su llamamiento y secundar su gracia; ésta es la semilla divina que llega a todos los corazones; no importa de dónde procede, o dónde han militado antes del llamamiento esos hombres, no importa tampoco el cuándo se presentan a ese reino, por eso estamos a tiempo, si nos disponemos a seguir

ese llamamiento en el momento que lo percibimos en nuestra conciencia, en nuestro interior; lo demás corre por cuenta de Dios. Y Dios, al hombre que, reconociendo su propia miseria, se le acerca en demanda de misericordia, no puede recibir de otra forma que Cristo recibiera al ciego de Jericó, que le suplicó le sanara de su ceguera. Y una vez que la Iglesia ha procurado fomentar en nosotros esa preocupación por nuestro destino, nos invita a reflexionar un poco; *memento homo .... acuérdate hombre ...* le dice en esa encantadora y simbólica ceremonia de la imposición de la ceniza; *memento homo ...* es la consigna que la Iglesia lanza a la humanidad al entrar en esta Santa Cuaresma. *Acuérdate hombre*, es el pregón que sustituye en el reino cristiano al *paenitentiam agite -haced penitencia-* de San Juan Bautista y a la predicación de Jonas en Ninive.

Y esta preparación y esta invitación suave a la penitencia y austeridad que nos la ha estado haciendo la liturgia de esos domingos preparatorios de la Cuaresma, se remata hoy con el ejemplo de Cristo, a quien el Evangelio de hoy nos lo presenta -admiraos queridos fieles si es que en vuestros corazones existe algún rescoldo de esa fé viva y ardorosa de otros tiempos-, digo que esa preparación se remata y esa invitación es terminante, nos la hace Cristo con su ejemplo, -Cristo retirándose al desierto después de aquella su manifestación a la humanidad Por el testimonio del Espíritu Santo que ha aparecido en forma de paloma y ayunando allí durante cuarenta días y cuarenta noches-.

Este es el marco en el que está encuadrado el primer domingo de Cuaresma, en el que se impone además silencio al órgano, a fin de que aparezca más el espíritu de austeridad y penitencia y el hombre pueda reconcentrarse siguiendo la consigna que la Iglesia le ha dado al imponer la ceniza, símbolo, mejor dicho, la realidad misma de su vida terrena.

Amadísimos fieles. He ahí brevemente reflejado el espíritu de la Iglesia; he ahí claramente expresados los deseos de la Iglesia. Y nosotros, hijos suyos, hijos de la Santa Madre Iglesia, debemos latir al unísono con ella. Nosotros, abrazados estrechamente, fuertemente a Ella debemos latir como ella, pensar con ella y obrar como ella -obrar como Ella- austeridad y penitencia son las dos cosas que Ella, la Iglesia, trasluce en todas las manifestaciones de la vida durante este Santo tiempo de Cuaresma. Austeridad y penitencia debe ser la norma de nuestra conducta cristiana durante esta Cuaresma.

Dichoso, ¿verdad?, el hijo que sabe interpretar los deseos de la madre; ejemplar el hijo que con la sola insinuación de la madre obra como ésta quiere. Padres y madres que me escucháis, decidme vosotros, ¿no os encanta el gesto de vuestro niño o vuestra niña que sin esperar, sin dar tiempo a que la llaméis, adivina, mejor dicho intuye, vuestro deseo y se lanza a vuestro regazo?. Así es el amor. Y si nosotros los cristianos amáramos la Iglesia, amáramos a Dios, si nosotros los cristianos no hubiéramos perdido el "*sensum Christi*" -el sentido de Cristo de que San Pablo quiere ver adornados a los cristianos- espontáneamente, sin más ponderaciones, nos dispondríamos a esa vida de austeridad y penitencia que la Iglesia quiere la hagamos.

Pero hoy tenemos atrofiado ese sentido de Cristo, hoy nos absorben las preocupaciones exteriores, hoy vivimos lejos de nosotros mismos, hoy ese afán inmoderado de conocer la naturaleza exterior y la aspiración de sojuzgarla nos ha hecho olvidar de nosotros mismos, de nuestros problemas y hace falta que nos preocupemos. Queridos fieles, repito, hace falta que nos preocupemos. De hecho el hombre ha llegado por medio de la técnica, por medio de los inventos, a conocer y sojuzgar la naturaleza exterior, las cosas que fueron hechas para el hombre y las ha puesto a su servicio. Pero ese hombre absorto en la solución de los problemas exteriores. no se acuerda de que dentro lleva otros problemas, en cuya solución no le va menos, de cuya solución depende su bienestar aun material, tal vez, y sin tal vez, más que de esas otras cosas. Por eso el hombre moderno, el hombre mundano, es un infeliz en medio de un mundo que a su vez no le complace sin comodidad.

La consigna que la Iglesia nos da al entrar en Cuaresma es una advertencia y una invitación a la reflexión. Vamos, pues, a reflexionar un poco sobre los motivos que tenemos para abrazarnos a esa vida de austeridad y penitencia a la que hemos visto que nos llama la Iglesia. No aduciremos más motivos que los que la Iglesia cual madre tierna insinúa suavemente en su liturgia de estos días.

Observad. Respondedme vosotros mismos; ¿sois felices a pesar de que vais satisfaciendo todos vuestros deseos, todas vuestras necesidades?. Diréis que nunca se satisfacen todos los deseos, todas las necesidades. Y tenéis razón. Por lo tanto lo ideal de nuestra vida, la meta de nuestras aspiraciones, no puede ser la satisfacción ilimitada e indistinta de las necesidades. Pero ... vamos a otra cosa. En la medida que vais colmando vuestras aspiraciones, vuestras necesidades se va también en aumento constante y proporcional vuestra felicidad, vuestro contento?. Muchas veces no. Y es que dentro llevamos quien nos atormenta en nombre de Dios. Y bendito sea Dios si es que a pesar de todas nuestras desatenciones a pesar de todo nuestro empeño por no escucharle nos sigue llamando, atormentando. Este testigo de Dios que llevamos dentro es la propia conciencia. Como dice San Pablo la conciencia es el testimonio que Dios ha preparado en nuestro interior. Y ella, la conciencia, es el rayo que en la noche oscura nos habla de las amenazas de Dios y nos recuerda que sobre la tierra que pisamos está el cielo donde se sienta el juez implacable que nos ha de pedir cuenta estrecha algún día. Es ella la que en el momento menos pensado nos presenta el balance de nuestras cuentas pendientes que las quisiéramos olvidar. En este momento vamos a tener la entereza y nobleza de escucharle. Queridos. fieles; yo os ruego que en este momento os atengáis a lo que os dice. Yo me atrevo a preguntaros si tenéis las cuentas, las deudas contraídas con Dios del todo canceladas. Al mismo tiempo permitidme os haga una observación. Muchos me responderán que están en buenas relaciones con Dios; aunque han pecado, se han reconciliado con Dios mediante una buena confesión que han hecho. Para éstos es mi observación. La confesión bien hecha sirve para obtener el perdón de la culpa, pero no siempre para obtener la remisión total de la pena. Me explicaré. En el pecado distingue el dogma católico la culpa que tiene razón de ofensa o injuria con respeto a Dios y la pena que es el castigo vinculado a esa culpa o injuria. Por el pecado nos enemistamos con Dios y por ello nos hacemos merecedores del suplicio eterno. Al confesarnos contritos y arrepentidos, Dios nos perdona la injuria y acepta la amistad nuestra, pero el hecho de que nos perdone la injuria y nos admita como amigos no implica que Dios tenga que condonarnos toda la pena que debemos por el pecado, como un padre puede reconciliarse con un hijo que ha malgastado la hacienda o la ha derrochado, le puede admitir en su hogar sin que ello le impida a que le obligue al hijo a compensar de alguna forma todo o parte de lo derrochado. Es esto lo que ocurre en la confesión. Por eso aunque estemos seguros de haber obtenido el perdón de los pecados, no estamos ciertos de haber satisfecho toda la pena merecida por ellos. Y esa pena la hemos de satisfacer bien sea en esta vida bien sea en la otra, en el purgatorio. En esta vida con la aceptación resignada de las adversidades que Dios nos manda o con las penitencias que nos imponemos. Ésta es la verdad escueta y terminante del dogma católico. Yo no digo más; que cada uno piense ante su conciencia y ante Dios lo que debe y lo que tiene saldado.

Si hemos pecado no nos queda más camino de salvación que el de la penitencia.

En medio de todo no deja de ser esto una verdad consoladora, sí, queridos fieles, es una verdad consoladora el que yo, pecador, yo injusto pueda redimir el pasado con el presente. Es esto lo que significa la penitencia cristiana.

Ésta es la admirable economía cristiana, en la que no se conocen hombres derrotados, vencidos, si es que ellos tienen voluntad firme de salir victoriosos. Y esta revalorización propia, esta redención del pasado la debemos hacer por medio de la penitencia, por medio de una vida austera. Y nunca es tarde para ello, porque Cristo no mide el tiempo por razón de su duración

-acordaos de los operarios de la viña-, sino lo que interesa es seguir el llamamiento de Dios, secundar esas insinuaciones suaves de la gracia que nos habla al corazón. Pero tened presente la grave responsabilidad y el peligro que contraéis cuando Dios os impulsa, bien por un buen ejemplo, bien por una predicación, bien por un remordimiento a una vida mejor, a detestar el pecado y vosotros os hacéis sordos o dejáis eso para otra ocasión...¿Creéis que es Dios quien está a nuestra disposición?. Os equivocáis, y acaso os perderéis. Con Dios no se juega.

He ahí el primer motivo de penitencia, brevemente expuesto. Hagamos o no impresión eso es así, la misma razón natural alcanza a ver que el pecado no tiene, no puede tener más solución que la compensación en la medida limitada de que es capaz el hombre.

Pero para un corazón cristiano, para un corazón delicado hay otro motivo que es más poderoso. Yo quiero apelar aquí a ese fondo de nobleza, generosidad y fidelidad que debe ser patrimonio de todo hombre honrado y cuanto más de un cristiano que aprecia un poco su propia dignidad, la gracia inmensa que Dios le ha concedido de recibir el santo bautismo por el que se le destina a la visión de Dios y a la bienaventuranza perpetua. Fieles que me escucháis, recordad que en el santo bautismo prometisteis fidelidad a Cristo, os hicisteis Cristianos, que quiere decir seguidores de Cristo. Ved su ejemplo. Recorred su vida de privaciones y sacrificios, contemplad el gesto que el Evangelio de hoy recoge. Seguidle con vuestra vista cuando de la orilla del Jordán se retira al monte de la Cuarentena donde ayuna por espacio de cuarenta días y cuarenta noches. Y ¿por qué ayuna?. Únicamente por darnos ejemplo. ¿Dónde está nuestra nobleza, dónde está nuestra generosidad, dónde nuestra fidelidad?, Cristianos, discípulos de Cristo ... Seamos consecuentes con las doctrinas que profesamos; creo que no es mucho pedir a un hombre el que sea consecuente consigo mismo, que no se contradiga a sí mismo. Sí queremos hacer honor a nuestro nombre de cristianos es por ahí, por la imitación de Cristo por donde hemos de ir.

Es verdad que el camino es arduo. Es verdad que el vencerse cuesta. Pero ... estoy por decir que la vida de austeridad y penitencia, entendida como lo debemos entender, al fin y al cabo le ahorra sacrificios y penas aun aquí en la tierra al que la practica. Diréis que esa vida impone muchas privaciones. Yo os diré que son privaciones por las que el hombre se va liberando a sí mismo, pues se va suprimiendo necesidades y así se obtiene la libertad del alma y la alegría espiritual. La satisfacción de las necesidades, de los apetitos trae como consecuencia la multiplicación de los mismos ... La supresión de las necesidades por medio del vencimiento propio, por la mortificación y el ayuno es el camino de la verdadera libertad. Esta libertad y este dominio a la larga le proporcionan más consuelos y le ahorran más sufrimientos que placeres le ha pedido acarrear una vida, en la que como se dice vulgarmente, se vive la vida.

Podíamos continuar enumerando las excelencias de la moderación, de la austeridad cristiana, de la virtud de la penitencia. Pero yo prefiero que vosotros mismos la vayáis experimentando. Ya sabéis que las virtudes se adquieren, si son naturales, como es natural en sí ésta de que estamos hablando, mediante el ejercicio constante y después las sobrenaturalizamos ordenándolas a nuestro fin que es Dios. Poniéndolas en práctica por Dios, porque le son gratas.

Al llegar a este punto, yo os supongo convencidos de la necesidad de dar un sentido cristiano a vuestra vida, o sea no queréis que se os esfume sin pena y gloria. Y si es que conceptuamos la vida como debe conceptuarse, entenderse, mirarse, como algo que Dios ha puesto en nuestras manos para que la explotemos en provecho nuestro -es la prueba a que nos ha sometido Dios-, en la aceptación resignada de la misma con todas las alternativas que tiene, encontraremos una fuente de méritos que Dios no podrá menos de aceptarlos en compensación de nuestros pecados. Esto es lo menos que se puede exigir, esto es lo menos que podemos ofrecer a Dios. Y no es poco.

Amadísimos fieles ... Si los cristianos tuviéramos el cuidado de considerar así la vida y la entereza de ánimo para enfrentarnos con los infortunios de la vida ofreciéndolos a Dios cada

día, ésta sí que sería la mejor oración, ésta sí que sería la mejor penitencia. Y qué pena da pensar que cada día estamos perdiendo, derrochando infinidad de méritos que algún día nos harán falta. Nos admiramos de oír que en tal cual lugar se ha verificado un milagro. Lo sobrenatural y misterioso ejerce tal fascinación en nosotros y despierta tal interés que por presenciar un milagro seríamos capaces de no sé qué sacrificios. Y he aquí que nosotros tenemos en nuestras manos la facultad para realizar a cada momento un milagro estupendo. Sí, no os extrañéis que objetivamente es tanto como un milagro el que nosotros -la gracia que poseemos- podamos dar un valor sobrenatural, casi infinito a las acciones más significantes. La aceptación resignada y la sobrenaturalización de los actos de la vida ha de ser el primer paso que hemos de dar en este camino de penitencia. Y mientras no consigamos eso, no podemos alardear de vida cristiana, ni busquemos otros medios de penitencia.

Y lo que decimos de los reveses de la fortuna, de las inclemencias de la vida, hemos de decir también de los sacrificios, vencimientos y dificultades que trae consigo en el cumplimiento del deber. Las obligaciones de nuestro estado nos proporcionarán materia abundante de penitencia. Ahí es donde muchas veces se pone a prueba nuestra virtud.

Pero enfocando el tema como lo hemos enfocado antes, la penitencia cristiana como medio de liberación propia, como un medio por el que el hombre se va desligando de las cosas y adquiriendo la verdadera libertad del espíritu, podemos aquí de nuevo considerarlo bajo el mismo aspecto pero ahora con relación a la sociedad, con relación a los otros miembros de la gran familia humana. Y si no hay virtud que no tenga su resonancia social, esta de la penitencia en su modalidad de ayuno y limosna es una virtud eminentemente social. No sé si tenemos muy en cuenta este otro aspecto social de esta virtud. Dejando a una parte las disquisiciones teológicas o morales, me limitaré a glosar unas hermosas palabras del Papa San León en su segundo sermón sobre el ayuno: *"Jejunium nostrum misericordiis pauperum suppleamus. Impendamus virtuti, quod subtrahimus voluptati. Fiat refectio pauperis abstinentia jejunantis. Studeamus viduarum ofensioni, pupillarum utilitati, lugentium consolationi, dissidentium paci. Suscipiatur peregrinus, adjuvetur oppressus, vestiatur nudus, foveatur aegrotus."* "Lo que le falta al ayuno completémoslo con obras de misericordia. Lo que restemos al placer tornemos a la virtud. Sea nuestro ayuno comida del pobre. Procuremos la defensa del débil, el consuelo al que llora, la paz y reconciliación de los que están enemistados. Recíbasele al peregrino, ayúdese al oprimido, vístasele al desnudo, auxíliase al enfermo o desvalido. "Así es como debemos entender nuestro ayuno.

Ya lo sabéis que en frase de San Pablo la caridad es la plenitud de la ley. La caridad debe informar todos nuestros actos, bien que entendamos por caridad el amor a Dios, bien que entendamos el amor al prójimo. Estoy por decir que da lo mismo. El amor a Dios no puede subsistir sin amor al prójimo ni el amor al prójimo sin verdadero amor de Dios. De esta verdad fundamental dimana aquello que decía Cristo, cuanto hicieris con uno de vuestros prójimos, conmigo lo hacéis. Cristo agradece lo mismo lo que se hace con su propia persona que lo que se hace con un pobre. Cristo se ha identificado con el prójimo nuestro y por eso no le puede agradar ni lo que se hace a costa de ese prójimo ni lo que se hace posponiendo u olvidando a ese prójimo. Esta verdad la entendieron muy bien los primitivos cristianos, cuya nota característica fué precisamente este amor fraternal que les distinguía de los paganos. Éste debe ser también el amor que ha de informar nuestra conducta cristiana, ésta la repercusión social de nuestro ayuno.

Queridos fieles, lo que nos quitamos, aquello de que nos privemos y en muchas cosillas nos podemos privar, hay curiosidades y comodidades de las que sin perjuicio de la salud nos podemos privar y dárselos a otros más necesitados. Si realmente amamos a Dios, encontraremos manera de vencernos y auxiliar a los necesitados.

## Sacramento de la Confesión. I Domingo de Cuaresma

Amadísimos hermanos:

Penitencia ... es el mensaje que la Iglesia nos trae este primer domingo de Cuaresma. *"El hacha está al pie del árbol. Todo árbol que no haga fruto digno será cortado y arrojado al fuego ... Haced fruto digno que es penitencia"* era el mensaje de San Juan Bautista, que es el mismo que la iglesia nos transmite hoy a nosotros.

Tal vez en aquellos remotos tiempos podía haber tenido sentido ... pensarán algunos. Pero hoy huele ya a viejo ... a algo anacrónico ... a algo que no encaja en nuestro mundo ... dirán otros. Y desde luego, que nuestro espíritu se resiste a aceptarlo de buenas a primeras solo porque a los predicadores se nos ocurra tronar con San Juan Bautista.

Se comprenderá que en aquellos tiempos en que los hombres se ponían de pelos en punta con las amenazas del infierno o castigos de Dios ... podían resignarse éstos a aceptarlo como mal menor... Pero hoy ... Y hoy, amadísimos hermanos el infierno se ha extendido, el mismo mundo por si no queríamos creer en aquél se ha transformado en un infierno ... que infierno hacen que sea esos odios mortales, esas intolerancias ... esas violencias, esas miserias en medio de opulencia y abundancia ... Y así tiene que ser porque donde no está Dios está el infierno el infierno es el lugar en el que no se disfruta de la presencia de Dios ... Ha bastado que se perdiera la presencia de Dios en las conciencias para que estemos en un verdadero infierno, lugar de confusión, de torturas, de amargura.

Penitencia ... seguiremos observando ... huele a anacrónico en medio de un mundo cuya ambición suprema, al que se sacrifica todo es producir y producir es ofrecer y ofrecer es tener y se tiene para consumir ... Es verdad, es algo que no encaja, es algo disonante, algo incompatible con el espíritu que informa el mundo ...

Y sin embargo no es un mensaje que se puede desconsiderar, no es un mensaje cuya aceptación no nos haga falta hasta para poder vivir y poder entendernos y convivir en esta pobre vida ... Ahí lo tenéis, el dominio del hombre sobre la naturaleza ha producido sus efectos. Es ese dominio que el hombre ha asegurado sobre la naturaleza, sobre la materia mediante su ciencia y su técnica, el que ha multiplicado prodigiosamente los bienes de la tierra hasta poder disponer hoy de todo para todos ...

Pero la falta de preocupación y de interés para afirmar al mismo tiempo que el dominio sobre la naturaleza que nos envuelve sobre nuestras propias pasiones, sobre nuestros propios



apetitos, la falta de freno para poder salvar todo lo que podemos calificar de noble y digno ... la supremacía o predominio del espíritu ... impide que el bienestar esté a tono con los medios de que puede disponer el hombre moderno ... No es, pues, tan anacrónico, tan pasado de tiempo como parece este mensaje de penitencia. Veámoslo mejor: El hombre, los mejores valores, los valores indiscutiblemente superiores como son la verdad, la justicia, el orden, la rectitud y honestidad moral no puede salvar más que por este camino de austeridad, de penitencia.

Para vivir en sociedad es tan necesario saber dominarse y efectivamente dominarse, como son necesarias las alas al pájaro para sostenerse en el aire, al cisne las patas palmadas para mantenerse a flor de agua. Así el que néciamente se dijera: "A mi no me hace falta freno, yo hago mi real gana", se parece al águila que graznara "yo no necesito las alas para poder remontarme hasta las nubes".

Para poder ser hombre decente es preciso aceptar este mensaje. Qué verdad es que no hay rentistas en la vida moral, en la vida moral no se puede vivir de glorias ajenas o pasadas, de reservas, sino que hay que luchar cada día de forma que en un instante puede uno quedar arruinado. No hay rentistas de forma que cuando no se avanza, se retrocede: cuando no se asciende al fin divino el hombre cae por debajo de su nivel, cuando rehúsa el don de una vida superior que se le ofrece, pierde cuanto parecía poseer como riqueza propia o adquirida ...

Para quien tenga dos dedos de frente, para quien tenga capacidad para considerar las cosas serenamente es indiscutiblemente preferible ser hombre desgraciado que puerco hartado, un Sócrates, Pablo, Francisco descontento que un loco contento. Se nos objetará diciendo que no piensan así el loco y el puerco, pero eso es porque desconocen el otro aspecto de la cuestión.

Éste es el sentido humano de la penitencia, de ese mensaje que en un principio nos ha parecido anacrónico, pasado de tiempo, inaceptable a nuestro espíritu moderno.

Pero tiene otro aspecto más elevado, más importante, por el que es mayor su importancia, el aspecto sobrenatural, el aspecto auténticamente cristiano ... La consideraremos en otra oportunidad y hoy entremos en este tiempo de Cuaresma aceptando este mensaje y dispuestos a afianzar el dominio de nuestro espíritu, a afirmar el reinado del espíritu ... "Así como en la naturaleza hay una primavera en la que la savia, la fuerza vital sube de las raíces al tejido de las plantas, de los arbustos y de los árboles, penetrando en las ramas, hinchando las yemas, reventando los botones y pugna por lograr nuevas formas, formas más hermosas como son las flores y más adelante el fruto sazonado, de un modo análogo el alma, mediante la reconcentración y el vencimiento de sí misma, va chupando de las profundidades divinas la savia, la fuerza espiritual, y se le asimila y satura de ella sus pensamientos, sus sentimientos y sus afectos. La primavera irrumpe en nuestro interior y da nueva forma y hermosura al alma. La mortificación, la abnegación no significan quebrantamiento ni pobreza, sino fuerza, empuje, el germinar del alma. Esto es lo que significa Cuaresma y penitencia.

## Sacramento de la Confesión. II Domingo de Cuaresma

Amadísimos fieles:

El domingo pasado -primer domingo de Cuaresma- hicimos algunas reflexiones sobre la necesidad de orientar la vida en el sentido de una mayor austeridad y presentamos la virtud de la penitencia a la que nos exorta la liturgia de este tiempo la llamada a realizar esa transformación. Insistimos sobre los motivos que nos deben mover a abrazarnos a esa vida y a ejercitarnos en esa virtud, que es preparación y complemento del Sacramento de Penitencia.

Hay vamos a hablar del Sacramento de la Penitencia o Confesión, que con los dos nombres significa lo mismo, y que es uno de los siete Sacramentos de la Iglesia.

En primer lugar os voy a hacer unas consideraciones generales sobre la naturaleza de este Sacramento. Vamos a considerarlo encuadrado en el plan general de la obra de Dios.

Es éste un Sacramento que se nos hace como simpático. Y le cuadra bien el nombre de penitencia, porque efectivamente al hombre le cuesta sangre -quiero decir que le hiere- porque le obliga a desprenderse, mejor dicho le desgarrar algo que es muy suyo, que es el secreto, aquello que el sólo sabe ... el pecado, que lo guarda allá en el fondo de su alma. Es este un sacramento que humilla al hombre hasta hacerle postrar ante otro hombre, qué hombre es lo que nuestros ojos ven en el confesionario aunque la fé nos enseñe que es un representante de Dios. Y esa humillación le cuesta al hombre porque es reconocerse pecador. Es éste un Sacramento que parece que destruye la misma independencia y personalidad del hombre, porque le obliga a comunicarse a otro, le obliga a hacerlo a otro partícipe de una cosa propia, cual es la conciencia, el santuario más profundo y sagrado del hombre.

Y por eso muchas veces se ha presentado este Sacramento como una usurpación, como una ingerencia injusta y descarada de los sacerdotes que no reparan en violar lo más sagrado del hombre, su conciencia; o como una invención de la Iglesia para privarle al hombre de su don más preciado que es la libertad, para estrujarle y explotarle a su antojo. La conciencia, recinto sagrado donde únicamente puede intervenir Dios, sagrada libertad, don preciado del Criador, que distingue al hombre del resto de las cosas creadas que se mueven siguiendo ciegamente las leyes que les han sido prefijadas o los instintos que han recibido. Sagrada libertad bajo cuya tutela el hombre se dirige, se mueve, se orienta a sí mismo mientras las otras cosas son movidas, dirigidas y arrastradas. Sagrada libertad que es la señal de su independencia, la nota característica de su personalidad ...

Libertad, independencia y personalidad constituyen en ese fondo de su ser que llamamos conciencia lo más propio, del hombre, su ser íntimo. De ahí resulta que el hombre estime la pérdida de la libertad, la violación de su conciencia tanto o más que la pérdida de su vida, de la

vida misma. El hombre lucha por mantener su libertad, el hombre pone en juego su misma vida antes que consentir que le despojen de su libertad, antes de que otros controlen y administren su propiedad íntima, que constituyen sus ideas, sus sentimientos, sus afectos ... Y no hay duda que Dios le ha infundido ese instinto de defensa, no hay duda que Dios le ha concedido esas reservas interiores, ese arrojo que necesita para esa defensa. "*Soy libre*", es la expresión más espontánea y más humana, el más legítimo orgullo del hombre. Por eso "*soy libre*" clama también el encadenado, el esposado y en ésta, su libertad interior, cifra su dignidad, su hombría.

Y ese amor y ese instinto están sancionados y reconocidos por Dios mismos. Si, el respeto y la veneración de Dios a la conciencia y a la libertad del hombre llegan hasta tal punto - admirados, queridos fieles- digo que el respeto y la veneración de Dios a esa conciencia y a esa libertad llegan hasta tal punto que por no violarlos permite Dios incluso el pecado, pues el hombre peca porque es libre y Dios respeta siempre su libertad. El pecado es un abuso de esa libertad.

Y Dios que respeta de esa forma la libertad del hombre, Dios que infunde al hombre ese instinto y ese arrojo para la defensa de su conciencia, de su personalidad, de su independencia contra ingerencias extrañas, ¿cómo puede ser tan cruel, tan despiadado que le obligue a ese hombre a que se someta, a que se abra, a que entregue a otro hombre la propiedad de la que, como hemos visto, no quiere desprenderse y antes de consentirlo lucha y juega su misma vida?. Esto es lo que decimos cuando pensamos un poco ligeramente de estas cosas. Vamos a ver cuán sabio y discreto es Dios en todas sus obras y cuán prudentemente, cuán justamente está instituido este Sacramento, en él se conjuga el máximo respeto a la libertad, independencia y conciencia del hombre y el honor, la dignidad y la libertad del mismo Dios. Queridos fieles que me escucháis, el hombre que se humilla, el hombre que se postra ante el sacerdote, el hombre que abre las puertas de su conciencia y entrega algo que tenía allí encerrado y guardado no pierde por ello su dignidad, su independencia, no es por ello menos hombre antes al contrario es éste un gesto, que refleja su dominio, es el ejercicio de un derecho suyo, es la compensación de un derecho violado, es en una palabra un gesto muy racional y muy humano, sin menoscabo de su dignidad y libertad.

El hombre es libre en sus determinaciones.

Y porque es libre puede obrar de una forma u otra. La salvación o la condenación son consecuencias de su libre determinación, pues la gracia de Dios no le predetermina sino que está vinculada a su determinación.

Por eso, una vez que abusando de su libertad haya pecado el hombre, Dios, que en todo momento respeta y sanciona la libertad del hombre, no le puede perdonar el pecado a no ser que el mismo hombre lo deteste, el mismo hombre se arrepienta del pecado. Si el hombre no ha detestado previamente al pecado, es inútil la absolución. Dios no se impone sino que respeta hasta en esto al hombre. Debe ser; pues, el hombre el que siguiendo los impulsos de la gracia, (que no la arrastran sino que le ayudan) quien dé el primer paso. Repugna, es imposible que haya perdón sin que el hombre que siempre es libre odie, rechace o deteste el pecado. Ved aquí, queridos fieles, qué bien se amolda a nuestra condición humana, a nuestra libertad la doctrina católica.

Pero enseguida surge en nuestras mentes otra pregunta que me la estáis haciendo con vuestros ojos. ¿Y por qué no bastará que el hombre se arrepienta, deteste y odie el pecado y se proponga la enmienda para que se le perdone?. No estamos diciendo que el pecado es una obra del hombre y el hombre tiene dominio absoluto sobre todo lo suyo.

Recordad qué es el pecado. El pecado es una ofensa, una injuria, una desobediencia, una burla, que se ha irrogado a Dios Y la ofensa, la injuria, la burla, la desobediencia ¿quién las tiene

que perdonar aquí entre nosotros, el que las ha hecho o cometido o aquél que las ha padecido?. La injuria, la ofensa no es cosa que queda en el ofensor.. en el injuriador sino en el ofendido, en el injuriado. En el pecado el injuriado, el burlado, en desobediencia es Dios. Por eso aunque el hombre arrepentido y pesaroso lo deteste, hace falta que le quiera perdonar, hace falta que le quiera olvidar el ofendido e injuriado que es Dios.¿Y quién le va a impedir a Dios que disponga de sí mismo y de lo suyo?. ¿Quién se atreverá a poner en tela de juicio el derecho de Dios, bien a dejarlo en pecado sin perdón y que el hombre pague con el suplicio eterno su descaro, su atrevimiento a violar, despreciar y burlar una ley que la ha dado Dios mismo?. ¿Quién me negará que podía haber sido éste el desenlace del pecado y que Dios podía haberlo hecho así obrando en justicia?.

No niego que también podía haber dispuesto que se le perdonara al hombre el pecado sin más que lo detestara, odiara, se arrepintiera y propusiera la enmienda, sin necesidad de otra cosa más. Su misericordia es infinita y podía haberlo dispuesto así.

Éstas son las hipótesis; de hecho así lo ha dispuesto.

Lo que nos interesa a nosotros no es lo que podía haber hecho sino lo que ha dispuesto. Pero hemos indicado brevemente las hipótesis de lo que podía haber sido para que os deis cuenta luego de lo sabiamente que obra Dios.

¿Cuál es, pues, la disposición relativa a este punto?.

Sabemos que Dios ha hablado expresamente sobre este punto del perdón de los pecados. Lo sabemos y tenemos documentos auténticos de ello, documentos fidedignos, escritos por testigos que en testimonio de lo que aseguraban dieron su propia vida.¿De esta clase de testigos quién no se fiará?. Nosotros le veíamos, le seguíamos, percibíamos sus latidos de corazón divino, hemos sido testigos de sus milagros, testigos de su resurrección de su ascensión y de otras muchas cosas más -vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti a Patre, plenum gratiae et virtutis- vimoslo, creímosle como Hijo Único del Padre que reá, dice el Apóstol y Evangelista San Juan, y ese es el que vino a predicar el perdón de los pecados, a anunciar el reino de los cielos y dió su vida en testimonio de la verdad que predicaba, en redención por la salud de los hombres y sus discípulos, apóstoles y evangelistas que consignaron su vida, su predicación y sus milagros que convivieron, oyeron y presenciaron, dieron su vida por testimoniar cuanto vieron.

Éstos son nuestros testigos; sus documentos escritos que se conservan, se leen y se estudian y se critican y resisten a toda prueba y los mismos adversarios tienen que reconocer a pesar suyo su autenticidad, su antigüedad, su sinceridad hasta el punto de que hoy la crítica racionalista viene poco a poco a sostener lo que siempre hemos sostenido los católicos sobre su origen y su contenido, como digo esos son nuestros testigos.

¿Y qué nos dicen?.

Cristo vino a la tierra a predicar la remisión de los pecados y redimirnos de la esclavitud en que vivíamos.

Cristo nos habla del pecado y de su perdón. Cristo perdona los pecados a quienes humillados reconocieron sus culpas y le pidieron, el perdón, Recordad a María Magdalena, el Centurión, al Zaqueo, al ciego de Jericó, etc., por último al buen ladrón el del Calvario. Pero no lo olvidéis que junto a esos se le presentaron otros muchos que lo eran igualmente pecadores, pero no obtuvieron el perdón porque no tuvieron la humildad y la valentía de reconocerse y postrarse como pecadores, no olvidéis que junto a Pedro que es perdonado está el Judas que es condenado, junto al buen ladrón que recibe la promesa del perdón y del reino de los cielos se encuentran también el otro ladrón que bajo el peso de sus pecados es sepultado en el infierno. No olvidéis esto, queridos fieles, no olvidéis que esto ocurre en tiempo de Jesucristo, con Jesucristo que vino a la tierra expresamente a predicar el perdón de los pecados, a llamar a los pecadores, lo

dice expresamente "yo he venido a llamar no a los justos sino a los pecadores..." Para el perdón del pecado es condición necesaria la detestación sincera y la humillación que si es verdadera no puede menos de llevarnos a una confesión sincera de los mismos.

Y ese Cristo antes de subir a los cielos, después de su resurrección, cuando había acabado con aquellas palabras: "*Como a mí me envió el Padre, así os envió yo a vosotros, recibid el Espíritu Santo; si perdonareis a algunos sus pecados, se los perdonarán; si retuvierais a algunos sus pecados, se les retendrán*". Alentó o dirigió el aliento hacia ellos, significando o comunicándoles el Espíritu Santo y la facultad de perdonar los pecados, la misma facultad que la poseía El como Dios que era y por lo tanto el único que puede perdonar los pecados, como hemos dicho antes. Y un poco antes de subir a los cielos les volvió a decirles: "*cuanto atéis sobre la tierra, será atado en el cielo; y cuanto desatéis sobre la tierra será desatado en el cielo*".

Aquí tenéis, queridos fieles, la institución de este Sacramento. Las palabras no pueden ser más claras ni más terminantes. "*Yo os envió como mi Padre me envió, con la misma facultad, con la misma misión de predicar la remisión de los pecados y el advenimiento del reino de los cielos ... a quien perdonareis los pecados, le serán perdonados ... a quien le retuviereis, le serán retenidos ...*". ¿Cabe encontrar en estas palabras algún resquicio, alguna escapatoria?. Imposible. Y esa facultad, ese derecho perdura en la Iglesia a través de las generaciones; esa es también la facultad que los obispos que la han ido recibiendo sucesivamente de los apóstoles, transmiten a los sacerdotes sus subordinados. Y realmente es emocionante en la ordenación sacerdotal esa ceremonia en la que al sacerdote recién ordenado, al sacerdote que tiene todavía las manos recién ungidas y húmedas, arrodillado ante el Señor Obispo revestido de Pontifical y con la mitra, se le confiere la potestad de perdonar los pecados mediante la imposición de las manos del Obispo que pronuncia las mismas palabras que pronunciara Cristo al conferirles esa misma potestad a los apóstoles. "*Accipe Spiritum Snactum, quorum remisieritis peccata, remittuntur, quorum retinueritis, retenta sunt*". "Recibe el Espíritu Santo, a quién perdonareis le serán perdonados, a quién retuvierais, le serán retenidos". Ésta es una potestad divina de que está revestido el sacerdote, y en virtud de esa potestad perdona el sacerdote los pecados.

Como veis, Dios usando de su derecho ha dispuesto que el perdón del pecado quede vinculado a la absolución dada por el sacerdote, por sus representantes. Y no hay otro medio de obtener el perdón -medio ordinario- pues si lo hubiera la denegación del perdón de parte del sacerdote, del representante de Cristo no supondría que quedara el pecado sin perdón en el cielo. A los sacerdotes, a sus sucesores concede Cristo la facultad de perdonar y de denegar el perdón. De ahí que ellos tengan que conocer nuestros pecados para perdonarlos y dejarlos de perdonar. Si ellos tienen derecho para conocer los pecados -deben conocerlos-- para poder administrar rectamente la facultad concedida -es preciso que el pecador declare su pecado y le someta al juicio de esos sacerdotes, de esos representantes de Dios. Este Sacramento ha sido instituido a manera de juicio, en el que el pecador hace de reo y de acusador; mejor dicho, el pecador hace de reo y la conciencia de acusador pues se deben declarar todos y cada uno de aquéllos pecados de que nos acusa la conciencia.

Aquí venimos a concluir que no hay perdón sin detestación del pecado, detestación o arrepentimiento que incluye o encierra el propósito de enmienda, sin su declaración o sometimiento al juicio del que tiene facultad para perdonarlo y sin la sentencia absolutoria que la ha de dar este representante, el sacerdote. He ahí los elementos del Sacramento de la Penitencia y su institución Ese es el único camino para obtener el perdón. Por ahí tenemos que pasar todos, Uds. y yo, si queremos obtener el perdón.

Así ha entendido la Iglesia las palabras de Cristo y lleva veinte siglos en posesión y en el ejercicio constante de estas facultades. Y la ha administrado siempre a su discreción como mejor convenía a las circunstancias de cada época. En lo fundamental, en lo esencial no ha habido

ninguna evolución. Ha habido épocas en las que ha impuesto unas penitencias más grandes, más difíciles, porque esto cae dentro de esas facultades que posee. La Historia Eclesiástica deja entrever que la Iglesia siempre ha tenido conciencia clara de la potestad de la que Cristo le hizo depositaria. Acaso otro día tocaremos este punto concreto de la administración, de este Sacramento a través de los siglos. Es interesante pero no entra dentro del plan de esta plática de hoy, en la que nos hemos propuesto hacerlos ver qué bien encuadra dentro del plan de Dios la Institución de este Sacramento y el cómo se compagina con las exigencias de la libertad y dignidad del hombre y la dignidad y majestad de Dios.

Creo que habéis visto que encuadra perfectamente con nuestra naturaleza y con la naturaleza del pecado. Que es duro, que es costoso al hombre ... es verdad, pero también el pecado es un acto cuya malicia trasciende nuestra naturaleza, un acto cuya malicia no la hemos de comprender bien mientras vivamos encerrados en este mundo limitado.

Que Dios podía haber previsto de otra forma al hombre ... no cabe duda . ¿Por qué lo ha hecho así?. Designios de la divina providencia que es mejor acatarlos que escrutarlos. Lo mismo podríamos preguntar por qué ha hecho al hombre libre. Porque así lo ha querido. Y no seamos en estas cosas más exigentes y más curiosos de lo que somos en nuestras cosas. Justificamos nuestros ridículos caprichos en nombre de la libertad de que gozamos; la razón suprema de muchas decisiones nuestras es el "yo lo quiero así" y cuando damos esa razón no parece haber lugar a réplica o alegato ulterior. Nos costa hacernos respetar, nos gusta que los otros hagan honor a la libertad de que gozamos, conformándose con lo que les decimos. ¿Acaso la dignidad, la grandeza, la majestad, la independencia, la sabiduría, la bondad de Dios no merecen nuestro respeto y nuestro agradecimiento, nuestra sumisión y nuestro reconocimiento y nos parece poco el que nos haya concedido el perdón de nuestros pecados una y otra vez? .

Podemos, si queréis, dirigir una mirada al resto de la creación. Es tan admirable y tan sabia la disposición de las cosas, tan perfecta la providencia de Dios, que podemos convencernos de que en el mundo no hay ningún detalle por insignificante que sea, que no tenga su función, su razón de ser. Podíamos aquí citar ejemplos de astronomía, de geología, del reino animal y vegetal, de instintos y de leyes naturales que nos dejarían pasmados de la sabiduría que ha presidido su ejecución y ordenación.

¿Vamos a creer que tratándose del hombre, rey de la creación ha establecido estas normas, nos ha dado estos medios sin más ni más?. ¿Quién que conozca el admirable plan de la economía divina, quién que tenga una idea aunque sea vaga de Dios justo, bondadoso, providente, misericordioso puede considerar una disposición suya como humillante, engorrosa. insoportable ... ?

Como veis, queridos fieles, no debéis considerar este Sacramento de la penitencia como reñido con los postulados de la razón, en oposición con la condición libre del hombre y su independencia, como aniquiladora de su personalidad, como un carga pesada, sino al contrario debéis considerarlo como un beneficio inestimable de Dios, como un alivio de nuestra naturaleza frágil, como una tabla de salvación que Dios nos proporciona a los que hemos naufragado en este mar proceloso de la vida. Es un medio de liberación propia de la servidumbre del pecado en el que nos hemos podido caer.

## El perdón de los pecados

Amadísimos fieles:

No hace muchos domingos interrumpimos la explicación del dogma de la remisión de los pecados para ocuparnos de la Limosna del Papa, de su sentido y del deber que tenemos de cooperar a ella. Hoy vamos a hacer o vamos a añadir las últimas consideraciones a la explicación de este artículo de nuestro Credo. En la última plática resaltaba los beneficios incalculables que reporta a la humanidad la práctica de la confesión y de su consonancia con la naturaleza humana. En testimonio de todo ello os citaba el curioso caso de los protestantes que convencidos de su utilidad y de sus ventajas tratan de introducirla de nuevo y el testimonio valiente y la magnífica apología que hace de ella el conocidísimo Chesterton.

No es este el lugar ni el momento para una explicación de los requisitos necesarios para su eficacia y para su validez. Eso lo haremos cuando nos toque hablar expresamente del Sacramento de Penitencia. Pero antes de dar fin a este tema vamos a hacer unas últimas consideraciones para tratar de disipar los celos que acerca de la misma pudiera haber en muchas cabezas. Un último reducto de prejuicios que pudiera todavía quedar sin solución acaso en estas consideraciones que vamos a hacer hoy pudiera encontrar luz.

Era la época, de la guerra franco-holandesa. Un oficial que a pocos días tenía que incorporarse al frente va a visitar al arzobispo de Cambrai que era Fenelón. Era un hombre que se sentía presa de una turbación interior que a veces mal podía disimular y cuando la conversación con el Arzobispo tocó la llaga empezó a exclamar: "Dios, Dios: Dios ..." Ojalá le sintiera, ojalá le pudiera ver. Le torturaba la duda religiosa. Creía acaso en la existencia de Dios, pero su Dios era acaso el dios de los deistas, el dios que vive muy alejado para preocuparse y para enterarse de las cosas de los hombres. El Arzobispo aprovechó aquel momento admirablemente, "Pero qué decís, le dijo, qué decís y que preguntáis vos?". Quién tiene a Dios más cerca que vos?. "No lo sentís en el corazón, oprimiéndoo, agitándoo y no dejándoo sosegar, al propio tiempo que os atrae, os hace sentir la esperanza de un reposo y de un consuelo que será llano e inmenso en cuanto lo reconozcáis?" Con mucho motivo había dicho Pascal *"El corazón es el que percibe a Dios y no la razón"*. Se sosegó de nuevo nuestro oficial. Acaso pensaba ya que Dios estaba cerca de él y efectivamente estaba muy cerca de él, aquel remordimiento no venía más que de Dios. Bastaría que le reconociera para que ya le dejara en paz y lleno de consuelo.

Siguió la conversación su curso. Llega el momento de la despedida. Se levanta el oficial. En esto parece que se acuerda del frente y parece que el espectro de la muerte nubla de nuevo sus ojos aunque ilumina su inteligencia y mueve su corazón. De nuevo se puso triste, pensativo ... "Tengo necesidad de poner en orden mi alma, dice y de nuevo se calla. Después de un rato de

silencio él mismo prosigue": "Si estuviera convencido de que fué Dios mismo quien instituyó la confesión ... si pudiera convencerme Ud. de esto me confesaría ..."

Señor, contestó el arzobispo, de mil amores. Pero escojamos el camino más corto: antes confiésese Ud ... y después yo le diré los argumentos.

El oficial comenzó con mil excusas: Esto sería hacer las cosas al revés. No importa. Fíese Ud. de mí, de mi avanzada edad y de mi experiencia. Confiésese Ud. antes.

El militar se arrodilló y empezó su confesión. A medida que abriéndose su alma y entre el arzobispo y el penitente se animaba la conversación espiritual, el oficial sentía que las lágrimas se agolpaban a sus ojos, hasta que no pudiendo más, rompió a llorar con intensa conmoción y sorprendente alivio.

¿Tengo que exponerle ahora los argumentos que existen en favor de la confesión?. dijo el Arzobispo.

Gracias, respondió el oficial con el corazón agradecido. Veo por propia experiencia sus ventajas y su necesidad.

Así es realmente. Quizá nunca sentimos con mayor intensidad las palabras de Jesucristo que después de una buena confesión: "*Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas que yo os aliviaré.*" La fé es vacilante, es tibia muchas veces porque entre ella y nuestro espíritu se interpone un obstáculo que es el pecado, que es la pasión, que es el interés creado, que es el compromiso. Basta quitar eso, remover eso para que de nuevo florezca con todos sus esplendores. Por algo decía pascal: "Si quieres creer no multipliques las palabras, extermina las pasiones", o sea, elimina ese obstáculo del pecado o del interés creado. Por eso mismo reprochaba Balmes a aquel que decía haber perdido la fé diciéndole que no se quejara de haber perdido la fé sino de haber perdido el corazón, de haber corrompido el corazón.

Ah ... si, pudiéramos ver con más claridad las cosas ... es que si fueran en sí tan videntes los argumentos ya las veríamos ... añadirán otros.

Viajaba un día Tihher Toth, el famoso Obispo húngaro en un tren donde tropezó con un antiguo amigo, compañero de sus estudios de universidad. La conversación llegó por lo que fuera al punto de la confesión y dedujo Tihamer Toth que su amigo no se había confesado ni quería confesarse aunque por otra parte era de los que rezaban en la familia, de los que educaban cristianamente a sus hijos y colaboraba en todas las obras y en todos los movimientos católicos.

No comprendo, le dijo el obispo, dices que eres católico y no vas a confesarte.

Lo soy y no lo soy. Me gustaría serlo por completo, serlo en todo; pero mi fé ... si pudiera estar completamente seguro..

¿Completamente seguro?. ¿Por ejemplo?.

Pues son la seguridad de dos y dos son cuatro.

Ah! Ahí está tu error fundamental, le contestó. La certeza matemática pertenece al campo de las matemáticas: otros campos tienen otras certezas. La de la fé es certeza moral y lógica. ¿Tu no reconoces más que la certeza matemática? Pues pruébame con las matemáticas que la Madonna della Sedia de Rafael es hermosa. Y prueba con las matemáticas que este cuadro de Rafael es más hermoso o lo es menos que la famosa Inmaculada de Murillo.

Sí en esto tiene usted razón, contestó el hombre, pero yo quisiera, por lo menos, llegar hasta el punto de no tener ninguna duda, ningún enigma, ningún misterio insoluble en mi fé.

Deseas un imposible. Todo lo que hay en torno nuestro, el mundo todo es un misterio, compréndelo bien, el mundo que nos rodea, este mundo material que estamos viendo.¿Y tú quieres que en tu fé no quede ni un punto oscuro tocante al mundo sobrenatural?.



No se daba por vencido. Todavía encontró otra salida aquel hombre. Y añadió lo que realmente es lo incomprensible en este asunto:

Pero no deja de ser excesiva esa exigencia en nuestros tipos, en el año 1941, año de la velocidad y del progreso, el que un hombre se arrodille delante de otro en un sitio incómodo, oscuro ...

Y entonces Mrs. Tihamer Toth con un nuevo argumento en su mano le dijo: *"pues precisamente esto es lo incomprensible, la confesión, que esta institución tan odiosa, humillante, madura no se haya marchitado, o se haya relegado al olvido, al contrario hoy siga floreciendo con más lozanía que nunca. Ésta es la señal inconfundible de su origen divino. Es una señal tan atrevida, tan increíble que no pudo ocurrírsele a ningún hombre. Imponer la confesión era un empresa muy ardua, pues para ello se necesita encontrar penitente y confesor ..."*

Había que encontrar penitente ... sincero y humilde por altivo y orgulloso que por lo demás fuera ... , y encontrarlo entre todas las clases de hombres y en todas las clases sociales, ricos y pobres, poderosos y súbditos ... que descargara lo más difícil, lo más recóndito, lo más humillante ...

Había que encontrar un confesor que callara todo ... que acogiera con amor y bondad ... ¿Quién que no haya sido Dios ha podido hacer eso?. ¿Quién que no fuera Dios ha podido tener ese atrevimiento?.

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

**Penitencia, Eucaristía. Predicación:  
Sacramentos: Eucaristía**

## Índice

1. Razón de ser de la presencia real de Cristo entre nosotros. 27 mayo 1945
2. ¿Renunciar a pensar ante la incomprensión del misterio?
3. Fé en la Eucaristía
4. Oportunidad de los Congresos Eucarísticos. 26 mayo 1946
5. Congreso Eucarístico Provincial de Guipúzcoa
6. La Eucaristía culminación de la dignidad humana

## Razón de ser de la presencia real de Cristo entre nosotros

(Comentario después de la lectura de la Circular anunciando el Congreso Eucarístico. Domingo de Trinidad, 27 de mayo de 1945)

Amadísimos fieles:

Como ya estaba anunciado y como acabáis de escuchar, en breve se va a celebrar una magna asamblea eucarística en nuestro pueblo de Mondragón. Como ya se ha insinuado en la circular que hemos leído, la finalidad que se persigue no se reduce a la celebración de una jornada más o menos brillante, más o menos concurrida, sino es mucho más amplia, como es el fomento de la piedad eucarística y el despertar de la conciencia de nuestros deberes eucarísticos, que, en síntesis, son los deberes cristianos. No hacemos nada, o hacemos muy poca cosa, si todo el efecto de este congreso se reduce a un grato recuerdo de un día esplendoroso en honor de este Dios anonadado, de este Dios oculto bajo las especies sacramentales. Y para despertar nuestra conciencia, para informarnos de nuestros deberes eucarísticos, en estos días que van a preceder a esta Asamblea vamos a tratar de la Eucaristía.

Y hoy, al iniciar este tema, quisiéramos resaltar un punto cuyo desarrollo dejamos para los días consecutivos. Vamos a hablar de la razón de ser de la presencia real de Cristo entre nosotros. En realidad es una verdad cuyo sólo enunciado nos desconcierta. La presencia de un Dios, autor del universo, de un Dios ser perfectísimo, que de nada ni de nadie necesita, entre nosotros los hombres y en un punto insignificante del universo como es nuestro planeta. Cuando este misterio se considera así ligeramente, cuando este misterio se contempla a la luz mortecina de esos conocimientos rudimentarios, elementales, dispersos y sin desarrolló lógico o metódico que hemos recibido en nuestros años de infancia, en aquellos días de catequesis en que pensábamos en todo menos en lo que se nos explicaba, repito que cuando este misterio como otro cualquiera se considera a través de esos conocimientos tan pobres, nada de particular tiene que nuestro espíritu se sienta envuelto de una serie de dudas y vacilaciones que la atormentan y provocan esa crisis de fé que padecemos la inmensa mayoría de los hombres, que así llegarnos a pensar que, como dijo alguien, es necesario renunciar a pensar o a discurrir para ser creyente. ¿Es que la religión, los misterios que ella contiene, no tiene más base racional donde pueda apoyarse nuestra razón para poderlos juzgar aceptables, aunque sigan siendo incomprensibles?. ¿Habrá, pues, que renunciar a discurrir para poder seguir siendo creyentes?. Más de uno, muchos de los que somos víctimas de esa crisis de fé acaso pensamos que sí.

Pero yo digo ahora: ¿Será necesario que renunciemos a discurrir o a pensar, o será mejor que pensemos y discurramos y estudiemos mejor las cosas antes de resolvernos ante ellas?.

¿Es que esa crisis de fé que padecemos nos viene de discurrir mucho, o de lo contrario de pensar, de considerar y de reflexionar demasiado poco?. ¿Qué nociones más infantiles, qué ideas religiosas más vulgares, rudimentarias o elementales poseemos aún muchos de los hombres que por otros conceptos nos tenemos por ilustrados!. ¿Qué desproporción entre los conocimientos profanos y los religiosos!. Los hombres, que discurrirnos y reflexionamos, ¿acaso en materia religiosa no lo hacemos con nociones, conceptos en una palabra materiales ... las más de las veces completamente desproporcionados para el grado de cultura que poseemos, que no otra cosa tienen que ser esas nociones y esos conceptos que mejor o peor se nos pudieron grabar en nuestra primera edad, en aquellos días de catecismo en que nuestra atención giraba en torno a todo menos sobre los que nos explicaban?. ¿Acaso tuvimos alguna asignatura peor preparada que el catecismo?.

Reconozcamos noblemente: nuestra postura no debe ser la de renunciar a discurrir o a pensar. Nuestra postura tiene que ser la de salvar esta crisis discurriendo más, pensando mejor, adquiriendo ideas más claras. Enfoquemos en primer lugar los problemas como se deben enfocar, planteémoslos como se deben plantear.

No los comprendemos, se suele decir, y para no poderlos comprender ¿por qué nos los revela Dios y nos obliga a tener que aceptarlos si lo que nos dan es oscuridad, duda?. Al parecer contra esta manera de discurrir no hay recurso. Es evidente. No los comprendemos. Para qué nos interesan. Parece que Dios juega con nosotros. Efectivamente, los misterios son misterios y nunca los podremos comprender, nunca descubrirá su compatibilidad interna, su esencia íntima, su naturaleza, la razón del hombre, por privilegiada que sea.

Pero veámoslo.¿Este problema no se podría plantear en otros términos, de otra forma?. ¿Acaso sería inútil preguntar e indagar si esos misterios tienen su razón de ser?. ¿Tiene para el hombre alguna utilidad, alguna razón de ser el conocimiento y la aceptación de esos misterios, ese conocimiento y esa aceptación a que le induce la religión?. ¿Acaso para la vida que se desarrolla en esta vida, en este mundo, para esta vida que tenemos que soportar y sobrellevar, para esta vida de relación, para esta vida social; tienen razón de ser, tienen alguna utilidad estos misterios, como son por ejemplo el misterio de la Santísima Trinidad que hoy conmemoramos, el misterio de la presencia de Cristo en la Eucaristía?.

Por aquí podíamos comenzar nuestras pláticas sobre La Eucaristía. ¿Es que solamente aquello que se comprende o algo más le interesa al hombre?. ¿Es que la vida del hombre se desenvuelve sobre lo que concibe su razón o lleva envueltos otros elementos?. Si vamos a analizar las cosas comprendidas, que entran en juego, en el desarrollo de nuestra vida, si estudiamos las ideas del hombre y recontamos las que descansan sobre una base de comprensión, veremos que estas ideas constituyen una minoría insignificante. Y si quisiéramos reducir la vida práctica a la esfera de lo comprensible nos encontraríamos con la gran sorpresa de que no podía ser ... Exigid al que conduce un auto que tenga que comprender el funcionamiento interno del motor, exigid al que maneja una máquina que tenga que dar la razón filosófica, o química, o mecánica, de cada una de las operaciones que realiza. ¿En qué nos quedaríamos?.

## ¿Renunciar a pensar ante la incomprensión del misterio?

Amadísimos fieles:

Recojamos el hilo del pensamiento que comenzamos a desenrollar el domingo pasado. En presencia de estos misterios de la Religión, incomprensibles a nuestra razón ¿será necesario que renunciemos a pensar o renunciemos a ellos?. ¿Es acaso nuestra inteligencia capaz de comprender la verdad en todas sus dimensiones, de forma que lo que no entra dentro de los moldes de la misma hay que rechazarlo sin más análisis y sin más estudio como falso o inútil?. ¿Quién se atreverá a afirmar tanto?. Por otra parte, ¿puede acaso afirmarse que resulta inútil al hombre el conocimiento de todo aquello que no comprende?. Resulta inútil saber conducir una máquina si no se conoce el mecanismo interno de la misma, conocen las leyes mecánicas que presiden su funcionamiento.

Ah¡.... si el hombre en su vida práctica quisiera renunciar a todo lo que no comprende, ah si el hombre tuviera que gobernar y valerse en su vida solamente de aquellas cosas que él comprende ... si aun en el hombre más encumbrado en la ciencia las verdades cuya naturaleza íntima conoce, las cosas que comprende, constituyen un mínimun insignificante ... Por eso, ante todo y sobre todo el problema debemos plantear sobre otros términos que esos en los que se suelen plantear de ordinario. Eso no comprendo, eso no puedo y no debo aceptar ... eso no comprendo ... , al fin y al cabo cosas que no las vamos a comprender nos las va a revelar Dios ... que puerilidad ...

Antes de fijar nuestra actitud respecto de estos misterios, preguntémonos si Dios ha podido revelarnos, si Dios ha hablado de eso. Si hay motivos racionales, fundados, para creer que efectivamente Dios ha hablado así, que Dios ha enseñado eso. Preguntémonos en segundo término si pueden sernos útiles, no precisamente en el sentido de establecer la utilidad o la inutilidad como criterio de verdad, sino para ver en esa utilidad que nos reportan un motivo que compensa la incomprensión, un motivo por el que Dios en sus infinitos designios ha podido pensar en descubrirnos ...

Y concretamente el misterio que por ahora nos interesa analizar, el primer problema está solucionado. Dios ha querido efectivamente perpetuar su memoria entre nosotros, en realidad de verdad Dios ha pensado en quedarse entre nosotros recubierto de los velos eucarísticos, de las especies de pan y vino?. La dificultad está en saber si Dios ha querido esto, porque en caso de que lo quiera no hay duda que ha podido hacerlo así, pues ello no implica ningún absurdo mejor dicho ninguna contradicción, aunque por otra parte nuestra razón no llegue a vislumbrar

su posibilidad. Y respecto de esto es tan clara, tan evidente la doctrina del evangelio que cuando una tarde primaveral Jesucristo expuso su doctrina en un hermoso prado sembrado de bellas flores la parte oriental del Tiberíades, los que le escuchaban, aquella multitud de judíos, fariseos, discípulos del Señor le abandonan pretextando que era dura la doctrina. Le abandonaron, sí, y a pesar de ver Jesús por qué le abandonan no rectificó ningún punto de la doctrina que había expuesto, antes bien ratificó, confirmó, con nueva insistencia, los mismos términos. El sabía lo que hacía. Los testimonios de la Escritura, el pensamiento de Jesús respecto de esto es tan meridiano, que quien lo observe con imparcialidad, sin perjuicios preconcebidos, no puede tener ninguna duda respecto del propósito de Jesucristo. Y nosotros no nos vamos a detener en este punto hoy por hoy, pues de ordinario la fuente de nuestra crisis de fé respecto de este misterio no constituye la poca claridad de los términos evangélicos sino otros conceptos a los que ya aludiremos. Jesucristo pensó en perpetuarse entre nosotros, Jesucristo quiso dársenos como manjar bajo las especies de pan y vino, que son los dos manjares o alimentos más comunes. Nos podemos figurar que cuando Dios toma una determinación semejante, cuando Dios hace una cosa semejante, la hará con motivos que, aun cuando no los comprendamos nosotros, no pueden menos de existir, lo hará con miras al bien de los hombres ...

Y pasemos adelante. Alguien, no recuerdo quién, dice que el hombre no tiene problemas con Dios, que es lo mismo que decir que la actitud y la postura del hombre frente a la divinidad es una actitud y es una postura determinada por su actitud y su postura respecto de otros problemas, los problemas que tiene consigo mismo y con el prójimo. Reconozcamos desde luego que efectivamente el hombre tiene problemas consigo mismo y con el prójimo ... consigo mismo por cuanto que no puede menos de sentir una duplicidad de tendencias, inclinaciones, deseos ... irreductibles los unos a los otros ... inconciliables. Problemas con el prójimo, pues el prójimo es un enigma para él, pues si por una parte no puede menos de reconocer cierta igualdad y semejanza, que es fuente de igualdad de derechos y consideración, por otra parte muchas veces aparece ante sus ojos con defectos, con apariencia recusables ... La solución de estos problemas, la postura previa que adopta respecto de sí y del prójimo es muchas veces la determinante de su actitud para con Dios. Aunque ciertas verdades sean evidentes, aunque la cosa sea clara, cuando se consideran con ciertas ideas preconcebidas y cuando tercian ciertos intereses nada queda claro, nada es evidente y el hombre tiende a justificarse a sí mismo. ¿No lo estamos viendo cada día en todos esos pleitos, en todos esos líos en que el interés que tercian, el perjuicio que existe, hace ver lo que no existe y oculta lo que hay?. ¿Qué de particular tiene que nos ocurra lo mismo en lo referente a las verdades religiosas en general, pues la aceptación de tales verdades lleva consigo muchas veces la propia condenación y su renuncia o negación puede ser la propia justificación?. ¿Quién es tan perfecto que sea capaz de condenarse a sí mismo o renuncie a justificarse?. Por eso, porque muy pocos son los hombres que tienen esa nobleza natural, esa nobleza interior, por eso la postura frente a Dios, la postura frente a la revelación, aunque vaya precedida de todas las protestas de imparcialidad y de racionalidad no tiene nada de eso. Ni mucho menos. Pero en esto no solamente incurre el que no es creyente, o el que se prepone serlo por primera vez, sino los que lo son acomodando la inteligencia de las verdades a sus propios intereses y cumpliéndolos en la medida que les conviene. Jesucristo conocía esta debilidad humana, Jesucristo conocía esta propensión natural, Jesucristo conocía la realidad humana y no solamente se conformó con una religión que constara de verdades que aceptar, no solamente se conformó con una enseñanza orientada a la perfección de la inteligencia, sino que quiso que en su religión hubiere hechos, hubiere realidades capaces de percibir por la inteligencia y hasta por los ojos, realidades y símbolos en los que todos pudieran aprender lo esencial.

## Fé en la eucaristía

Amadísimos fieles:

Justificábamos el domingo pasado nuestra postura de creyentes ante los augustos misterios de la Religión cristiana y refiriéndonos al que por ahora nos interesa, al misterio de la Eucaristía, decíamos que los testimonios de la Revelación son tan explícitos y tan claros, que aun cuando no lo comprendamos cómo puede verificarse esa presencia de Jesucristo en las especies sacramentales, no tenemos ni podemos adoptar otra postura racional y lógica una vez reconocida la limitación de nuestra inteligencia, que la postura de la fé. Debemos creer. Las palabras de Cristo son de tanta claridad y de tanta evidencia, que aquél heresiarca, el pernicioso Lutero, que derrocó la autoridad del Papa, el dogma del purgatorio y de las indulgencias, la unidad o indisolubilidad del matrimonio, todas las verdades más sólidas y consoladoras, pero que un día se encuentra frente a estas cuatro palabras: este es mi cuerpo ... haced esto en memoria mía: se detiene y revolviendo con rabia diabólica el texto evangélico, exclama: *"No sé que daría por encontrar alguien que fuese suficientemente hábil para persuadirme que no hay en la Eucaristía más que pan y vino; me haría un gran servicio. He trabajado esta cuestión con el sudor de mi frente, pero confieso que me veo atado y no veo el medio de salir triunfante. El texto del Evangelio es demasiado claro"*. Otro amigo y discípulo suyo confesaba: *"Estas palabras -dice Melancton- tienen la claridad del rayo y el espíritu humano nada puede objetar contra ellas"*.

Hoy por la verdad de estos testimonios evangélicos, por la verdad de esta presencia divina abogan las generaciones cristianas de 20 siglos, de tal forma que como insinúa un apologista casi viene a ser mayor misterio el pretender explicar esa historia de 20 siglos de virtud, de heroísmo, de caridad, en una palabra esa historia de 20 siglos de fé, de fé que han aceptado y abrazado lo mejor de la humanidad, lo más adelantado, lo más selecto, que el reconocer el misterio de la divinidad de la Iglesia y de la verdad de sus misterios. Pero dijimos que no íbamos a detenernos en esta primera parte. Esta primera parte en la que hemos visto que hay motivos y base para creer, motivo que es en primer lugar la limitación de nuestra razón que no comprende y alcanza todo, motivo en segundo lugar que es la verdad de un testimonio confirmado por tantos milagros y por este milagro permanente que es la pervivencia de la Iglesia. Vamos a renovar aquella pregunta que hacíamos: ¿es verdad que no comprendemos, pero a pesar de ello nos puede ser útil y provechosa la revelación y la aceptación del misterio?.

A este propósito vamos a recordar una observación. Decía un sabio que el hombre no tiene problemas con Dios, que el hombre solamente tiene problemas consigo mismo y con el prójimo y su vida y su trayectoria religiosa, su proceder es derivación de la solución que adopte respecto de los problemas que se le plantean consigo mismo y con el prójimo Una vez que



se pone a analizarse a sí mismo echa de ver la incompatibilidad de dos clases de tendencias, inclinaciones y cuando resueltamente reconoce la dignidad, la prioridad, la bondad o su parte racional no encuentra obstáculo en admitir la soberanía de Dios. Esta soberanía divina le parece inaceptable solamente en el caso de que no quiera admitir la soberanía absoluta, el régimen de su parte racional. Tiene también problemas con el prójimo. El prójimo en el mejor de los casos lo considera igual a sí mismo, pero de ordinario es difícil que no le vea envuelto en algo que le parece repulsivo, en algo que le parece odioso, en algo que es incompatible con su dignidad, con su soberanía, con su egoísmo natural o innato ... por eso bien se puede decir que el prójimo es un enigma para el hombre y la razón natural no proyecta una luz suficientemente irradiante e inmensa como para poder disipar siempre esas dudas y determinar por razón de la dignidad y nobleza que se reconoce en él una actitud de respeto y consideración.

Ésta es la situación verdadera en que se encuentra el hombre. Estos problemas consigo y con el prójimo son los que viene a resolvernos Dios mediante la religión positiva, mediante la religión revelada. La revelación es una ayuda, es un auxilio, es un socorro que Dios dispensa a la humanidad en vista de la impotencia moral en que se encuentra para conducirse dignamente. La historia nos señala a qué abismos de degradación había descendido la humanidad, la historia nos enseña qué acerbo de errores aceptaban las inteligencias más privilegiadas.

Jesucristo resuelve esos problemas, el primer problema de la superioridad lo resuelve de forma tajante ... mediante la enseñanza de la inmortalidad y espiritualidad del hombre, mediante la enseñanza de una vida de ultratumba que es la vida en la que el hombre encontrará la plenitud de todo lo que anhela y necesita ... el segundo problema, el problema del prójimo lo resuelve también de una forma admirable. Sabe Cristo que no siempre aparecerá el prójimo digno de nuestra estima y consideración y sin embargo él le hace siempre digno de nuestra estima y consideración invistiéndole de sus propios derechos ... sea cualquiera que fuere el prójimo puede acogerse a estos derechos de Jesucristo que como rey y señor siempre es digno de respeto y veneración ... él encubre con esta tutela los defectos del prójimo y señala la conducta a seguir ... amaos los unos a los otros como yo os he amado ... amaos como miembros de un mismo cuerpo ... y por si este mandato llegara a ser letra muerta, por si este mandato fuera poco expresivo instituyó la Eucaristía, que es el Gran sacramento social, que es el gran sacramento de las humanidades ... Por si esa investidura jurídica que hace al prójimo fuera poco, por si no fuera suficientemente inteligible, se transustancia bajo las especies de pan y vino y nos manda que le comamos, nos manda que le recibamos ... para que cada vez que le veamos depositarse en cada uno de nuestros semejantes apreciemos a uno por lo que tiene de apariencias sino por lo que oculta y encierra, que es él mismo ... Así se comprende que expresamente dijera que quien quiere ofrecer una ofrenda en el altar y recuerda que tiene enemistado a un hermano, se vaya donde él y se reconcilie ...

Por eso la Eucaristía es la culminación cristiana de los derechos de la humanidad, de los derechos del hombre, de la dignidad del hombre, por eso la Eucaristía se llama desde un principio el signo de unidad, el vínculo de la caridad y símbolo de la concordia y este sentido social de la Eucaristía se descubre en todos los textos, en toda la enseñanza de la Iglesia primitiva ... Así leemos en uno de los primeros documentos posterior a los evangelios ... la Didache ... que dice ... *así como los granos dispersos una vez molidos y amasados han venido a constituir esta hostia blanca, este pan, de la misma forma todos los cristianos que se acercan a recibir este manjar aunque sean de diversa procedencia y diversa clase han de ser un solo cuerpo y una sola alma ...* y tan bien lo entendieron ... que aquellos de verdadero fervor evangélico llegaron a establecer hasta la comunidad de bienes materiales que es la expresión más clara de la comprensión e inteligencia de esta doctrina ...

## Oportunidad de los Congresos Eucarísticos. 26 de mayo 1946

Amadísimos fieles:

El domingo pasado salimos al paso de algunas objeciones que corren de boca en boca contra la oportunidad o la celebración de estas solemnidades externas y espectaculares, como son los Congresos Eucarísticos. Nos hicimos cargo del reparo que tienen muchas personas que creen poder ver en estas manifestaciones religiosas una intención política más o menos disimulada. No vamos a discutir si se da o no una coincidencia fortuita, casual, completamente involuntaria y ajena de fines. Pudiera ser. Pero aun en el peor de los casos de una coincidencia fortuita, casual, que como tal es inevitable, eso no debe ser óbice para que nosotros busquemos nuestra finalidad religiosa y la promovamos. Los Congresos son solemnidades que la Iglesia organiza prescindiendo en absoluto de toda consideración de tipo político y los organiza donde quiera que se le permita.

A continuación nos referimos a otro motivo por el que otros juzgan improcedentes o inoportunos estos Congresos en estas épocas de miseria o pobreza. Cuestan tanto ... se invierte tanto dinero ... Como nos hace el juego el demonio . Lo mismo en San Sebastián que en cada uno de nuestros pueblos, tienen lugar espectáculos y actos externos cuyos presupuestos y cuyos gastos representan miles de pesetas, y por la organización de esos actos, como pueden ser las corridas, los partidos, los cines, etc., con los que tampoco se llenan los estómagos, nadie eleva una protesta, o si alguien dice algo no se hace o se forma ese coro que vemos se forma cuando se trata de solemnidades religiosas ... Tampoco nadie deja de asistir porque los presiden y los honren con su presencia tales o cuales autoridades, o se exhiban tales y cuales banderas. Solamente es caro, o solamente es derroche aquello que se invierte para promover la fé o sacudir nuestro espíritu con unas ráfagas de vida. Se comprende que les parezca un derroche injustificable a aquellos para quienes no existe espíritu, pero para nosotros los creyentes, para los que sabemos que tenemos un alma, para los que sabemos que los males que padece el mundo no provienen fundamentalmente más que de motivos de tipo espiritual o interno; que serán el egoísmo que retiene más de lo que debe, de la ambición que acapara lo que no es suyo, del odio que aísla y separa ... para nosotros que tenemos una visión más completa y más amplia de las cosas ... para nosotros no son derroche, ya que a la larga o a la corta lo que ha de salvar al mundo ha de ser como lo estamos escuchando de labios de personajes de todas partes una efusión de espiritualidad. Satisfagamos las exigencias del espíritu, avivemos mediante estas solemnidades la caridad, despertemos la conciencia religiosa, ya que donde no hay religión,

donde no hay temor de Dios, no puede haber más moralidad que la legalidad, o mejor dicho una disciplina externa impuesta y mantenida por la fuerza. Cristianos, católicos ... no hagamos juego al enemigo que trata de encubrirse y pasar por ángel de luz.

Es verdad, dirán otros, es verdad que están bien esas solemnidades, esos actos, pero resulta molesto, resulta insoportable que para cada uno de ellos nos vengan primero con la bandeja, que nos vengan a pedir, siempre a pedir. La primera observación que tengo que hacer, la primera cosa que tengo que recordar es que el oficio de pedir para nada es tan molesto como para quien tenga que hacerlo, a nada que tenga una pizca de dignidad y amor propio. Para nadie es tan desagradable como para quien tiene que hacerlo. Pero reflexionemos un poco más. Es verdad que para todo tienen que pedir hoy en la Iglesia, esa iglesia que no tiene capitales que le produzcan, esa Iglesia que no tiene fábricas o campos. Los tuvo en un tiempo ... y se los quitaron injustamente, aunque creo que también providencialmente y está mejor sin ellos, aun cuando se vea precisada a mendigar en cada hora y para cada cosa. Porque así primero tendrá una mayor imparcialidad de juicio para estimar y juzgar las cosas, sin que le incline afecto alguno a cosa adquirida y segundo, de esta forma estará obligada a ocupar el puesto que le corresponde, junto al pueblo, al lado del pueblo del que tiene que vivir, del que necesita a cada momento. Nadie se extrañe de lo que digo. La Iglesia es divina, divino es el tesoro de la doctrina que guarda, pero son humanos como todos los demás los hombres que le representan y naturalmente pueden correr el riesgo de dejarse seducir por la tentación de los bienes que poseen y del favor de aquellos a quienes se deben. Está de enhorabuena siempre la Iglesia que permanece en contacto con el pueblo, lo mismo que es afortunado aquel pueblo que tiene a la Iglesia como a su amigo, pues esa Iglesia podrá disponer de magníficos resortes para tutelar sus derechos y salvaguardar su dignidad. Si le tiene a la Iglesia junto a sí nadie podrá jamás llegar a tiranizar a ese pueblo, cuya conciencia de dignidad se mantiene viva gracias a la doctrina de la Iglesia que le fermenta.

He dicho que está de enhorabuena la Iglesia que permanece junto al pueblo, que se ve precisada a recurrir al pueblo porque así podrá estar en condiciones de cumplir su misión de ser el fermento de la masa, de ser la levadura que la preserva de la degradación y corrupción ... no he querido sentar la afirmación en el sentido de que es y ha de ser el pueblo, sus aspiraciones, sus anhelos, sus juicios, sus opiniones, el patrón al que ha de ajustarse la Iglesia en su vida, en su actuación.. Eso no, porque también el pueblo tiene sus pasiones y sus equivocaciones, también el pueblo viola la justicia y da cabida a la ambición o al egoísmo. Pero al fin y al cabo el pueblo es la masa que tiene que santificar la Iglesia, el pueblo son las almas redimidas por Cristo y de las que no puede desentenderse y, por otra parte, es el pueblo la porción más numerosa, más necesitada y de ordinario también la víctima. La Iglesia que necesita del pueblo y vive del pueblo más difícilmente se dejará llevar por la tentación de halagar y vivir del halago de las fuerzas que a veces se oponen al pueblo ...

Dichoso el pueblo que tiene por amiga a la Iglesia, porque la doctrina que enseña la Iglesia, el cristianismo, ha sido y seguirá siendo la única y la mejor salvaguardia de sus derechos y de sus anhelos ... *"El cristianismo ancla los derechos del hombre en la estructura del universo. Pone a estos derechos donde no les dañe la interferencia de los hombres, ..."* decía hace poco un escritor muy renombrado y muy leído, Walter Lipmann. Así añadía él, *"las pretensiones de los déspotas resultan herejías. Y desde que existe esta revelación aunque muchos déspotas hayan recibido las bendiciones del clero, ninguna tiranía ha poseído firmes títulos ante el tribunal de la conciencia humana, ningún esclavo ha sentido que la esperanza de libertad haya desaparecido para siempre. Porque en el reconocimiento de que en cada hombre había una última esencia, esto es, una alma inmortal, que sólo Dios podía juzgar, se ponía un límite al dominio del hombre sobre el hombre"*. ¡Qué pena que no tengamos tiempo para comentar este bellísimo y acertadísimo párrafo de uno de los escritores más leídos del mundo!.

Y el pueblo efectivamente desea que la Iglesia no se divorcie de sí mismo. Anhela su presencia por una especie de instinto de conservación. Lleva muy mal que ésta arribe a ciertas clases o ciertos sectores que no tienen representación del pueblo. Pero tampoco ha de llevar mal que la Iglesia por acercarse al pueblo no se separe de otros que acaso representan la autoridad, o cuando menos son tan hijos de Dios como son los del pueblo. También allí tiene una misión, también allí tiene que trabajar, allí tiene que ser la luz y la levadura. Por este motivo a nada vienen todas esas críticas que se oyen porque la Iglesia coopera con la autoridad, mantenga relaciones cordiales con la autoridad. De buscar algún motivo de crítica habría que buscarlo en que la Iglesia se desentiende del pueblo, pero no en que trate con la autoridad.

## Congreso Eucarístico Provincial de Guipúzcoa

## "Las cosas son las que son ... "

Ya se ha divulgado la noticia. Próximamente se va a celebrar el gran Congreso Eucarístico Provincial de Guipúzcoa. Mejor dicho todos y cada uno de los guipuzcoanos vamos a celebrarlo. Es cosa que nos afecta personalmente. Y la primera intervención personal, de la que nadie que se tenga por hombre debe excusarse, es pensar o reflexionar un poco por propia cuenta en lo que es un Congreso Eucarístico.

*"Basta de aprender, !Pensar!"*, exclamaba no hace mucho un prohombre. Nos arrastra la corriente, estamos sin dirección, vamos a la deriva. *"Existir es resistir, hincar los talones en la tierra para oponerse a la corriente. La vida tiene realidad en la medida que es auténtica, en la medida en que cada uno siente, piensa o hace lo que él individualmente tiene que sentir, pensar y hacer"*. Así se expresa otro sabio alarmado por el espíritu gregario y puramente instintivo que inspira hoy a la humanidad.

Y la primera consideración a la que tenemos que asirnos para no tener que pensar o sentir necesariamente igual que lo hacen otros, e ir a la deriva en todo como si no fuéramos más que unos palos, es aquella que hacía en cierta ocasión un célebre escrito inglés: "Las cosas son las que son, y las consecuencias serán las que deban ser. ¿Por qué vamos entonces a engañarnos a nosotros mismos?"

"Las cosas son las que son ... ". Es una vulgaridad, pero digna de tenerse en cuenta. ¿Qué son los Congresos Eucarísticos?. Vamos a ver lo que son, sin tener en cuenta precisamente lo que dicen que son.

## Jornadas de fe

La Iglesia viene organizando Congresos Eucarísticos desde hace muchos años. Los organiza en tiempos de prosperidad y de crisis, en tiempos de paz y de guerra, en todos los países, bajo todos los regímenes. Los organiza y los fomenta para satisfacer las exigencias perennes e invariables del espíritu humano, las necesidades íntimas y universales del alma humana y comunes a toda la humanidad y a toda la cristianidad. La música, las novelas, el arte, no hartan el estómago, pero el hombre y la mujer aun a costa del estómago, no se privan de lo que necesitan para su espíritu. De todo necesita el hombre y el alma humana tiene necesidad de fe y de lo que contribuye a avivar su fe, o a ofrecerle la expansión que necesita.

Los Congresos Eucarísticos son unas auténticas movilizaciones de las masas cristianas, que la Iglesia ordena para proclamar públicamente los derechos de Dios, cuyo reconocimiento y aceptación establece la única base incommovible de los derechos humanos. Debemos considerarlos como una fervorosa y espontánea aceptación de esa soberanía divina y al mismo tiempo como una exaltación de los verdaderos valores humanos, echados en olvido cuando el hombre deja de creer en Dios.

Dios tiene sus derechos indiscutibles sobre nosotros sus criaturas. *"Somos criaturas, realidades sumergidas en la realidad, que tropezamos por doquier con realidades que existen sin necesitarnos. Somos criaturas, existimos sin haber sido consultadas, sin haber escogido ninguna de las condiciones del ser, sin que cosa alguna espere que la comprendamos para existir"*, como dice un pensador.

La fe, la aceptación de todo lo que Dios ha revelado es, en el orden presente de la economía sobrenatural, el único reconocimiento aceptable de los derechos divinos. Y para presidir e inspirar estas manifestaciones, la Iglesia ha escogido a Jesús Hostia, porque en la Eucaristía encuentra nuestra fe, su madurez y su plenitud.

Pero no olvidemos que el reconocimiento de los derechos divinos es afianzamiento y garantía de los derechos y valores humanos. Por eso ha podido escribir uno de los escritores norteamericanos más leídos y prestigiosos, Mr. Walter Lippman: *"El cristianismo ancla los derechos del hombre en la estructura del universo. Pone a estos derechos donde no les dañe la interferencia de los hombres. Así, las pretensiones de los déspotas resultan herejías. Y desde que existe esta revelación, aunque muchos déspotas hayan recibido las bendiciones del clero, ninguna tiranía ha poseído firmes títulos ante el tribunal de la conciencia humana, ningún esclavo ha sentido que la esperanza de libertad había desaparecido para siempre. Porque en el reconocimiento de que en cada hombre había una esencia -esto es, un alma inmortal-, que sólo Dios podía juzgar, se ponía un límite al dominio del hombre sobre el hombre"*.

El caos y la confusión de ideas, de derechos y deberes, no desaparecerá mientras no miremos a las cosas a través de la luz de la fé, la única capaz de descubrirnos en la persona del prójimo, por encima de las apariencias de pobre o rico, amigo o enemigo, compatriota o extranjero, a un hermano nuestro investido por Dios de derechos inviolables y digno siempre de nuestro respeto y consideración.

Pesará sobre la humanidad una amenaza inevitable de odio, de violencia, de injusticia o desorden. Hay un dique que puede contenerla. Es la caridad. Por ese motivo estas solemnidades religiosas son además.

## Jornadas de caridad

La dignidad de la persona humana está a salvo donde son acatadas las verdades cristianas. La verdadera fé nos impone una actitud de respeto y amor hacia el prójimo, prescindiendo de las diferencias externas y hasta de su condición interna de creyente o no creyente.

La proclamación de los derechos de Jesucristo es la afirmación de los derechos de los desheredados, que el mundo desprecia, de los afligidos, de quienes fácilmente se olvida, de los sedientos de justicia, cuyas voces se pierden en el espacio sin eco, de todos aquellos que anhelan y necesitan apoyo, asistencia, amor y paz. *"Yo tuve hambre me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; era peregrino y me hospedasteis; estando desnudo me cubristeis, enfermo me visitasteis; encarcelado, vinisteis a verme. Cuándo . . . ? En verdad os digo: siempre que lo hicisteis con algunos de éstos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis"*. (D. Mat.15).

Leíamos hace poco: *"Donde la caridad no remate la justicia y donde el enfermo no encuentre sonrisas, porque no se estipularon sonrisas, sino sólo inyecciones en la póliza del seguro de enfermedad y donde el anciano no halle una paciente atención, no jurídica, a sus interminables relatos del pasado, sería un mundo triste y hosco, que acabaría en el odio y en la violencia a tantas leguas de la ley estricta, como el amor y el abrazo"* Ecclessia. nº 202. La caridad es factor indispensable de felicidad y de paz.

Jesús Eucaristía, a su paso por nuestros pueblos o calles, no va exigiendo o deseando solamente el homenaje mudo de unas guirnaldas, de unos arcos, o de unas flores. Desea y busca algo más. Pide corazones. Quiere el corazón del pudiente para hacerlo sensible a las necesidades del pobre. Busca el corazón del patrono para que comparta paternalmente su suerte con sus obreros. Invita al obrero para que no se aleje de El, que fué obrero y sus anhelos de justicia y paz; el reino de Dios que vino a implantar no son solamente para el otro mundo. Necesita que superiores y subordinados, pobres y ricos, violentos y pacientes, todos, se amen mutuamente, ya que el distintivo de nuestro cristianismo no tiene que ser el emblema de la solapa sino la caridad.

Guipúzcoa entera debe desbordarse en amor y celo por el bien del prójimo. Nuestro amor a Dios necesita este sello de autenticidad que le da la caridad. La gloria de Jesús Hostia han de proclamarla nuestras Iglesias llenas para santificar los días festivos: nuestros enfermos acogidos

en amplios e higiénicos hospitales y sanatorios; nuestras familias instaladas en viviendas decentes; nuestros obreros que han de participar de la prosperidad a que contribuyen con su trabajo; nuestros jóvenes con oportunidades para satisfacer sus anhelos de superación y entregados a su formación y al trabajo y disfrutando de honestas diversiones. Todo esto debe ser una realidad, si es que todos y cada uno de los guipuzcoanos ofrecemos a Jesús el corazón que nos pide para modelarlo según el suyo.

### Jornadas de reparación

Hemos señalado lo que debemos hacer mirando adelante. Antes de echar el velo sobre el pasado, vamos a ver lo que tienen de remediable nuestros males.

Los unos vamos a poder reparar la tibieza o frialdad pasadas; hemos vivido olvidados de nuestro primer huésped y nuestro mejor amigo: Jesús en la Eucaristía. No pasaremos delante de su Sagrario sin detenernos a ver o tener un recuerdo; cuando menos, nos santiguaremos al pasar por donde esté El.

Otros vamos a tener que darle una satisfacción por tantos pecados y sacrilegios que hemos cometido comulgando indignamente. La mejor satisfacción va a ser recibirle frecuentemente y bien.

Los que le hemos maltratado o despreciado en la persona de nuestros prójimos, vamos a tener en lo sucesivo entrañas de compasión para cuantos sufran alguna privación o aflicción, prestándonos espontáneamente a remediarlo en la medida de nuestras posibilidades.

Todos vamos a sentir una mayor estima de nuestra vocación cristiana. "Es una tragedia para el mundo que esa gran fuerza y ese gran dinamismo que constituyen nuestra fé y nuestra caridad, permanezcan encerrados en nuestros corazones". Jesús viene a recordarnos su propósito de establecer el reino de amor y felicidad en este trágico y turbado mundo para consumarlo en la otra vida.

En pie y en marcha todos los guipuzcoanos. Nadie se excuse ni se escandalice porque "las cosas son las que son y las consecuencias deben ser las que deban ser".



## La Eucaristía culminación de la dignidad humana

Amadísimos fieles:

El domingo pasado terminábamos diciendo que el hombre no tiene problemas propiamente dichos, más que consigo y con el prójimo. Su postura y su actitud con Dios es el proveniente de sus relaciones consigo y con el prójimo. Veíamos cómo resolvía Jesucristo y cómo debe resolver el cristiano su propio enigma: mediante la subordinación de lo material y temporal a lo espiritual y eterno, que es su alma; mediante la soberanía de lo espiritual sobre lo material en todo. Y el enigma del prójimo queda también descifrado para siempre con una claridad meridiana desde el momento que Jesucristo inviste a nuestro prójimo, sea cual fuere su dignidad y su facha, con los propios derechos, con los derechos que se deben a su persona soberana. Pero Jesucristo, nuestro Señor, no se conformó con esta investidura, que pudiéramos llamar jurídica, con la transmisión de sus propios derechos, con la tutela y protección moral de sus derechos, quiso llegar a más y, por si su código quedara en letra muerta y por si se le echara en olvido, ideó otro recurso para tutelar a nuestro prójimo, para elevar a nuestro prójimo ... este medio es la eucaristía, para lo cual se trasubstancia bajo las especies de pan y vino y nos ordena que le comamos, nos ordena que le recibamos, para que después que le veamos sepultarse en las entrañas de cada uno de nuestros semejantes, recordemos mejor y cumplamos mejor aquello de amar al prójimo por Dios, de amar al prójimo, sea pobre y rico, paisano o extraño, por encima de las apariencias por que el prójimo supone, por lo que Jesucristo puede exigir.

Por eso la Eucaristía, al par que es la dejación, el despojamiento de sus derechos de parte de Dios, que se queda en ese estado invisible, sin personalidad como quien dice, es la culminación de los derechos humanos; es la culminación de la dignidad humana que queda elevada a un rango divino. Aquí podríamos atrevernos a asentar una proposición que quizá pudiera parecer a alguien atrevida y es ésta: Jesús, que voluntariamente, se ha despojado en la Eucaristía de sus derechos divinos, sin nada que le haga reconocer no ya como Dios, sino ni siquiera como hombre, ni como ser viviente, Jesús, que ha llegado a ese despojo propio y Jesús que por otra parte categórica y terminantemente nos ordena y nos manda que le comamos, que le recibamos, Jesús Eucaristía, no puede reclamar ni puede aceptar ningún homenaje que en su base; que como su primer objetivo, no sea un reconocimiento o una aceptación de los derechos de nuestro prójimo de nuestro semejante, Jesús se ha quedado en la Eucaristía sobre todo para tutela y defensa de los derechos del prójimo, de los derechos del hombre.

En cuanto a lo primero, que Jesús no puede aceptar ningún homenaje que previamente no sea una aceptación de los derechos del prójimo, el pensamiento del Evangelio es terminante cuando dice Jesús mismo: *"el que suba al altar y se acuerde de que tiene enemistado al prójimo,*

*deje la ofrenda y antes de proseguir adelante, antes de pretender ponerse en comunicación con Dios váyase y reconcíliase con su hermano y entonces podrá aceptar Dios su ofrenda".* En cuanto a lo segundo que hemos afirmado, o sea, que la finalidad que Jesucristo ha tenido al instituir la Eucaristía, esta finalidad ha sido una finalidad social, concretamente promover de una forma más eficaz la solidaridad, la unión, el respeto mutuo entre los hombres, no es tampoco ninguna herejía, es una verdad claramente contenida en la Teología, en la tradición y prácticas eucarísticas. Ya lo veremos.

Cuando se habla de Eucaristía, han pensado muchos que se ha quedado Jesús; para solaz de los mortales que con su contemplación podamos reanimarnos en las horas de desaliento y tristeza. Bien que también para eso sirve Jesús en la Eucaristía, Jesús en el sagrario ... pero no lo instituyó para eso. Otros piensan que para aumentarnos la vida de gracia ... ésta Dios nos la comunica de diversas formas y para ello le bastaba a Jesucristo haber instituido la Penitencia o confesión.... Jesucristo ha instituido la Eucaristía. La ha instituido para promover la unión con Dios simultáneamente con la unión con el prójimo y por eso en toda la tradición se le llama el sacramento de la caridad, el vínculo de la caridad. Su misma institución en forma de banquete, en forma de comida en la que se unen los miembros de una familia, o una institución, se ordena externamente a darnos a entender este sentido que tiene en sí. Los primitivos cristianos tenían tan profundamente grabado este sentido que en la santa misa, momentos antes de comulgar, cuando todos comulgaban, introdujeron un rito, que hoy ha quedado reducido casi a la nada. Introdujeron el rito del abrazo o beso que tenían que darse unos a otros todos los que iban a comulgar, que eran todos los que asistían a misa. Hoy este rito se conserva en las misas solemnes, en las que el sacerdote da el ósculo al diácono y éste al subdiácono y ahí acaba, o a lo sumo, se da a besar un medallón a los cristianos, que efectivamente lo besan o se santiguan después sin saber el sentido de todo aquello.

¿Qué mejor y más apto podía haber ideado Dios para ganarse nuestro corazón y fomentar en nosotros esos sentimientos que reclama la fraternidad, la solidaridad de la Eucaristía?, La fraternidad y la solidaridad reinan donde hay igualdad, cuando falta esta base son efímeros de ordinario esos sentimientos. Por eso Dios ha querido despojarse de todo lo que pudiera ponerle por encima nuestro, se ha rebajado al ras nuestro, menos todavía ... porque queda oculto, como si no fuera nadie ... la fraternidad y la solidaridad se dan donde no hay ambición, donde no hay ostentación ... ¿qué podía haber hecho Dios para quedar sin ambición más que el abandonarse aun en manos del sacrificio, qué más podía haber hecho para evitar la ostentación y todo aire de superioridad que transformarse u ocultarse bajo las especies de pan y vino que son las dos comidas más comunes y vulgares de las que nadie puede prescindir...? ¿Qué admirable es la sabiduría que preside la Eucaristía?. Se comprende aquello que dijera San Agustín: "siendo sapientísimo no pudo idear otro medio mejor que la Eucaristía para darse a los hombres". Es pues, amadísimos fieles, el sacramento social por excelencia.

¿Quién de nosotros, que alardeamos de esos sentimientos de igualdad, solidaridad, quién de nosotros, que echamos en el mundo de menos esa igualdad y esa solidaridad, no vamos a negar a tributar el homenaje de nuestra admiración de nuestra adhesión, a Jesús Eucaristía?. ¿Quién de nosotros puede decir que ofende sus sentimientos, hiere su sensibilidad, esa Hostia blanca, ese Dios anonadado?. A nadie puede ofender ese Dios que se ha ocultado para ser menos que cualquiera, a nadie puede herir, a nadie puede provocar Jesús Hostia, que queda en ese estado de anonadamiento, Jesús Hostia, que se queda precisamente para defender nuestros derechos, sobre todo los derechos de los que nos sentimos pospuestos, relegados, víctimas de todas las injusticias. Rindámosle nuestro homenaje en este Congreso Eucarístico.

Tomo II. Sermones  
Libro 2°. Sermones, 1ª parte

## Predicación, la oración

## Índice

1. Importancia de la oración
2. Función de la Oración en nuestra vida
3. Oración-uni6n con Dios
4. Efectos de la Oraci6n
5. Efectos de la Oraci6n
6. Necesidad de orar
7. Condiciones de la Oraci6n
8. Perseverancia en la Oraci6n

## Importancia de la oración

Amadísimos hermanos:

Una de las invitaciones, es más, uno de los preceptos que más frecuentemente se repiten a lo largo de las páginas evangélicas es orar. "*Pedid y recibiréis ... sin mí nada podéis ... llamad y se os abrirá ... vigilad y orad ... orad sin cesar ...*" son expresiones muy corrientes en el Evangelio y por tanto en boca de Cristo. Dos observaciones, ambas interesantes, cabría hacer a los hombres de hoy en torno estas enseñanzas evangélicas. Primera observación es que Jesucristo Nuestro Señor no recomienda la oración precisamente a almas escogidas, sino a toda clase de hombres: es en particular a éstos a los que se dirige en casi todas las ocasiones, a hombres curtidos en las luchas de la vida, a hombres llenos de graves preocupaciones, activos y decididos a hombres llenos de confianza en sí mismos, a hombres arrojados. Es cosa que a nosotros los modernos nos cuesta concebir. La oración y su práctica la concebimos como cosa más propia de mujeres o de personas encogidas y timoratas, o cuando menos desocupadas o ajenas a las graves preocupaciones de la vida.

Y la segunda observación, no menos interesante y actual que la primera, es que no recomienda ni concibe Cristo la práctica de la oración como un recurso, el más fácil de resolver las dificultades de la vida: no recomienda la oración como medio para evadirse fácilmente a las luchas de la vida. Nunca promete a quienes practican, a pesar de que siempre insiste en la eficacia de la misma, la posibilidad de evadirse de dichas luchas y dificultades, ni sus oyentes se formaron tal idea y en consecuencia se les ocurrió renunciar a las tareas y ocupaciones necesarias para vivir. Es más tarde cuando, interpretando mal el pensamiento de Cristo o exagerando un aspecto de la verdad predicada por Cristo, cuando se producen en la Iglesia unas aberraciones que tiene que condenarlas como herejías. En resumidas cuentas, son dos las enseñanzas que se desprenden de una primera y simple ojeada a las páginas evangélicas: que la oración es un ejercicio de culto, que la oración es una práctica que Jesucristo recomienda y prescribe a todos los hombres, sin que las ocupaciones y las luchas de la vida puedan excusar a nadie de su práctica y sin que sea más adecuado o propio de una determinada clase de personas o de un estado. Y, en segundo lugar, que Jesucristo no presenta la oración como un recurso para sustituir las luchas de la vida o para evadirse fácilmente de las mismas apoyándose en Dios.

La oración, tal como concibe Cristo, no es más que la religión vivida, la religión en acto, pues si la religión sustancialmente es el reconocimiento espontáneo, la relación consciente y voluntaria de la criatura con su Criador, del hombre con su Dios, la oración es la forma más auténtica de dicha relación, por cuanto mediante la misma la criatura reconoce su dependencia rindiendo el homenaje de servidumbre mediante la adoración o la acción de gracias o expiación,

o suplica según su motivo determinante, sea la superioridad divina, los beneficios recibidos, la falta cometida o la necesidad propia. Jesucristo nos recomienda todas estas formas de oración.

Pero por si sus palabras fueran poco expresivas o tuvieran poca fuerza o vigor para llamar nuestra atención, Jesucristo quiso ratificar sus enseñanzas con su manera de obrar. Es singularmente interesante observar su conducta acerca de los necesitados, a quienes encuentra. En tiempos de Jesucristo había muchos tullidos, muchos enfermos, muchos ciegos en Palestina, pero solamente quiso hacer partícipes de los beneficios de su omnipotencia a aquellos enfermos, a aquellos tullidos, a aquellos ciegos que recurrieron a El suplicando la curación o el auxilio. El mismo evangelio de hoy (3 domingo de Cuaresma) nos presenta dos casos curiosos e interesantes desde el punto de vista que estamos considerando. Se trata de la curación del leproso, que en las proximidades de Cafarnaum se acerca al Señor y le dice: "*Señor, si quieres, me puedes curar*". Y el Señor le responde extendiendo su mano y tocándole: "*Quiero, sé limpio*". Y en aquel momento quedó completamente curado. El otro caso es el del Centurión, que sale al encuentro del Señor para que curara a un siervo suyo que estaba sufriendo mucho, víctima de una parálisis. El Centurión le suplica que lo cure, ya que su poder alcanza la salud y el Señor atiende a su súplica quedando curado en aquel mismo instante, aunque estuviera distante. A lo largo del Evangelio y por medio de tantos milagros se pone de manifiesto que Dios Nuestro Señor tiene como norma el conceder sus favores a aquellos que le hacen objeto de sus súplicas. Así hablamos de descubrir la importancia de la oración como medio de acercarse a Dios y hacernos acreedores a sus beneficios.

Pero, por si fuere poco todo eso, para revelarnos toda la importancia de la oración, el Señor, que vino a ser modelo viviente nuestro, el Señor, que quiso ratificar sus enseñanzas con su conducta, practicó la oración frecuentemente. Muchas veces encontramos en el Evangelio expresiones que nos revelan que Jesús solía pasar las noches en la oración, que Jesús solía orar antes de hacer un milagro, que Jesús solía dar gracias al Señor por cualquier beneficio y asimismo nos muestra el Evangelio asistiendo, unas veces en secreto y otras en pública, a aquellas solemnidades que solían tener lugar en Jerusalén en honor del Verdadero Dios, a partir de sus doce años que subió al templo por primera vez con sus padres, en Día de Pascua, hasta los últimos días de Pasión, en que le sorprendieron en Jerusalén asistiendo también a dichas solemnidades. Aparte de eso, cuando tiene que comenzar la vida pública, le encontramos en el desierto pasando cuarenta días de oración y ayuno y para la misma pasión se preparara mediante la oración, como nos expone el Evangelio en aquellas páginas sublimes de la Cena y del Huerto de Getsemaní ... Seguirá orando en el patíbulo de la cruz y muere orando ... encomendando su espíritu al Padre ... ¿Qué más podía haber ideado o haber hecho el bueno de Jesús para recomendarnos la vida de oración?.

Bien ha entendido la Iglesia esta enseñanza de Jesús cuando considera en toda su tradición y liturgia la práctica y el ejercicio de la oración como el primer ejercicio de culto y uno de los deberes, el deber más ineludible del buen cristiano. Bien muestra los beneficios de la oración en esos modelos de santidad que registra en su catálogo de santos, que a pesar de ser de la misma pasta que nosotros, han llegado a esas cimas de la santidad que no podemos menos de admirar. La nota característica común de todas las fisonomías de todos los santos ha sido el aprecio de la oración y su práctica intensa. "Quien sabe bien rezar, cabe bien vivir", decía San Agustín, que merced a los ruegos de su santa madre se transformó radicalmente. Estaba en la oración el secreto de los éxitos de San José Cotelengo, que pudo atender y alimentar y educar a miles de niños sin otro recurso que la confianza ilimitada en la oración. Estaba en la oración la clave, el resorte, con el que conseguía todo lo que le hacía falta un San Juan Bosco. Estuvo en la oración la fuente de la energía y de la fuerza que necesitó San Francisco de Sales para dominar y vencer su temperamento violento y llegar a transformarse en el hombre más bondadoso y dulce de su

época. Estuvo en la oración asidua y constante la clave de la fecundidad de vida de un hombre corto de alcances y facultades como era el Cura de Ars, a quien se dudó en ordenarle por lo mismo y que luego llegó a ser el hombre prudente, el consejero más solicitado de su época. El hombre se eleva sobre su fondo común de miseria, mezquindad y pobreza mediante la oración.

## Función de la Oración en nuestra vida

Amadísimos hermanos:

Vamos a continuar hablando de la oración. Siendo como es la oración un ejercicio tan recomendado por Cristo, tan inculcado por la Iglesia y tan beneficioso por los frutos que ha producido en los hombres que la han practicado, ¿cómo seremos los hombres de hoy tan reacios a su práctica, cómo representa tan poca cosa en nuestras vidas la misma?.

Hoy vamos a considerar dos aspectos de la oración muy importantes que pueden contribuir positivamente a vencer nuestra resistencia a la práctica de la misma o superar nuestra apatía. Desde luego los hombres de otras épocas han orado y todos los pueblos y todas las civilizaciones nos han dejado testimonios del aprecio y estima en que han tenido a la oración. Los romanos que invadieron todo el mundo entonces conocido en todas partes erigieron templos a la divinidad y nuestros antepasados de la Edad Media sembraron el suelo de la Cristiandad de catedrales y de capillas góticas. ¿Acaso alguno pudiera pensar que ese esfuerzo de los hombres por acercarse a Dios y congraciarse con Dios es más bien testimonio de la falta de confianza de esos hombres en sí mismos y un conato de remediar la impotencia mediante una asistencia fácil de la divinidad.? Tengamos presente que los que erigen esos templos y los que se esfuerzan más por acercarse a la divinidad no son precisamente pueblos y hombres decadentes; son hombres entregados a grandes empresas, conscientes de su dignidad y grandeza, son pueblos conquistadores, pueblos en plena tensión los que oran y en todo ello más que testimonio de su desconfianza, hemos de ver expresión y manifestación de su profundo sentido religioso, de este sentido de lo sagrado que en nosotros se va atrofiando en perjuicio de nuestro perfecto desenvolvimiento humano y perjuicio de la sociedad, ya que los que carecen de ese sentido son más elementos constitutivos de la misma como afirma un sabio de nuestro siglo.

Recuerdo una anécdota curiosa que trae un escritor de nuestros días. Dice que conoció a un hombre que sufría por no ser Dios. Acaso nosotros pensamos que ese tal tenía que ser víctima de un acceso de locura o enajenación. ¿Puede concebirse un hombre cuerdo, sano que sufra efectivamente por no ser Dios?. Creo que sí: es más, cualquiera de nosotros puede llegar a sufrir por ello si se pone a pensar un poco. En efecto: ¿qué es ser Dios?. ¿No es acaso ser dueño de sí mismo; dueños del propio destino, poder disponer uno de sí mismo como le da la gana, pero dueño de sí mismo y poder disponer de sí como le da la gana sin depender de nadie en absoluto con pleno derecho, con plena razón?. ¿Y qué es ser criatura por otra parte?. Ser criatura es depender de otro, tener sumisión y obediencia, tener que acatar las condiciones que a la misma le impongan, pero es depender de otro aunque uno no lo quiera, deber sumisión u obediencia aunque a uno no le agrade, tener que acatar unas condiciones aunque le fastidien y no



las quiera aceptar. No cabe duda que la condición de ser Dios es una condición bien agradable, bien aceptable así como la condición de ser criatura es humillante, poco grata, nada envidiable y el corazón humano tan sensible a la envidia no puede menos de apetecer la primera de la misma forma que aborrece la segunda por su amor propio. ¿Tiene algo de particular o es inconcebible que un hombre sufra por no ser Dios en un mundo en el que no tiene y no ve otra alternativa que ser Dios o criatura, ser Dios y por tanto poder disponer de sí con pleno derecho o ser criatura y tener que subordinarse, deber subordinación, tener que aceptar unas condiciones de vida que quiera imponerle su Criador, su Dios?.

O somos Dios o somos criaturas. No hay otra alternativa, otro dilema. Y porque no hay otra alternativa y es evidente que somos criaturas no es incompatible con nuestra condición que nos impongan unas condiciones que no nos agradan, unas condiciones que nos humillen y no tiene nada de particular que entre ellas exista la condición de tener que recurrir a Dios siempre que necesitemos algo. ¿Qué hubiera sido de nosotros si Dios nos hubiera dotado de todo, nos hubiera provisto de todo lo que habíamos menester, cómo hubiéramos podido resistir a la tentación de tenernos por Dios si hoy que nos falta de todo, hoy que sentimos nuestra miseria con tanto peso apenas nos resistimos y llegamos a sentirnos así como Dios pretendiendo hacer todo lo que nos da la gana?

*"Es vergonzoso orar"* decía Nietzsche. Pero ¿por qué es vergonzoso orar si vemos que no es el comer o el beber, aún cuando el comer y el beber sean funciones y actividades que no llevan a buscar fuera de nosotros el alimento o lo necesario para nuestra vida corporal y el orar significa lo mismo respecto de lo que necesita nuestro espíritu?. *"Hay en el hombre un grito de ángel y otro de bestia, decía el Cura de Aíns. El grito de ángel es la oración y el grito de la bestia es el pecado. El hombre que no ora es como el toro que mira a la tierra y busca un agujero donde esconderse en él.* La oración es el gesto del hombre que reconoce a su Criado, al mismo tiempo que confiesa su limitación. La actitud del que no ora es el gesto fatuo y ridículo y absurdo del hombre que se quiere hacer Dios y bastarse a sí mismo y disponer de sí mismo sin derecho para ello.

Pero junto a este aspecto, si se quiere un poco humillante de la oración vamos a recordar el otro más grato y si se quiere ennoblecedor de la misma. El deber de orar no solamente es el tributo que debemos como criaturas, la expresión de nuestra dependencia, sino también es el...rescate de nuestra libertad, el precio de nuestra autonomía. Dios únicamente a costa de que nosotros aceptáramos este deber ha salvado nuestra libertad, nos ha podido conceder la libertad y ha hecho que fuéramos dueños de nuestra suerte y de nuestro destino. Fijémonos: Dios nos ha puesto entre el cielo y el infierno. El salto que hay al cielo es demasiado grande para que podamos darlo con nuestras solas fuerzas. Pero si Dios nos hubiera dado todo lo que habíamos de menester, si Dios sin más hubiera puesto a nuestro alcance todo lo que habíamos de menester para ello, entonces hubiera podido decirse que nos había embarcado en una nave o en un avión que forzosamente hubiera tenido que arribar o aterrizar en el cielo. Nuestra salvación no hubiera podido ser mérito nuestro en ninguna forma. Lo mismo si nos hubiera dejado en absoluto desprovistos de lo necesario, sin recurso para dar ese salto, entonces El hubiera sido quien nos condenaba a perdernos cayendo en el infierno. No es pues el deber de orar una cosa que por puro capricho nos ha impuesto nuestro Dios: nos ha impuesto un juego ingenuo e infantil al que un poco ingenuamente nos ha sometido el Dios que conoce y sabe todo obligándonos a que le tuviéramos que pedir lo que sabía que habíamos menester.

Un autor célebre de nuestro tiempo ha afirmado que *"la oración es indispensable para nuestro supremo desenvolvimiento humano"*. Y en verdad como dice comentando esa frase del célebre Alexis Carrel otro sabio de la oración, aun considerada desde el punto de vista humano, es reflexión y es aspiración; es ejercicio del entendimiento y de la voluntad, con miras al bien

obrar y nadie puede negar que el bien obrar es todo el hombre. El que nunca reflexiona en su conducta moral es un irreflexivo. Nuestros valores morales deciden nuestra conducta. Y solamente en el repaso atento de la oración en ese estado de voluntaria inhibición de nuestras tendencias bastardas y de aspiración a la bondad sin límites, es como pueden elaborarse nuestros valores morales. Por algo decía Sta. Teresa que el alma sin oración es cual nave sin timón.

Nuestra salvación, está pues en la oración. Sin oración somos juguetes de nuestras propias pasiones y víctimas de las mismas.

## Oración-uniión con Dios

Amadísimos hermanos:

Decía un sabio griego, el célebre filósofo Platón, que *"el hombre que soporta la soledad es una bestia o es un Dios"*; y si se piensa un poco, se ve que no le faltaba razón. Pero nosotros los hombres de la Era cristiana podemos corregir, mejor dicho ampliar, el contenido de esa frase diciendo que es una bestia o incapaz de superar los instintos de bestia, no solamente el hombre que renuncia al trato y la relación con sus semejantes, a la tradición que representan ellos, sino todo aquel que no se eleva hasta establecer contacto y unión con Dios. El único contacto, la única compañía, la única relación que siempre engrandece, que siempre ennoblece, que siempre dignifica al hombre, es el contacto, la relación, la unión con Dios: ese contacto, esa relación, esa unión que establece con Dios por medio de esa aproximación, de esa conversación que llamamos oración. Hemos hablado en días precedentes de la función que desempeña la práctica de la oración en nuestra vida humana, y hoy vamos a tratar de los efectos que produce la misma en el hombre o en el pueblo que ora. Podemos distinguir dos clases de efectos: efectos naturales, que son los que quedan al alcance de nuestra curiosidad, de nuestra observación, en una palabra, de nuestros sentidos y facultades naturales; y efectos sobrenaturales, que se verifican en el fondo de nuestras almas y en orden al desarrollo de nuestra vida espiritual y sobrenatural que solamente pueden ser perceptibles para los ojos iluminados por la fé. Vamos a hablar en primer lugar de los efectos naturales.

La primera influencia que experimenta el hombre que ora es una sensación de seguridad, de tranquilidad y de firmeza. Diríase que para que el hombre pueda sentirse firme sobre esta tierra movediza, es necesario que se agarre al cielo, que se una a su Creador. Aun antes que la súplica haya sido escuchada por Dios, aun antes que haya merecido una respuesta del cielo, el hombre que ora está sintiendo que su inquietud, su turbación, su ansiedad, han dejado paso a la tranquilidad y a la paz. Un competentísimo médico de nuestros días advertía a sus compañeros de profesión que cuando se ve al paciente orar hay que alegrarse, pues la calma que produce la oración es el más poderoso auxiliar de la terapéutica. No es que se quiera expresar que la oración produce un efecto análogo al de la morfina, pues la oración origina a la par que una quietud una integridad de las actividades mentales y una floración de la personalidad. Poco a poco va produciendo un apaciguamiento interior, una armonía de las actividades nerviosas y morales, una mayor resignación ante la calamidad o la pobreza, la calumnia y las fatigas, así como la capacidad de soportar sin desmayo la pérdida de los suyos, el dolor, la enfermedad y hasta la muerte.

El ya celeberrimo Alexis Carrel, que fué galardonado con el premio Nobel de Medicina, ya en el año 1912, al término de una vida consagrada a la investigación y estudio, quiso resumir

sus experiencias y recogiendo las mismas escribió un libro que adquirió gran difusión en todo el mundo. Es el libro que se ha traducido a casi todos los idiomas y se intitula "La incógnita del hombre". Pero poco antes de su conversión al catolicismo y poco antes de morir, después de haber publicado esa obra antes citada, escribió también un breve pero sustancioso tratado acerca de la oración, de sus efectos y significado, y en esa obra nos dice que los individuos y los pueblos que practican la oración, los individuos y pueblos que permaneciendo fieles a las tradiciones religiosas de sus antepasados oran, están caracterizados *"por una cierta persistencia en el sentimiento del deber y de responsabilidad, por una menor envidia y maldad, por una bondad mayor hacia sus semejantes"*. Fijémonos, amadísimos hermanos, en las cualidades que señala a los pueblos e individuos que practican la oración ... un mayor sentimiento del deber y de responsabilidad, por una menor envidia y maldad, así como una bondad mayor hacia sus semejantes ... Es que, según sigue observando el mismo autor, parece demostrado que *"en igualdad de desenvolvimiento intelectual, el carácter y el valor moral son más elevados entre personas que oran, aun cuando lo hagan con tibieza, que entre las que no practican. Y cuando la oración, -añade luego-, es habitual y verdaderamente fervorosa, su influencia se torna más manifiesta y podemos compararla a la de una glándula de secreción interna, como la tiroides o la suprarrenal. Consiste en una especie de transformación mental y orgánica, transformación que se opera de una forma progresiva. Diríase que en lo más profundo de la conciencia se enciende una llama. El hombre se ve tal cual es. Aparece al descubierto su egoísmo, su codicia, sus equivocaciones y su orgullo. Y entonces se doblega al cumplimiento del deber moral procurando adquirir la humildad intelectual. Así se abre ante él el reino de la Gracia..."*

Ha dicho muchas cosas en breves palabras. La oración produce efectos tan palpables y beneficiosos como el buen funcionamiento de las glándulas que se refleja en ese aire de satisfacción, alegría y optimismo ... produce una transformación mental ... es como si se encendiera una nueva luz en el fondo de la conciencia a cuyo resplandor el hombre conoce en toda su crudeza y fealdad el egoísmo, la ambición, el amor propio ... que al hombre que conserva una pizca de dignidad propia le hace reaccionar en el sentido de doblegarse al cumplimiento del deber ... a abrazar la bondad hacia sus semejantes ... etc.. Es que *"la oración, -termina diciendo-, eleva al hombre por encima de la estatura mental que le corresponde por su herencia y educación"*.

¿Cabén hacer mejores elogios de la oración; se puede decir más acerca de los beneficios de la misma para la humanidad; y podría hablar otro con tanta autoridad y competencia como este hombre de ciencia, consagrado a la misma y, por otra parte, libre como nadie de todos los prejuicios a favor de la misma, pues ni siquiera es católico hasta el fin de su vida?. ¿No será para todos, sobre todo para los indiferentes que sinceramente buscan la verdad, un testigo de mayor excepción?.

Para terminar de hablar de los efectos naturales, recordemos la frase de Platón que hemos citado al comenzar: *"El hombre que soporta la soledad es una bestia o un Dios"*. Creo que con motivo podemos completar diciendo que la relación, la compañía, la unión, que siempre ennoblece y dignifica al hombre, es la unión y la relación que establece con su Dios y Criador por medio de la oración.

## Efectos de la Oración

Amadísimos hermanos:

El domingo pasado hablamos de los efectos naturales, efectos al alcance de nuestros sentidos y observación que produce la oración. Resumíamos todo el pensamiento diciendo que el ejercicio y la práctica de la oración elevan al hombre por encima de la estatura mental que le corresponde por la herencia y por la educación. Hoy vamos a ocuparnos de los efectos sobrenaturales de la oración, o sea, de la efectividad de la oración en orden al desarrollo de nuestra vida cristiana y sobrenatural.

El hombre no está enteramente comprendido por las cuatro dimensiones del tiempo y del espacio. Pues la conciencia si reside en nuestros órganos prolongase al mismo tiempo fuera del continuo físico. Por otro lado, el cuerpo vivo que nos parece independiente de su medio material, esto es, del universo físico, es en realidad inseparable de él, porque está íntimamente ligado a ese medio por la necesidad de oxígeno y de los alimentos que la tierra le suministra. ¿Será acaso disparatado asegurar que lo mismo que estamos sumergidos en un medio material del que necesitamos para vivir, es tamos también sumergidos en otro medio espiritual, sin el cual no podemos vivir?. Y ese medio espiritual, ese medio que no perciben nuestros sentidos, a través de los cuales llegamos a tener el conocimiento de las cosas, ese medio espiritual no puede ser otro que el ser inmanente de todos los seres y que a todos trasciende, al cual llamamos Dios y que con su omnipotencia abarca y comprende todo, sin que nada se escape a su influencia y nada pueda prescindir del mismo sopena de la propia destrucción o ruina.

La oración es por de pronto el agente de las relaciones naturales entre la conciencia y el medio que le es propio, la oración es así una función normal de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu.

San Agustín, como citábamos el domingo pasado, afirmaba que aquel que sabía bien vivir, sabía bien rezar, como al fin y al cabo aquel se desenvuelve perfectamente en el orden físico y material que sabe apropiarse y asimilarse mediante las correspondientes funciones de los alimentos y recursos que necesita. La oración es la respiración necesaria de la vida sobrenatural, sin la cual ésta se axfisia. La oración es la omnipotencia del hombre, ya que las palabras de Cristo no han podido ser desmentidas, ni lo serán respecto de este particular ...

Pedimos males ... no es Dios un distribuidor automático ... sino nuestro Padre que desea nuestro bien ... ¿Daría una madre al hijo un cuchillo con el que podría hacerse daño?. Pedimos mal ... sin intención recta, sin confianza, sin humildad ... sin perseverancia. Son las condiciones que, como luego veremos, siempre exhibe Dios en la oración ... Pedimos siendo malos ...

Muchos de los que piden son gentes de temperamento egoísta, soberbio ... en ellos la oración no es un acto de servicio, en ellos la oración no es un acto de culto, una cosa en honor de Dios, una actitud provocada por la excelencia divina ... sino por el egoísmo ...

## Efectos de la Oración

Amadísimos hermanos:

El domingo pasado nos ocupamos de los efectos de la oración. Veíamos que entre otros efectos se atribuían a la práctica de la oración un mayor desarrollo del sentido de responsabilidad y del deber, una mayor bondad para con los semejantes, una mayor fortaleza ante las adversidades, paz y resignación y hasta una mayor serenidad en la mirada, en el porte, un aire de firmeza y seguridad en la vida. Resumíamos el pensamiento diciendo que la oración eleva al hombre por encima de la estatura mental que le corresponde por su herencia y por su educación. La oración desempeña indudablemente en el desenvolvimiento humano un papel análogo al que desempeña la nutrición y la respiración en el orden meramente físico y material.

En efecto el hombre que parece independiente del resto de las cosas que le rodean, el medio ambiente en que se encuentra, no lo es en realidad, puesto que necesita del mismo, necesita del oxígeno y de los alimentos que ha de recibirlos de fuera. Así como dice un autor el hombre no está enteramente comprendido por las cuatro dimensiones del tiempo y del espacio, pues la conciencia, que reside en nuestro organismo prolongase al mismo tiempo fuera del continuo físico. ¿Será una audacia, será acaso disparatado afirmar que estamos sumergidos además de en un ambiente físico en otro espiritual?. Si en el orden físico a pesar de la apariencia de ser una cosa indeseable no lo es, ¿será absurdo pensar que ese medio ambiente constituye Dios?.

El hecho que atestigua la experiencia es que aquél sabe bien quien sabe rezar. Como si se dijera que puede desarrollarse bien físicamente aquel que recibe buen oxígeno y buenos alimentos del medio ambiente que le envuelve. El hecho es que Jesucristo Nuestro Señor nos ha afirmado terminantemente que necesitamos orar: "sin mi nada podeis" ... y ha prometido ala ora practicada en las debidas condiciones un éxito seguro ... pedid y recibireis ... llamad y se os abrirá ... Todo lo que pidieris a mi Padre en mi nombre se os concederá ... El hecho es que toda la tradición cristiana ahoga por lo mismo y nos presenta la práctica y el ejercicio de la oración como un recurso indispensable para el desarrollo de la vida cristiana.

¿Acaso alguien piense que también es un hecho el que no todas nuestras oraciones obtienen el éxito apetecido?. La experiencia parece defraudar las promesas de Cristo. ¿Es que puede haber oraciones, verdaderas oraciones que queden sin respuesta de parte de Dios después de una tan solemne promesa?. De este asunto se han tenido que ocupar todos los que han tratado de la oración ¿Y qué nos dicen?.

En primer lugar, sí Dios respondiera a todas nuestras peticiones sin mirar las consecuencias que habrían de acarrear para nosotros no sería nuestro padre y por eso, porque Dios

en sus infinitos designios ve lo que nos conviene o lo que no nos conviene, deja de concedernos muchos favores porque serían perjudiciales. Ya por este motivo puede comprenderse que muchas cosas queden sin respuesta. Pero por otra parte no siempre concede Dios los favores en la forma y con el matiz que nosotros esperábamos y puede haber muchos que nos concede y los recibimos sin darnos cuenta. Para todos los otros casos es San Agustín quien nos da la explicación mediante una brevísima fórmula. ¿Por qué no nos concede Dios todo lo que le pedimos?. O porque le pedimos mal, o porque le pedimos males y porque le pedimos siendo malos, por tanto indignos de que Dios nos conceda sus beneficios.



## Necesidad de orar

Amadísimos fieles:

No sé si todos tenemos o sentimos la necesidad de la lluvia, pero todos tenemos y todos debemos sentir el deber de orar, el deber de elevar nuestro corazón a Dios. El deber de orar es el primer deber humano y cristiano, cuyo cumplimiento por desgracia se ha echado en olvido. Muchas veces nos llenan de admiración esos espectáculos de los congresos eucarísticos, esas magnas procesiones, y al contemplarlas uno no se resiste a decir "qué fé hay en el pueblo, qué fé hay todavía en el mundo". No vamos a decir que no hay fé, pero sí que no hay toda la que debía haber. ¡Qué miseria, qué pobreza ... esa en la que se desenvuelven muchas almas, muchísimas, la inmensa mayoría ... qué pocas conciencias blancas ... qué pocas conciencias limpias ... qué pocos hombres libres de las amarras del pecado ...! Ante ese desbordamiento casi universal del pecado que esclaviza tantas almas ... ante esa capitulación casi general de los hombres que no resisten a él ¿no será, se pregunta uno, no será que Dios cuando pide el cumplimiento de sus mandamientos que se dejan incumplidos, pide algo que es imposible, algo que se hace más que para el hombre?.

Uno no cae en la tentación de pensar en eso porque, por otra parte, también es fácil ser conocedor de casos admirables de personas de toda condición, de toda edad, de todos los temperamentos que viven una vida moral integérrima, una vida moral intachable, combaten y salen victoriosos, luchan y triunfan de todas sus pasiones, resisten y son fieles a sus compromisos. La vida de estos últimos, aunque sean una minoría, es un testimonio indiscutible, evidente de la posibilidad del cumplimiento de todos esos deberes, de todos esos mandamientos, que otros muchísimos no los pueden cumplir. Estos últimos constituyen la legión de los que en el día del juicio se levantarán en testimonio contra los prevaricadores ...

Pero cuando se coge el Evangelio en la mano y se analizan los deseos de Cristo y se estudian sus consignas, entre las que más se repiten y más se inculcan está precisamente el deber de orar y, por otra parte, uno se dirige a esos hombres que se arrastran por el cieno y pregunta qué rezan, si oran y escucha de sus labios la respuesta, todo se explica, todo se comprende. Si aquello es verdad, si Cristo sabía lo que decía, no puede ocurrir más que lo que ocurre. Que el que no ora, se arrastra, cae, es esclavo del pecado. ¡Qué poco se ora, qué poco se reza ... qué mal se ora ... qué mal se reza ...!

¿Cuántas veces consideramos el deber de orar, sobre todo nosotros los hombres, los que discurrimos un poco, pero no todo lo que debemos, como una ñoñería ... Es que tenemos un concepto demasiado elevado de Dios o de nosotros mismos para que podamos figurarnos a Dios

jugando con nosotros como juega una madre que le prueba a su niño ... Es que Dios nos ha impuesto el deber de orar como un simple juego a que nos quiere someter para probarnos?. Dios conoce nuestras necesidades. Dios sabe lo que nos hace falta ... como no puede menos de saber si pensamos bien de él. ... ¿Entonces, porqué no nos da lo que necesitamos?. ¿Por qué espera que le invoquemos?.

Dios sabe lo que nos hace falta, Dios sabe lo que queremos, y sin embargo, espera que le invoquemos, porque Dios nos quiere tratar como lo exige nuestra dignidad de seres libres, dueños de su propio destino. El ha hecho el cielo, por una parte, y ha puesto por otra parte el infierno. Aquí en la tierra, en medio del cielo y la tierra nos ha puesto a nosotros. Puede ir al cielo, puede condenarse. Tanto lo uno como lo otro, tiene que ser obra de su libertad, fruto de su libertad ... ¡Qué respeto, qué delicadeza ... El salto del cielo a la tierra es mayor que pueda darlo el hombre fiándose en su propia habilidad, pero sin embargo tiene a su alcance los recursos para salvar esa distancia: es la oración; sin mí nada podeis, pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá ... orad siempre ... Si Dios nos diera sin pedírselo sería como si nos embarcara en una avión que aterriza solo en el cielo. Ya no seríamos dueños de nuestro destino; ya la salvación no dependería para nada de nuestra propia determinación. Precisamente para tratarnos como hombres ha hecho Dios que tuviéramos que orar ...

## Condiciones de la Oración

Amadísimos hermanos:

Hemos hablado en días pasados de la naturaleza y efectos de la oración. Hemos visto que todos los efectos maravillosos de la oración culminan en aquello que, con una frase lapidaria, cuyo eco debía vibrar constantemente en nuestros oídos, dice el gran taumaturgo y apóstol moderno San Alfonso M. Ligorio: *"el que ora se salva y el que no ora se condena"*. Al fin y al cabo no dice más que lo que dice el Evangelio y confirma nuestra propia experiencia, pues aun cuando no seamos testigos presenciales del número de almas que yacen en el infierno, vemos y experimentamos en nosotros mismos cómo andan las cosas y hasta dónde pueden llegar si dejamos de pensar y temer a Dios.

Nos queda por saber qué condiciones tiene que revestir la oración para que merezca ser escuchada por Dios, para que pueda producir todos esos efectos maravillosos de que hemos hablado y nadie nos enseñará mejor esta lección que Jesucristo mismo. Por eso vamos a recurrir a las fuentes de su pensamiento, al Evangelio, y recordemos brevemente una escena real no una parábola del mismo Evangelio. Jesucristo había regresado de Judea y se encontraba en Galilea, pero, por lo visto, le seguía un enjambre fastidioso de fariseos, o tal vez se encontraba cansado y necesitaba descanso. La cosa es que por primera vez en su vida, fuera de su huída a Egipto, sale de los confines de su patria y penetra en la Fenicia. Se dirige a Tiro. Esa comarca estaba poblada por los primitivos habitantes de Palestina, o sea los cananeos, que al regreso de los hijos de Egipto quedaron desplazados a esa región. Por tanto eran extranjeros. Pero por lo visto había cundido la fama de Cristo por aquellas latitudes y pronto fué descubierto. La primera en descubrirle es una mujer, a la que San Lucas le llama sirio-fenicia y San Marcos Cananea. Jesús iba seguido de sus discípulos y al verle esta mujer, que había oído hablar de sus milagros, se lanza detrás de El gritando y suplicando Señor Hijo de David ten piedad de mí: mi hijita está atormentada por el demonio. Jesús sin hacerle caso sigue adelante. La mujer no cesa de clamar y pedir hasta que Jesús penetra en una casa y los mismos apóstoles para evitar aquella publicidad y aquél espectáculo le invitan a Jesús a que la despache, pero concediéndole lo que le pide. Jesús les responde que El solo ha sido enviado para las ovejas descarriadas de la casa de Israel, dando a entender que su misión personal e inmediata debía reducirse al pueblo escogido y que los pueblos paganos en su día serían invitados y evangelizados por otros.

La mujer interviene no obstante la negativa de Jesús a la misma instancia de sus discípulos y le dice: *Señor, también los perritos participan y comen de las migajas que caen de la mesa del Señor*. En eso ya no puede resistirse su corazón y después de admirar y ponderar su fé le dice: *Mujer, hágase seguro tu deseo*. Así es como se rinde Dios a la fuerza de la oración.

Aquí tenemos muy bien expuestas las condiciones de que de revestirse nuestra oración para que siempre sea escuchada por Dios y merezca la respuesta divina.

La primera condición es la atención ... atención a aquél que se dirige y a aquello que se dice. Aquella cananea no se fija en que llama la atención ... en que está dando un espectáculo. Para ella no existe nada más que Jesús y su hija enferma.

Una carta para llegar a su término necesita dirección y una oración para que pueda llegar a Dios hace falta que se haga con atención. Cuéntase que existen unos molinos en la India para rezar. Colocan en esos molinos que dan vueltas unos rol y así dicen que oran algunos.

Amadísimos hermanos, sobre todo hombres que me escuchais no desdeñemos la oración, reservemos un rato para poder tratar y conversar íntimamente con nuestro Dios desahogándonos con él y agradeciéndole los beneficios que recibimos, suplicando el perdón sincero de nuestras faltas y pecados, pidiéndolo auxilio para nuestras necesidades. No es tiempo perdido el que empleamos en la oración, antes bién, es en la misma en la que necesitamos recobrar toda la tensión del espíritu y toda la firmeza de nuestra alma para poder sobrellevar tantas dificultades y calamidades como nos amenazan en la vida.

Decía Kempis *"que cada vez y cuanto más trataba con hombres se volvía menos hombre"*. Qué verdad es esto! Los ejemplos de egoísmo, ambición, soberbia, el contagio de sentimientos bajos, pobres, las miras rastreras, etc., que no podemos menos de sorprendernos unos en otros siempre que nos conocemos y nos tratamos ofrecen a nuestras pasiones ambiente propicio para desarrollarse. Las propias pasiones nos impulsarán, pero el ambiente que encontramos en el trato con los demás, el ver igual o peor condición en los demás acaba por hundirnos, por arrastrarnos definitivamente. Por eso esté bien dicho, lo sabemos nosotros mismos ... cuando más tratamos con hombres y cuando solo tratamos con hombres no somos capaces de elevarnos por encima de las propias pasiones ... Necesitamos de Dios, necesitamos unirnos a Dios y encontrar en él la recompensa de nuestros sacrificios al mismo tiempo que el espíritu para una vida de virtud, para una vida de honradez, lealtad, cumplimiento del deber Oremos, pensemos en Dios más veces que respiramos ... evitemos de esta forma la axfisia espiritual que sobreviene fatalmente cuando dejamos de respirar sobrenaturalmente.

Hagamos honor a nuestra condición y compromisos de cristiano.

## Perseverancia en la Oración

Amadísimos hermanos:

Dijimos el domingo pasado que la oración había que hacer con intención, evitando las distracciones, con humildad cuya primera expresión tienen que ser el reconocimiento de nuestra indignidad para ser acreedores a los favores divinos, con confianza esperando de la bondad y omnipotencia divina que nos concederá lo que necesitamos.

Otra condición de la que no tuvimos tiempo de hablar es la perseverancia. Aquella mujer cananea pide sin conseguir nada, pero insiste aunque es rechazada y al fin obtiene lo que deseaba. Tenemos magníficos ejemplos de la perseverancia en la oración, en la historia. En primer lugar en el mismo Evangelio se nos habla del paralítico que llevaba 38 años esperando a que el ángel de Dios removiera el agua y fuera lanzado a la misma por alguien para curarse. Viene el Señor y le cura. Santa Mónica lloraba los extravíos de su hijo Agustín. Un día desalentada se presenta a San Ambrosio, Obispo de Milán, que le responde con aquella célebre frase: "tranquilízate que hijo de tantas lágrimas es imposible que perezcan". Jesucristo mismo sabía cuanto es de temer por nuestra incostancia, que cuando no conseguimos a la primera podemos darnos por abatidos y renunciar a pedir y en el mismo Evangelio nos propone una hermosa parábola en la que nos dice que un hombre recibió a media noche en su casa a un amigo que venía de casa del vecino. Llama a la puerta, pero éste está acostado y le contesta por dentro que está acostado y que no le puede dar lo que desea. Mas insiste en llamar hasta que para evitar la molestia de aquél impertinente se levanta y lo da el pan que necesita.

Para poder entender toda la fuerza de esta parábola hay que hacerse cargo de lo que la escena representa en Palestina y en Oriente en general donde cada día se cuece en casa el pan del día. Por otra parte las visitas nocturnas son muy raras por la superstición de los judíos y orientales en general que huyen de las tinieblas como en ésta vieran el espíritu maléfico y por este motivo solamente en ocasiones raras y por motivo muy grave se ponen en camino. En consecuencia, al hombre de la parábola le coge por sorpresa la visita de su amigo, o no le queda más recurso que ir a casa de otro a pedir algo para darle. Delicada es la cuestión. En las casas orientales, que se cierran a la caída de la tarde, todos los miembros de la familia duermen en un mismo dormitorio, que en dormitorio se transforma la única sala o departamento de la casa, alumbrada por una lamparilla. Imposible levantarse, buscar un objeto y entregar en la puerta sin molestar e incomodar y despertar a los demás ... Con todo, ante las insistencias, acaba por ceder y atender al impertinente. Así se explica el proverbio. Llamad y se os abrirá. Así se explica toda la fuerza que quiso reconocer en esta expresión que constantemente emplea Jesús ... pedid y se os dará ... llamad y se os abrirá ... que emplea para ponderar la eficacia de la oración.

Oremos, pues, con atención, humildad, confianza y perseverancia. No necesitamos precisamente fórmulas, que Jesucristo nuestro Señor, que quiso y dió tanta importancia a la oración, no empleó tiempo en enseñarles fórmulas y cuando a requerimientos de los apóstoles quiso enseñar algo, les dió a conocer el Padre Nuestro, que sintetiza todas las aspiraciones que pueden ser objeto de la oración ... Padre que estás en los cielos ... santificado sea tu nombre ... venga el tu reino ... la primera aspiración de la oración, el primer objetivo que el cristiano debe perseguir por la práctica de la oración tiene que ser dar gloria a Dios ... gloria que corres ponde como nuestro principio y Creador ... hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo ... nuestra oración para procurar la gloria de Dios tiene que consistir propiamente en aceptar su divina voluntad ... o sea en cumplir con nuestros deberes, con nuestras obligaciones, los deberes y las obligaciones de nuestra condición de padres, obreros, patronos ... que lo que se haga con preterición de estas obligaciones y detrimento de las mismas no es oración y no es para gloria de Dios ...

El pan nuestro de cada día aquí está señalado el segundo objetivo ... el subvenir a nuestra indigencia, a nuestras necesidades de todo orden ... La oración es el recurso

mediante el cual Dios quiere que satisfagamos a nuestra impotencia ... la oración es omnipotente ... Perdónanos nuestras deudas ... La corriente de intimidad que Jesús siente hacia el Padre se traduce inmediatamente en amor a los hombres y vuelve como fuerza redentora salvadora a los pobres, a los pecadores y enfermos ... Sabe Jesús lo que es el hombre ... sabe que amar al hombre es una utopia porque en el hombre es imposible dejar de encontrar defectos. Amor al prójimo por Dios ... he aquí el efecto de este nuevo enfoque de Cristo ... el sentimiento más sublime y peregrino como le llama Nietzche ...

En la oración no afecteis hablar muchas cosas ... en la oración lo que interesa y lo que vale es la disposición de nuestras almas ... los sentimientos de nuestra alma ...

Concluamos este tema con la advertencia que nos hace el Kempis. Cuanto más trato con el hombre menos humano me vuelvo ... No es la relación y la sociedad con nuestros semejantes lo que propiamente nos puede elevar, dignificar, ennoblecer, aun cuando parezca una paradoja, pues la convivencia es la civilización ...

No. No es el trato con el hombre, con otro semejante, lo que nos hace bien, pues de ordinario qué nos da nuestro prójimo ... qué descubrimos en nuestro prójimo ... cuanto más le conozca ... más ambición ... más egoísmo ... más soberbia, al fin y al cabo, lo que lejos de engrandecernos nos hunde, nos abate, nos inciviliza ... pues los enemigos de la convivencia no son otra cosa que la ambición ... la soberbia ... el egoísmo...

Para ser hombres y tratar con hombres y convivir con hombres necesitamos de Dios ... en Dios, en la conversación y trato con Dios, en la unión con Dios, es donde hemos de encontrar la fuente de las virtudes que nos hacen grandes y sociales ... la humildad... la mansedumbre ... el desinterés ... el desprendimiento ... la abnegación ... Y es mediante la oración como nos acercamos a Dios, como nos unimos a Dios ...

Y terminemos con el examen del primer mandamiento ... amar a Dios ... Conocer ... la religión ... con conocimiento adecuado a mi condición ... Conozco el catecismo ... los mandamientos, pero no como enunciados generales, sino en los detalles ...

Amar a Dios ... someterle nuestra inteligencia ... mediante la fe ... Cultivo la fe ... hago actos de fe ... preservo la fe ...

Amar a Dios mediante la sumisión de nuestra voluntad ... esperanza ... y caridad ...

Practico la oración ... oración por la mañana ... por la noche ... y sobre todo, cumplo con mis obligaciones por Dios y en Dios ...